

XCII

ESTERREZ DE LAN

LOS BRIBONES

R. COLT

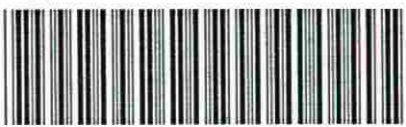
CURIOSA

VENGANZA

PQ7297

.G8

B7

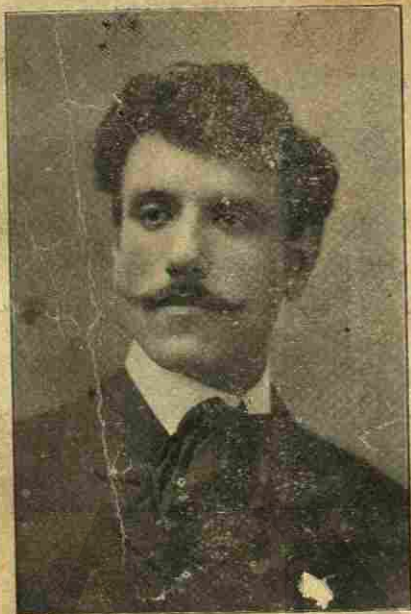
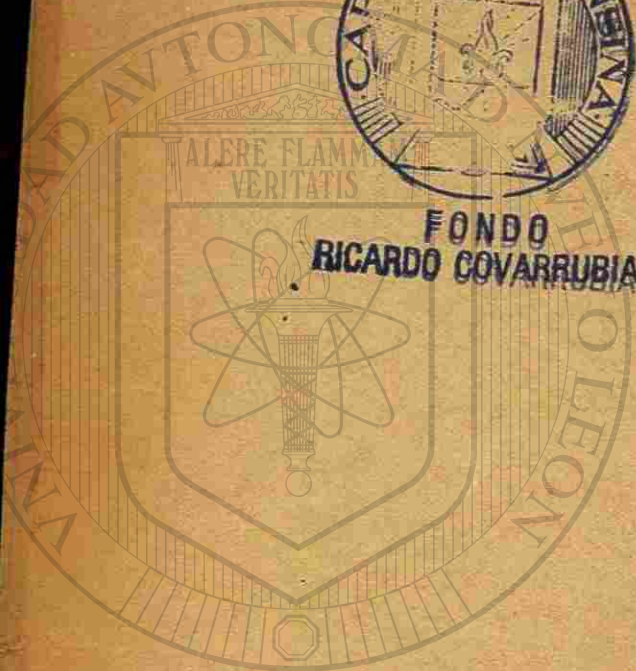


1020028262

CARILLA ALFONSO



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS



L. GUTIERREZ  
\* DE LARA



# LOS BRIBONES

NOVELA MEXICANA DE ACTUALIDAD.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

099227

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

F. H. ARISMENDEZ, IMPRESOR

LOS ANGELES, CAL.

**33420**

PQ7297

98

B7



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS  
FONDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

Núm. Clas.	N
Núm. Autor	99842
Núm. Adg.	33420
Procedencia	-8-
Práctico	
Fecha	
Clasificación	809
Colección	

Próximamente se Publicarán las Novelas

"AMOR DE TUDESCA"

-Y-

"MUJER VALIENTE"

FOR EL MISMO AUTOR

EN PROYECTO: "LA HUELGA."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Vdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



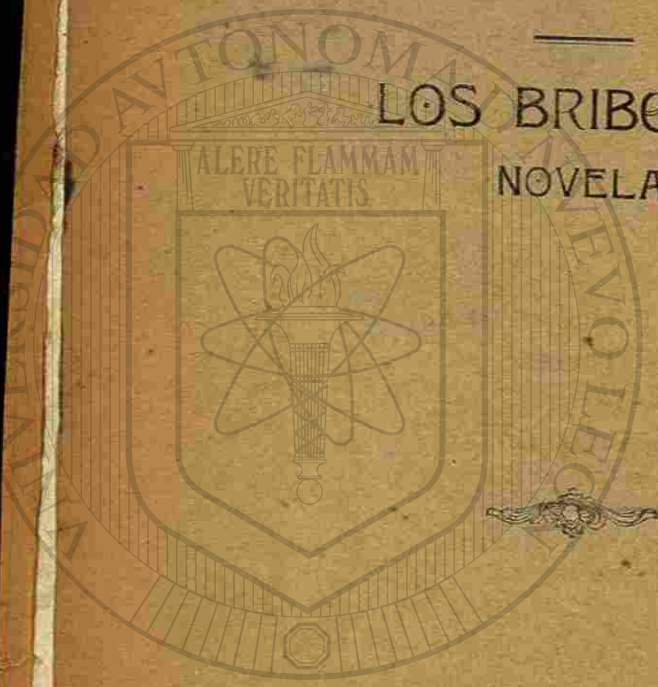
M. 863

6.

L. GUTIERREZ DE LARA.

LOS BRIBONES

NOVELA



LOS BRIBONES

LOS BRIBONES

L. GUTIERREZ DE LARA.

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

IMPRESA DE EL POPULAR.

F. H. ARISMENDEZ, PROP.

LOS ANGELES, CALIFORNIA.

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 AÑO. 1925 MONTERREY, MEXICO



# LOS BRIBONES

## CAPÍTULO I.

Desde muy temprano el Magnate había mandado orden á sus principales empleados para que se reunieran en su despacho particular, con objeto de tratar asuntos de importancia, y aquella mañana de Junio, en que un sol de brillo luminoso y candente, penetraba en hazes esplendorosos dentro de la pieza, urdía pensativo, proyectos que agrandaran sus empresas ó que salvaran las dificultades que siempre y á cada paso brotaban ante sus atrevidas especulaciones. Desde el interior de aquella pieza amueblada confortable y sobriamente, las miradas se extendían, traspasando el vano de las ventanas, por sobre la ondulante é inmensa llanura que se ampliaba, en una tonalidad verde-amarillenta de pastales maduros, confundíendose en la vasta lejanía, con los azules fondos

de las sierras que servían de línea divisoria con la Nación vecina. Por la ventana del lado contrario, la vista abarcaba de un golpe el conjunto admirable y atrayente de la naciente población que hormigueaba, pululando on las calles, trepando por las vías que ascendían al lomerío, encausada en los largos y rectos claros bordeados por las casas del vecindario de obreros. Las oficinas de la compañía, edificadas de ladrillo rojo en bloes de dos ó tres pisos, se enhilaban en la calle principal y sus techos inclinados recortaban el miraje en cuadrilateros que se escalonaban en surcos cónicos laterales y trepaban en las estribaciones de la montaña hacia la cordillera, en cuyo seno, de riquísima formación metálica, se sentía hervir la multitud minera. Después de los edificios, en una brusca elevación del terreno, las gigantescas fundiciones del mineral, de techos arreglados en longitudes cónicas, daban paso á las chimeneas por las que brotaba el humo blanquecino cargado de sulfuros de la materia fundida, en bocanadas densas y que se elevaban en el aire en volutas que giraban hasta difumarse en el azul del cielo. La gran chimenea de treinta y cinco metros de altura, erugía por las expansiones del humo y se destacaba de entre las otras, como una madre

corpulenta y formidable. Erecta audázmente, circular, brillando al sol su cubierta de placas de acero de los talleres de Westhinhouse, por su interior corría con espantable ruido el humo saturado de corpúsculos metálicos en ignición, que emergía en los hornos donde se refinaba el cobre y luego, dando un paseo circular en una caverna de ladrillo refractorio dejando oír al exterior furiosos bramidos, abandonaba toda su riqueza metálica que despues era recogida y vuelta á la refinación.

Como aditamento de la fundición se continuaba la Power-house y escalonándose, posterior á ella, las sierras minerales; se cubría su superficie de casitas de operarios y sus cañadas se hundían desde la cumbre y se ensanchaban al descender al valle. Al trepar la vista, alcanzaba los peñascos de color roji-negro que ascendían como torres truncadas rompiendo la línea ondulante ó angulosa de las cumbres de la sierra y que se prolongaba en la vasta extensión del horizonte.

El Magnate á veces lanzaba una mirada sobre aquel panorama y sus ojillos carnosos y melancólicamente duros, chispeaban con fulgores de dominio y ambición. Desde muy joven, cuando llegó de las regiones del Norte, buscan-

do un campo apropiado á sus inclinaciones aventureras y acariciando nebulosamente en su cerebro una vida de opulencia y de dominio, aspiración en que se fundía su naturaleza, presintió en aquellas llanuras y en aquellas montañas un campo espléndido para sus luchas. Primero las transacciones ganaderas le dieron oportunidad de comprar ganado en pequeña escala y aumentarlo por medio del mero-leo y la "cuatrería," en aquellos tiempos en que á los apaches se les podía echar encima todos los robos que los blancos cometían y en que no existiendo las cuarentenas actuales, podía mandarse el ganado á los mercados de San Francisco ó de Kansas City. De este modo había hecho buenos negocios; mas tarde contrajo matrimonio con la viuda de un ganadero de Arizona, continuando como "Cow-boy" del ganado de su mujer; al poco tiempo dejó á ésta en la miseria, disipando los novillos en el juego, las mujeres y el Whiskey. El "Cow-boy," empezó á hacerse célebre desde el día en que en un rancho de Tombstone se agarró á balazos con dos compañeros de cuatrerías, un mexicano y un americano que eran tenidos por los mas audaces y valientes; en la lucha salió triunfante con la muerte de sus contrarios y desde entonces, los



demás "Cow-boys" tenían á honra estrechar su mano y en las correrías "cuatreras" que emprendía, en compañía de aquella gente, él era el que, con gustosa annencia de ellos, llevaba la mejor parte en el reparto del ganado recojido.

Sus correrías le habían hecho conocer aquellos cuantiosos y ricos depósitos naturales de cobre y concibió la idea de ser el jefe de una grande explotación minera. Varias veces habló con el viejo General mexicano que después de una vida azarosa de guerra y de política, explotaba en pequeña escala las minas de cobre. El viejo guerrero adivinó en el joven "gringo" un hombre de audacia y de capacidad y tal vez tuvo la intención de asociarlo en sus empresas mineras, pero lleno de orgullosa honrradéz, ante las combinaciones que entrevió desechó el intento. Su muerte dejó aquello abandonado y entonces el atrevido aventurero emprendió con empuje que le valió el éxito, la adquisición de las minas y la organización de una compañía la que, él como Presidente, explotaba ahora en escala bastísima los extensos y cuantiosos y ricos depósitos de cobre nativo. Una población de más de veinte mil almas, acusaba el éxito admirable del antiguo "Cow-boy" convertido ahora en un millonario y á quien el periodico de la

localidad apellidaba:

"S. M. Majestad, EL REY DEL COBRE."

Casi se veían coronados sus esfuerzos y satisfecha su ambición; toda la comarca ganadera le pertenecía; sus valles de pastoría se dilataban hasta mas allá de la línea divisoria; sus vaqueros herraban hasta quince mil becerros al año y dominando el inmenso valle, la ciudad minera se agrupaba como un trono, en los primeros escalones de la Sierra de cobre y desde allí podían las miradas del Amo envolver todo el dominio, cuando tornaba de sus correrías financieras de Estados Unidos y de Europa; por que ahora, ya millonario, sus actividades y su incomparable energía las empleaba en "orejanear" millones lo mismo que en sus buenos tiempos de "Cow-boy" "orejaneaba" becerros. Sus campos ya no eran las llanuras fronterizas; sus reales estaban sentados ahora en el corazón del mundo, en la Ciudad-luz, en Paris, donde sus rápidas y audaces combinaciones le habían dado ya "le brillant succès" de algunos centenares de millones de francos, sacados á accionistas inocentes, á quienes les hizo creer que los ríos mexicanos se deslizaban dulce y poéticamente sobre arenas de oro. . . . .

Aquella mañana del mes de Junio el Rey estaba inquieto; su cara carnosa y sanguinea había perdido su aspecto ordinario de ruda franqueza, iluminada siempre por una especie de cortesía arrítmica, sin regla y ex-temporanea, como toda cortesía rústica. Impaciente esperaba á sus hombres, dando pasos por la estancia, cuyo piso hacía erugir su corpulencia; en su diestra tenía una carta en una de cuyas esquinas se distinguía un membrete de tres renglones cortos de letra cursiva de color azul, que decían:

CORRESPONDENCIA PARTICULAR  
DEL CIUDADANO GOBERNADOR  
DEL ESTADO DE .....

Todavía se prolongó un rato más la espera y después de escucharse el rodar de un carruaje en el arenoso pavimento de la calle, se oyeron golpes discretos en la puerta del despacho.

—Come in,—dijo el Rey.

Se abrió la puerta y entró un hombre excepcionalmente delgado, vistiendo cazadora y pantalón que formaba profundos pliegues en los muslos, denotando las menguadas carnes, se le abrochaba en los laterales del corvejon, de rótulas protuberantes; polainas inglesas de color alazán

se le ajustaban hasta los zapatos. Un fieltro de anchas alas ocupaba su siniestra mano. Representaba unos sesenta años aunque de mucha menos edad; una profunda dispepsia lo decrepitaaba prematuramente y daba á su cara de nariz prolongada, de bigote gris semicaído sobre la boca y en la que dominaba la flacura rayana en consunción, un aspecto de profundo disgusto y que á veces se trocaba en desdenoso desprecio; sin embargo, un detalle quitaba todo este caracter á su fisonomía y era la expresión caninamente sumisa de sus ojos de perro aporreado y hambriento. En lo general, su mísero aspecto desdecía por completo del traje vanamente varonil que portaba: era el Superintendente de la Compañía.

Detrás de este personaje se destacó la figura rechoncha y vulgar de un hombre de regular estatura, de cara de perfil de huevo redondo, de color rosado, semi-calvo, sonriente y de ojillos vivaces y amables: era el Cashier del Banco de la Compañía y al mismo tiempo Presidente Municipal de la Población.

El Rey se adelantó á ellos y estendió su diestra para el "shake-hands."

—¡Hello! ¡hello! Cashier. ¡Hello! Manager. Are you well?

—We are all right. Thanks.

—Well, Well, Vell. Y el Juez y el abogado Robleda? Por qué no vinieron?

—Creo que llegarán luego. Dijo el Cashier.

—Siempre hay que esperar á estos hombres. Yo no sé por qué no se acostumbran á considerar que el dinero que se les paga es para que sirvan para algo, dijo el Manager —Sus ojos de perro aporreado y hambriento se tornaron duros por el desprecio que le inspiró lo que acaba de decir.

—Yo pienso lo mismo pero no hay remedio.

—explicó con ruda franqueza el Rey.

—En efecto. En efecto. No puede haber remedio — insinuó suavemente y sonriente el Cashier.

—Permita Vd,—dijo Ojos de Perro al Rey,— que le diga, que yo creo que, con la influencia que Vd. tiene con el Gobernador, puede Vd. hacer que se nombre un "blanco" de Juez, en vez de éste "dam mex," borracho y bueno para nada. También creo que el abogado puede ser mandado al infierno y traer un "american lawyer." Es decir, personas con quienes no se necesite usar espuelas.

—Yo lo haría si pudiera y si no lo hago es por que conozco mis negocios. "That's all."

El Rey tenía razón: aquel par de borrachos, como eran llamados el Juez y el abogado por Ojos de Perro, habían sido los mejores agentes para sus combinaciones de ganadero. Borrachos y todo, pero le eran útiles y esto es lo práctico en cuestión de negocios.

—Bueno. Entre tanto hablaremos. —El Rey se acomodó en su asiento junto al escritorio colocado frente á una de las ventanas, mientras el Manager, Ojos de Perro, apoyaba su escuálida persona en una cabecera del escritorio y el Cashier se sentaba enfrente de ellos, masticando su puro y haciéndolo pasar, estendiendo y frunciendo los labios, de una comisura á otra de la boca, sobre la que se erizaba un bigotillo canoso recortado al rás del belfo.

—Well,—dijo el Rey.—Ya V. V., estan al tanto de mis propósitos y espero que pongan todo el cuidado posible para que las cosas salgan bien. Understand? Sobre todo es necesario ir con energía y vigilar á Robleda y al Juez para que hagan bien lo que tienen que hacer. Yo sé bien que estos "mex" se emborrachan cuando mas se les necesita, pero por eso les encargo á V. V., que no los dejen solos un momento hasta que mis instrucciones estén bien cumplidas.

—Estamos listos á todo,—dijo el Cashier.

—Además—dijo el Rey—Necesitamos hacer las cosas de modo que pueda yo, cuando sea preciso estar en New-York para esta cuestión, tener listos los documentos oficiales de las autoridades mexicanas, que comprueben que se está robando á la Compañía en grande escala, pero que ya están en la cárcel los ladrones. Justamente aquí tengo una carta confidencial de mi amigo el Gobernador, en la que me autoriza para que yo haga con toda libertad todo lo que yo crea conveniente á mis propósitos. Léala Vd. Cashier.

El Cashier leyó la carta del membrete de renglones azules.

—¡Magnífico!—esclamó—con esta autorización para que nosotros y el Juez procedamos con entera libertad, todo lo podemos llevar á cabo perfectamente.

La cuestión era la siguiente: El Magnate tenía que rendir su informe anual á la Junta Directiva de la Compañía, que radicaba en New York. En sus propias especulaciones, cuyo caracter conocemos, había invertido cantidades considerables de dinero de la Compañía y cuyo empleo no podía justificar por que era extraño á la negociación. La verdad era que para él el éxito

era brillante por que gran parte de esas cantidades habían aumentado sus propios millones, pero lo que él trataba, era de hacer práctica una de sus geniales combinaciones y por la cual justificaría ante la Junta Directiva de New York qué, la desaparición de los millones era debida á una de tantas fatales dificultades por que atraviesan los negocios, principalmente en un país como México en que, lo mismo se puede ganar mucho como perder lo mismo. Su propósito firme era sobre todo, obtener y seguir con la presidencia y de seguro que lo lograría, como de igual manera ya lo había logrado otras veces, en que se le habían atravesado al paso iguales ó peores dificultades. La principal que, para sus intentos se presentaba ahora, era la pérdida de esas cantidades y que podía servir de pretexto á algunos accionistas con quienes no estaba bien y que tratarían de echarlo de la Presidencia y por esto había que resolver esta cuestión en sentido favorable para él.

—Bueno.—Dijo el Cashier.—Yo creo que la cosa es segura. De aquí á cuando Vd. tenga que rendir su informe á la Junta Directiva, yo le prometo obrar con toda la eficacia posible. ¡Oh! Esté Vd. seguro, Señor, que todo saldrá bien. Indudablemente que todo saldrá bien.—el buen hombre levantaba su labio superior por

un lado, sonriendo y se frotaba las manos con satisfacción.

El proyecto que ya debían conocer de antemano el Cashier y Ojos de Perro, debía de ser bueno por que éste aprobó sumisamente con sus ojos caninos.

—Vd. se encargará de que el Juez y Robleda anden pronto—dijo el Rey dirigiéndose al Cashier—y Vd.—dijo al Manager—escogerá los que vayan á la cárcel y debe cuidar de que, de alguna manera aparezcan en realidad ladrones.

—All right, Sir—dijo éste último.—Pero yo desearía que Vd. me diera un consejo ó una indicación cualquiera para hacer ésto.

—La cuestión es muy fácil—contestó el Rey—ordene Vd. por ejemplo, al Jefe del Departamento mercantil, que haga regalos de cierto valor á varios de los dependientes, principalmente á las muchachas y después de ésto, que vaya el Juez á la casa de ellos, que les pida explicaciones sobre la procedencia de los objetos y como contestarán solamente que son regalados, creo que nadie será capaz de aceptar esa explicación y de este modo aparecerán realmente como ladrones y como justo, que se les lleve á la cárcel. Ésto es todo.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Esto es admirable!—lesclamó

realmente emocionado el Cashier. Ojos de Perro aprobaron con firmeza lo dicho por el Rey.

Por la parte exterior del jardín inglés del opulento "home" de que formaba parte el despacho del Rey, platicaban dos hombres, babeando al mismo tiempo sendas naranjas que uno de ellos sacaba de la bolsa de su sobretodo de verano, un sobretodo cuya parte delantera llegaba casi al suelo mientras la posterior se alzaba hasta las corvas, debido á la mayor amplitud de superficie que en la espalda ocupaba; el hombre se inclinaba hacia adelante por el pecho hendido que le convexaba la región de los homoplatos.

El Cashier adivinó, desde su asiento, mirando por la ventana por donde entraban bocanadas de primavera, la presencia de los hombres y levantándose se acercó al vano. Su fisonomía se había modificado tan luego como los divisó y despues de avisarle al Rey quienes eran aquellos, les lanzó un "chist" imperioso: sus ojillos se habían vuelto duros y en su cara antes tan suave y risueña se retrataban ahora el desprecio y la altanería.

Al escuchar el chistide, los hombres dejaron caer las naranjas que chupaban, rápidamente se desensuciaron los residuos de la fruta que

les colgaban de los bigotes y se dirijieron apresurados al despacho del Magnate, en cuya puerta tocaron vacilantes y trémulos.

Ojos de Perro les abrió sin decirles palabra y ellos entraron tímidos y torpes, tropezandose uno con el otro y sin acertar á separarse, como bestias acobardadas

Es indispensable hacer la presentación de estos dos personajes:

El uno, Isidoro Castañeta, era el Juez de 1.<sup>a</sup> Instancia del Partido Judicial creado en aquel lugar á voluntad del Rey, no hacía mucho tiempo. Castañeta era un tipo de cuerpo de regular estatura, desmedrado de hombros, edad como de cincuenta á sesenta años, vestía desaliñadamente y usaba un sombrero viejo, parecido á los que usan los turistas; pero lo más notable en él era su fisonomía: boca de labios flojos y colgante el inferior, bigote cano y sucio, caído en mechoncillos pegados y convexos á la boca regularmente fruncida, nariz roma y boluta avanzando siempre hacia adelante como si husmeara continuamente, presentaba yemas rojas y azuladas, signo patonogmónico de prodromos de inveterado alcoholismo, sus ojos desaparecían detras de unas gafas de miope; frente ancha por la calvicie, formándole en

la parte superior de la cabeza, los pocos pelos que tenía, un sucio y roñoso arco semicircular que lo asimilaba á ciertos simios de cabeza prolongada hacia arriba y hacia atrás.

Su historia era curiosa y él mismo la contaba con cierto orgullo en sus largas y cotidianas francachelas alcohólicas, rodeado de sus "hijitas," como llamaba á las "perdidas" predilectas y despues de haberse fastidiado hasta de..... el juego por que lo peor era lo que hacía primero.

Su juventud la había pasado en un Puerto del Pacífico desde donde hacía sus correrías á Sinaloa, La Baja California y Chihuahua. En unión de algunos de su misma fibra esperaba (en aquel Puerto) la llegada de rancheros que venían á negocios ó á paseo. De seguro que el que caía en sus garras conocía incontinenti los lugares más inmundos de la Población, á donde los embrutecía en unión de mujeres de la peor ralea á fuerza de prostitución y embriaguez, pero la víctima podía dar por cierto que amanecería sin un centavo y con algo puereco que llevar, como un recuerdo de su inmunda estupidez, á la esposa ranchera, quien despues tendría que curar las consecuencias de las indecentes luchas de Castañeta. Una buena tem-

porada tuvo que pasarla en La Baja California debido á ciertos líos en que se vio envuelto á consecuencia de haber intervenido como principal agente en la corrupción de niñas de diez á doce años que él conseguía para saciar los criminales apetitos de viejos ricos degenerados. Ejercía esta clase de industrias al mismo tiempo que era escribiente de un juzgado. Más tarde logró "caerle" bien por su descarada picardía y su bellaca bufonería, al viejo General que por aquel tiempo fué el héroe y el absoluto favorito de la región fronteriza. La mejor gracia que empleó para ser soportado por el Guerrero fué la publicación de un periodiquillo llamado "El Torete," cuya literatura dipsótica y virulenta hizo reír á unos y emberrenchinar á otros. Su tiempo pasó entre triquiñuelas de tinterillo y camándulas de burdél, hasta que, ya en los últimos tiempos un Gobernador de Chihuahua, gigante de cuerpo y enano de lo demás, lo "fabricó" abogado en pago de "valeduras", por que "este Castañeta es riata y no se revienta y güeno pa arreglale á uno cualquier tapao cuando se ofrece"—decía el prohombre para justificar el título profesional con que lo agració. Volvió al campo de sus hazañas juveniles, pero ya autorizado como un Vallarta ó

un Pallares, tomó mas altos vuelos en los métodos de sus combinaciones y triquiñuelas aunque no abandonó sus especulaciones antiguas, por que eso le era imposible, lo llevaba en la sangre. Por fin despues de alzas y bajas, aunque no podía nunca bajar moralmente por siempre estar en lo mas bajo, el Magnate, por indicaciones de Robleda, le ordenó al Gobernador del Estado lo nombrara Juez de 1.<sup>a</sup> Instancia de sus propios dominios.

El otro individuo era el abogado de la Compañía, Petrucio Robleda. Indudablemente que es indispensable concluir el retrato físico y moral, que ya tenemos empezado, de este buen chico: De una edad como la del Juez, éste tenía un cuerpo que parecía mas alto pero agobiado por un hundimiento del pecho que lo obligaba á ser jorobado, de hombros angostos, piernas delgadas y zambas, vestía un traje oscuro de tela corriente y en que era notable el abandono y la suciedad; zapatos rotos. Su cabeza agachada siempre, cuando se levantaba dejaba ver la fisonomía, sus ojos hundidos no se atrevían á ver de frente y parecían juntarse en el nacimiento de la nariz que se prolongaba sobre la boca floja y lacia, un bigote entrecano y sucio colgaba sobre la boca, notandose mas aquella

mañana su "porquería" debido á escretencias nasales que no cuidaba de limpiar con la necesaria pulcritud. Su vida era un poco fuerte. Los habitantes de un pueblo del Río de . . . . . temblaban al referir que, en unas elecciones para Presidente Municipal y siendo él uno de los candidatos, un pobre viejo octogenario y medio loco, despues de haber ingerido algunos tragos de "chicote," gritó algunas tonterías contra Robleda. Este salió electo para la Presidencia y su primer acto autoritario fué mandar dár una paliza al viejo atrevido y hablador y por la que quedó con las piernas rotas y el poco tiempo que sobrevivió al "tan merecido castigo" tuvo que caminar arrastrándose. ¡Oh! El Sr. de Robleda debía llamarse por ésto, como aquél del cuento, "El Justiciero."

En ese pueblo, que tendrá mil almas, Robleda se dedicó á la carrera de Jurisprudencia, y allí se auto-graduó de Abogado, viniendose despues de este grande acontecimiento, á la cabecera del Distrito donde obtuvo el empleo de Juez de 1.<sup>a</sup> Instancia, puesto que desempeñó honestamente durante doce años (este lapso de tiempo prueba su honestidad por más que alguien piense otra cosa). En toda esta temporada tuvo algunos merecimientos, pero los más

vulgarmente conocidos, fué el placer que se dió mandando quemar todos los títulos y documentos otorgados por los Reyes de España y los mamotretos en que estaba escrita la historia de la antigua Intendencia Septentrional. Este fué uno de sus goces aunque pasajero. Los pergaminos y papelotes ardieron mas de quince días. Sucedió también, que desde los primeros del desempeño de sus funciones, agradó al Sr. Juez una mujer del pueblo (he aquí los romanticismos de Robleda) agraciada y buena, casada, tambien con un buen hombre, labrador de oficio, lo que se llama hombre del pueblo. Nuestro Robleda ha sido de pasiones fuertes, y concibió una terrible por aquella mujer; hombre al mismo tiempo de grandes y fecundos recursos, no tardó en hallar la manera de hacerla suya y sucedió, que un ranchero se quejó de que alguien le había robado una sarta de chiles colorados; Robleda inició la averiguación criminal consiguiente y como cayeran vehementes sospechas sobre aquel hombre, lo mandó aprehender y lo encerró en la cárcel; á los cuatro ó cinco meses la pobre mujer se atrevió á ir á rogar al Sr. Juez favoreciera en algo á su marido; los abogados cuestan mucho dinero y los pobres que no lo tienen se ven o-



bligados á permitir que sus mujeres se ocupen de estos asuntos. Despues de la primera entrevista vinieron otras y por fin..... la mujer fué la querida de Robleda. El hombre murió de tuberculosis en la cárcel nueve años después sin haber logrado se le sentenciara y soportando en todo aquel tiempo el peso de su deshonra todavía mas cruel que el de su prisión. Tratandose de Robleda y por la respetabilidad que nos merece, apenas nos atrevemos á pensar que esto sea malo pero en cambio prueba el triunfo de los conocimientos juridicos que tan hondamente poseía y que le daban el gran poder con que dominaba á lós hombres y. ....á las mujeres.

\* \* \* \*

En la brillante claridad de aquella mañana de primavera, de esa primavera tardía de las regiones del Pacífico, se sentía flotar blanda y dulcemente un aliento de vida que se infiltraba en la sangre adormeciendo el cuerpo en un ténue ensueño de vaga voluptuosidad. Un aircillo sutilmente cálido, penetraba al aposento en bocanadas de embriagadora dicha.

Luego que nuestros dos héroes se repusieron un algo de la poco amable acogida que les hicieron Ojos de Perro y el Cashier, alargaron torpemente la mano al mismo tiempo los dos, saludando al Magnate, en cuyo rostro se dibujó vagamente su antigua expresión franca y bonachona. El Cashier tuvo la cortesía de levantarse pero los Ojos de Perro se volvieron mas despreciativos todavía.

—Señor—dijo el Juez Castañeta adoptando un aspecto de ranchero inocentón, y adelantando la cabeza que ladeaba graciosamente, este era su gesto característico; la sonrisa que fluctuaba en su boca abierta podía desarrollarse rápidamente en una carcajada de adulación y solo esperaba en aquel momento, que el Magnate dijera algo que la motivara, para soltarla á todo trapo.—Señor, he recibido un recadito de Robleda esta mañana para venir á ver á Vd. y aquí me tiene Vd. como siempre, incondicionalmente.....

—Si, Señor—dijo el abogado Robleda—yo le dije á Castañeta—(el hombre hablaba quedo y tartajando las palabras)—le dije que Vd. quería que lo vieramos.—entretanto los dos permanecían en pié.

—Pues Señores.—habló el Rey.—Por cir-

cunstancias muy especiales, necesito que VV. dos, de acuerdo, hagan una investigación pronta y que salga buena, para averiguar algunas cosas que están pasando aquí. Entienden?

—Y muy fuertes—añadió el Cashier.

El Juez abandonó por un momento su fingido aspecto de bobo.

—Pues ya sabe Vd. Señor, que estoy á las órdenes de Vd. como siempre—dijo interrogativamente.

—Y quiero que ponga Vd.—continuó el Rey—mas atención y cuidado que el que ha puesto en otros negocios. No me conviene que emplee Vd. tanto tiempo ni tanto dinero como lo ha hecho antes—luego, cambiando intempestivamente de tono, prosiguió—por que tú te emborrachas como un marrano y por esas borracheras te pones bruto y entonces no sirves para nada—luego dirigiéndose á Robleda.—Tú tambien eres un borracho sucio y además eres flojo, perezoso. Dime, cuánto dinero me cuestas?

—La voz era irritada y despreciativa.

Robleda se mascaba los bigotes de un modo asqueroso.

—Pero Señor—habló suplicatoriamente el Juez—que yo me emborrache? Es verdad. Pero Vd. conoce nuestro buen deseo para servirle.

Ahora es tiempo de decirle que por las órdenes que Vd. me dá y que yo cumplo lealmente, no me han escaseado responsabilidades. ¡Ah! Pero yo me he reído siempre de las tales responsabilidades—cambiaba de tono sonriendo y daba á su voz la inflexión con que quería significar una heróica y decidida adhesión al Rey. —Qué no ve Vd. que yo me digo? He de ser buen amigo de Vd. y aunque “estaque la zalea”

—Que dice?—preguntó Ojos de Perro al Cashier. Este le explicó en inglés riendo burlonamente.

—Yo creo—dijo Ojos de Perro—que si hubiera que echar á estos hombres de aquí, se morirían de hambre.

—I think so—afirmó el Cashier.

La vergüenza andaba por las antípodas. Entretanto el Rey permanecía pensativo, luego dirigiéndose á los hombres con lenguaje mas irritado, casi ordinario; les dijo:

—La cuestión es qué, como se debe, hagan tú y tú lo que les diga el Cashier y pronto. Entienden? y tengo que hablar á VV. como se merecen y es necesario hacerlo para que comprendan. Tambien los “otros” me cuestan dinero. Ellos no tenían ni conque comprarle enaguas á sus mujeres y ahora tienen dinero que yo les he

—dado—al decir esto señalaba con coraje y agitaba en la mano la carta de los renglones azules.—A todos tengo que dar dinero y en cambio para que sirven? Son buenos para nada. Yo tengo mas derecho á este país que nadie. Yo vine aquí cuando los mexicanos tenían miedo á los apaches y yo fuí el que guerrié con ellos. Por eso creo que nadie debe meterse en lo que yo haga aquí.

La torrentera megalómana se le desataba al Rey. Era su manía, creer que él había conquistado á los apaches aquella parte del país. El había empezado por platicar esto y como nadie lo contradecía, acabó por creerlo y como tanto los periódicos yanquis como los mexicanos dieron en llamarle "coronel" él concluyó por creer al fin que si á México no se lo habían comido los franceses, era por que él lo había evitado. Su megalomanía en este sentido se había afirmado desde el día en que, en un banquete al que concurrió el Jefe de la Zona y el Gobernador de aquel Estado fronterizo, declararon éstos, habiendo delante algunos millonarios yanquis, que era verdad cuanto en este sentido, expresaba el Rey. Aquel día, en aquel momento, al hablar de aquella manera, su rostro carnudo se puso apoplético.

El Juez abría mas la boca, aparentando una absoluta estupidez y Robleda agachaba la cabeza ocultando sus miradas.

—Well—siguió el Rey—pueden irse. Repentinamente se levantó, irguiendo su corpulencia y rápidamente cambiando su grosería, volvió á su bonachonería de viejo "Cow-boy" y prosigió dirigiéndose al Juez.—Oye, tú. Tienes todavía quince días para borrachera en compañía de tus muchachas, pero mucho cuidado. Hea! Great! Scot! Ni un día más de los quince y tú Don Robleda, ya estas viejo y cuidate el catarro. Lo tienes muy fuerte.

Todos rieron grandemente, felices de ver pasar la tormenta. Al Juez le sobraba saliva, según podía colegirse al notarse el torrente que de su boca surgía en un abundante chorro de babas.

—Well Well—decía el Rey—Yo me enoje pero pronto se vá todo y lo que recomiendo por último es que todos vayan de acuerdo.

Como daba la señal de despedirse, todos le tendieron la mano. El Juez se quedó atrás.

—Caramba! Qué quieres? le preguntó el Rey.

El Juez tenía un semblante de pícaro compungido y su nariz coloreando en bello escarla-

BIBLIOTECA ALFONSO XIII

ta se tornasolaba al azul violeta de Parma en las yemaciones prodrómicas.

—Bueno. Pues quiero decirle... Vámos, quiero decirle, pues que... ayer me fué de los diablos en los gallos y... pues, perdí cuatro mil pesos. Que le parece? y "orita" estoy "pelao" y yo me dije: hombre no tengas cuidado "pos pa que" son los verdaderos amigos? Y además si viera Vd. á mi pobre vieja llore y llore; ya Vd. sabe lo que son las viejas? y ella es la que me ha dicho: Anda con el Rey; y aquí me tiene Vd. "Ora" Vd. sabe lo que hace conmigo "Onde" Vd. no me ayude voy á tener á la vieja llore y llore.....

—God.....! Oiga Cashier dé Vd. á éste dos mil dollars—Así era el Rey, magnánimo con los que lo servían.

—Pásese Vd. por el Banco—dijo el Cashier á Castañeta. La mirada de Perro parecía enferma de hidrofobia al fijarse en el Juez.

Concluyeron de despedirse y dejaron sólo al Rey que se entregó á nuevas combinaciones ya que aquella quedaba entendida y pronto sería puesta en práctica por sus hombres.

## CAPÍTULO II.

El Palacio Municipal del lugar, un edificio de ladrillo rojo, bastante amplio y elegante, había sido construido gracias á un empréstito de sesenta mil pesos, facilitado por el Rey. Se había edificado en los tiempos del anterior Presidente Municipal, un Doctor llamado Filiberto Prieto y á quien los rancheros de los alrededores, llamaban Tordillo, nombre de color caballar que trastocaban aludiendo al de su pelo entrecano. En el Pueblo había un pseudo--abogado cuya característica era conocer de memoria y repetir, cada vez que se ofrecía, todos los artículos de nuestro gran Código Civil. El tal abogadazo, llamado Castro, cuando se cansaba de repetir de memoria los artículos que hemos dicho, se dedicaba á referir á grito pelado y en sus momentos de culminante alcoholismo, que el Doctor Tordillo solo había gastado en la construcción del Palacio unos treinta y cinco

ta se tornasolaba al azul violeta de Parma en las yemaciones prodrómicas.

—Bueno. Pues quiero decirle... Vámos, quiero decirle, pues que... ayer me fué de los diablos en los gallos y... pues, perdí cuatro mil pesos. Que le parece? y "orita" estoy "pelao" y yo me dije: hombre no tengas cuidado "pos pa que" son los verdaderos amigos? Y además si viera Vd. á mi pobre vieja llore y llore; ya Vd. sabe lo que son las viejas? y ella es la que me ha dicho: Anda con el Rey; y aquí me tiene Vd. "Ora" Vd. sabe lo que hace conmigo "Onde" Vd. no me ayude voy á tener á la vieja llore y llore.....

—God.....! Oiga Cashier dé Vd. á éste dos mil dollars—Así era el Rey, magnánimo con los que lo servían.

—Pásese Vd. por el Banco—dijo el Cashier á Castañeta. La mirada de Perro parecía enferma de hidrofobia al fijarse en el Juez.

Concluyeron de despedirse y dejaron sólo al Rey que se entregó á nuevas combinaciones ya que aquella quedaba entendida y pronto sería puesta en práctica por sus hombres.

## CAPÍTULO II.

El Palacio Municipal del lugar, un edificio de ladrillo rojo, bastante amplio y elegante, había sido construido gracias á un empréstito de sesenta mil pesos, facilitado por el Rey. Se había edificado en los tiempos del anterior Presidente Municipal, un Doctor llamado Filiberto Prieto y á quien los rancheros de los alrededores, llamaban Tordillo, nombre de color caballar que trastocaban aludiendo al de su pelo entrecano. En el Pueblo había un pseudo--abogado cuya característica era conocer de memoria y repetir, cada vez que se ofrecía, todos los artículos de nuestro gran Código Civil. El tal abogadazo, llamado Castro, cuando se cansaba de repetir de memoria los artículos que hemos dicho, se dedicaba á referir á grito pelado y en sus momentos de culminante alcoholismo, que el Doctor Tordillo solo había gastado en la construcción del Palacio unos treinta y cinco

mil pesos y lo demás se lo había robado. Esto es una costumbre (la de robar los Presidentes Municipales) algo inveterada en nuestra querida cuanto infortunada y mil veces sacrificada patria. A veces el abogado Castro embarraba, en estas inocentes raterías á nuestro buen amigo el Cashier, pero hay que dudar de esa mala lengua. Nuestro buen Cashier cargaba con una quiebra fraudulenta en la que, algunas viudas y huérfanos, habían sido las víctimas, pero esto no quita ni pone rey y además . . . . . ¡¡éste mala lengua de Castro . . . . .!!

El salón destinado en el Palacio para las sesiones del R. Ayuntamiento, había sido concluido al último y ahora se trataba de inaugurarle celebrando una fiesta significativa y de trascendencia; lo mas significativo posible en cuestión, sobre todo, de moral y que quedara grabada en imperecederos recuerdos al par que gratos, en aquella población, cuyo freno gubernativo jalaba ahora con sus dignas y honradas manos nuestro buen Cashier. El, con este noble y autoritario caracter, ejercía sus funciones en el orden político y administrativo con las mas amplias facultades, en el campo inmenso que nuestras sapientísimas leyes conceden á los que tan paternalmente manejan el freno de

que hemos hablado y que nosotros tan contentos y felices tascamos con nuestras rebeldes bocas. El, (el Cashier) había arreglado las cosas de tal manera que la fiesta inaugurativa tendría que resultar espléndida y resonante. Veamos cómo:

Varias personas de las más respetables del lugar en unión del Cura que administraba la parroquia Católica y conseguía la gloria eterna para sus feligreses aunque le costara los sacrificios de costumbre, habían notado como si una espina les picara sus respectivos corazones, la gran carencia de ideas religiosas de los habitantes del Mineral. El virtuoso Cashier era también de los que sentían el piquete de la espina; hombre de ideas profundamente morales, naturalísimo era que se preocupara por aquella antirreligiosa situación de sus dominios. Hubo varios acuerdos entre los creyentes de rango. El Cura siempre estaba poseído de un entusiasmo casi rayano en divino frenesí y sus sermones dominicales versaban indefectiblemente sobre el particular.

Por lo regular las chicas del pueblo bailaban los sábados toda la noche y el domingo en la mañana comentaban en la Iglesia, á la hora del santo sacrificio, entre risas y

cuchicheos que por lo regular eran conversaciones en voz alta, todos los incidentes noviazgueros de la noche anterior. Todo lo hacían sin cuidarse para nada del Curita ni de su misa. Al concluir ésta, era de ordenanza que les echara una filípica, pero esto era lo más divertido para las muchachas por que, como el buen hombre tenía el defecto de añadir á todas sus palabras la final "to-to" todo el mundo se moría de risa al oír cuando decía: "Hermanos míos-to-tó Jesucristo-to-tó no puede-to-tó ver que VV., se estén-to-tó platicando-to-tó en su santa Iglesia-to-tó, de sus novios-to-tó y de sus condenados amores-to-tó." A los dos minutos de prédica aquellas pícaras reventaban de risa ó hacían coro al Curita y mas de cuarenta voces repetían, como una jaculatoria el "to-tó" del Cura.

Como decíamos, hubo varios acuerdos; el Cashier se manifestaba algunas veces vacilante en las determinaciones cohibido por el cargo civil que desempeñaba, hasta que al fin, previa respetuosa invitación al Sr. Gobernador del Estado y á su muy respetable Secretario, la que estos contestaron con la cortesía que caracteriza á los Señores Gobernadores y sus respectivos Secretarios, resolvieron celebrar la fiesta del modo siguiente: Inaugurar el Salón de Cabil-

dos inaugurando en él una asociación destinada á proteger é impulsar con mano firme y corazón denodado la sublime y hermosa religión. La asociación llevaría el nombre romancesco y medio-eval de Knights of Columbus (Caballeros de Colón). El nombre en inglés estaba justificado por que la mayor parte de los miembros se espresaban en esta poética lengua y además resultaba esto como un pleito-homenaje rendido al Rey por ser su lengua nativa. El Cashier era hombre de diplomáticos recursos; con los Knitgs of Columbus contrarrestaba también, una Sociedad de protestantes de la que eran miembros varios empleados del Banco que él regenteaba y quienes continuamente estaban intrigando para meterle sancadilla y quitarle el empleo. Con los Knitgs of Columbus, el buen Cashier satisfacía los tiernos impulsos de su católico corazón y se les ponía enfrente á los luteranos intrigantes; esto es matar dos pájaros . . . . . En los acuerdos de la Sociedad, tomaron parte las muchachas é inñuyeron con el Curita para que se incluyera en la fiesta, la conclusión de ella, con un animado baile. El Cura accedió y quedó convenido que se bailarían hasta el amanecer y que un perpetuo lunch-champagne-whiskey estaría á la absoluta dis-

posición de la concurrencia.

—¡¡Que tal!! ¡eh!? ¡Que tal,! ¡Que tall—interrogaba el Cashier, restregándose las manos y mamando dulcemente su puro.

Una alegría buena y santa, la alegría de las conciencias puras, iluminaba con una sonrisa feliz y contagiosa la fisonomía de aquellos "caballeros" y de las damas que en tan noble propósito los acompañaban, ya como caballeras consocias ó como sus respectivas esposas.

Los primeros esforzaban sus heroicos y perincritos corazones al sentirse paladines de la santa causa; listos embrazaban sus ideales para echarse de un brinco á la lid. Las damas de edad, sentían en sus entrañas la infiltración embriagadora de sentimientos de distinción y de aristocracia que nunca antes habían conocido. Entre estas damas, las de más abolengo y real orgullo, estaban las Señoras del Cashier, la de Robleda, la del Juez, una media docena de americanas que veían con cierto desprecio á las autóctonas; pero todas ellas con la conciencia invadida por el concepto del noble papel que desempeñaban. ¡Esposas de los Knights of Columbus! Esto no era cualquier cosa. Las Señoritas, "miembras" también de la sociedad, de corazones ardientes y de miradas como brasas,

se alegraban mas que todo por la perspectiva del baile, y el buen Cura? Oh el virtuoso sacerdote-to-tó..... pero ya nos ocuparemos de él.

Se llegó por fin la noche de la inauguración (pocos días después de lo que dejamos narrado en el primer capítulo) La aristocracia de la población estaba ansiosa por ver realizarse un acto que á la vez que era una fiesta de alegría les daba mas carácter. Ocuparse de las cosas de Dios en esta mísera tierra, siempre dá algo de divino á los que emprenden tal tarea. Las buenas gentes aquellas no se definían esto pero lo sentían y ésto les era suficiente.

Eran las ocho de la noche; una temperatura suave y fresca invadía todo el edificio Municipal. El salón de Cabildos, una pieza amplia y bien ventilada por seis grandes ventanas que daban al campo, todavía abierto, sin edificios vecinos, capaz de contener cómodamente mas de cien parejas de bailadores, estaba decorado sencillamente, las paredes y el techo con papel tapiz blanco con ligeros dibujos dorados "art nouveau;" en una cabecera estaba el estrado compuesto de una plataforma levantada sobre el piso como poco menos de un metro, manteniendo al frente un barandal de madera de no-



gal de bastante buen gusto; al fondo un dosel de terciopelo rojo que caía en sendos y pasados cortinajes flecados, abarcaba la silla presidencial y cuatro asientos más á ambos lados. El sitio del presidente era un poco más amplio y alto que los otros, los que debían servir aquella noche inaugural para los Knights y las demás para los que integraban el R. Ayuntamiento; todo estaba alumbrado aquella noche hasta deslumbrar, los focos de luz eléctrica destellaban por todas partes y daban espléndida nota de vida y alegría al recinto, que en aquellos momentos estaba vacío todavía.

Ya la sala de espera y el vestíbulo de las escaleras estaban llenas de invitados. Allí estaban el Juez Castañeta con su "conyugue," como él decía, tan chispeante como siempre. El abogado Robleda y la Sra. una amplia ranchera que vestía elegantísima falda colorada de raso con volantes y listones negros y azules. Su noble cabeza ostentaba un alto peinado estilo Carlota la de Maximiliano, pero con un adorno que le daba un opulento aire de Condesa de Rembrandt, sin sombrero, era una inmensa y blanca pluma de avestrúz encajada en el pelo del temporal derecho que ascendía audazmente tramontando la abultada coronilla y descri-

biendo una graciosísima curva hacia el lado izquierdo, descendía sobre el homoplato del mismo lado. Un detalle encantador se destacaba en este peregrino adorno y era una tarjeta que colgaba de un hilillo de la misma pluma y oeilaba á la altura de la oreja; en la tarjeta y en sus dos caras se leía en caracteres rojos muy bien claros, lo siguiente:

"The biggest Ostrich plume  
ever seen in California.  
Size .....39 inches.  
Price .....\$ 190.00 gold."

Este detalle, nuevo en los anales de la elegancia, era de una delicadeza y buen gusto exquisitos. Robleda se mascaba los bigotes endurecidos por el flujo catarral y de sus ojos brotaba de vez en cuando, al alzarlos, una chispa fogosa de orgullo, al ver tan estéticamente bella á la esposa de su corazón.

La del Cashier, aristócrata también, hacía menos ostentación de su elegancia; la de Casta-

ñeta seguía "idien", "idien", algunas más, una docena, y luego la gente menuda: dependientes de la Negociación, muchachas empleadas en el Banco y la Tienda de la Compañía y como cuarenta ó cincuenta más, pero todas ellas guapas, alegres, fuertes y robustas muchachas fronterizas con ganas de divertirse siempre á toda costa. Los varones viejos y jóvenes abundaban más que las hembras y también con voluntad á toda prueba de divertirse y de bailar hasta con la de la pluma de avestrúz.

Dieron las ocho P. M. y abriéndose paso el Cashier, ordenó ceremoniosamente al Jefe de Policía, abriera las puertas del salón y después de secretarse, también con toda ceremonia con los músicos ya prevenidos, estos se adelantaron y con todo la fuerza de sus pulmones y dedos, amen de la correspondiente inspiración filarmónica, la emprendieron con una ruidosa marcha. La concurrencia penetró en el salón encabezada por el Cashier y personas de respeto. Los muchachos guasonamente se apretaban en las puertas, al entrar, con las muchachas. ¡Oh ardor juvenil! y por fin cada cual ocupó su asiento.

Nuestro querido Cashier ocupó al trono, á su derecha se sentó un joven yanqui, el prefe-

rido por el Cashier, famoso por haber hecho desaparecer veinticinco mil dollars de una Compañía minera de la que era Presidente y una multitud de operarios, los accionistas. La diestra la ocupaba un Sr. irlandés. Junto á éste el Curita, quien se secretaba con una ex-joven literata de opulentas carnes sentada á su sacro flanco. Por el otro lado las Sras. Robleda, del Cashier, de Castañeta, otras damas americanas, desdeñosas y descontentas de tener que codearse con las "mex;" unas solteronas llamadas Rosas y como complemento, los Sres. Ediles, en número de cinco, completaban el personal directivo. Todo lo demás del salón estaba lleno de respetables mamás, de caballeros yanquis, todos ellos Knights, los músicos y la bullanguera juventud, que vá en aquellos momentos aprovechaba cualquier motivo para armar broma.

Concluyó la marcha. El Cashier se inclinó hácia un timbre. La ex-joven literata de opulentas carnes, se levantó y acercándose al bandal del estrado, lanzó un discurso cuyo tema era la noble misión de los Knights; celebró con entusiasmo rayano en delirio, la demostración que allí se efectuaba, al inaugurarse en un edificio de la Administración Pública

33420

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

Asociación destinada á defender la religión santa, sacrosanta, divina, sublime y poética de nuestros nobles antepasados; elogió al Curita tan calurosamente que este se ruborizó hasta la tonsurada coronilla, apesar de ser autóctono de pura sangre y ser por ésto, difícil de conocerle el susodicho rubor; el Cashier tuvo también sus perfumadas flores y se sospecha que también se ruborizó y por fin concluyó la brillante pieza oratoria con un final lleno de santa ira y de furibunda indignación al referirse la oradora que, apesar de la nueva aurora que lucía brillante y resplendente para la religión, y apesar de la decidida protección de nuestras autoridades por conservar el divino freno de esa misma religión en el hocico del pueblo, y apesar de los pesares, existía en México, en la misma Capital de nuestra idolatrada República, de nuestra libre y próspera Patria, existía para abominación de propios y extraños, un "sinvergüenza," un pillo, que era la condenación de nuestro país, siendo que ese pillo no tenía ningún derecho de vivir en ésta, nuestra adorada México . . . . . allí se detuvo la oradora y sólo el abogadazo Castro pudo entender que el pillo y el sinvergüenza podían ser ó D. Juan A. Mateos ó D. Justo Sierra. Nosotros no sali-

mos garantes sobre el particular. Concluyó la oradora retirándose aplaudida y abrazada hasta el frenesí.

Quizo en seguida hablar el abogado Castro sobre las bodas de Camacho (tal vez sería D. Sebastian) pero el Cashier no lo dejó, quien tocando de nuevo la campanilla concedió su turno al joven telegrafista del lugar, un joven de maneras ostensiblemente afeminadas, que cantó con voz terriblemente nazal y acompañado por el piano, una danza llamada "La Casita". Cancionsita de amor, sencilla y significativa, que encuadraba divinamente con el caracter religioso de la fiesta, pues en esa cancionsita se le promete á la novia llevarsela al monte donde se amarán sin mas testigos que el campo y Dios. ¡Lindo papel le hacia representar á Dios el joven telegrafista!

Llegó la hora solemne; el Cashier tocó la campanilla por tercera vez y poniéndose todos en pie, comenzo á hablar; su voz trémula por la emoción, le hacia comprimir las palabras:

—Pues Señoras y Señores. Aquí . . . . nos encontramos . . . . nos encontramos . . . . pues . . . . reunidos . . . . pues por que debe inaugurarse este palacio . . . . . no, digo . . . . este salón donde deben ser . . . . . muy patriotas los

Señores ..... los Señores "Municipios" ...  
 ... Pero en fin. Como todo debe ir en órden  
 ..... pues entonces ..... inauguramos con  
 el favor de Dios ..... la sociedad Knights of  
 Columbus ..... por que esta sociedad, pues  
 ..... es para ayudar al Sr. Cura y ..... á  
 Dios. dije. Y ... bueno yo les ruego .... que  
 sean siempre buenos católicos, apostólicos ro-  
 manos y ..... bueno ya esta inaugurado todo,  
 todo. He dicho. He dicho y .....

El Cashier sudaba á chorros. Nunca las ha-  
 bía pescado tan fuertes, pero el Espíritu, el Ge-  
 nio del Cristianismo que inflamó á los mártires,  
 soplaba en sus orejas en aquellos momentos,  
 con una ventolera de dos mil demonios y esto  
 lo volvía heróico.

Luego que el Cashier "soltó" la palabra, el  
 Maestro músico azotó furiosamente el aire con  
 su bastón á guisa de batuta y los acordes mar-  
 ciales de nuestro glorioso himno nacional, el  
 mismo himno que deleitó á S. A Serenisima, á  
 nuestro gran Santa-Ana, atronaron las paredes  
 de la estancia y salieron por las ventanas como  
 heráldos de la santa y noble idea que acababa  
 de tomar forma en aquellos momentos que de-  
 berian ser impecederos en las páginas de oro  
 de nuestra historia. El Cura, aquel represen-

tante de Dios en el Mineral, en un ademán  
 hierático se puso en pié, y alzando los brazos  
 al ciel oraso del salón de Cabildos, abrió los de-  
 dos de ambas manos como abanicos y lanzó  
 sobre aquel conjunto de escojidos de Dios, la  
 bendición Papal. Todo era entusiasmo y ale-  
 gria; los muchachos abrazaban á las muchachas;  
 la Sra. Robleda se enjugaba las salobres lágri-  
 mas de sus ojos con los listones que adorna-  
 ban su vestido y al bajar y subir la altiva testa  
 para disimular su emoción, la pluma se endere-  
 zaba gallardamente sobre aquella noble cabeza  
 como una insignia de triunfadora gloria y la  
 tarjeta de los rótulos colorados bailaba sobre  
 su oreja, agitada también por el santo entusias-  
 mo de su dueña.

De nuevo el Cashier tocó la campanilla. De  
 entre un grupo de alegres chicos y chicas se  
 desprendió una joven vestida de blanco y rubo-  
 sa y semi-tímida, se adelantó hacia el estrado;  
 un joven judío llamado Arnold (el menor) la  
 seguía como caballero, ambos subieron las gra-  
 das del estrado y entonces se vió al Curita dili-  
 gente y galantemente cojer una arpa que esta-  
 ba en un rincón y la adelanta hasta el lugar don-  
 de habia de tocarla la ruborosa joven. El joven  
 judío concluyó por acomodar la arpa y la joven

después de sentarse colocó entre sus piernas el instrumento. La joven estaba guapa pero se notaba en su fisonomía una sonrisa extraña y peregrina y consistía en que, en vez de elevar el labio superior al sonreír, era el labio inferior el que bajaba, dejando toda la dentadura de abajo descubierta. Ya se podrá imaginar el lector la extraña expresión que le daba esta sonrisa y la que siempre estaba caracterizando aquella cara; pero esto no obstaba para que tocara y tocó una canción americana que ella dijo llamarse "Lágrimas tristes de una enamorada bajo la oscura sombra de un viejo manzano." En la faena se reventaron varias cuerdas pero la canción concluyó en una nota prolongada tan dolorida y tan llena de sufriente pasión, que todos se sintieron conmovidos hasta las entrañas, mas ahora fué nuestro buen Cashier á quien le tocó llorar mas tiernamente. — La joven era su hija y ya le costaba su educación alrededor de diez mil pesos pagados en los colegios americanos. — Tenia razón de sobra el hombre (estos datos son recojidos de boca del Sr. abogado Castro) Sonriendo, con su extraña sonrisa, la joven hizo á un lado el arpa; el joven Arnold con exquisita galanteria y dirigiendole dulces y apasionados cumplimientos, le ofreció la ma-

no para ayudarla á bajar los escalones del estrado. Al dulce apretón de mano que él disimuladamente le dió, ella correspondió con una elocuente mirada en que se leía todo un mundo de promesas, una de esas miradas llenas de femenina expresión, miradas que sólo saben usarse en Southern California.

En seguida poniéndose en pié nuestro querido Cashier, todavía oyéndose los atronadores aplausos de la concurrencia, con voz aun mas conmovida se dirigió á los Knights, la mayor parte americanos y que se hallaban confundidos con los asistentes, y les dijo:

—Gentlemen: You promise before God, our very very . . . . . dear father . . . . . to be the . . . . . defenders of our sacred . . . . . religion.?

—¡Yes, Sir! ¡Yes Sir! . . . . .

—¡You bet! . . . . .

¡Sure! ¡Sure! — contestaron en distintos tonos los interpelados.

— ¡Well! ¡Well! ¡That is all right! — añadió el Cashier satisfecho de su grande obra y de no tener que hablar más.

La concurrencia juvenil impaciente por comenzar á bailar se inquietaba yá y empezaba á armar alarmante guasa, pero repentinamente fué interrumpida por la música que con

CAPILLA ALFONSO X

formidable ruido de bajos y latones y explosiones de roncadas armonías, lanzó la marcha de Lohengrin.

La ardiente, la intrépida juventud, no esperó mas y todavía sin finalizarse las notas de la marcha, despejó violentamente el salón de los asientos y adornos que podían embarazar el baile y sin dar tiempo para que tomaran resuello los filarmónicos, los obligaron á "romper" el baile. Pero era necesario que la primera pieza bailable fuera aún seria para que el elemento respetable tomara parte en ella. Era la costumbre.

La orquesta, después del prelude, abrió el fuego con un "Two-Steps" de compases como trancazos. Este no debía ser bailado sino marchado.

El Cashier invitó caravanescamente á la señora Robleda, tan arrogante y tan bella como nunca, y ofreciéndole el brazo la condujo hasta en medio del salón, detrás de ellos siguió Castañeta con la esposa del Cashier, luego el Doctor Tordillo con la literata; la mujer de Castañeta se colgaba del brazo del joven americano de los veinticinco mil dollars. Otro joven Doctor de cara rechoncha y de bigotes chinoscos, daba el brazo á una viudita; el Doctor ha-

cia reír á su pareja refiriéndole historias de color rojo subido y usando el lenguaje y la entonación canallesca que usan los léperos de Guadalajara, de donde era oriundo. Esta era su especialidad en cuestiones de galantería. Después de estos seguía el joven judío con la hija del Cashier, el telegrafista con una de las solteronas y veinte ó treinta parejas más colocadas unas tras las otras simulando una culebra que ondulaba en caprichosas curvas. El Cashier rompió la marcha y tras él siguieron los demás. El buen hombre, como cabeza de aquella culebra, seguía, marchando al compás de la música, las mas imprevistas direcciones. La pluma blanca de su compañera ondulaba erecta y nivea como una oriflama de triunfadora gloria. Sobresalía de todas las cabezas como estandarte heráldico de su propia fuerza de mujer y también como la de la potente fuerza intelectual de su marido, el conspicuo abogado que, como apoderado de la compañía, representaba el capital y por ende el progreso y la libertad y la civilidad y la tranquilidad y la humanidad.

Esto que acudía en aquellos momentos, á la mente del calleresco Cashier, le hizo llamarla, en un arranque de sentimental galantería y refiriéndose á su belleza, á su marido y á su ele-

gancia, "La "héroa" de la Paz" nombre que, al mismo tiempo que sonó como música celestial en los oídos de la Robleda, hace palpitar de emocionante gratitud el corazón de quince millones de mexicanos, por que es el calificativo que le damos á nuestro querido Papá que casi, casi es también, nuestra querida mamá y reasume, pudiera decirse, toda nuestra parentela. Bendito sea él y Dios nos lo conserve por los siglos de los siglos.

Todos seguían las evoluciones que la cabeza de la culebra y la pluma blanca iniciaban. Después de cinco minutos de ir en curva, en línea recta, en contra marcha, en oblicua etc. etc. los muchachos empezaron á aburrirse y protestaron ruidosamente contra la triunfal marcha. Los viejos que habían de ir, volver y tornar se dispersaron sin esperar que concluyera, dejando á la juventud dueña del campo, y la que continuó el "two-step" con ese donaire especial y esa gracia delicadísima que nos ha venido del Norte.

Amados lectores míos, queréis ver el más inespresivo gesto que mejor caracterize la imbecilidad ó la verdadera fisonomía de la estupidez?—fijaos en la cara que ponen los que bailan un "two-steps". Es probable que esto sea

por que toda la inteligencia\* se vá á los pies de los bailadores y la cabeza queda desalojada de la mas noble facultad.

BIBLIOTECA ALFONSO X  
CARILLA ALFONSO X

de cuatro "gringuillos" se habian ya dado de "fights" con los "grissers". El nombre de ellas era Marignano y su padre, un viejo y héroe soldado de Garibaldi que habia llegado á Estados Unidos con su esposa desempeñando un cargo consular de su País, venia de vez en cuando á ver á sus hijas y tornaba á la ciudad americana, fronteriza, donde vivia hacía muchos años.

Mas tarde llegaron los esposos Alvarez; un matrimonio simpático: ella era una cubanita ligera, elegante y airosa; cuerpo mignonado, fino y nervioso; una cabeza noble, coronada por una hermosa crencha rubia peinada artísticamente, ojos verdes, ardientes y francamente espresivos, nariz recta y firme, boca insensiblemente grande, pero tan llena de gracia al espresar verbalmente las ideas, que esto se veia como complemento á su atractiva é inteligente belleza. Su nombre de Luisa trascendia en ella como un ideal y suave perfume de lilas y jazmines ó traía el recuerdo de una pastorcita de Wateau. Aquella noche vestía un traje "plissé" gris-perla sencillo y de exquisito buen gusto.

Toda aquella mujercita se movía en una atmósfera tan atrayente de simpatía á la que na-

### CAPÍTULO III.

Al apoderarse del campo la juventud bailadora, los viejos se retiraron á formar el suyo aparte. Nuevos invitados habian llegado.

Cuatro lindas dependientes de la tienda de la Compañía, muchachas venidas del Tucson hacia poco tiempo y que eran reputadas como elegantes y espirituales bailadoras. Las cuatro vestían con exquisito buen gusto; tres eran hermanas; las tres morenas y con ese brillo especial en la mirada que denota el pasionalismo italiano; eran efectivamente oriundas de la Campiña romana y desde muy niñas venidas á América. Guapas chicas por quienes mas



die oponia resistencia. Educada en Europa, se expresaba con brillante corrección en francés; el inglés era su lengua materna y el español brotaba de sus labios con ese dèjo lleno de cadencia, de gracia y de tropical laxitud, propio de las soñadoras y ardientes meridionales. El Sr. Alvarez, Enrique, como le llamaban sus amigos, un buen chico, bajo de cuerpo, robusto, su cara tenia una espresión simpática, pero en la que era notable una perene sonrisa de amabilidad tan extrema, que más parecia encubrir una gran debilidad de carácter. Hijo de un antiguo diplomático mexicano y creado lleno de mimos y de mal entendidas delicadezas, su carácter se resentia forzosamente de los defectos propios de los hijos de familias ricas de México. Falto de energía, de profunda debilidad moral ante la adversa suerte y siempre esperando la ayuda extraña en los combates por la existencia.

Hacia seis años, su esposa lo habia sostenido siempre en una vida llena de variantes mas ó menos desafortunadas. Desde hacia como un año que trabajaban los dos en la tienda como dependientes, con un buen sueldo, y esperaban en un año más, ahorrar lo bastante para mejorar de vida.

Junto con ellos entraron todavía algunas personas mas. Entre ellas se podian notar dos americanas de edad indefinida, también dependientes de la tienda, las dos iguales, parecian gemelas viejas; secas, altas de cuerpo, duras de cara, de nariz larga en la que se apoyaban unos anteojos tras los cuales unos ojillos grises lo inquirian y lo registraban todo, boca de labios delgados y cerrados como con jareta por lo fruncidos; una de ellas se llamaba Priscila Brown la otra Lucy O'Neil. Se les conocia como muy rezadoras y asiduas concurrentes á la Yglesia metodista y á todos les llamó la atención verlas allí.

El baile se animó con este nuevo contingente que fué recibido con furiosas demostraciones de alegría, que hicieron que Luisa imprimiera en su cara un imperseptible gesto de desagrado. Desde que habia llegado al mineral presenciaba aquellas manifestaciones grotescas pero no habia podido acostumbrarse á ellas.

El Cashier que con Castañeta, el abogado y el Cura se habia refugiado de nuevo en el estrado, abandonó por un momento á sus compañeros y se dirigió á la Sra. Alvarez, saludandola con extremada cortesía.

—¡Ah!! ¡Viejo verde! — dijo el lépero Casta-

fieta — quien lo vé siempre tan sério y tan hipocritón. Miren VV. como la chiquilla si le llena el ojo. ¡¡Por San "Pancho" el de Magdalena!! Si yo pudiera arrimarme ¡¡juum!!!. . . . . No dijo más, pero hizo un gesto tan canallescamente expresivo, que de los ojos bajos de Robleda salió un chizpaso de lujuria. El Curita sonrió beatíficamente.

Castañeta hablaba siempre amablemente con el Cashier pero en el fondo, lo mismo que Robleda, lo odiaban cordialmente y solo la férula del Rey los obligaba á estar juntos. En realidad, á Castañeta y á Robleda, maldito lo que les importaba la tal religión y en el fondo era bien grande el disgusto y la repugnancia que sentían al estar allí; ellos estarían mas contentos en sus burdeles, pero altos intereses los obligaban disciplinariamente, por aquella noche, á tascar el freno y se resignaban. Buenos estaban para andarse con aquellas zarandajas de Knights y de Columbus.!

El Cashier estrechó la mano de Luisa, luego la rogó fuera donde estaba su esposa, haciendo las presentaciones de ordenanza. Enrique Alvarez dejó á Luisa con la esposa del Cashier y se retiró á la sala de espera donde varios americanos comentaban el acontecimiento de aquella

noche y lo mezclaban con planes y combinaciones mineras.

Luisa se sentó junto á la mujer del Cashier y se trabó luego una animada conversación. Hablaban de vestidos, del baile, de los Knights y de religión. A veces el Cashier tomaba sonriendo, parte en la plática.

—No puede V. figurarse, Luisita, como tengo satisfecho mi corazón de cristiana con ésto que acaba de pasar aquí. Tan necesario que es para la pureza de las costumbres el profesar cualquier religión, pero principalmente la católica que es tan sabia. A V. la he visto en la Yglesia algunas veces.?

—Si, Señora. Aunque no vaya muy seguido siempre es grato para mi practicar algo.

—¡¡Oh!! Yo y mi esposo estamos muy contentos con lo que acaba de pasar. El me dice que los Knights of Columbus están estendidos por todo el mundo y el cree que en la República van á echar hondas raíces; tal vez hasta el Sr. Presidente será algún día de los Knights. Mire V., Luisita, yo creo que todo el mundo debe tener religión, la cuestión es que crea en algo.

—Señora—dijo Luisa—lo que me parece extraño es que revuelvan estas fiestas profanas

con la religión.

—Bueno—dijo la Cashier—eso es cuestión de gusto. Se puso un poco seria por la observación, pero luego añadió:—El Sr. Cura con permiso del Illmo. Sr. Obispo, está autorizado para que se celebren estas reuniones y, V. comprende, ellos saben mejor que nosotros estas cosas.

—Señora—explicó Luisa comprendiendo el disgusto de la Cashier—esto es extraño para mí por que no lo he visto antes, pero en realidad es agradable y estoy contenta de que sea así.

—Donde ha vivido V. antes?—le preguntó.

—He viajado mucho, Señora—dijo con placer Luisa—Muy joven casi niña estuve en Quebec, en la Universidad. Tres años después, mi padre me mandó á Paris, donde estuve como cuatro años. ¡Oh!! Fui muy feliz entonces. En Inglaterra viví cinco años con una hermana de mi madre que me quería con todo el alma. Puede V. creer, Señora, que he sido muy feliz, muy feliz en mi vida. Mi tia Hattie, la hermana de mi madre, era la mas dulce de las mujeres y yo era su ídolo. Ahora en estos tristes tiempos, cuando algo sufro, el recuerdo de mis días de dicha me dá fuerza para soportar los días sombríos. Estuve en Italia con mis

padres, tía Hattie no quería separarse de mí y nos acompañó en este viaje. Yo no puedo explicarle á V. Señora, lo hermoso que es aquél País. Feliz, feliz, tan feliz como nadie puede serlo lo fui yo — hablaba enardecida por el recuerdo, con dúctil locuacidad, que la hacía enrojecer la cara y brillar sus ojos por la pasión que despertaban en ella los recuerdos. La Cashier estaba pendiente de sus labios y se sentía invadida por la simpatía que, como dominio, estendía sobre ella la mujercita. El Cashier la miraba con una tierna expresión de cariño que le habia trasformado la fisonomía. El Cashier era á veces un verdadero buen hombre pero esta bondad efectiva que solía presentarse de vez en cuando, era ahogada en él por la pasión del "money maker" que soplabá fríamente este inútil sentimiento que, como todas las delicadas facultades del espíritu deben ser borradas de las gentes de gobierno y de las de finanzas. En los primeros será la conmiseración que les impedirá practicar los honrados fusilamientos que tan sabrosa y periódicamente practican y en los segundos, les obligaría á ser honrados, cosa estúpida en grado supremo.

—España prosiguió Luisa—es la tierra de la vida novelesca. ¡Son tan amables las españo-

las y tan francas y hay tanta, tanta alegría y tanta luz en aquella tierra! Yo quiero mucho á la gente española, de España, nó á la que ha hecho sufrir tanto á Cuba. Me parece que las gentes á quienes traté en España son bien distintas de las que he conocido en mi País.

—Precisamente, como son aquí los americanos. Vea V., éstos son burdos y mal educados, muy diferentes de los que uno conoce en Estados Unidos. Yo nó sé por qué será. Tal vez se atonten luego que salen de su País—dijo la Cashier.

Luisa sonreía con agrado, pero el Cashier nó era de ese parecer, por que cambió su cara de espresión y viendo á los bailadores dijo:

—VV. no bailan?

—Hijo. Ya estoy vieja para eso—le contestó su mujer.

—V. ha viajado? Señora—le preguntó Luisa comprendiendo sutilmente que el Cashier no quería empañar la escrupulosa delicadeza de los “gringos” y procurando llevar la conversación por otro lado.

—Yo? Yo he vivido en Chihuahua y conozco El Tucón y Los Angeles, pero me dá dolor de cabeza cuando me encuentro entre mucha gente y prefiero estar en mi casa aquí, contestó la

interpelada.

La música seguía entretanto con los furiosos “two-steps” que al ser bailados hacían poner cara de tontos á los bailadores. El entusiasmo “crescendo crescendo.”

—Está Vd. contenta aquí?—preguntó la Cashier á Luisa.

—V. comprende Señora, tengo que aceptar mi situación y en lo que cabe estoy contenta. Se trabaja algo pesado, pero mi esposo y yo hemos ahorrado algo y es probable que en cuatro meses más nos vayamos á México, donde la familia de Enrique, que es de influencia, puede conseguir algo bueno para él.

—Es muy buen propósito—dijo el Cashier notablemente preocupado.

—Diré á VV. la verdad—dijo Luisa—estoy cansada de vivir en un medio social en el que no estoy acostumbrada á vivir. Mire V—y se dirigía á la Señora—los dependientes, mis compañeros, tanto mexicanos como yanquis no son personas muy refinadas y sobre todo ..... no concluyó la frase como si le apenara decir lo que pensaba.

—Yo. Por mi parte pienso lo contrario dijo la Señora—pues me parecen muy galantes y muy finos. Es verdad que algunas veces se a-

treven..... no diré que nó, pero ésto no tiene importancia. Además son muy divertidos y á veces son tan chistosos con sus historietas.....

Luisa sonrió con imperceptible ironía y luego siguió:

—Algo que me desagrada á veces profundamente, me pasa desde que estoy aquí. Es una sensación de miedo y de pena que suele ponerme hasta enferma. Me parece que es un presentimiento ó como una desconfianza—al decir estas palabras rápidamente su fisonomía había dejado de mostrar el agrado y se tornaba trizte. —Cree Vd. en los presentimientos?—preguntó al Cashier.

Este se sobresaltó con aquella pregunta y tartamudeó algunas palabras que indicaban que no tenía especial idea sobre el particular.

—Tonterías. Hace mucho tiempo que no soy muy exigente en cuestión de felicidad—continuó Luisa—pero nunca me he sentido tan infeliz como aquí. Pasan por mí algunos días verdaderamente sombríos y deseo, ansío, cambiar esta situación.

La música seguía compaseando ferozmente los melódicos! "two steps."

En este momento pasaron por frente á los

conversantes las italianas y las tres simultáneamente se inclinaron para besar cariñosamente á Luisa.

—La quieren á V. mucho ¿Verdad?

—Sí, son buenas amiguitas mías.

—Tuviera V. la bondad de decirme, cuanto tiempo tiene V. de vivir en la República?—interrogó repentinamente el Cashier.

—Unos cinco años, casi desde que me casé—contestó Luisa, extrañando un poco el modo de preguntarle el Cashier.

—Bueno. Bueno. Pero la cuestión es saber si V. es mexicana —el Cashier preguntaba con ansiedad y como impaciente por saber la contestación.

—Naturalmente. Mi marido es mexicano y yo lo soy también por que tengo que seguir su nacionalidad.

—Pero su familia, la de V., es mexicana?

—No, Señor. Mi padre era francés de ciudadanía americana y mi madre inglesa.

A Luisa le extrañó sobre manera aquel interrogatorio tan fuera de ocasión, pero no se detuvo á pensar sobre el particular y por lo pronto no se preocupó por sacar deducciones de aquello. En cuanto al Cashier, como si hubiera ya concluido su negocio, pidió permiso para se-

pararse de allí y se dirigió á hablar con Castañeta.

Luisa se distrajo luego al contestar la pregunta que le hacía la Señora respecto á sí acostumbraba confesarse.

—Una vez al año.

—Será bueno que lo haga V. mas seguido.

En ese momento se acercó la hija del Cashier y sonriendo, con su estraña sonrisa, dijo:

—Mamá. Hazme favor de ver como está esta falda por detrás. Creo que se me ha roto—la joven venía cogida del brazo del joven judío Arnold.

En el furor del "two-step" se le habían caído algunos broches de la falda. Luisa, diligentemente, compuso en un momento el desperfecto y la joven siguió adelante empeñada en el baile y sonriendo, sonriendo.....

La música anunció un wals. El Doctor Tordillo se acercó al lugar que ocupaba Luisa invitándola á bailar y ambos se lanzaron al torbellino del baile.

El Curita se había retirado, llevando en su evangélico corazón toda la sublime santidad de aquella noche, dulce y sublime como el beso de la mujer amada.....

En otro extremo del salón, el Doctor de los

bigotes chinescos en unión de Arnold, el judío mayor, platicaba con algunas muchachas, entre las que descollaba la viuda que ya conocemos; tres ó cuatro solteras y una respetable mamá llamada Doña Teodosia (Torosia le decían las gentes) Eran las dos de la mañana y el "lunch-champagne whiskey, surtía sus efectos

El Doctor de los bigotes chinescos contaba ahora chascarrillos capaces de ruborizar á Castañeta, su voz era mas aleperada y aquello surtía un efecto que se traducía en carcajadas á todo trapo, lanzadas por el femenil corrillo. Doña Torosia, francota, corpulenta y ranchera fronteriza, reía de un modo que hacía temblar la casa.

Hubo un momento de silencio mientras se sorbía en pequeños tragos el champagne traído galantemente por Bigotes Chinescos. El joven Judío mayor hablaba en secreto con la viudita, como tratando de hacer creer á los demás que le estaba dirigiendo palabras de amor (asi hablaba siempre á todas aquellas chicas) la viuda no contestaba; él viendo esto, le dirigió la palabra en alta voz pero con marcada modulación de afeminado marica:

¡¡Ay!! ¡¡Ay!! Güerita—(asi la llamaban en confianza sus amigas) —Pero que repugnantita

BIBLIOTECA DE LEÓN  
"EL PRINCEPE REYES"  
1925 MONTERREY, MEXICO

se está haciendo V. ¡Válgame Dios! eso ya pasa, ya pasa, ya ya pasa.

—Por qué? Arnold. Dígame. Por qué?

—“Pos” que cree que no me ñjo en que ya no quiere decir palabra. ¡Está bueno! ¡Está bueno!

Háblale. ¡Por Dios! Güera—dijo Doña “Torosía.”—Dile algo, aunque sea que es chulo, chulísimo.

—Eso dígaselo Vd. Doña Torosía,—le insinuó la Güera.

—Y por qué no se lo he de decir pues? ¡Ay!! ¡Ay!! ¡Cómo es lindo. Papasito lindo!—dijo la viejaza aquella y al mismo tiempo le cogió la cabeza, lo atrajo hácia ella y le chupó la boca en un espasmo salvaje y descarado de lujuria. Bigotes Chinescos lanzó una careajada que era un alarido.

Doña Torosía chupaba la boca del judío y repetía la operación. Luego le habló al oído como queriendo decirle algo en secreto pero que todo el mundo oía:

—Mira . . . . . Esta noche . . . . . sabes? Esta noche . . . . . Vas, he? Yo te esperaré. . . .

—El Judío se reía y sus manos tocaban indecorosamente á la vieja, sin cuidarse de los demás, los que reían gozando con aquel diverti-

miento extra-lascivo.

Los dos jóvenes judíos Arnold habían llegado al Mineral procedentes de la Sierra hácia poco tiempo. Al principio habían sido mal aceptados por que la emprendieron luego en negocios de burdeles asociándose comercialmente con mujeres que los regenteaban, pero como ésto les dejara magníficos rendimientos, el éxito les abrió las puertas de aquella buena sociedad. El Judío mayor era el capitalista en aquellos negocios y los buenos miles de duros que se había ganado y sus escepcionales aptitudes políticas empezaban á llamar la atención. Formaba ya parte del H. Ayuntamiento y no tardaría en que fijaran en él sus miradas, tanto el Rey como el Gobernador y el valiente militar Jefe de aquella Zona para escojerlo como futuro Presidente Municipal del lugar, cuando el Cashier cumpliera su periodo y fuera necesario, acatando nuestras sabias leyes, elegir democráticamente otro Presidente Municipal, justamente como cada cuatro años tenemos el gran placer de elegir y reelegir á nuestro adorado Presidente de la República. Exactamente el mismo, el mismo caso.

Ahora la música tocaba unas cuadrillas y dos filas laterales de bailadores se preparaban á las

evoluciones simbólicas de ese baile.

Todos hablaban en voz alta. El champagne á pasto brillantaba los ojos y las miradas lujuriosas de ellos penetraban en ellas hasta no se donde . . . . .

Los Alvarez y el Cashier se habían retirado escandalizados de lo que allí pasaba, á pesar del sincero placer que debía causarle al Cashier aquella obra suya.

De vez en cuando se escuchaban gritos salvajes lanzados por los bailarines que eran coreados alegremente por las muchachas.

La música de las cuadrillas y sus evoluciones dan idea de un baile primitivo por más que se le quiera hacer caballeresco, y naturalmente las gentes se vuelven primitivas también. Al ejecutar las marchas se apretaban las manos libremente y algunos aprovechaban el tiempo esperando á su pareja para estrechársela con toda efusión y fuego.

Un muchacho que bailaba con una chiquilla de quince años había logrado que ésta lo besara. Primero lo hicieron disimuladamente pero ya después lo hacían sin cuidarse de nadie prolongando los besos, chupándose lascivamente las bocas hasta fatigar los labios por el esfuerzo de la succión.

Castañeta se había reunido á su "conyugüe" y le platicaba, enardecido lúbricamente por los recuerdos, la práctica de sus mutuos amores, en sus tiempos juveniles. Algunas veces ella le pegaba con su abanico en la cara.

Una de las solterones Rosas, se acercó á ellos. Era una jamona alta, de exageradas caderas que golpeaban el vestido al andar, en un ritmo lúbrico é incitante como una invitación de hembra ardiente; de abultados senos y que miraba de un modo azás provocativo.

—¡Allí viene la Chole! Vieja, mírala, parece toro en plaza. ¡¡Ah!! ¡Hija!—prosiguió dirigiéndose á ella—Si vieras "pa" lo que me "cuadras?"

—"Pa" qué? Tío.

—Mira. Se lo voy á decir á la Vieja y ella que te lo diga.

—Vames á ver—dijo Chole.

Castañeta le habló á la vieja en secreto y al mismo tiempo metía sus manos entre sus propias piernas y se las restregaba picaramente. A la Vieja le brillaban los ojos con lujuriosa malicia.

—No. No se lo digo—exclamó la Vieja después de oír el secreto.

—Sí, tía. Dígamelo—suplicó, con fingida y



traviesa ansiedad, la jamona.

—A ver. Arrímate, pues,—le habló al oído durante un momento ocultando las dos caras con el abanico abierto, luego inspirándose la muchacha en la misma picardía del viejo, le dijo:

—Eso? Eso quisiera Vd. pero ya no puede, ya no puede. Újule.—y se reía con todas sus ganas.

—¡Anda! ¡Anda! ¡Bribona! Si quieres haremos la prueba y verás... Te gusta?

La muchacha rió más todavía. El viejo se había puesto de pie y se repegaba desvergonzadamente á la muchacha á quien hacía mucha gracia aquello y también procuraba unírsele más estrechamente.

—¡Erria!! ¡Viejo lépero!!—le dijo su mujer y lo iba á retirar cuando pasó el abogado Castro ya bien repleto de champagne, de lunch, de whiskey, de bacanora & & &.

—¡Guajáy!!! ¡Guajáy!!! ¡Andale Castañeta ¡métele al menudo que ya se acaba!!—le gritó con todas las fuerzas de su gaxnate.

A Castañeta no le gustó el dicho del abogado y le contestó con una asquerosa insolencia; aquello hizo reir más á Castro pero se retiró prudentemente temiendo las "trompadas" del Juez.

Los músicos soplaban barbaramente los "two

-steps" pero ahora ya no se bailaban al estilo americano sino que cambiando de nacionalidad adoptaban la cadencia, furiosa, algunas veces, y otras llenas de la lánguida laxitud de los bailes árabes.

Repentinamente, entre la algazara general que ya había llegado al período álgido, se escuchó el chasquido que produce la mano al pegar estendida en la cara, seguido por un grito femenino de dolor. Se comprendía que la cachetada había sido "bien dada," como se dice en términos de pleito. Se interrumpió el baile y la música y se formó un corro de todos los asistentes alrededor de un grupo formado en medio del salón por un joven como de veinticinco años que acompañaba á una muchacha como de veinte, delgada, con una delgadéz casi rayana en raquitismo; lloraba amargamente y se cubría con el pañuelo el carrillo izquierdo enrojecido por la cachetada, que tan sonoramente se había escuchado. Enfrente de ellos un muchacho como de veintidos años, robusto y con cara bestial, contraía todavía furiosamente el entrecejo; era el que había "pegado" la cachetada á la muchacha raquífica. Esta, que era su novia, bailaba con otro y esto había motiva-

do la "cachetada". El ofensor se llamaba Pablo Rubín y era hijo del Comisario de Policía del Mineral. El corro que formaban los concurrentes rodeaba á las tres personas que hemos descrito. Todos hablaban en alta voz é inquirían lo que había pasado, aturdiéndose unos á otros. El mismo padre de la muchacha se encontraba allí, pero la cuestión era árdua de resolver para aquellas gentes por que decididamente el temor al padre que, como hemos dicho, era el Señor Comisario, les impedía castigar al miserable y todos fingían no entender lo que había pasado. El padre de aquel briboncillo estaba allí también; un hombre gordo, cara de asno que cuando hablaba lo hacía antes que su cerebro concibiera algo, preguntaba también; fingiéndose más estúpido de lo que era en realidad.

—Queeeeeee ..... paaaaaasa. Que haaaaaa pasaaaaado preguntaba.—naturalmente nadie contestaba por que era innecesario hacerlo. Luego se dirigió al muchacho:

—Que haaaaaaaa paaaaasaaado puuuuues? Paaaaaabliiiiiiiiito.

—¡Qué le importa! ¡Viejo vaina!—le contestó el "macho" aquel poseído de el más profundo y filial respeto.

Todavía el furor embargaba al muchacho cuando se acercó al grupo un americano de los bailadores y rápidamente se informó de lo que había pasado y sin esperar más, agarró brutalmente al Pabliiiiiiiiito por el pezcueso obligándolo á agachar la cabeza, lo impulsó bárbaramente de un puntapié tremendo que le atizó por la trasera, arrastrándolo fuera, cruzando todo el salón y oprimiéndole con mano ferrea. Todos callaron. El padre abrió el hocico queriendo hablar pero se le atravesó el bozal. Siguiéron por la sala de espera y por fin en el vestíbulo de las escaleras lo lanzó al suelo. El canallita se levantó y pronunció entre dientes un —God dam—Entonces el Yanqui "agarrándole" de los cabellos le dijo en inglés:

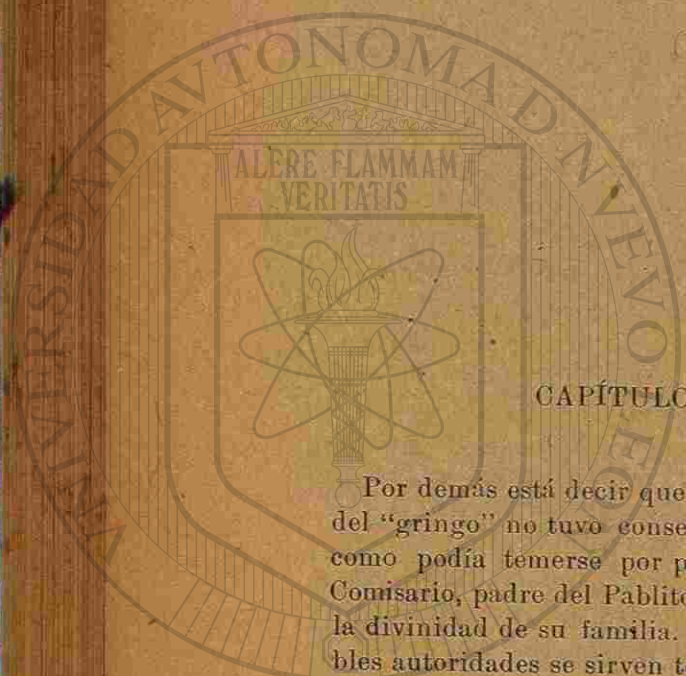
—You get away, and if you do not keep your words to yourself I will break your head. Understand? ¡Damn'd bastard!

El Paaaaaaablito bajó la escalera acobardado

La inauguración del Salón de Cabildos y de la noble y caballeresca y cristiana asociación de los Knights of Columbus había sido cerrada con el consabido "broche de oro."

CAPILLA ALFONSENA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



#### CAPÍTULO IV.

Por demás está decir que la brillante acción del "gringo" no tuvo consecuencias ningunas, como podía temerse por parte del Exmo. Sr. Comisario, padre del Pablito, por el atentado á la divinidad de su familia. Nuestras respetables autoridades se sirven tener algún respeto á los puños fuertes y á los caracteres resueltos y resulta de ésto, que muchas veces se arregla mejor un asunto pateando la venerable personalidad de un Señor Gobernador ó de cualquier Jafecillo Político, que teniendo justicia. No aconsejamos á nadie que emplee esta clase de argumentos por que hay otros más elocuentes todavía y es el de tocarles la delicadísima sensi-

bilidad que nuestras queridas autoridades tienen, tratándose de dinero. Esta sensibilidad la sufren, desde el Viejo Idolo que administra la felicidad de los dichosos mexicanos, hasta el último policiaco que se vende por una copa de mezcal. Todos saben la galantería de nuestro valeroso y glorioso y anticuado y senil Cacique, hacia los millonarios; los idolatra, los ama con entrañable y profunda pasión, en cambio á los proletarios los quiere tanto, tanto, que los despacha á gozar de su Divina Magestad, cuando tiene oportunidad. Que grande felicidad embarga al autor de esta novela al escribir sobre estas cuestiones tan sublimes, tan llenas de honda ternura ¡¡oh Dios de los Ejércitos!!! Conserva, conserva muchos años á nuestro viejecito querido y amado.

Entre los asistentes al baile se recordará la presencia de Priscila Brown y de Lucy O' Neil. Poco tiempo permanecieron ambas allí y solo cruzaron algunas palabras con contadas personas. El Cashier les dirigió algunas atenciones y las invitó á tomar una copa de champagne; dos veces hablaron con Luisa y se fijaron con marcada atención en ella. Luisa les contestaba sus interrogaciones con una delicadeza no exenta

CARILLA ALFONSINA

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

de ironía y ellas, después, de haberle hablado, se secreteaban. Una vez Priscila elogió á Luisa el traje que llevaba aquella noche y le preguntó si tenía mas vestidos de la clase de aquel.

—Si tengo—contestó Luisa.

—Oh! Vd. debe tener también preciosas alhajas?

—Vean VV. las que traigo puestas. Me agradan mucho las alhajas y estaría contenta si tuviera más.

Luisa acercaba á ellas su cara para que pudieran ver de cerca las magnificas “dormilonas” que pendían de sus orejas.

—Son recuerdos de mi madre. Creo deben tener mas de trescientos años en poder de mi familia.

Luisa daba detalles sobre la procedencia de las piedras preciosas con ese afán característico de la feminidad.

Las tias se retiraron luego del baile despidiéndose solo de Luisa y escandalizadas en su fanatismo de protestantes por lo que pasaba allí

Al día siguiente, Domingo, todo el mundo pudo dedicarse al descanso. Luisa había llegado con su esposo á la pequeña casita de madera que ocupaban y en vez de acostarse se puso

á hacer té para reponerse un poco, con la bebida, de las fatigas de la desvelada. Un cansancio extraño en ella, cansancio de la vida, la invadía desde que había llegado al baile aquella noche y que ahora se acentuaba con más fuerza aunque todavía indeterminado.

Enrique, luego que llegaron, se desnudó y se tendió en el lecho, á los pocos minutos dormía profundamente y su respiración acompasada y tranquila hacía mas notable la quietud que rodeaba á Luisa. Debilmente interrumpía el silencio ó la rítmica respiración de Enrique, el hervir de el agua de la tetera. La luz de la madrugada se debatía sutilmente como en debilísima lucha, con las brumas de la noche que todavía imperaban sobre las cosas y penetraba en oscuro claror al travéz de las vidrieras de la estancia. Luisa se había despojado del traje de baile y vestía una camisa de noche sencillamente adornada con encajes, su cuerpecillo nervioso y fino, dejaba traslucir á la luz de la lámparilla de alcohol en que hervía la tetera, el color rosado de su carne llena de intensa vida. Sentada en una mecedorita, los pliegues del ropaje se doblaban en su piel como una vestimenta escultural. Su pelo suelto caía ondulando por su espalda y en su despejada frente, una

CAPILLA ALFONSINA

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

onda que hacía más luminosa, con su sombra, la luz de sus ojos verdes, grandes y ardientemente expresivos.

Sentada junto á una mesita de laca chinesca, cuidaba distraídamente del cocimiento de la bebida.

Algun pensamiento doloroso y tenáz debía preocuparla; lo indicaba el entrecejo contraído y la vaga inmovilidad de su mirada. En su cerebro, pugnaba, por tomar forma una idea que germinaba en miedo, en terror vago, indefinido é inconexo. Hacia ella esfuerzos inconcientes para darle forma exacta y perfilarla en formas perceptibles y ciertas pero parecía que en las tinieblas en que se esfumaba apenas, vibraban también otras ideas, en embrión también, y en las que la vida del verbo palpitaba con mísera energía. Trataba de acoordinarlas y darles el ropaje concreto de la forma sensible y determinada, pero el esfuerzo vano é involuntariamente contrario, disolvía, ahogaba en profunda é insondable sombra, las oscuras é indecisas imágenes de aquel embrión.

Hubo un momento en que el corazón más sensible que el tubo nervioso, tuvo un enfriamiento; el miedo penetró en él como una sutil ráfaga precursora de desgracias. Se sintió dé-

bil, con infantil debilidad femenina. Echó sobre su marido una mirada imploradora de auxilio, que pedía protección, ante el presentimiento de un peligro adivinado, desconocido y al verlo en aquel abandono de su sueño, laxo, sin nervio y casi sin alma, vió también su pasado de vida marital, en la que, unida á aquel hombre tan débil, había tenido que resistir ella sola por los dos, todas las contrariedades de la existencia, levantándole siempre, soportando ella el peso de sus irresoluciones, luchando con él para darle ánimo al vacilar y resistiendo siempre la carga de la responsabilidad, cuando él sufría los fracasos naturales y consecuentes de su enferma idiosincracia. Ahora se vió sola ante aquella sombra funesta que apretaba su corazón; se vió más sola que nunca, se sintió abandonada, débil; sus brazos flojamente cayeron sobre los de la silla, su cabeza se inclinó sufriente y abatida y la sombra del dolor que presentía, intensándose en su pecho, lo hinchó al dilatarse en una expansión de pesadumbre, escapándose por su garganta en un sollozo y subiendo hasta sus ojos empujó dos lágrimas.

El primer rayo de sol penetró por la vidriera y

reflejo en sus cabellos rubios, nimbando las sutiles puntas de fina pelusilla que sobresalían en su ondulante creneba. El sol disipó las brumas de la madrugada y puso en vibración la vitalidad adormecida por la noche y que renacía en la madre tierra al contacto de aquel rayo de luz y de calor que estendiéndose por todas partes invadía suavemente las cosas haciéndolas desperezarse y penetraba al alma universal en efluvios que infundían la eterna actividad de lo que existe.

Luisa concluyó el cocimiento de la bebida, la apuró en rápidos sorbos, corrió las cortinillas de la ventana, después se hizo campo en el lecho y se abandonó al descanso del cuerpo y á la reparadora inercia del alma.

\* \* \* \*

La casita en que vivían Luisa y Enrique estaba compuesta de dos piecitas de madera. Una servía de recámara y la otra era utilizada para cocina y era también donde guardaban los baúles, la ropa de lavar y una multitud de objetos de pequeña utilidad. Esta pieza le servía á Luisa para lavar la ropa, cuando salía de su quehacer. Por lo regular ella hacía el desayuno y la cena y comían, al medio día, en una

fonda.

La recámara, que les servía también para recibir á las personas de mucha confianza que los visitaban y en la que apenas había espacio para sentarse, estaba ocupada en gran parte por la cama, mueble de madera de encino de alta cabecera, amplia; almohadas cubiertas por fundas adornadas de encajes y cubre-cama de raso de algodón de artísticos dibujos "renacimiento."

A un lado de la puerta de entrada, unas cortinas de cretona disimulaban el guarda-ropa. Al otro lado, sobre una pequeña repisa, estaban los boletos que servían para comprar la leche, la carne y los demás comestibles. Todo esto arreglado con cuidadosa minucia. Pero donde se desplegaba un derroche de esquisités y buen gusto á prueba de crítica, era en las mil naderías que adornaban las paredes de la estancia. En una tabla angosta, á guisa de consola, que corría á lo largo de la pared, estaban colocados en armónico "pendant," pequeños "bibelots" chinescos representando graciosos y panzuditos Budas. Mandarines microscópicos, de ojillos alegres y estirados hacía arriba de las sienes, iluminaban sus carillas con una sonrisa de felicidad perene, enigmática y beatífica de Diosesi-

tos. A su lado unos bebés de cabecillas redondas, rosadas, casi calvas, con un flequillo de pelo rígido y convexado sobre la frente, de rostros radiantes de dicha y próxima ha hacer estallido la pletórica alegría infantil que los animaba.

Un caballero celestial de anteojos circulares, de bonete adornado con una pluma mandarinesca de pavo real, se cubría con una sombrilla del vuelo de una pezeta, la que sostenía en una mano, en la otra vacilaba un abanico de nacarados colorines y se inclinaba en ceremoniosa reverencia ante una damisela también de sombrilla, ataviada con un peinado microscópicamente monumental, atravesado por alfileres de marfil; la piel de su carilla parecía res-tirada por la tirantéz del cabello ordenado hácia atrás al formar el peinado. Debía ser alguna Emperatriz por el rostro tan lleno de inocente y soberana y profunda calma y ativéz.

En una cornisa dominaba un espejo ovalado, portátil, de tocador. Sirviéndole de marco se enroscaba en su borde un Dragón, cuyas garras pugnaban vanamente hincarse en el cristal y solo se apoyaban en él crispadas en un espasmo nervioso de tremenda cólera. Su cuer-

po escamado acurvaba su lomo, erizado de apófisis espinosos, siguiendo el recorte ovalado del cristal y su cabeza, irguiéndose furiosa, avanzaba hacia adelante, amenazando devorar; de ojos llameantes y furibundos, abría sus fauces espantables, erizadas de filosos dientes; se abrían sus mandíbulas como si dejaran escapar del fondo de su garganta infernal, ese hálito magnético de las serpientes; las grandes púas retorcidas y bravas de su bello superior, unas se erectaban hacia adelante y otras alcanzaban el reborde del cristal donde se enroscaban como las guías de la vid.

Formando guardia al espejo, había un híbrido conjunto de personajes: Un mosquetero de porcelana, de formidable chambergo; las puntas del retorcido bigote hacia arriba petulantemente, de mirada atrevida y valentona, la dirigía de soslayo á una muñequilla de pies descalzos; un lienzo azul á rayas blancas envolvía en "refajo" su cuerpo; cotoncillo café, cubría su pecho dejando los brazos desnudos, su carita era morena, en postura humilde, sus brazos estendidos hacia adelante sostenían en sus manos una media calabaza casi llena de un licor blanco. El objeto de las miradas del mosquetero era Xochil.

Un guerrero japonés, un Samurai, se apoya-

ba en sus piernas abiertas, robustas como las de un buey, con un gesto de espantosa cólera impreso en el rostro de bigotazos caídos y de mirada fulgurante: sobre sus hombros se alzaban las escamas de laca de su armadura y sus piernas rígidas se cubrían con defensas de guerra de la misma laca. Enfrente á él, dos pastorcitas Luis XV., con sus cabecillas inclinadas coquetamente á un lado, miraban provocativamente á dos "incroyables" almibarados que con galante desdén, adoptaban la postura de un piso de "minuet." A un lado se erguía una jarra cuya superficie imitaba una onda marina y en la que sobresalía nadando una sirena "art-nouveau."

Se interrumpia la cornisa, para seguir un poco mas alta, una peña que soportaba una pequeña escultura bizantina recogida en alguna vieja Iglesia. Era una artística y bellísima muestra de alto valor, del arte vigoroso y lleno de simbolismo de los tiempos del Imperio Romano de Oriente, representando una virgen cuyo cuerpo cubrían estrechas vestiduras coloreadas de oro y azul brillante y viejo. A su lado, como si siguiera el orden retrospectivo del tiempo, un conjunto de columnitas dóricas, como una reminiscencia del arte griego, se er-

guían ostentando la belleza inmortal del génio que encerró en mármoles los supremos ideales de la inteligencia humana. El marmol de aquellas columnitas era extraído de las canteras de Paros, la misma piedra en que Praxitéles y Fidias dieron forma á sus Dioses y á sus Héroes.

Había cuadritos, copias de pintores célebres. Una virgen de Murillo se envolvía en su amplio manto como si fuera un pedazo de cielo. Un "Worn out" (cansado) de Tom Feed, lleno de inmensa tristeza: El pobre viejo bohemio fatigado de tocar su violín por las calles, llega á su misera bohardilla, acuesta á su nietecita en el frío camaranchon después de cenar la parca pitanza, dejando á los ratones que asustan á la pequeñuela, la tarea de limpiar la burda escudilla; él se echa sobre un desvencijado sillón y ostenta en su rostro arrugado, gastado por el hambre, envejecido y curtido por el eterno infortunio, la dejadéz absoluta del desánimo. Su mano se apoya en el camaranchón, mano sin fuerza, exangüe, moribunda y la chiquilla duerme profundamente, los dos duermen y ella se afianza, se abraza con todas sus fuerzas, á la mano del viejo; con la pasión egoísta de una vida que empieza, que quiere imperiosamente fuer-

CAPILLA ALFONSO X

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



zas y que las pide á la vida que acaba, que se vá.

En un fondo de dorado crepúsculo se destacaban los dos aldeanos del "Angelus" de Millet. Una preciosa acuarela auténtica de Ramos Martínez, que representaba la torre ruinosa de una Iglesia, radiaba, su brillante colorido y la rica y poderosa variedad de sus matices, en tonalidades que brotaban del cuadrado en radiaciones imperadoras, llenas de vida y que se dilataban suavemente en la atmosfera que rodeaba el "asunto."

Retazos de seda sin valor comercial, formaban tapices en la superficie de las paredes. Un zape del Saltillo de brillantes colores en rombos y cuadrilongos servía de "portier." La lámpara que pendía del cielo, al lado de una enorme sombrilla chinesca de papel que casi cubría la cama, estaba cubierta con un velador del que colgaba, formado círculo, un fleco de encajes y listoncillos, como vaporosa espuma en la que la luz fingía coloraciones y brillos como si reflejase en las facetas irisadas de un crepúsculo nebulado.

Había colgaduras que parecían ocultar misteriosos y diminutos retretos; rincones donde un par de duendes en compañía de Puck, habían

de combinar con su consejo, sus picarescas truhanerías. Un divancito, á un lado de la ventana, debía servir para que dialogaran sus románticos amores el Caballero Jázmin y la Princesa Rosalía. Una cajita de arte japonés en cuya tapa niveaba el Fushiyama, colocada bajo la mesa en la que se servía el té, debía contener todos los personajes de la Ciderela en espera del conjuro que había de darles vida. El polichinela colgado de una cortina dislocaba sus piernas; sus brazos pendían por su espalda y de su cara emergía la nariz rojiza en "pendant" con el travieso guiño de sus ojos.

En una rincónera, un cuadro de metal encerraba el retrato del padre de Enrique; el viejo diplomático, adusto, de cara morena y llena de energía. La madre de Luisa en otro cuadro; una Señora algo gruesa; en su rostro la belleza se detallaba en todas sus líneas y la energía se demarcaba en una expresión de bondadosa altivez y de sólida fuerza. Algunos retratos de familia y de amigos se intercalaban con cuadros ó con juguetes.

El piso estaba cubierto con deshechos de alfombras pero tan inteligentemente combinados en sus uniones, que al formar tableros se mardaban los colores fecundando en armonía de

tonalidades su artístico conjunto.

En todo aquello se notaba el gusto refinado y exquisito de una alma femenina superior. La mezcla armónica y delicada de tantos objetos y el ritmo del colorido y las proporciones, hacían brotar del conjunto una suave vibración luminosa que fingía la perspectiva de caleidoscopio de refrangibles y vagos contornos, impresionando tan alhagadora y dulcemente la visión, que las ondas sensoriales propagándose gratamente en las sinuosidades del cerebro, inundaban los sentidos, simulando muy confusa y suavemente las indefinidas modulaciones de una música de ensueño . . . . .

La otra pieza, como hemos dicho, servía para guardar la ropa y lavarla. Dos grandes baúles, dos cajas de madera y dos ó tres sillas con un lavadero de metal y una estufa, completaban la existencia.

\* \* \* \*

Serían las once de la mañana, cuando Luisa despertó. Todavía se sentía algo triste pero á poco, al disiparse las brumas del sueño, se sintió en buena calma y saltó ligera del lecho. Enrique siguió durmiendo, pero un momento

después, los dos comían en la mesa de la pieza interior y ella se entregaba á una de sus charlas risueñas, infantiles y en las que, de vez en cuando, brillaban pensamientos llenos de luz ó brotaba la frase chispeante y espiritual que caracterizaba su genio de mujercita buena é inteligente.

Enrique bostezaba aún y escuchaba maquinalmente á Luisa sin parar atención ni en sus palabras ni en los gratos mimos que le prodigaba como una costumbre que creaba en ella la necesidad de querer, de vivir enamorada.

Al concluir de almorzar, Enrique se levantó desperezándose y ella permanecía sentada queriendo retenerle y tratando de hacer mas atractivo su charla para interesarlo en ella.

—Si. ¡Hombre! Lo que yo te digo es lo mejor. Todavía los amigos de tu papá tienen buena intención de ayudarte y te ayudarán. No lo dudes.

—Bueno y mientras consigo lo que tu quieres, que hacemos?

—Nos iremos de aquí á México. Con lo que hemos ahorrado podemos vivir cuatro ó seis meses á más de lo que tienes que darle á tu mamá para sus gastos. Yo entretanto puedo trabajar para ganarme algo y en ese tiempo, es-

BIBLIOTECA ALFONCINA

toy segura, que conseguirás un empleo consular, no importa para donde, pero será siempre un magnífico principio.

—Tu crees —le dijo con cierto fastidio Enrique— que todo es cuestión facilísima y que solo con pedir el empleo ya se tiene conseguido?

—¡Por Dios! Enrique—interpeló ella—siempre que hemos hecho algún esfuerzo para mejorar, tú te has llenado de desconfianza y sin embargo, no nos ha ido mal. Yo tengo la seguridad de que al pedirle una posición á D. Ignacio (se refería insinuativamente al viejo Ministro amigo del padre de Enrique) él te la dará, será cuestión de algún tiempo, pero te la dará yo estoy segura. Mira—añadió mimosamente—podemos irnos á la América del Sur. A la Argentina. Tengo tantos deseos de conocer aquellos países, dicen que allá quieren mucho á los mexicanos. Allí será el comienzo de tu carrera. Ya ves, yo puedo ayudarte. ¡Oh! si pudieras ser Cónsul, yo podría arreglar nuestros asuntos diplomáticos perfectamente á conciencia. Sr. de Alvarez, estudiaré Derecho Internacional y hasta Volapük, para dejar contento al Sr. Ministro, con nuestras funciones consulares. Que le parece á V. Excelencia, Sr. Embajador de la República Mexicana?

—No seas tonta. Tu siempre soñando sin que te llame la atención lo que es práctico.

—Mira, hijo. Creo que es bastante práctico trabajar once horas diarias, ganar lo que ganamos y vivir entre la gente con quienes vivimos. Mis sueños pueden ser realidades con solo que tu pongas algo de voluntad.

—Anda. Anda. Déjame ir.

—¡Enrique! ¡Enrique! Quédate mejor á platicar. Qué no estás contento conmigo? Oye. Anoche estuve bastante triste y no quiero que me dejes sola. Creo que ahora van todos á un juego de pelota, pero tu puedes pasarla aquí ó si no, iremos á dar una vuelta juntos. Te parece? Echaremos un paseo á las lomas. Oye. Quiero decirte una cosa. Ya no quiero volver á los bailes que dan aquí. Es una porquería. Te fijaste en lo que pasaba anoche?

—Bien sabes que si vamos á esos bailes no es por mi gusto si no por que se sentiría el Cashier, que es quien me invitó y quien se empeñó en que fuéramos.

—El Cashier? Anoche me desagradó, como no puedes figurarte, ese viejo hipócrita. En compañía de ese Juez y ese otro sucio que creo es Licenciado ó no se qué, forma un grupo al que se añade el Manager y que bastante morti-

ñican á las gentes del pueblo. Creo que el Manager ha prohibido vender por las calles á los comerciantes ambulantes y es necesario que le pidan permiso. No es buena gente ninguno de ellos.

—Vale mas que te calles.

—Bueno Enrique—siguió ella volviendo al asunto primero—te convences de lo que te digo? Vámonos de aquí. Ya no quiero, no quiero vivir aquí. Algo nos vá á pasar. Estoy mucho muy adisgusto. Déjame sola si quieres irte. Hasta me parece que estoy enferma. Déjame. Déjame sola—añadió, casi llorando—Por que no quieres estar conmigo?—continuó en amargo reproche—¡Enrique! Si pudieramos irnos mañana de aquí hoy mismo si fuera posible. Yo no sé qué me pasa—su cara dejaba ver la pena que le amargaba el corazón.

—Luisa. Que tienes? No seas tonta. Lo que te pasa es que estas nerviosa por la desvelada.

La verdad era que á Enrique le fastidiaba grandemente la sensibilidad de su mujer, por mas que esta sensibilidad solía convertirse en varonil energía cuando llegaban los tiempos duros. A veces era brusco con ella y procuraba mantener siempre entre los dos cierta distancia, ocupada por lo que él creía respeto á su

propia persona y que no era otra cosa que esa esclavitud voluntaria de ciertas mujeres fuertes cuando sienten la necesidad de dar energía, y tratan de dar de la que disponen, al hombre con quien el destino las hace caminar por este mundo. Enrique vivía engañado por que creía en la firmeza de su voluntad cuando ésto precisamente indicaba su debilidad de carácter, y Luisa se creía de buena fé, inferior á Enrique, al obedecer sus indicaciones, siendo que lo que creía bueno lo obedecía por que así había de ser y lo que ella veía malo lo acataba por que haciéndolo así, satisfacía la necesidad de creer á su marido fuerte en voluntad y en concepción intelectual. En realidad había gran diferencia de caracteres y á Luisa le había tocado siempre llevar el mayor peso; pero ella vivía sino contenta, cuando menos soportaba la tarea, ya que su alma estaba hecha para la lucha y esa lucha era de abnegación y de sacrificio al aceptar á cada momento la falsa situación de su mentida inferioridad.

Enrique no disimulaba la intención de marcharse y Luisa casi se obsecaba en detenerlo. Algo bullía en su cerebro y repentinamente se hizo claro en su interior el deseo de explanarse.

—Sábes—empezó un poco indecisa—es muy

CAPILLA ALFONSINA

extraña conducta de Mr. Hitt, el Jefe de la Tienda. Antes no era tan amable como ahora. Oye Enrique—siguió bromeando—es necesario que te pongas celoso. Mr. Hitt está de lo más galante conmigo. Ayer en la mañana me llamó á su despacho y estuvimos charlando mas de una hora. Su conversación no tuvo mas objeto que hacerme reír. Cómo hubiera yo deseado que hubieras estado allí.

—Mr. Hitt es un buen hombre—dijo él maquinalmente—yo lo estimo como buen amigo. También estuve charlando con él ayer y me hizo entender que me mejorará de sueldo. Por eso precisamente veo como tontería se te ocurra á tí que nos vallamos. Aquí podemos seguir y podremos hacer algo de provecho.

—La verdad, Enrique, es, que me llama la atención la conducta de Mr. Hitt. Antes era bien duro con los dos lo mismo que con todos. Tu sabes bien que nunca á ocultado el desprecio que siente por nosotros y nunca tuvo empacho en decirnos, á nosotros mismos, que todos los mexicanos forzosamente son ladrones. Repentinamente ha cambiado de parecer y ahora es un dulce.

—Creo que esto obedece á que nos considera diferentes á los demás. Qué intenciones crees

tu que tenga Mr. Hitt? Yo no puedo figurarme mas que una estimación sincera. Yo le he ayudado en estos últimos días á poner en claro sus cuentas y no creas que él esté más limpio que sus cuentas. Hay muchas partidas que no podrá justificar.

—Yo sé. Yo sé—dijo ella—Sábes lo que vimos una de las Marignano y yo? Varias veces á mandado sacar Hitt, grandes partidas de mercancías que se las vende ocultamente á los comerciantes del mineral. Yo creo que ya ha sacado varios miles de pesos y eso se lo toma él. No te quepa ni duda.

—Mira Luisa. Vale más que no te metas en esos asuntos. La verdad es que si te ocupas de esas cuestiones tendré que disgustarme contigo. Eres tonta, tonta de remate.

Luisa conocía estas genialidades de su marido y no le daban cuidado, sin embargo se había puesto pensativa como si la conversación hubiera hecho nacer en ella nuevas ideas ó le hubiera aclarado algo que para ella había permanecido oscuro hasta aquel momento, por que volviéndose con cierta energía hacia Enrique, quien había permanecido listo para marcharse, le dijo:

—Yo no sé. No sé cómo explicarme ahora la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
ALFONSO REYES  
1825 MONTERREY, MEXICO

galantería tan estraña de Hitt. A mi no me agradaron sus regalos. Hace ocho días que diariamente me obsequia telas para vestidos ó regalitos. Antes no era así.

—Bueno. Qué me quieres decir con eso?— dijo Enrique realmente fastidiado.

—Yo no te quiero decir nada, pero lo cierto es que yo no quería aceptar nada de eso por que cuando menos, podrá haber algunas habilllas, pero él te pidió permiso para hacerme esos obsequios y tú aceptaste. Yo creo que hubiera sido mejor no aceptarlos.

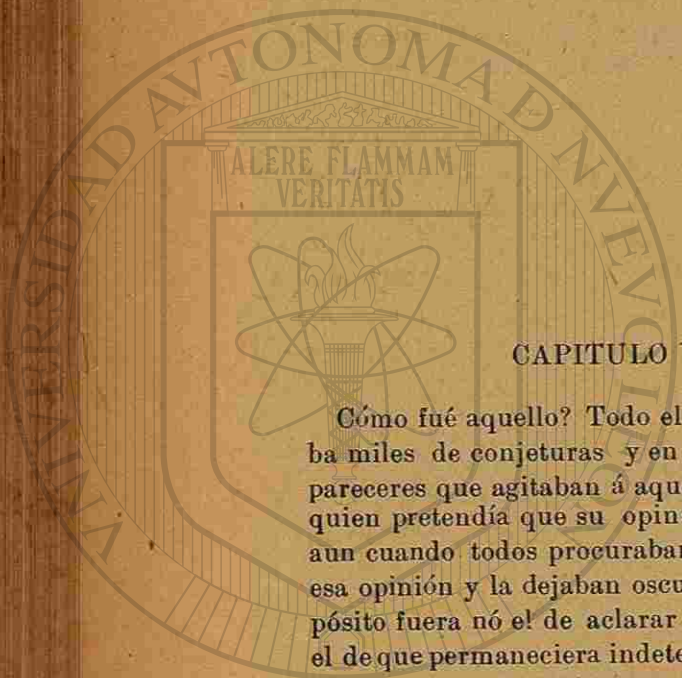
—Decididamente, Luisa, estás ahora más tonta que nunca. Nosotros no estamos ricos y tenemos que ser gratos á aquellos de quienes dependemos. Yo también he aceptado esos regalos más por consecuencia que por otra cosa. Lo que has de hacer es de ahora en adelante tu misma negarte á recibir nada. Creo que eso es lo mejor.

—No. No me gustan nada estas geutes. Ojalá estubieramos muy lejos, muy lejos de aquí.

—Otra vez con tus historias? Hasta luego. Enrique salió bruscamente sin hacer mas caso de Luisa y ella se quedó pensativa. En su pecho se agitaba cierto espíritu de rebelión contra aquella obcecada insensibilidad de su

marido y contra aquella falta de consideración á esos derechos de cortesía; derechos que ninguna resigna y cuya violación solo aceptan las mujeres maltratadas, por que no pueden modificar la imbécil brutalidad del hombre, brutalidad vana, inútil y cruel contra la compañera de la existencia, la creadora del placer y la noble y santa y buena y fuerte reproductora de la materia, del espíritu y de la inteligencia humanas.

BIBLIOTECA ALFONCINA



#### CAPITULO V.

Cómo fué aquello? Todo el mundo se formaba miles de conjeturas y en la diversidad de pareceres que agitaban á aquellas gentes, cada quien pretendía que su opinión era la mejor, aun cuando todos procuraban no definir bien esa opinión y la dejaban oscura como si su propósito fuera nó el de aclarar la cuestión, si no el de que permaneciera indeterminada y como si esperaran acontecimientos posteriores que definieran, nó su propia opinión, sino la opinión de alguien mas poderoso que la generalidad. Había sin embargo algo, en lo que todos concluían por estar de acuerdo y era en que, si bien la manera de proceder había sido brutal y salvaje, en cambio la Compañía estaba en su derecho y la Autoridad obraba dentro de la esfera de ac-

ción que le marcaba su deber, es decir: La Ley

Indudablemente que el Rey tenía razón. Jamás se había equivocado en sus grandes combinaciones financieras y de hombre de empresa y era imposible, por supuesto que era imposible! que en aquella simpleza se equivocara. Entre los que comentaban el caso, hacía tres días, había algunos que tenían la criminal audacia de vacilar al darle la razón al Rey; pero sin embargo, convenían al fin, en que era necesario esperar á que se aclarasen las cosas, que al cabo la cárcel no se come á nadie y entonces?... entonces tal vez...sin embargo...debía ser lo más probable, que S. M. El Magnate, tuviera razón y si no la tenía, ellos no podían componer el mundo y que cada cual se las arregle como pueda.....¡¡Oh!! ¡¡Filosofía!!”

Exceptuando la población trabajadora que todo el tiempo tenía que vivir en el fondo de las minas ó quemándose en las fundiciones, todos se ocupaban con calor, á pesar de todo, de lo que pasaba hacía tres días y como hemos visto, casi podía afirmarse que la opinión, cualquiera que fuese el asunto, estaba como siempre del lado del Rey. En esto, no había un perfecto conocimiento de lo que sucedía y se trataba, si no que, en unos influyendo la sincera,

profunda y simpática é incondicional veneración que les inspiraba el Soberano y en los demás el santo y saludable terror. todos estaban contestes en que lo que Él hacía estaba bien hecho aunque se tratara de haberle cortado sus blancas y milenarias barbas al Padre Eterno. Sobre todo, con ésto último, hasta el Curita estaba contento.

El caso era el siguiente: El Manager Ojos de Perro, se había presentado al Juzgado hacía unos seis días y había formulado, con las salvedades y protestas de ley, acusación criminal por el delito de robo, cometido en bienes de la Compañía de la que era Gerente general, contra los llamados Enrique Alvarez, María Luisa Leblanc de Alvarez, y Leona, Mercy y Annie, todas de apellido Marignano. El robo lo hacía consistir en objetos sustraídos de la Tienda de raya de la Compañía y en dinero también sustraído.

La acusación era verbal y tan lacónica como se deja escrita.

El Juez Castañeta, antes que dar ningún paso que pudiera comprometer á la justicia que tan dignamente representaba, quizo primero, practicar todas aquellas diligencias, averiguaciones y pruebas que deben poner todo caso

criminal tan claro como la luz del día. Tres días bastaron para que se hiciera cargo de la situación. Tres días son corto plazo para un hombre que, como Castañeta, tenía una larga y amplísima experiencia en encontrar el fondo criminal y el crimen mismo, en cualquier asunto. Por desgracia, como él decía, por que Castañeta era hombre de corazón, casi podía darse por probado el delito y por confesos á él y á las ladronas y con el dolor en el alma y cumpliendo el duro deber que la inflexible ley le imponía, tuvo que decretar la detención ó prisión preventiva de los inculpados. Es de veras triste para un hombre como Castañeta y para la absoluta mayoría de los honorables Jueces de nuestro País. (porque en general los Jueces mexicanos son hombres de grandes facultades de honor y de sensibilidad, lo que nos complacemos espontáneamente en confesar, pues conocemos de cerca el asunto, como qué el que estas líneas escribe, fué Juez algun tiempo) el verse obligados por la ley? Si. Indudablemente por la ley, á tener que ser tan duros con los criminales. Pero sin esta forzosa dureza qué sería de las sociedades? Para Castañeta era terrible dilema ó ser el mismo culpable siendo sensible ó era el prototipo del honor, como

CAPILLA ALFONSO



Juez, castigando como se debía aquel criminal y á aquellas ladronas.

Tres días tardó en llenar las formalidades necesarias y tres días hacía que los delincuentes se encontraban incomunicados. La población entera se preocupaba, como hemos dicho, del asunto. Se interrogaba al Cashier que casi estaba enfermo y no decía palabra. El Juez? menos; Robleda? no daba luz. Pero sin embargo muchos habían visto cuando repentinamente se había presentado el Jefe de la Policía con veinte de sus subalternos y con la energía peculiar en él y esa fuerza y dureza que siempre es necesario que raye en ordinariéz, fueron aprehendidos en la mañana de hacía tres días, los Álvarez y las Marignano. Ellas fueron encerradas en un edificio de la compañía con un centinela de vista cada una y en distintos compartimientos bien asegurados y él, Álvarez, fué conducido á la cárcel municipal, donde fué encalabozado y perfectamente incomunicado, según los ritos legales. El Cashier, hombre de corazón y á quien de veras dolía lo que pasaba, había tenido una delicadeza, había conducido en su buggy á Enrique, de la Tienda donde fué apresado, á la cárcel.

Muchas personas habían presenciado el mis-

mo día de la aprehensión, que tres de los mozos americanos de la Tienda, habían abierto al medio día, valiéndose de tenazas y punzones, la puerta de la casita de los Álvarez y poco después vieron al Manager que entraba á la casita saliendo como dos horas más tarde y después de oirse ruido de martillazos, de rotura de tablas, de rechinado de cerraduras que se forzaban y platos que se rotaban, vieron á los mozos salir cargados con dos grandes sacos llenos de ropa que echaron en un carro en donde fueron conducidos á la Tienda. La casita fué cerrada con un candado por que la cerradura primitiva fué rota para abrirla y había quedado inútil.

Respecto á la averiguacion criminal, permanecía prudentemente en el secreto del Juzgado; formalidad necesaria, por que si ésta fuera pública ó pudieran verla las personas que se interesan por los reos, es lo más probable que pueda perjudicarse la inquisición judicial y los criminales tendrían oportunidad de engañar á la soberana y única y firme justicia. No dejaremos nunca de alabar ésta tan sabia legislación de nuestro País y tanto más alabable, cuando en manos tan honorables como las de Castañeta está la distribución de ella. Aproposito recordamos que el sabio y honrado Vice-

Presidente de la República, que para nuestra dicha es un gran legislador, es el autor del Código Penal del Estado que lo vió cuando nació. El Señor Vice-Presidente nunca ha sido abogado pero hay está la gracia "compadre" que un hombre sin saber y sin entender, encuaderne Códigos tan sabios como los del tal Estado. Ese Código tiene una cosa preciosa y es el que prohíbe á los presos conocer su causa hasta que los Castañetas hayan arreglado bien el "pastel." Desde el fondo de nuestro corazón mandamos palmas y cigarros al mentado Vice y que le dén la oreja.

Hacia unos diez días el Rey había llegado al mineral y había llamado con toda premura á nuestros estimados y finos conocidos: Cashier, Ojos de Perro, Castañeta y Robleda y les había ordenado procedieran con toda rapidéz y energía en lo que había dispuesto, respecto á los que robaban á la Compañía. Nuestros queridos amigos habían obtenido buenos regalos del Rey quien nunca se mostraba parco con los que le servían fielmente. Les hizo saber contento, con el éxito obtenido, que en Los Angeles, California, había conferenciado con su amigo el Gobernador, quien había ido de México á aquel lugar americano á darse su pa-

seada de costumbre, y quien también le había dado todas las seguridades posibles para el buen resultado de sus combinaciones. Los adictos hombres prometieron obedecer sus órdenes y añadiendo Castañeta y Robleda la promesa de permanecer hasta por quince días en abstinencia de orgías, lo que era para ellos la suprema prueba de lealtad hacia el Rey.

Este se había marchado incontinenti á Cincinnati, donde urdía organizar otra compañía con diez millones de dollars de capital para la "explotación" de unos "criaderos" cupríferos "riquísimos" llamados del Santo Niño, situados en las estribaciones occidentales de la Sierra Madre, hacia la región Norte, criaderos no cupríferos, pero sí de millones hallados en la bolsa de los accionistas.

Aquella vida de audaces especulaciones en que los millones y los hombres jugaban á voluntad del Rey, empezaba á ser la admiración de los probombres del país y á atraerse sus simpatías. Mas tarde también ellos habían de ser cogidos en el torbellino de sus especulaciones y cuando tuviera, en sus jugadas, que hacer correr sangre humana para dar con ella el último toque á una de sus más atrevidas empresas, el viejo Cacique de la Nación, haciendo profe-

sión de fé de su adhesión al Rey, declararía ante ese ridículo y lastimoso remedo de Representación Nacional en nuestro País, la justificación de sus sangrientas aventuras. A esto, se llama Genio financiero l.....

La pieza donde Luisa había sido encerrada, era una estancia en cuadro que formaba parte de uno de los edificios de la Negociación, como de tres metros por lado. En un ángulo había un pequeño lecho, á cuyo lado una mesita servía para poner lo necesario para un preso y que ahora se utilizaba en permanencia de una multitud de medicamentos y de frascos medicinales de todos tamaños; un plato con un bistec frío, del día anterior y que estaba intacto, una taza y una tetera, sobre una lámpara de alcohol apagada.

Un par de sillas y un tocador corriente era el mobiliario.

Había una puerta que daba al pasillo interior y una ventana para la parte exterior del edificio. Esta ventana estaba cubierta con una cortina verde que siempre estaba corrida, y que mantenía el cuarto casi en la oscuridad.

Fuera del edificio y en el lugar que correspondía á la ventana del cuarto, un policía se-

creto de la Compañía, un texano de los ex-cuarteros favoritos del Rey, con un par de pistolas en la cintura y fingiendo aire embobado, cuidaba que alguien se acercara por allí y también para evitar que Luisa se escapara. Por la puerta del pasillo interior, un policía mexicano cuidaba también la puerta y de que la presa tuviera lo necesario para la vida. En esto, el cuidado de aquel hombre casi había sido paternal, pues por su cuenta había comprado la comida para Luisa, aunque no había tenido que gastar mucho, pues desde el primer día en que le había traído el bistec que se veía en la mesa, allí permanecía intacto, solo el té había sostenido á la pobre mujer, en su mísero quebranto.

Allí estaba ella, sobre el lecho y sin quitarse las ropas. Estaba atravesada en los pies del catre, su cabeza se apoyaba en la pared frontera á la misma cama y las piernas le colgaban hasta poner sus pies en el suelo. Había sufrido hondamente aquellos tres días y las tremendas sacudidas nerviosas que á intervalos se sucedían, casi habían agotado sus fuerzas. El descanso que había logrado durante aquel tiempo solo lo había obtenido por las repetidas inyecciones de morfina que, por cierto, no le había escaseado el Director del Hospital de la Com-

pañía. Este descanso solo era transitorio por que en realidad solo producía mayor debilidad al finalizar sus efectos soporíferos.

El aspecto que ahora presentaba, era enteramente distinto del que le conocimos cuando la vimos por primera vez en el baile ó en su casa. Echada sobre el catre y así, en la semi-oscureidad de la estancia, se notaba la fea emaciación de su rostro, que presentaba el aspecto de calavera, al verse pegada la piel á los huesos; sus ojos casi apagados, desaparecian ocultos por el párpado superior, dejando apenas ver una mínima parte de su color verde, brillante. Todo su aspecto le daba á veces una expresión de abandono absoluto á la desgracia, que tan duramente la hacia su víctima.

En aquel momento de exagerada penalidad, un extraño dualismo se desarrollaba en ella, y creía que podía sentir y sentía en efecto, lástima de sí misma, creyéndose otra persona distinta.— Pobre mujer! Pobre Luisa!— susurraba quedamente. Sus brazos, que no podia mover por la honda debilidad en que se encontraba, y que los tenia estendidos á lo largo de las piernas, se pegaban á ellas y los dedos de sus manos acariciaban suavemente lo que tocaban de su propio cuerpo, como un mimo de lástima

por sí misma ó por aquella—'Pobre mujer;—'Pobre Luisa;—que sus labios susurraban suavemente.

Cambió despues su dualismo delirante por un sentimiento profundo de resignacion, producido por el agotamiento moral. Este sentimiento generó en su cerebro la aceptación tácita y absoluta de su miserable situacion y esta aceptación, era tan absoluta, que la hacia pensar que lo que le pasaba, lo tenia bien merecido. Reflexionaba, influida por aquella sombría resignación y, por uno de esos estados de la renuncia, que la dominaba, ésta la llevaba tambien al cobarde abandono de su personalidad moral. Veía justo el castigo que sufría y lo aceptaba tambien como justo, en un tremendo sacrificio de ella misma y se entregaba no solamente al justo castigo actual, sino á un castigo perene que habia de mantenerse vivo siempre con ella, y que echaba sobre sus hombros de mujer, la eterna condenación de una vida cargada de desprecios y de humillaciones.

Todo el mundo debía saber ya que estaba en la cárcel por ladrona y esto no podia olvidarse nunca, nunca! Tal vez algun día saldria libre, pero continuaria prisionera en el horrible y eterno circulo del desprecio universal. Su ma-

dre, que había sido una fanática practicante y enseñadora del honor, le negaría su maternidad. Su marido la vería como una perdida. Y sus amigos? Tal vez. Podría ser que alguno tuviera para ella algo de lástima y le dedicaría alguna caritativa cortesía.

Pensaba salir alguna vez de allí. Podría ser después de cinco ó seis años de prisión; así se lo figuraba y le venía al cerebro, como una obsesión, este lapso de condena que era el término vulgar de las condenas y que siempre se tiene ocasión de oír en las comunes conversaciones cuando alguno escucha á alguien hablar de cárceles ó de presos. Ella se lo figuraba claro y sin lugar á duda; pero al salir, si no era que moría en la prisión, se iría lejos, donde nadie la conociera; donde nadie supiera ni sospechara su pasado, enlodado en el ditritus social de la condena criminal. Pero... ella?... Ella se vería siempre como ladrona; y cada vez que quisiera satisfacer sus ansias infinitas de amor ó de amistad, las que tanto agitaban su apasionado corazón, tendría que lograrlo engañando á las gentes, cubriendo con la mentira las aspiraciones de su alma, presentándose como una mujer buena y esto?... esto no era verdad; por que la verdad era su crimen, la ver-

dad le daba el nombre de ladrona!

Veía tan solitaria su existencia en lo futuro. Se veía tan aislada por su crimen, tan despreciable y tan odiosa y repulsiva, causando ascos, que se figuraba ya arrojada á puntapiés de todas partes. Se imaginaba encontrarse suplicante y dolorida delante de su madre y ella?... volteando su espalda, desconociendo, en la ladrona á la adorada criatura que vivía, por que había vivido en sus entrañas. Se veía miserable, hambrienta, golpeada, llendo á parar á todas las cárceles del mundo, en el éxodo de su desgracia; tal vez tendría que disputarles á los perros su comida. El infortunio caía, en aquellos terribles momentos, sobre ella, gravitando con la pesantéz del Universo entero. En su tormento, que ella miraba infinito é inagotable, hallaba como un placer en imaginarse los mas crueles martirios y los aceptaba y hasta se sentía impaciente por no sufrirlos ya. Aquella estancia le parecía lujosa. Podía disponer de un lecho y de sombra. Esto no era sufrir. Ella quería un martirio cruento que le macerara las carnes y que le estrujara brutalmente el corazón. Ella se resistiría á este sangriento holocausto de su ser, nó para rehuirlo, sino para exitar mas su sensibilidad para el dolor. Lla-

maria en su ayuda al miedo, al instinto de conservación, al terror, y estos agentes poderosos del sufrimiento, elevarían el dolor, lo intensarían, lo condensarían hasta provocar el estallido final, que ella se figuraba la muerte y todavía pareciéndole más amplio el campo de los mártires, añadía á la misma muerte y para después, la exposición vergonzosa de su cadáver de mujer púdica, arrojado á un muladar, donde sería devorada por los perros á quienes había despojado antes de su alimento y que se proporcionarían un festín tan espléndido como los hombres se lo proporcionaban con su actual desgracia y más todavía . . . . . quedaría en la memoria de las gentes el recuerdo de su desvergüenza y de su crimen y se decía. ¡Ladrona! ¡Ladrona! . . . . .

Sus brazos que había abierto en cruz sobre la cama, en laxo abandono, se cruzaron violentamente sobre su cara, ocultando sus ojos y como apretando su frente para exprimir de su cerebro la tenebrosa locura que, como un volcán, parecía próxima á estallar. Por un momento contuvo la respiración y luego, de exabrupto, como la protesta de un elemento nuevo que nacia y se desarrollaba vigorosamente en su es-

píritu, lanzó un grito que era el estallido de esa protesta. Un—¡ No ! ¡ No !—seco, garreándole en la garganta, borbobando en sus labios anémicos y vibrando en el aire confinado de aquellas cuatro paredes, fué la exclamación, la señal, el grito de vida confuso apenas, del Verbo de aquel elemento ético. La dilatación en sus débiles nervios de aquel estallido, la hizo enderezarse en su lecho. Quedó sentada, vacilante, un poco inclinada hacia adelante, apoyaba sus manos en el bordo del catre al sostener el débil cuerpecillo, sus ojos se desvelaron de la sombra de dolor que los cubría y destellaron en la sombra de la celda con una fuerza que desafiaba al destino. Habló. Su voz chillaba y se apagaba á intervalos en su reseca garganta y brotaba como si las palabras tuvieran garras que arañaban cruelmente al salir; silvaban, inteligibles y destempladas.

—¡¡ Bribones!! ¡¡ Bribones!! ¡ todos! ¡ Ladrones! todos todos ! Canallas ! ! Canallas ! ! Mienten ! ! Yo no he robado nunca ! ! Ni yo ni Enrique ! ! Canallas ! ! Canallas ! ! Bribones !

Su voz vibró como la maldición que caía sobre el crimen, sobre el verdadero crimen, y como una amenaza del castigo que algún día ha-

bia de caer sobre Los Bribones,

Quizo ponerse en pié; se inclinó hacia adelante y cayó al suelo sin conocimiento. Un hilillo de sangre empezó á brotar de su cabeza, herida al caer, y corría por el suelo en caprichosos giros como una viborilla roja que se prolongaba y crecía rápidamente.....

\* \* \* \*

Qué habia pasado en aquellos tres días ?

Ya sabemos algo. Además de Enrique, que habia sido encalabozado en la cárcel Municipal, las hermanas Marignano habian sido encarceladas en distintos departamentos del mismo edificio donde estaba encarcelada Luisa. De vez en cuando salian de aquellos cuartos gritos histéricos lanzados por las muchachas. Una de ellas sufría repetidos ataques desde el día en que habia sido encerrada y en medio de la noche, se escuchaban sus alaridos, á veces plañideros, otras veces estallaban en carcajadas que vibraban en el espacio como si la atmósfera estuviera saturada de maldición.

Suele suceder, que en la existencia, en la plenitud de la vida, cuando la juventud esplende plétorica de fuerza y de ansia de pasionales gozes, en un medio ambiente de placer y de confianza en su propia fuerza, un golpe inespe-

rado é imprevisto del infortunio viene á herir el corazón y á quebrar el cerebro con un fatalismo ciego y brutal. Toda la fuerza de esa juventud se doblega ante el infortunio, que la inexperiencia concibe y agiganta terroríficamente eterno y entonces, el amor, que es el dulce perfume que embriaga la vida con sus delirantes y gozosos ensueños y que tan delicada é intensamente vitaliza el corazón, en vergonzosa derrota huye y se empequeñece hasta casi desaparecer del horizonte en que se fijan, llenas de infinita y suprema ansiedad, nuestras miradas.....

El golpe habia sido para aquellas pobres gentes tan tremendo y tan sin antecedentes; las habia cogido tan de improviso que, todavía á pesar de el lapso que habia pasado, no se daban cuenta de lo que sucedía, solo concebían que algo espantable, mortífero, pasaba á su alrededor; se figuraban una catástrofe que debia, probablemente, haber cambiado el orden regular de las cosas. Creían, mas bien oscuramente se imaginaban, que todas las gentes debían estar encarceladas y las pocas que pudieran andar por las calles, lo harían temerosamente y á hurtadillas del Genio maléfico que lo trastornaba todo. El Juez y Ojos de Perro les habian

dicho, fingiendo profunda lástima, que allí estaban por que era necesario averiguar un robo, pero de esto no se deban ellas exacta cuenta y solo dominaba en sus cerebros, la idea vaga, oscura, de aquella catástrofe universal. Recordaban á sus padres, que vivian en Tucson, y un profundo dolor apretaba, atenaceando cruelmente su amor por ellos. Tambien ellos debian estar presos y ellas no estaban allá para ayudarlos. La amable y cariñosa viejecita italiana, que con tan delicado orgullo les narraba, con su cancionante lengua, sus amores juveniles con el guapo y caballeresco Ayudante de Garibaldi, el Teniente Marignano; que les describia, brillante la mirada que hendia soñadora el pasado y el espacio, las bellezas, la vida y el arte tan glorioso y perdurable de la Ciudad Eterna, tambien ella debia sufrir separada del viejo y amado compañero de su vida, humillada, la misma prisión que ellas sufrían. El dolor emergia de ellas y se dilataba en ondulaciones que inundaban sombríamente á la humanidad y á las cosas. Sobre aquellas pobres mujeres caía una lluvia de miserable desgracia que lo cubria todo, como llovió la destrucción en las cenizas que ocultaron con la muerte las ciudades antiguas, y aquellas pobres muchachas

cuyas inexpertas imaginaciones exageraban infinitamente el infortunio, no se figuraban que sobre ellas se movia omnipotente, insensible y brutal, la máquina de las combinaciones financieras. La derrota de sus ilusiones, el ajamiento bárbaro de su delicadeza mujeril, la interrupcion intempestiva de la dicha que la naturaleza les otorgaba, la mácula de aquella prisión en sombreciendo toda su vida, significaban el triunfo de un hombre que formaba una base con el dolor humano y se erguia sobre ella, triunfador y admirado por el capitalismo de su País é incensado hasta la idolatria por los incipientes torpes y rapaces financieros mexicanos.

.....  
 Como se ha dicho, Enrique habia sido encerrado en un calabozo de la Cárcel Municipal. El calabozo era un cubo de dos metros por lado, el piso de cemento, las paredes de piedras irregulares desnudas. Una puerta de rejas de fierro cubierta por otra exterior de madera, daba al patio de la cárcel; en un angulo, una lata de petróleo servia de letrina y envenenaba el aire con el hedor que despedia. Una colcha y dos cobertores tirados en el suelo, completaban el menaje de aquel antro.

Enrique habia sido trasladado á la cárcel des-



de la Tienda, por el buen Cashier, quien, echándola de filántropo, lo había llevado en su carruaje para evitarle la vergüenza de que lo vieran por la calle cuidado por policías. Esto es profundamente consolador. Ver tanta miseria en los hombres, desalienta, pero al lado de esa miseria siempre hay virtudes que brillen como un sol y el Cashier era el tal Sol.

En el camino, el buen hombre le dijo á Enrique que se trataba, al ponerlo preso, de averiguar un robo hecho á los Almacenes y á la Caja fuerte de la Tienda y que probablemente su esposa estaba complicada en el tal robo, y que lo mejor sería que él salvara la responsabilidad de su mujer, confesándose culpable; de no hacerlo así, Luisa tendría que pasar en la cárcel lo menos seis años. Aquello fue un golpe furibundo para Enrique, que lo volvió idiota y cuando quiso hablar, interrogar algo, suplicar alguna explicación sobre aquel hecho infamante y que nunca se había imaginado que podría cometer su mujer, se encontró encerrado entre las cuatro estrechas paredes de su calabozo. Sufrió un ansia frenética por saber algo y al mismo tiempo un furioso arrebato de desprecio hacia Luisa se apoderó de él; quiso tenerla allí para matarla á patadas, como á un perro. Por

su cerebro cruzaron ráfagas tempestuosas de locura rabiosa. Por qué era él el marido de aquella ladrona? En pié, sus manos apretaban su cabeza que se agitaba poseída de la insania. Luego se dejó caer encojido, boca abajo sobre el cobertor que debía servirle de cama. La oscuridad y la pestilencia del calabozo agravaban su enferma volición y flameaban en su cerebro anémico en insensato delirio.

La ráfaga huracanada se deshizo con el agotamiento de sus pobres facultades. Permaneció largo rato como un idiota. El sistema nervioso tuvo entonces en aquella suspensión de rítmicas vibraciones, como un descanso que lo vigorizaba para continuar más adelante.

Suave, cautelosamente, surgió de nuevo la obsesión iniciada al conjuro de las palabras del Cashier, pero ahora tomaba una forma reflexiva, casi lógica; sopesaba las circunstancias, apreciaba los detalles, retrocedía en el tiempo y se posaba inquisidora sobre la personalidad física y moral de su mujer, al investigar los movimientos, los actos y las palabras, interrogando á estas manifestaciones materiales de la vida de Luisa, y procurando encontrar en ellas algún dato, alguna sospecha, un punto por reducido que fuera que atestiguara la más ligera

presunción de culpabilidad. Luego recurrió á su espíritu ético y lo vió oscuro para el crimen, sin intenciones para el deshonor, sin facultades para la desvergüenza. Su mirada trasparente la vida sencillamente apasionada de su mujer, infantil, algunas veces frívola, pero las más, fuerte y serena; adorable y dulce en sus mimosos placeres que espiritualizaba con su privilegiada inteligencia, buena camarada en las luchas por la vida; valiente y hasta agresiva para los malos tiempos.

La forma reactiva de aquellas ideas le hizo ver clara la inocencia de Luisa. Aquello no podía ser; si algo hubiera hecho Luisa él tenía que saberlo, su solo intento hubiera sido conocido por él; con solo la concepción mental que ella hubiera tenido, él habría adivinado inmediatamente lo que Luisa hubiera podido pensar y si aun ella lo hubiera engañado logrando á fuerza de astucia ocultarle sus intentos, nunca hubiera podido ocultarle el robo.

El Cashier le había dicho que el robo era de mercancías y de valores de la Tienda. Luisa no podía haber sustraído esas cosas sin que él lo hubiera sabido. Esto no podía ser y sin embargo... el Cashier que era todo un buen hombre así lo había afirmado. El Cashier

... el Cashier? todo el mundo hablaba del Cashier como el mejor y mas verdadero de los hombres... Su fineza al traerlo á la cárcel en su buggy... sus reticencias para darle la dolorosa noticia, procurando no lastimarlo... aquel aspecto de desolación que tomó cuando le dijo lo que pasaba con Luisa... su consejo tan paternal—el único remedio le había dicho él—es que Vd. se confiese culpable. Y en esto había el Cashier faltado á su deber como autoridad, y por qué? Sencillamente por que era un hombre de corazón, un buen hombre, en fin. Si; así debía ser, así debía de ser.

El frío del suelo agotaba, con la pestilente atmósfera de la celda, el poder físico y mental del preso y sus deducciones se iban vagorizando en la penumbra de su cansancio cerebral, como en un horizonte nocturno en que las cosas se confundieran unas con otras desapareciendo los perfiles que las distinguen y mezclándose yá, en su fatigadísimo cerebro, la oscura concepción de la inocencia de Luisa con la sugestiva afirmación del Cashier, y acabando por formar un cuerpo oscuro, de escasa transparencia, y que se balanceaba en el vacío de su cabeza como el badajo de una campana que le azotaba el cráneo bárbaramente chocando en

sus paredes movido todavía por la lucha de una idea con la otra. Aquello era penoso, á veces cruel, la idea de la inocencia de su mujer empujaba á la otra idea y el choque se operaba como un martillazo en las cavidades cefálicas. No pudo soportar; un esfuerzo supremo, cobarde, instintiva exigencia de su débil naturaleza que le imponía imperativamente la necesidad del descanso, le hizo arrojar fuera de sí la idea buena, la de su deber, la que él sabía que era la verdadera, y aceptó, yá sin fuerza para seguir luchando, como una derrota vergonzosa de su escaso vigor, la culpabilidad de su mujer. Aceptó este final, lo caracterizó decididamente con las formas de la verdad y se esforzó en considerarlo como su última decisión, como un final inmutable, sin lugar á duda y que ya no admitía cavilación. Experimentó el descanso, al sentirse invadido por la idea de la culpabilidad, puesto que ya no había lucha y solo quedaba en su cerebro una idea limpia, sin contactos irritantes, y lejos, muy lejos, la parvada de las conjeturas, de las cavilaciones luctuosas y embarazantes. Aceptó declararse culpable del robo cometido por Luisa, salvándola y entregándose él, por completo, á la inmovilidad contraria á las reacciones, y dejando al abandono que se apode-

rara de él como si fuera su propia naturaleza. No quizo. No quizo batallar más con aquella situación. Para el porvenir sufriría su condena, que él procuraría fuera lo más larga posible y al pensar en ésto, un nuevo sentimiento, hermano del que le hacía aceptar la culpabilidad de Luisa, renacia bien abrigado, bien apoyado, y era el deseo de castigar á Luisa de alguna manera y este castigo sería despreciarla, y este desprecio le sostendría en el abnegado sacrificio que por salvarla se imponía. Ya no había efectivamente lucha en él, por que sencillamente fructificaban, desarrollándose, las ideas y los sentimientos, hijos de la cobardía, del miedo, del agotamiento físico y moral de aquel empobrecido por el desgaste de varias generaciones débiles, que habían vivido una vida de falsas luchas, luchas que mátan lentamente al través de generaciones sucesivas. La cobarde debilidad de la raza invadía sombríamente sus facultades, orillándolo á la profesión incondicional de aquel fatalismo. .

.....  
 La mayor parte del tiempo lo pasaba Enrique sobre la "cama." La pestilencia de la letrina había insensibilizado sus sentidos al grado de no percibir sus fétidas emanaciones. Al mismo tiempo que había sido encerrado, se le entregó

un grueso paquete de cigarros, obsequio del Cashier, y el "tabaquismo" le produjo un adormecimiento del cerebro rayano en la idiotéz. En la inercia en que se encontraba y sin darse cuenta del tiempo, á veces, estúpidamente, se ponía á escuchar el rumoroso vivir de los presos. Muy temprano, en la mañana, oía el alboroto que hacian al salir de las galeras donde amontonados habian pasado la noche. Gritos alegres, disputas, obsenidades, carcajadas, lloridos de borrachos, algunas veces los lloriqueos eran de mujeres que, pletóricas de alcóhol, habian sido arrastradas por las calles hasta ser guardadas en un calabozo donde pasaran lo más récio de su puerca borrachera. Á veces llegaban hasta él, al través de las rendijas de la puerta, las ondas pestilentes de yerba verde quemada; era la "mariguana" que los presos fumaban sentados en cuclillas y recargando sus espaldas en la pared, en grupos de tres ó cuatro. Fumaban la venenosa yerba pasándose el cigarrillo unos á otros. El dueño del cigarro y que habia logrado introducir el yerbajo, cobraba medio centavo por cada chupada, lo que hacía que el fumador procurara prolongar la fumada lo más que podía. Enrique oía el rumor de sus conversaciones, saturadas de esclamaciones; del

conjunto de pláticas surgia á veces una canción. Se escuchaban otras, el chiriar de goznes de hierro y luego una voz trapajosa de ébrio que insultaba á todo el mundo con las más soeces palabras y que chorreaban en aquella atmósfera, como vertedero de inmundicias en un cenegal; á estas palabras contestaba un coro de gritos y carcajadas exitadoras que enfurecian al borracho. Algunas veces se apagaban los rumores, se oían respiraciones fatigosas, pisadas arrítmicas "chasqueaban" en el pavimento del patio y sordos golpes de lucha indicaban una de las comunes riñas de la prisión.

Las canciones de aquellas gentes eran melodías lastimeras, lloronas; canciones plañideras que se dilataban quejumbrosamente, ligándose los calderones en tono mayor que luego se trasportaban al tono menor, en un especie de doloroso alarido que se prolongaba hasta el infinito, como una vida miserable y exangüe que se consume sin sacudidas, sin rebeldias, anegándose paulatinamente en la nada como en un mar de muerte, donde ha de flotar el pingajo humano que llora su impotente tristeza en la semi-salvaje salmodia.

Las paredes de aquella cárcel exudaban el cinismo; allí se procreaba la impudicia y la

desvergüenza y tomaban forma sincera y tangible la ambición y los crímenes que con tan financiera hipocrecía hemos visto manifestarse en los primeros tipos de esta novela.

Enrique se embriagaba, se embrutecía con el tabaco. Encerrado en la celda, ésta se oscurecía por la densidad del humo. A un cigarrillo sucedía el otro. La letrina llena hasta más de la mitad de ditritus humanos semi-líquidos, se cubría por completo por la capa superficial que formaban las colillas de los cigarros. Un amigo, el único que se había interesado por él, un buen muchacho americano llamado Thomas, había logrado, á indicaciones del Director del Hospital, introducir á su celda una jeringa de Pravast y una caja de pastillas de clorhidrato de morfina, que Enrique disolvía en la taza que le servía para tomar café y que se inyectaba sin precaución, en los brazos, en la region abdominal ó en las piernas, á riesgo de provocarse una infección.

El embrutecimiento que le causaba la morfina y el tabaco, solo le permitía tomar un poco de alimento. Anonadado, sin voluntad para averiguar su situación, sin espíritu para oponerse á su destino, su cerebro solo funcionaba dominado en absoluto por la obsecada resolución

que desde un principio había aceptado como un destino fatal y que no debía intentar modificarlo. A esa corriente contraria que inundaba su ánimo, solo oponía la capacidad material de su cuerpo que, inerte, se dejaba arrastrar por el torrente, flotando apenas un girón de su débil espíritu, girón que se disolvía lentamente en el humo de sus cigarrillos ó se solucionaba en la poción de morfina que se inyectaba. La muerte de la voluntad y del espíritu, adelantándose á la muerte de la materia, le inspiraba aquel abandono y laxitud ante su situación, y como una arma asesina, solo dejaba en él, como única actividad, un sentimiento mortífero también: el desprecio que impremeditado é inconsciente le inspiraba la sola persona que podía ser sensible á ese irrisorio desprecio: á Luisa. El podía morir, pero quería morir legando la triste herencia de un martirio. No se satisfacía con que la destrucción le hiciera su víctima; él se gozaba con ser despues de su muerte un agente de dolor, en el remordimiento que había de causar en Luisa que él sufriera por ella y muriera por su culpa y despreciándola. La embriaguez, ensañándose y condensando la eterna y natural debilidad de aquel hombre, lo impulsaba por breves momentos, en los que

aparentemente se disipaba, á imaginar tormentos, á inventar martirizadoras venganzas, para el único ser que solo había sido débil para quererlo. Ni por un momento se figuró que otro sería el causante de su sufrimiento, no quiso pensarlo, por que ese "otro" debía ser insensible á su irrisorio desprecio é invulnerable á sus intentos y este desprecio, que era lo único de que él podía disponer, la única arma que podía esgrimir, había que darle el empleo que la muerte le inspiraba, había que utilizarlo en donde pudiera herir y solo en su mujer podía causar ese efecto y allí..... allí iba.

---

#### CAPÍTULO VI.

Luisa cayó al suelo sin conocimiento. La sangre que brotaba de la herida que se causó al caer, formó un charco que mojaba y se adhería á sus cabellos y á sus vestidos. En supinación lateral, se encogía en sí misma, y sus manos y su brazo derecho se adherían también al piso, por la vízcosa acción de la sangre. Así permaneció poco más de una hora, en aquel abandono paulatino de la vida.

El policía encargado de guardar la puerta interior y encargado también de darle alimentos, un buen hombre á quien le inspiraba una profunda lástima la situación de Luisa, abrió la puerta para informarse con ella si necesitaba algo. Grande fué su sorpresa cuando la vió

aparentemente se disipaba, á imaginar tormentos, á inventar martirizadoras venganzas, para el único ser que solo había sido débil para quererlo. Ni por un momento se figuró que otro sería el causante de su sufrimiento, no quiso pensarlo, por que ese "otro" debía ser insensible á su irrisorio desprecio é invulnerable á sus intentos y este desprecio, que era lo único de que él podía disponer, la única arma que podía esgrimir, había que darle el empleo que la muerte le inspiraba, había que utilizarlo en donde pudiera herir y solo en su mujer podía causar ese efecto y allí..... allí iba.

---

#### CAPÍTULO VI.

Luisa cayó al suelo sin conocimiento. La sangre que brotaba de la herida que se causó al caer, formó un charco que mojaba y se adhería á sus cabellos y á sus vestidos. En supinación lateral, se encogía en sí misma, y sus manos y su brazo derecho se adherían también al piso, por la viscosa acción de la sangre. Así permaneció poco más de una hora, en aquel abandono paulatino de la vida.

El policía encargado de guardar la puerta interior y encargado también de darle alimentos, un buen hombre á quien le inspiraba una profunda lástima la situación de Luisa, abrió la puerta para informarse con ella si necesitaba algo. Grande fué su sorpresa cuando la vió

tirada en el suelo. Se dirigió á ella hablándole, llamándola, inspirado por honda conmiseración, con los más dulces calificativos que se le ocurrían y que eran los que en sus ratos de familia les dirigía á sus hijos. Primero la llamó—¡Doña Luisa! ¡Doña Luisita! Viendo que no contestaba la volvió á llamar—¡Luisita, hija! Hijita! Hijita! Levántese. ¿Qué le pasa? ¿Qué tiene?

Cuando trató de levantarla y sus manos se impregnaron de sangre, se asustó y creyó encontrarse con una muerta. Estuvo suspenso unos segundos, luego tomó una resolución, se separó de Luisa, junto á la que estaba arrodillado, y se dirigió violentamente á la puerta para salir á pedir auxilio. En ese momento un temor asaltó su cerebro, escalofriándole los nervios.

—¡Si fueran á creer que él la había matado!— Este temor lo inmovilizó por un instante, pero luego, reaccionando rápida y brutalmente en él, le inspiró un deseo furioso de huir de allí; de alejarse antes que se supiera la muerte de Luisa y lo tuvieran á él como el matador. El sabía muy bien, y en ese momento se le presentaron á la memoria con una elocuencia aterradora, los numerosos casos que conocía de hombres encarcelados sin motivo real, inocentes que

sufrían años y años sin esperanza de libertad. Se veía entrar á la cárcel y permanecer allí sabe Dios hasta cuándo.—¿Sus hijos? ¿Su mujer?

Iva yá á poner en práctica la fuga cuando una nueva invasión de lástima lo hizo volver á donde estaba Luisa. La palpó. La llamó de nuevo. Luisa abrió los ojos y se quejó debilmente. El policía le preguntó con un cariño rudo pero profundamente tierno, ¿qué le había pasado?

—No sé—susurró apenas.

—¿Quiere levantarse? ¿No le mortifica qué yo la cargue? Lo hago de buen corazón. No tenga cuidado.

La ruda bondad de aquella alma se revestía de delicadeza para no lastimar el pudor de Luisa.

Por contestación ella probó sentarse y no pudo; entonces él la cojió con un brazo por la espalda y el otro se lo pasó por las corvas, levantándola con la ternura dulcísima con que lo hacía con sus hijos. Suavemente la tendió en el lecho, acomodando su cabeza en la almohada. En el suelo quedó perfilada en sangre la supinación en que estaba el cuerpo de Luisa.

El pobre hombre temblaba agitado por la emoción y la dolorosa ternura que le inspiraba



aquella mujercita. Instintivamente se limpiaba la sangre de sus manos en el pantalón y casi estaba próximo á arrodillarse y llorar.

La sangre se había estancado en la herida y formaba en el temporal derecho de Luisa una corteza oscura, compacta de cabellos; manchaba el carrillo y en el cuello formaba una capa hendida por las quebraduras producidas, al endurecerse, por las flecciones de la piel.

En el ánimo del buen hombre había desaparecido el temor ahuyentado por la conmiseración. Se dirigió á la puerta para salir y procurarse auxilios para Luisa, pero al traspasar el dintel y al dirigir sus miradas al pasillo, se quedó aterrado. Casi enfrente de él se encontraban el Cashier, Ojos de Perro, el Juez Castañeta, Robleda, dos testigos de asistencia que acompañaban al Juez y detrás de ellos, el Jefe de la Policía y varios de sus secuases.

El pobre hombre se vió perdido, renaciendo en él el temor que le había asaltado cuando vió á Luisa sin conocimiento. Tuvo un movimiento impulsivo para repeler el ataque de que se creía segura víctima y llevó violentamente la mano á la pistola que portaba en la cintura, pero en ese momento el Cashier sin notar nada de aquello, le preguntó en voz baja, casi confidencial:

—¿Qué tal está esa mujer?

—Está muy mala, Señor.—le contestó ya enteramente tranquilo, haciéndose cargo de lo vano de sus temores.

—¿Pues qué le ha pasado? Dígame.

—No sé. Hace un momento entré yo á verla y á preguntarle que se le ofrecía y la encontré tirada en el suelo, toda llena de sangre.

El Cashier palideció al oír aquello.

—¿Y qué hizo Vd.?—interrogó.

—Luego que la ví así, desmayada, como muerta, le hablé y solo abrió los ojos; despues la levanté y la acosté en la cama. En esto estaba cuando salí á pedir auxilio y llegaron VV.

—Á ver. Déjenme entrar.—dijo Castañeta.

Entró, chupando un cigarro de hoja de maíz y casi á tientas, por la oscuridad, se dirigió al lecho. Palpaba con las manos y al tocar el cuerpo de Luisa, se detenían en sus piernas, apretando con delicia de sátiro las durezas de aquella carne jóven.

—Vamos á ver, Hijita. Qué te pasa? ¿Qué tienes? Hijita.—entonces su mano se posaba temblorosa por la lascivia en los pechos de Luisa. El viejo aprovechaba las oportunidades.

Al principio ella estaba como idiota, insensible, pero luego se dió cuenta de lo que pasaba

y enderezándose rápidamente, en un esfuerzo supremo de indignación que casi concluía con su vida, rechazó con sus manos á Castañeta; luego, al componerse la falda que no le cubría los piés, le gritó:

—¡Retírese de aquí! ¿Qué quiere? ¿Qué quiere? ¡Retírese! Vd. no tiene derecho para venir á tocarme.

En ese momento entraron todos al cuartucho y Ojos de Perro alzó la cortina de la ventana que daba al exterior destacando brutalmente la luz, el cuadro que se desarrollaba en la sombra. El viejo Castañeta todavía con las manos estendidas hácia Luisa con el aspecto de borracho lúbrico que ya le conocemos; la sucia gorilla cubriéndole su cabeza de macaco lascivo, las gafas sobre la nariz boluda, husmeando cínicamente la hembra; los bigotes puercos cayendo sobre el cigarro; todo él roñoso, repugnante. Luisa sentada en el catre, erecta con fiereza, rechazando con sus manos aquella bestia vieja libidinosa, con los ojos chispeantes de cólera y toda cubierta de sangre, la que le sombreaba la cara dándole el aspecto de una asesinada. Todos quedaron suspensos y aterrados, inmóviles, ante aquel crimen en él que cada una era actor y que les abofeteaba el rostro al presentárseles tan re-

pentina é inesperadamente. Por sus cerebros cruzó violenta la conciencia de su infamia y á pesar de todo, quedaron, por un momento, como anonadados ante aquel cuadro que era el crimen de todos juntos. Fué cuestión de un instante, luego se repusieron y la reacción de su real y natural aspecto volvió á ellos, pero todavía pudo tomarse en cuenta el conjunto de aquellos miserables entre los que se destacaba como una nota extraña que disonaba en aquel concierto de bribones, la fisonomía del policía que cuidaba á Luisa.

—¿Y ahora qué hacemos?—preguntó Ojos de Perro, yá con su natural y canallesca altivez.

—Creo será bueno llamar al Doctor—insinuó el Cashier.

—¡Anda! ¡Anda! Dí. ¿Qué te ha pasado? ¿Qué te sucede?—interrogó el Juez á Luisa, fingiendo que no había pasado nada.

—No sé—contestó ella secamente.—¿Tienen VV. la bondad de dejarme sola? ¿No están VV. hartos?—prosiguió en inglés—¿con los martirios que me han hecho sufrir? ¿Todavía les queda ánimo para venir á hacerme sufrir vergüenzas, aquí donde me estoy muriendo?.....

No pudo más, ¡su cuerpo cayó en el lecho, hundiendo su cabeza en la almohada y cerró los

ojos.

Aquellos hombres quedaron perplejos, creyendo que podía morir y la verdad hay que decir, en favor de sus magnánimos corazones, que ellos no querían tanto, más cuando entonces resultaba inútil lo que habían "trabajado" encarcelando á aquella mujer que á buena hora se les presentaba llena de sangre y desmayándose. Ojos de Perro miró con cólera á Castañeta y le dijo:

—"It's your fault"—y lo confundió con su desprecio.

Castañeta abrió la boca babosamente fingiendo idiotismo, como tenía costumbre de hacerlo cuando lo pateaba Ojos de Perro ó cualquiera otro de los amos.

El Cashier estaba densamente pálido. Salió; habló con el Jefe de la Policía quien fué á llamar al Doctor. Pocos momentos después llegó éste, quien ya enterado de lo que pasaba, traía consigo unos paquetes de curaciones de Lister. Un ayudante venía ocupado con dos grandes irrigadores de vidrio, un frasco lleno de líquido antiséptico y varios paquetes de algodón absorbente.

Trajeron una mesa y colocaron en ella las materias curativas. Entre tanto, habían salido

todos, permaneciendo solo el Médico y su ayudante, un hombre de aspecto bestial y cuyas miradas de bruto lascivo se fijaban á veces detenidamente en el cuerpo de aquella pobre mujer, cuyas formas modelaba el vestido caído flojamente sobre ella en aquel abandono de su profunda debilidad.

El Médico, un americano corpanchón, rubio, casi rojo, de mentón saliente y de barbilla de un Meístófeles tonto, tenía el aspecto de un hombre embrutecido por la excesiva robustéz física. De una manera sospechosa había procurado vigorizar á Luisa á fuerza de inyecciones de morfina, en los continuos accidentes nerviosos que había sufrido en aquellos cuatro días. Había aprovechado todas las oportunidades posibles para suministrarle el narcótico en pociones ingeribles y con marcado disgusto la aplicaba en inyecciones subcutáneas. Más tarde, Castañeta fué el primero en comprender y apreciar las consecuencias de aquella conducta del Doctor, cuando se dió cuenta que la morfina, al ser bebida, produce parálisis de las funciones del estómago y el Doctor lograba de esa manera, no solo debilitar el cerebro y el sistema nervioso de Luisa, sino que, paralizando el estómago, no debía sentir hambre y al no tomar natural-

mente, alimentos, la debilidad debía acentuarse y de ese modo ayudaba á los propósitos de la justicia; matando, con la debilidad, la enérgica rebeldía ó la resistencia de aquella mujer, circunstancias que prevenían y razonablemente tomaba en cuenta. Todo ésto lo pensaba y lo ejecutaba el honrado Doctor, primero: por que era un súbdito incondicional del buen Rey y cumplía un sagrado deber en hacer aquello que coadyubara á sus grandes combinaciones y luego . . . ¡la justicia! Indudablemente que ayudaba á la justicia orillando á la ladrona á la confesión de su crimen. Porsupuesto que todo ésto bajo el secreto profesional.

Luego que colocaron en la mesa los paquetes y frascos y viendo que Luisa permanecía sin conocimiento, sacó el Doctor su jeringa de Pravast y despues de disolver en un vaso, previamente acéptico, una pastillita de "cafeina," absorvió el líquido con la jeringa y, descubriendo el brazo izquierdo, apretó fuertemente con sus dedos la región posterior muscular del antebrazo abajo del músculo dentoide, para provocar la analgéria, y hundiendo en aquel lugar la sutil aguja introdujo rápidamente en la economía vital el alcaloide vigorizador.

Con aquella operación reaccionó la vitalidad

en Luisa y pudo enderezarse en el catre. En seguida, asistido por su ayudante, procedió el Doctor al lavado y curación de la herida de la cabeza, hasta que todo quedó concluido, quedando Luisa perfectamente limpia de la sangre coagulada que tenía en el cabello y la cara. Densamente pálida, cadavérica, pegada la piel de la cara en los huesos, exangüe hasta el extremo, sueltos los nervios y pareciendo que solo un mísero soplo de vida ondulaba perdido en aquel organismo agotado y próximo á la muerte. El vendaje que le cubría la herida, envolvía la cabeza y se extendía por la frente, ocultándola hasta el nivel de las órbitas, simulando un caseo cuyo color blanco se prolongaba en la palidéz de la cara y daba extraño brillo, como una última flameación de la vida, á sus ojos grandes, verdes. . . . .

Cuando fué concluida la operación, Luisa quedó sentada en la cama, reclinada la cabeza en la almohada y el ayudante, por órden del Médico, al salir ambos del cuarto, se fué á llamar al Cashier, á Ojos de Perro y á los demás "caballeros"

No tardaron en llegar éstos, quienes habían estado esperando por indicación del mismo Médico, á que Luisa estuviera lista para practi-

car las diligencias judiciales que, previamente, Castañeta había ordenado como Juez y para lo que había convocado á todos aquellos Señores, por creerlo conveniente, como se dice en jergonza de tinterillos, para el esclarecimiento del hecho criminal que la justicia trataba de poner en limpio.

En realidad, el accidente que le había pasado á Luisa les había contrariado mucho, por que tuvieron que esperar á que fuera curada, pero Castañeta les hizo entender que aquella circunstancia favorecía sus propósitos. El conocía por su larga práctica de Juez, que un preso que ha permanecido tres días incomunicado y mal asistido, sin comer es mucho mejor, confiesa sin reticencias en contestaciones afirmativas ó negativas, todo lo que se quiere que confiese. Era indudablemente providencial lo que le había pasado á Luisa, pues añadiendo á la falta de alimentos y á la terrible postración moral que era consecuente á su apresamiento, la debilidad producida por la pérdida de sangre la ponía en las precisas y necesarias condiciones propicias al intento que ellos se proponían. Todos convinieron, como hombres prácticos, en que Castañeta sabía lo que traía entre manos.

Tal vez haya alguno que dude lo que se narra

en esta novela, pero si desea asegurarse de que ésto es verdad, puede creer que no le costará mucho trabajo en convencerse que, lo que aquí se escribe es real y verdadero, pues fácil le será averiguarlo y aún más, que todavía hay crímenes más graves que los que aquí se describen. Esperamos seguir adelante en el camino de decir la verdad, sea quien fuere él que se ofenda ó se perjudique con ésto; es probable que el autor de esta novela sea el más perjudicado por las persecuciones que tal vez tenga que sufrir, pero para él.... venga lo que venga y disimúlese la digresión.

Volvieron los "nobles caballeros" al cuarto de Luisa. El Jefe de la Policía trajo algunas sillas y quedaron instalados, llenando casi por completo la pequeña estancia, ahora inundada por la luz que entraba á torrentes por la ventana, como si toda la claridad del día se condensara en los hazes luminosos que penetraban al cuarto y que directamente iban á chocar en el campo ocupado por Luisa, exhibiéndola y presentándola en su completa debilidad, á la inquisición de aquellos hombres.

El Juez había acercado á la cabecera de la cama la mesa que había servido al Médico y ponía sobre ella unos papeles, tintero y plumas;

él se sentó en una silla, casi tocando con sus rodillas el bordo de la cama; del otro lado de la mesa se sentó Ojos de Perro, el Cashier y Robleda, dando la espalda á la luz; las demás personas se habían quedado fuera.

Luisa ya vuelta al conocimiento, veía á toda aquella gente con una mirada de bestezuela acorralada; el terror pasaba á veces en rachas suplicatorias por sus ojos y guardaba silencio, esperando lo que había de suceder.

Castañeta, sin hacer caso de lo que le había pasado con Luisa, momentos antes, le habló, dando á su vez un tono de paternal bonachonería:

—Mira, hijita. Tú me perdonarás, lo que te voy á preguntar, pero es necesario que comprendas que es por tú bien.

Luisa no contestó; de vez en cuando un sutil rayo de coraje estremecía sus nervios en los que chocaba el "tuteo" del viejo.

—Vamos á ver: ¿Sabes por qué estás aquí?

—Nó.

— "Pos" chula, es muy duro decírtelo, pero no hay más remedio: "Pos" allí tienes . . . . pues que se encontraron en tú casa una porción de cosas que son de la Tienda y como no las has comprado . . . . "pos" hija, tienen que ser ro-

badas. Que dices?

—¡Miente Vd.! ¡Viejo miserable! ¿Por qué me dice Vd. que soy ladrona? Desde el primer día que me encerraron aquí Vd. me dijo lo mismo y Vd. sabe bien, y todos VV. lo saben, —dijo dirigiéndose á los demás— VV. saben bien que yo no he robado. ¿Díganme VV.? —continuó, cambiando el tono indignado de su voz—¿á qué vienen estas cosas? ¿Por qué me tienen VV. aquí? Sé que Enrique está preso también por que dicen que ha robado. Esto no es verdad. No puede serlo. Si él hubiera robado yo lo sabría por que él no podía ocultármelo. Yo estoy segura, enteramente segura que él no ha robado y es una infamia que esté preso. Está bueno. Yo tengo algunas cosas: ropa, juguetes, zapatos, pero ésto han sido presentes que, con permiso de Enrique, me hizo el Gerente de la Tienda. Esto lo dije desde el primer día á Vd., Señor Juez. Esto lo pueden saber VV. bien. Pero ésto no es un robo. Yo no soy ladrona y VV. cometen un crimen con mi esposo y conmigo con lo que están haciendo. He sufrido mucho, mucho, desde que estoy aquí. Yo nunca me había imaginado que pudiera estar presa alguna vez y he deseado mil veces la muerte para que concluyeran de una

vez mi martirio y mi deshonor. ¡Yo no soy ladrona! ¡No! ¡No! ¡No! soy ladrona. Ni Enrique es ladron! ¡Oh!! ¡Esto es horrible!

Se cubrió la cara en aquel esfuerzo sobrehumano que había hecho para hablar. Su fisonomía, cambiando según los sentimientos que la animaban, había concluido por ser la expresión del dolor y de la desesperación; sollozos convulsivos agitaban su cuerpo y con las mangas de su blusa se secaba las lágrimas. Todos callaban y ocultaban sus ideas en la sombra que protegía sus caras. Luisa prosiguió:

—Si VV. creen que esas cosas son robadas, yo las pagaré; tengo poco dinero, pero su valor no es grande. Pero no las he robado. Llamen al Gerente y el dirá que me las ha regalado. Llámenlo VV., Señores. Sobre todo, Señor Juez, que Enrique no siga en la cárcel. Yo podré estar aquí más tiempo, mientras se prueba todo; es cuestión de preguntarle al Gerente. Hágalo Vd., Señor Juez. Todavía es temprano y puede hallársele en la Tienda. Yo he sufrido tanto, tanto, por una cosa que no vale la pena y luego ¿que yo soy ladrona? ¡Oh!! ¡No! ¡No! ¡Esto no! ¡Esto me mata! ¡Que vergüenza!! ¡Esto es horrible!!

La dejaban que hablara y la frialdad y el

silencio de aquellos hombres producía en Luisa de una manera vaga un terror que paulatinamente iba invadiéndola.

Fijó sus ojos en ellos queriendo ver sus fisonomías y se lo impidió la sombra y entonces sintió fuertemente, fijas en ella, aquellas miradas que la fascinaban con el firme y cruel propósito que en ellos presentía. Notó su propia vulnerabilidad y no pudo hayar nada al alcance de sus facultades, con que defenderse. Sintióse acorralada en aquel reducido espacio y espuesta á ellos, presentando el blanco que la luz hacia cruelmente resaltar, al ataque de aquellos hombres, comprendió y se dió exacta cuenta de toda su debilidad y presintió instintivamente el abismo á cuyos bordes oscilaba.

Repentinamente interrumpió aquel silencio la voz de Castañeta, pero ahora hablaba con dureza, breve é imperiosamente, golpeando brutalmente con sus palabras, sin la más ligera lástima y su fisonomía se tornaba bestialmente cruel:

—Bueno. ¿Y las demás cosas que se encontraron en la casa?

Luisa abrió asombrada los ojos.

—¿Cuáles cosas? ¿De qué habla Vd.?

—Mire Vd.—dijo Castañeta, casi gritando— si sigue Vd. así, no nos entenderemos. Vd.

CAPILLA ALFONSO X

sabe bien de que cosas hablo.

—Pero yo no sé á que cosas se refiere Vd.—  
dijo Luisa espantada ante aquello que ella igno-  
raba.

—¿De manera que Vd. no sabe de que cosas hablo?—preguntó con brutal ironía Castañeta, y procuraba dar á sus expresiones el más cruel intento. Su intento era aterrar y se irritaba colérico ante las pertinaces resistencias de Luisa.

—¡No sé! ¡No sé! ¿Dígame Vd. que es eso?

Castañeta en vez de contestar directamente y siguiendo su táctica, su táctica de viejo Juez, le dijo:

—Decididamente Vd. quiere echar toda la carga sobre su marido, pero si así lo quiere Vd., pues adelante. No hay remedio.

Aquello era terrible para Luisa y Castañeta lo sabía. Era su orgullo. Cuando él hacía caer á un criminal en el lazo que le tendía, se contemplaba á sí mismo en la sincera admiración que le causaba su privilegiada inteligencia, con la que siempre había obtenido tan maravillosos resultados en cuestiones judiciales.

—¡Señor! ¿Dígame Vd., por favor. Se lo suplico á Vd., que va á pasar con Enrique?  
¿Qué ha hecho Enrique? ¡Esto es espantoso!

¿Qué es lo que ha hecho Enrique. Dígame Vd. Señor? ¡No! ¡No! ¡Yo no quiero que á Enrique le pase nada!

—Bueno. Bueno—dijo Castañeta, ya no tan ásperamente—parece que ya se pone Vd. algo razonable.

—Señor, yo no sé nada de lo que Vd. dice. Se lo juró á Vd., por la santa memoria de mi padre; pero si Enrique ha hecho algo, estoy segura que es inocente. Si algúien habla mal de Enrique es un infame. Dígame. Dígame Vd., Señor.

Suplicaba llorosa y adelantándose hacia el Juez en un impulso de ruego, humillándose y aceptándolo todo; loca por el terror que le inspiraba la idea de que á su marido le fuera á pasar algo. Lo veía en poder de aquellos hombres, tan irresoluto, tan débil y se proponía aceptar todo, todo lo que viniera, por salvarlo. Un miedo espantoso se apoderó de ella y le daba fuerzas para ponerse en pié, para correr á salvar á aquella pobre criatura á quien veía desarmado sin ella, víctima inofensiva, entre las garras de aquellas fieras.

Todavía Castañeta se saboreó sibariticamente en aquel martirio y dijo:

—Bueno. Pues es necesario que Vd. se re-



suelva á hacer algo por que si no, las cosas irán mal, muy mal.

La trampa había cogido á la víctima. No cabe duda, el Juez sabía llevar las cosas á donde el quería.

—¡¡Dígame!! ¡¡Dígame!!—gritó Luisa, repitiendo aquella palabra que era la más completa expresión de la súplica y ya sin cuidarse de sus lágrimas que corrían libremente por sus mejillas y tendiendo sus brazos, queriendo nerviosamente cojer á Castañeta, como si tuviera miedo de que se escapara de allí y la dejara abandonada en su desesperación.

—La cuestión es ésta, y es por demás que grite y que arme tanto mitote, y ésta es la verdad, créalo Vd. ó no lo crea: su marido ha robado á la Tienda de la Compañía; el robo está probado y su condena tendrá que ser de cinco á seis años. Esto es muy triste para mí decirlo y hacerlo, pero la cosa no tiene remedio.

Luisa lanzó un alarido sobrehumano provocado por aquellos furiosos golpazos que le machacaban el cerebro y que repercutían brutalmente en su corazón.

—Solo hay una manera de que ésto se componga—siguió diciendo Castañeta—el Señor Cashier y el Señor Manager, así como el Señor

Licenciado Robleda, se han interesado mucho por VV. y me han propuesto lo siguiente: que Vd. se confiese culpable de lo que ha robado su marido. De esta manera D. Enrique saldrá libre y Vd. saldrá también, por que se nos ha recomendado que no toquemos á las mujeres en este asunto. ¿Acepta Vd.? Si acepta todo quedará arreglado en este momento; si no, la cosa no tiene remedio. ¿Qué dice?

—Eso es, Luisita. Precisamente si hace Vd. eso se arreglará todo—dijo el Cashier ansiosamente interviniendo de exabrupto y casi levantándose de su asiento.

En aquel momento, Luisa presintió ténueamente el sutilísimo esfuerzo, la incipiente palpitación, embrionaria, vagorosa de un nuevo aliento que apenas la sostuvo al borde del abismo, pero que le ayudó á vacilar inconscientemente antes de precipitarse en él; dirigió sus miradas hacia el Cashier separándolas de Castañeta y rompiendo la fascinación que hasta este momento había él sostenido sobre ella.

—Señor—dijo al Cashier—yo estoy dispuesta á hacer todo lo que sea necesario para salvar á Enrique. No me importa lo que á mí me suceda, pero él no puede seguir preso ¡Oh! ¡No! ¡No! Esto no puede ser—sollozaba convulsiva-

mente—¿Pero cómo es posible que él lo haya hecho?—añadió hablando consigo misma.

Luisa quedó en silencio, pensativa, independiente casi de la presencia de aquellos hombres. La lucha tan tremenda que soportaba, en vez de estenuarla le había dado energía y ahora se reformaba en ella, inspirándole el ansia de saber en que consistía el robo cometido por Enrique y esa ansia era imperiosa y se apoderaba de ella y la envolvía y la penetraba y repletaba su cerebro de interrogaciones.

Aquellos hombres empezaron á sentirse cansados de aquella situación y deseaban que concluyera cuanto antes. Repentinamente se levantó Ojos de Perro y dirigiéndose á Castañeta le dijo en inglés, imperativamente:

—Creo que ésto está concluido y si algo queda que hacer, favor de trabajar pronto.

—Allá vamos—dijo Castañeta levantándose y llamando á un escribiente. Este buscó uno de los papeles del mamotreto que conducía y extendió un pliego sobre la mesa.

Buscaron una carpeta para que Luisa la apoyara en sus piernas y pudiera firmar. El escribiente, un jayán medio borracho, andaba torpemente y queriendo hacer las cosas con prontitud empujó la mesa que cayó al suelo, tirando pape-

les y tintero.

—¡Animal! ¿Por qué no pones cuidado?—le dijo colérico Castañeta.

—“¡Adiós!” “Pos” si no veo, pues—replicó el escribiente irritado por el modo con que le habló Castañeta.

—¡A ver! ¡Levanta eso. Pronto!

Mientras el amanuense recojía tentaleando los papeles del suelo, Ojos de Perro y el Cashier se asomaban á la ventana. Robleda que había permanecido callado todo el tiempo se mascaba los puercos bigotes. El Juez miraba á veces al escribiente que recojía los papeles ó al grupo de Ojos de Perro y el Cashier.

Luisa se concentró en la lucha interior que, ya casi llegaba á todo su desarrollo en aquel instante y que conforme pasaban los segundos, se acentuaba más y más, sin que aquellos hombres se dieran cuenta de ello, debido al incidente de la caída de la mesa. Su debilidad física acrecentada por las terribles emociones que acababa de sufrir, casi la dominó por completo y automáticamente se dobló en el lecho; su cabeza quedó boca abajo, estiró las piernas y experimentó, con el descanso físico que aquello le produjo, una concentración más intensa de sus fuerzas mentales y aquel aliento que había

empezado á palpar en ella, en embrionación ténue y vagorosa, tomaba ahora una contornación precisa y enérgica y se desarrollaba en forma de elemento ético, perfectamente distinto y que le hizo entrever, adivinar oscuramente, el propósito de aquellos hombres. Ella no definió nada, pero el espíritu de aquella fuerza ahuyentaba el terror que la había subyugado tan absolutamente, momentos antes. El miedo que le inspiraba la suerte de su marido se disipaba y la idea de que la tomaban como un pretexto, de que lo mismo que hacían con ella debían hacer con Enrique, se infiltró en su cerebro, lo invadió y lo hacía vibrar como si las flamas de un incendio crepitaran dentro y le infundieran una resolución heroica de morir luchando, frente al peligro, sin retroceder; aceptando ser muerta en esa lucha, pero sin otorgar concesiones, sin miedos y sintiendo el ridículo de la huida y temiendo más este ridículo, que significaba cobardía, debilidad, que la muerte misma. Su cerebro revolucionaba en la fiebre de aquella lucha interior. Dentro de las concavidades de su cráneo se intensaba toda su sangre y toda su vida y su cuerpo flotaba en el vacío en que oscilan las materias que abandonan la vida pero que no pertenecen todavía á

la muerte física. Su corazón palpitaba con un ruido que sonaba como el traqueteo de una carreta vieja y enviaba sus últimos effluvios de sentimiento á la cabeza, en la que fiameaban la idea y el valor en una última armonía victoriosa de aquella vida, que casi se extinguía en las sollozantes convulsiones en que todavía se agitaba.....

Esto se sucedía en un instante.

—Ya está listo todo—dijo el jayán semi-borracho.

Había conseguido un pedazo de tabla y con el papel encima, en una mano, con la otra presentaba á Luisa una pluma para que firmara.

—A ver. Muchacha, firma aquí—le dijo Castañeta.

Luisa levantó la cabeza y volteando la cara vió á Castañeta y en voz queda, débil, susurrante, que no dejaba adivinar más que un profundo desaliento, preguntó:

—¿Qué quiere Vd. que firme?

—¿Como qué? Lo que le he dicho.

—Tenga Vd. la bondad de leer eso... que voy á firmar.

—¿Qué? . . . . gritó Castañeta.

Al oír el grito de Castañeta se acercaron los demás.

—Sí. Tenga la bondad de leer eso—apenas se oía su voz.

Castañeta comprendió ya lo que pasaba y en gritos furiosos, destemplados, borbotando inmundicia grosera por su boca de viejo borracho acostumbrado á asustar presos y mujeres de burdél, sus palabras surgían como la reventazón de una cloaca :

—No me venga Vd. con P. . . . . A Vd. le importa una . . . . . lo que diga ó no diga este papel. ¿Firma ó no firma?

—No firmo—apenas se oía el sonido de la voz.

—Diga otra vez. ¡Hija de. . . . .!—rugió aquella bestia.

Luisa no contestó, parecía casi muerta y cerraba los ojos bajo el absoluto dominio de su resolución.

—¿Quiubo? ¡Vieja . . . . .!— ahuyó Castañeta en el paroxismo del furor.

Robleda se había acercado é inclinándose sobre la cama cojió un brazo de Luisa, jalándolo brutalmente, frenético por la actitud de la mujercita; sus bigotes puercos se erizaban y sus ojos abiertos se enrojecían por la cólera de marrano que lo poseía.

—No firmo—dijo en un último aliento Luisa. Su voz se extinguía y no hacía esfuerzo para

defenderse de lo que hacía Robleda con ella y casi yá próxima á caer de la cama por los jalones. Parecía un pingajo humano que se abandonaba al maltrato de aquellas bestias y solo un átomo de vida vibraba indomable en su resolución, que yá parecía cercana á la muerte, pero que la sostenía en una vida extraña, que prolongaba la circulación de su sangre en una solapada vitalidad, como si quisiera engañar á la muerte misma, para alejarla confiada de allí y renacer más tarde, vigorosa y firme.

—Será bueno dejar ésto por ahora—dijo el Cashier y al mismo tiempo cojió la mano de Robleda y se la retiraba del brazo de Luisa, quien permaneció en el lugar que la dejaron los jalones de Robleda, allí quedó ya abandonada de sus fuerzas, con la cabeza caída fuera del borde de la cama, flojo el vendaje que la cubría y abierta de nuevo la herida, empezaba á chorrear sangre, enrojeciendo la blancura de la curación.

Al oír Castañeta lo que decía el Cashier lo miró con rabia y refiriéndose á Luisa le dijo :

—Métasela en el . . . . .

El marrano encolerizado no hallaba como hacer efectivo su coraje.

—De ésto, Vd. no más tiene la culpa—le dijo

Ojos de Perro— por que Vd. es el que tiene obligación de llevar las cosas como se debe y así le promete siempre, pero también siempre á la hora de hacerlo, todo sale como cosas de borrachó. Bastante me pesa el dinero que estos “Greasers” le cuestan á la Compañía y son buenos para nada.

Salió del cuarto y detrás de él el Cashier.

Luisa no se cuidaba de nadie y empezaba á sentir una especie de borrachera, debido á la anemia que le había causado la herida. Su fuerza moral y nerviosa se anegaba en el agotamiento provocado por tan prolongada y tremenda lucha y á pesar de todo, sentía que un dulce bienestar gratamente la invadía y una placidez la penetraba suave y confusamente, saturada de vagos ensueños.....descanzaba por fin.

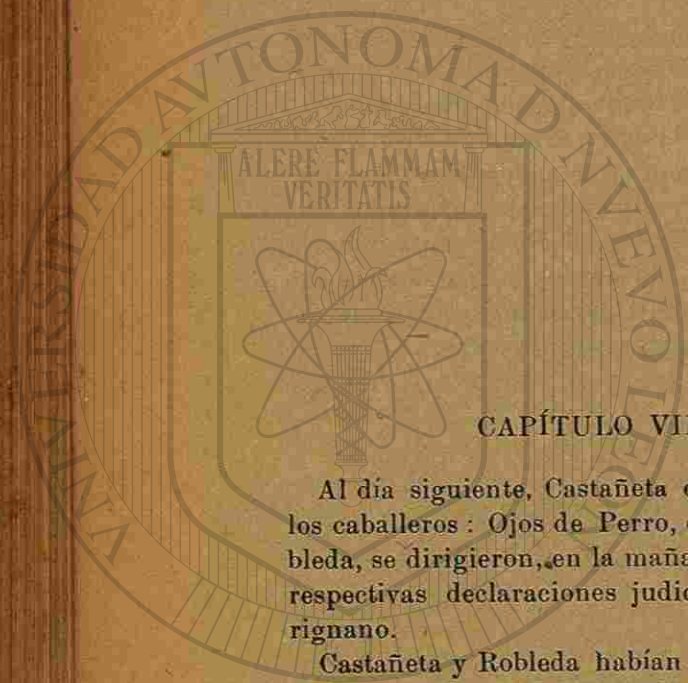
Castañeta y Robleda se miraron como imbéciles y maquinalmente salieron, precedidos por el jayán semi-borracho.

El policía que cuidaba á Luisa entró silenciosamente en la estancia; vió á Luisa y salió rápidamente, volviendo á poco con un vaso de té con leche. Sin hablarle la acomodó en la cama, luego le alzó la cabeza y acercó el vaso á sus labios. Luisa bebió, bebió con ansia infi-

nita hasta la última gota y luego dejó caer en el pecho del policía su cabeza; éste la acomodó dulcemente en la almohada como á un niño.

—¡Pobre! ¡Pobrecita criatura!—dijo aquel hombre y tropezando con sus propios piés salió de allí luchando por contener sus lágrimas.

Luisa se entregó al sueño, al santo y buen sueño que, como la santa y buena muerte, ha de dar el descanso y fuerzas para continuar la eterna y ruda y buena y santa lucha.....



## CAPÍTULO VII.

Al día siguiente, Castañeta en compañía de los caballeros : Ojos de Perro, el Cashier y Robleda, se dirigieron, en la mañana, á tomar sus respectivas declaraciones judiciales á las Margignano.

Castañeta y Robleda habían saludado á Ojos de Perro y simultáneamente habían alargado la mano para el respectivo "shake-hands," pero Ojos de Perro ni siquiera los miró. Hablaba en inglés con el Cashier, para no ser entendido por los Leguleyos. Le decía que, con el correo que había recibido el día anterior, el Rey le dirigía entre sus instrucciones, una relativa á la cuestión del robo. El Rey escribía desde New York,

pero decía salir el día siguiente para Paris, donde esperaba concluir una magnífica "combinación" que le dejaría algunos millones de "francos"; con estos podría cubrir lo que había tomado á la Compañía de New York, pero aunque ésto podía darse por hecho, siempre era necesario dejar á cubierto todo y recomendaba se procediera á la mayor brevedad en el asunto del robo de la Tienda y de los valores de la Caja fuerte.

El fracaso sufrido con Luisa el día anterior, había enconado el desprecio de Ojos de Perro hacia Robleda y Castañeta. El y el Cashier siempre habían estado animados de odioso desprecio hacia aquellos Tinterillos "Pimps," como los llamaban en inglés, pero esos malos sentimientos eran injustificados, pues aunque es verdad que ambos costaban mucho dinero á la Compañía, también habían sido los mejores agentes del Rey para enriquecerlo. Inmensas extensiones de magníficos terrenos ganaderos y de agricultura y más de doce mil becerros herrándose cada año, eran el mejor testimonio de los buenos oficios de aquel buen par de chicos, para acrecentar la opulencia del Soberano. Por más de tres años la cárcel del lugar sirvió de continuo alojamiento á los primitivos dueños

de aquellos terrenos para obligarlos á largarse lejos de allí y dejar al Rey en quieta y pacífica posesión de lo que nunca le quisieron vender y que al fin tuvieron que abandonar por que, como decía Castañeta, "tan chistoso como siempre": no les gustaba vivir "dióquiz" en el Hotel Real (así llamaba á la cárcel); pero en la actualidad ya no había necesidad de poner más rancheros en el Hotel y el Rey extendía sus dominios sobre más de cien mil hectaras del terreno más rico de aquellas regiones. Había habido necesidad de enriquecer también al Señor Gobernador del Estado amén de algunos allegados á él, pero los señoríos estaban limpios de "Greasers," y ésto se debía á los dos Jurisconsultos. Eran inexplicables los malos y pecaminosos sentimientos de Ojos de Perro y del buen Cashier, pero es difícil decender á estos arcanos del dulce corazón de los súbditos de Su Majestad.

Como hemos dicho, las muchachas Marignano estaban presas en el mismo edificio en que estaba Luisa. Las habían encerrado en tres piezas distintas de la planta alta y allá se dirigieron los buenos hombres á quienes desunía la maldad natural en los humanos pero á quienes unía la fidelidad sincera y virtuosa de su amor al Rey.

Entraron al cuarto de una de ellas, la menor, á la que encontraron llorosa, sentada en una mecedorita de mimbre, rota por el uso y liada con cordones para que no se desbaratara. Tau luego como los vió la muchacha, se puso en pié asustada. Castañeta le hizo seña de que se sentara, sentándose él á su vez en la cama, lo mismo que Robleda. Los otros dos quedaron de pié asomándose á la ventana y sin cuidarse de lo que iba á pasar

—¿Qué tal? Hija. ¿Como te ha ido?—preguntó Castañeta, con el tono de un padre que quiere perdonar las travesuras cometidas por su hijo.

—Bien, Señor—dijo la muchacha sin saber lo que decía.

—Mira—prosiguió el viejo—es muy duro para mí lo que te voy á decir, pero es por tu bien, aun que sea algo pesado para tí. ¿Estás dispuesta á hacer lo que yo te diga?

—¡Señor!!—dijo la muchacha llorando—Haré todo lo que Vd. quiera con tal de que yo salga de aquí. Por favor, Señor. ¡Déjeme salir de aquí!—se paró y se retorció las manos, corriéndole las lágrimas por las mejillas y tembándole la boca al hablar, toda ella estaba trémula. Sus ojos se hundían en las órbitas, de-

nunciando el insomnio y el sufrimiento de aquellos cuatro días de martirio.

—¡Bueno! “Pos” te lo diré de una vez “pa” no perder el tiempo y puedas irte luego. Mira. Firma este papel y te despacho luego “pa” donde quieras irte. ¿Quieres?

—Si Señor. ¿Qué he de hacer?

La cosa no tuvo remedio. El jayán semi-borracho puso el papel en una mesa, la muchacha acercó la silla y sin averiguar nada y sin saber de lo que se trataba, en aquel pliego, firmó con mano temblorosa y atorándose la pluma, el papel que le presentaron. Luego firmaron los testigos de asistencia, al pié de la fórmula consabida de “Y leído que le fué á la declarante se afirmó y ratificó en lo que ha espuesto, por ser la verdad y firmó, & &.” Uno de los testigos era el jayán, el otro había quedado fuera de la pieza y entró cuando lo llamaron y firmó también sin preocuparse de lo que firmaba.

—Así se arreglan las cosas—dijo Castañeta con naturalidad—Ahora. Hijita. Si quieres seguir aquí, sigues, ó si quieres irte á otra parte, hazlo, “pos” desde “horita” estás libre como “Jalisco.”

Estaba contento y miraba con cierta provocación á Ojos de Perro que no hacía caso para

nada de aquello.

La muchacha no sabía que hacer, asustada, embrutecida por los días de encierro y de ayuno que había sufrido.

El Juez tuvo una inspiración. Le habló y le dijo:

—Mira. Está bueno que vayas tú misma y les digas á tus hermanitas lo que te ha pasado; diles que ya estás libre y que vengan ellas también á firmar, con eso se van todas juntas. Anda. Anda, pues.

—¡Oh! sí Señor, con mucho gusto. Pero yo ya no estoy presa? Ya no estaré aquí más?

—No. Hija. No. No tengas miedo. Anda á hacer lo que te digo y traete á las muchachas. Anda. Anda, pues.

Castañeta sentía sus entrañas enternecidas, teniendo que repetir el cariñoso “hijita” que daba á la muchacha. Esta estaba aturdida y no supo al principio si llorar ó salir. Por fin salió torpemente y se dirigió á los cuartos que le indicó el Jefe de la Policía que estaba en la puerta y que se informó primero desconfiadamente si aquella “mujer” salía libre.

—Véngan. Véngan. Yá vamos á salir—les dijo á sus hermanas.

Ellas se asustaron al principio al salir y ver



al Jefe de la Policía que les habría la puerta y les ordenaba enérgicamente que salieran. Luego siguieron hasta entrar al cuarto donde estaban los Señores.

—¿Les dijiste?—le preguntó el Juez.

—No, Señor—contestó temblorosa y tartamudeando.

—“Pos.” ¿No te dije que lo hicieras?

Ella se asustó más y creyó la iba á castigar.

—Señor, perdóneme. Por favor, Señor. Soy muy estúpida y se me olvidó. Señor, perdóneme.

—Yá, Yá. Cállate la boca, pues.

El viejo les hizo la misma explicación y ellas firmaron sin noción de lo que hacían. Luego se quedaron paradas esperando.

Ojos de Perro se dirigió á ellas en inglés:

—VV. están libres, pero será mejor que se vayan VV. de aquí mañana-mismo. Pueden pasar al Banco y el Cashier les dará cien dollars á cada una.

Salió con el Cashier sin importarle más el asunto.

Los demás salieron despues y luego las muchachas. Sin darse cuenta de lo que había pasado, salieron, primero del cuarto y despues del edificio. En la calle saludaron á algunos americanos dependientes y empleados de la Compa-

ñía y no recibieron contestación; ya en sus casas comprendieron algo de lo que pesaba sobre ellas, pero su deshonor y su humillación se difumó en las tenebrosidades del dolor humano, como una lágrima se disuelve en la amargura insondable del mar.

A pesar de todo Castañeta se sentía orgulloso con el triunfo obtenido. Ahora se permitía el lujo de pasársela sin saludar á Ojos de Perro. Se sentía animado para seguir adelante y concluía por prometerse doblegar á la mujercilla aquella que, contra lo que él tenía previsto, se le había rebelado el día anterior. Y así tenía que suceder. El estaba acostumbrado á “achi-car” hombres y, pasado el primer arranque de rabia que le causó la actitud de Luisa, ya sabía él, que haría con aquella “potranca” bronca; él haría con ella lo que él quisiera y hasta . . . . . si él se propusiera. No faltaba más que él, disponiendo como disponía de los elementos de poder que la veneranda justicia ponía en sus manos, fuera á dejar á aquella “tipa” haciendo lo que ella quisiera; eso sería una burla para él y para la justicia, y esto no podía quedar así.

Indudablemente que el gigantesco Gobernador del Estado fronterizo que lo había hecho

abogado, había hecho una grande obra, premiando el mérito de Castañeta, sus alcances científicos juristas y su noble inteligencia, con el título profesional á que tan honorablemente era acreedor. No hay que olvidar esto y agradecer á ese Señor Gobernador su obra y recomendarle que siga dotando á la Patria de cuantos abogados le sea posible; pues todavía regentea otro Estado y puede continuar este buen camino, el agradecimiento al tan repetido Gobernador debe extenderse por toda nuestra República por el natural orgullo que debe inspirarnos de que tanto él como los Castañetas, Robledas y otros más de la misma calaña, sean nuestros queridos compatriotas, es decir: "Cives Mexicanensis."

Después que Castañeta concluyó la faena de las muchachas Marignano, él y Robleda no se cuidaron de seguir al Cashier y á Ojos de Perro. Los dos Papinianos se dirigieron en unión de los escribientes y los "policés" á una cantina, donde en amable compañía de mujerzuelas pasaron el rato y comieron. De allí se dirigieron á la cárcel, para tomar su declaración á Enrique, pues Castañeta quería practicar esta diligencia antes que el reo pudiera aprovechar la oportunidad de pedir amparo, por haber pasado

el término constitucional. Quería sobre todo, quitarse el engorro de encima, todo lo demás tenía poco valor para él; pues dado el caso remotísimo de que se recurriera al amparo, ésto no podría prosperar. Un sobrino de él y que además estaba subvencionado por la Compañía, era el Juez de Distrito y bien sabían ambos mandar al Diablo á los imbeciles que se metían á pedir amparo por violación de garantías constitucionales. El tal sobrino era un magnífico sobrino de su tío y también había logrado que lo hiciera abogado el Gobernador de un Estado del extremo Sur del País; lo que prueba que tan buen tino tienen nuestros respetables Gobernadores del Norte como los del rumbo opuesto.

Castañeta y Robleda llegaron á la cárcel y un grito marcial del centinela anunció á los cuatro vientos su llegada:

—¡¡Guardia-a-a-a-á!!! ¡¡El Señor Juez de Primera Instancia!!

Acudió el Alcaide y después de rendir el parte sin novedad, lo acompañó al departamento de la Alcaldía. Allí ordenó se presentara Enrique.

Los presos se agolpaban á las ventanillas enrejadas que daban al patio de la cárcel. Casta-

CAPILLA ALFONSO  
UNIVERSIDAD ALFONSO

ñeta se sentó frente á una mesa y Robleda á un lado; los testigos de asistencia quedaron esperando en el cuerpo de guardia.

El Alcaide mandó formar, con órdenes militares, á los diez ó doce penitenciarios que ridículamente uniformados de soldados de infantería, integraban la guardia carcelaria. Despues de esta "imponente" ceremonia, abrió la puerta de doble reja de hierro por la qué, abriendo la primera reja, se penetraba al hueco de la puerta; se cerraba en seguida con cerrojo esta primera reja y hasta entonces se abría la otra que luego se cerraba también, despues de haber dado paso al patio de la cárcel.

Esta operación se repetía lo menos cuarenta veces durante el día, pues tan grande así era el número de entradas de presos diariamente, pero los encarcelados siempre veían la apertura de aquella puerta, con esa curiosidad con que se consideran los más triviales incidentes de la vida, cuando en la vida solo se puede fijar la atención en incidentes triviales.

En el patio había como doscientos presos, en lo general jóvenes. Unos estaban acostados en el suelo, otros se paseaban en parejas, platicando y dándose noticias mútuas de lo que les interesaba; casi siempre trataban de riñas ó ra-

terías; por lo regular, los recién llegados siempre eran oídos con interés en las noticias que traían de fuera. Otros lavaban su ropa en un bitoque de agua que sobresalía del muro. Dos hombres cocinaban en estufas, comida que vendían á los presos y que ellos adquirían mediante al pago que hacían, los que no tenían más, con los veinticinco centavos que diariamente recibían del Municipio y que ellos llamaban "Chivo" (á los veinticinco centavos).

En el interior de las dos galeras opuestas al lado de la Alcaidía, algunos presos jugaban á la baraja ó á los dados; ésto lo podían hacer libremente, lo mismo que pelear y tasajearse la carne con las navajas ó con huesos afilados como cuchillos ó que concluían en puntas como agujas, que con todo descaro exhibían á cada momento, riéndose alegremente de la inútil vigilancia de los carceleros.

Los calabozos que estaban á los laterales del patio, tenían encima de la puerta exterior de madera, una portezuela y por allí sacaban la cabeza los incomunicados y libremente platicaban con los demás; á veces se "agarraban á trompadas," pugnando por cojerse las cabezas y golpeárselas; ésto, cuando sucedía, hacía la delicia de los demás. Muchas veces los inco-

municados eran provocados adrede por los que andaban en el patio y se emprendían batallas, las más de las veces eran de palabras, en que la obsenidad llegaba hasta provocar el agotamiento de la facultad cerebral que se ponía en función, para descargar la inmundicia de aquellas inteligencias degradadas. Entonces la fiesta era espléndida y los gritos y los dichos se sucedían y eran coreados por las mujeres que se encontraban presas en la parte alta del edificio y que constantemente estaban en libre plática con los presos. Muchas veces Castañeta vino á divertirse con aquellas peloteras y hasta solía invitar á algunas muchachas que encontraban gran divertimento en ésto.

El patio de la cárcel era un espacio como de seis metros por lado, pavimentado con ladrillo é insectos parasitarios.

En un calabozo estaba un individuo tenido como criminal peligroso, el que era querido y respetado por todo el mundo. Tenía ya tres meses de no salir de aquel calabozo pero, como siempre se mantenía abierta la hoja de madera, se arrimaban á ella los penados y en cucullas, conversaban y se bromeaban con él largas horas. Era uno de los vendedores de "marijuana" y á veces desde su encierro, ejercía las

tiranías del monopolio, encareciendo el precio del artículo que hacía ascender hasta á dos centavos por chupada. Hacía combinaciones y celebraba acuerdos con los que vendían desde afuera la yerba para que solo penetrara á la cárcel una pequeña cantidad, que era la que él solo podía disponer, y de esta manera dominaba el mercado, imponiendo á la mercancía el precio que él quería. Por lo regular la yerba se la proporcionaba un soldado de la guardia quien la recibía de manos de la "amacia" del preso.

Entre los soldados de la guardia y los presos había un compadrazgo constante, pues casi siempre los primeros eran sentenciados á extinguir pequeñas condenas y que los dedicaban á ese servicio.

A los lados de la puerta, que comunicaba la guardia con el patio de la cárcel, había unas ventanillas y una de ellas estaba habilitada para que los presos hablaran con las personas que los visitaban ó para recibir las cosas y comidas que les mandaban de fuera.

El alma que flotaba sobre aquellas gentes se condensaba en la indolencia fatal que caracteriza á veces la maldita idiosincracia de la raza. Indolencia que trasciende en las preocupaciones que en las clases superiores se traducen en el

derecho insulso de nacimiento y, en las intelectuales, en esa miserable inclinación á la mentira, á la adulación y á la bribonada, que corroe nuestro cuerpo social como una maldición y que nos hace tan cobardes para la lucha y tan infelices para enfrentarnos y desafiarnos el destino.....

El Alcaide cruzó el patio y, dirigiéndose al calabozo donde hacía cinco días estaba encerrado Enrique, abrió primero la puerta de madera. A pesar del ambiente corrompido del patio y que el Alcaide soportaba perfectamente por haberse acostumbrado á él, tuvo que hacerse á un lado al abrir la hoja de madera, debido á la bocanada de pestilencia que salió del calabozo. Despues abrió la reja de hierro y vió á Enrique tirado en el suelo sobre los cobertores que le servían de lecho.

El bote de hoja-de-lata que servía de letrina, casi derramaba su inmundo contenido. Enrique, sucio, pestilente, con el cabello en desorden, embrutecido por la morfina y el tabaco, casi estaba insensible; se había quitado los zapatos y los calcetines conservaban huellas de la porquería de la letrina que había repelido ya algo de su asqueroso contenido.

El Alcaide le habló:

—¿Como le vá, D. Enrique? ¿Tiene la bondad de levantarse? Lo necesita el Señor Juez.

Enrique alzó la cabeza y en su cara, casi muerta la inteligencia y agónica la materia, en aquellos cinco días de sufrimiento y de embriaguez y en que el veneno del tabaco y la morfina lo iban matando lentamente, se dibujó un gesto que parodiaba dolorosamente la sonrisa perenne de extrema amabilidad que le hemos conocido.

—¿Qué? ¿Qué dice?—interrogó sin poderse levantar más que á medias.

—Que el Señor Juez lo necesita.

—¿A mí? ¿Para qué será? ¿Vd. sabe? Bueno. ¿Donde está? Yo tengo también que hablar con él. Es cualquier cosa, cuestión de cinco minutos. Háblele pues.

No se daba cuenta de lo que se trataba ni de lo que decía. Probaba levantarse y volvía á caer. Acostado se restregaba los ojos y se metía los dedos por entre el pelo desordenado y con toda su fuerza se rascaba la cabeza. Dos veces extendió la mano trémula sobre el piso, como buscando algo, y se ensució en la porquería de la letrina; no se dió cuenta de esto. Su cerebro estaba saturado de las brumas venenosas de las sustancias absorbidas.

—No, hombre. Vd. es el que ha de venir—  
le dijo el Alcaide—A ver; levántese.

Algunos presos se acercaron á la puerta á  
curiosear.

Enrique probó levantarse y no lo logró.

—No puedo. No sé qué me pasa.

—A ver. Entren dos de VV. á ayudarle—  
dijo el Alcaide á los presos. Entraron dos que  
rudamente lo pusieron en pié.

—Tráiganselo—les dijo.

Enrique se les iba de un lado para el otro,  
vacilando, suelto de nervios, sin fuerzas, como  
un costal vacío. Los presos lo sostenían como  
á un cuerpo muerto.

—Vénganse "pa cá" con él—les ordenó el  
Alcaide.

Todos los presos se fijaban en él con lástima  
y uno de ellos entró al calabozo y sacó los zapa-  
tos que le puso, haciendo esfuerzos, por que lo  
dificultaban los calcetines sucios. Luego, sos-  
tenido por los dos presos, fué llevado, arrastrado  
y sostenido como una piltrafa de carne humana.

Al entrar el grupo á la pieza donde estaban  
los Leguleyos, Robleda fingió limpiarse una  
mancha de chile colorado que tenía en el pan-  
talón y Castañeta guardaba silencio sentado de-  
lante de la mesa, y apoyado de codos en ella,

agachaba la cabeza simulando profunda medita-  
ción.

Los presos condujeron á Enrique enfrente á  
Castañeta, al otro lado de la mesa que ocupaba.  
Próbaron dejarlo solo, pero comprendieron que  
se caería al suelo, entonces el Alcaide acercó  
una silla de brazos y lo sentaron.

—Retírense de aquí—les ordenó; luego él se  
marchó también.

Enrique quedó allí. Del interior de la cárcel  
se percibía el rumor de las voces de los presos,  
apagado por los cristales de las ventanas. Del  
cuerpo de guardia llegaba de vez en cuando  
ruido de pasos. De allá lejos, muy lejos, venía  
la vibración potente de las máquinas genera-  
doras de la fuerza omnipotente que el Genio de  
Volta y de Ampere legó al mundo como una  
herencia de fraternidad. El ambiente se estre-  
mecía con los rugidos del supremo potencial  
secreto descubierto por Denis Papin en el dulce  
y poético aislamiento de su "home" y multi-  
plicado por las creaciones de Fulton y de Watts;  
la atmósfera se saturaba del calor de los hornos  
en que se fundían las riquezas de la pródiga  
madre tierra y se sentía la palpitación de milla-  
res de brazos y millares de inteligencias, bajo  
millares de sudorosas frentes, que heroicamente

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1025 MONTERREY, MEXICO

se afanaban en las minas, en un esfuerzo sobrehumano, múltiple y solidario, en la producción infinita del poder de los hombres; el sol daba la vida y la multiplicaba prolíficamente y encendía en la sangre el amor y la dicha; cruzaban el espacio, crepitando misteriosamente, ondas que llevaban hasta el confín del universo el pensamiento humano, caminando en la libre vía del infinito sin las barreras en que tropezó la creación de Morse y Hughes y que Marconi echó abajo al conjuro mágico de su fecundo cerebro . . . todo era vida, alma, espíritu, amor, . . . solo el hombre-bestia, lobo del hombre, preconizaba con su egoísmo ó con su codardía el fatalismo del dolor ó de la crueldad humanas.

Luego que Enrique quedó sentado, entrecerró los ojos y en su cara se difumaba dolorosamente su amable expresión.

Pasó como un minuto. Castañeta alzó la cabeza y miró al preso, tomando su habitual expresión de husmeo; arrugando su frente por la contracción de los párpados, que su mirada de viejo miope provocaba, ayudando á los anteojos; su nariz boluda de yemaciones violáceas de borracho; olió la víctima. Lo miró un rato y luego vió interrogativamente á Robleda, que le hizo un guiño, señalando con el gesto al reo.

—¡Muchacho! ¡Muchacho! No te duermas, hijo.

Enrique abrió los ojos é inclinó la cabeza docilmente, preguntando, con su amable sonrisa, que ahora era la mueca de una calavera :

—¿Me hablaba Vd., Señor?

—Sí. Hombre. ¿Qué tienes, pues?

—No, Señor. Nada. Nada. Estoy un poco débil. Parece que estoy un poco enfermo. Pero no, Señor. No es nada. . . . . La cabeza. . . . . No más.

—Bueno, ¿quieres tomar algo?

—No, Señor. Nada. Muchas gracias.

En aquel momento el centinela volvió á gritar :

¡¡¡Guardia-a-a-á!!! !!!El Ciudadano Presidente Municipal!!!

A poco se oyó el rodar de un carruaje y en seguida voces de saludo y el Alcaide que daba parte marcial de "sin novedad." En seguida entró el Cashier; venía solo, pues Ojos de Perro ya no quiso acompañarlo, fastidiado de la presencia de los Leguleyos, á los que decididamente no podía soportar. Su nobleza de raza, su altivez de sajón, se sublevó al fin y no quiso mancharse más con el contacto de aquellos "macacos" de raza inferior.

Castañeta y Robleda se pusieron respetuosamente en pie, luego que vieron entrar al Cashier. Enrique probó pararse y no pudo, tartamudeando lo saludó, y el Cashier tuvo uno de sus geniales arranques de bondad, le estrechó la mano sin cuidarse de la porquería que la cubría y se informó de como se encontraba de salud.

—Así. Así—le contestó Enrique.

Saludó en seguida de palabra á los de justicia y ocupó un asiento enfrente á Robleda, quien volvía á limpiarse el residuo de comida que tenía en el pantalón.

Enrique había vuelto á cerrar los ojos. Así parecía un muerto. Luego preguntó al Cashier si sabía algo de su esposa.

—No sé muy bien de ella—dijo el Cashier trapajosamente—creo está bien. ¿Es todo?

—Gracias. Muchas gracias—dijo Enrique.

—Continue Vd., Señor Licenciado—dijo el Cashier á Castañeta.

—“Pos” si apenas comenzamos con este muchacho—contestó; luego dirigiéndose al preso, le habló como lo había hecho con las muchachas Marignano:

—Bueno. ¿“Pos” tú ya sabes por que estás aquí?

Aquello fué un choque que lo revivió. El pobre hombre sintió algo que le apretaba el corazón y la sensibilidad renacía en él provocada por el dolor. Casi en silencio dijo:

Es muy penoso para mí ésto y no quiero ni referirme al motivo por qué estoy preso—luego como recordando algo muy lejano y dirigiéndose al Cashier le dijo:—Señor, ¿como está mi esposa?—No tenía conciencia de haber hecho la misma pregunta momentos antes. Sus labios estaban secos y su garganta apenas daba sonido á sus palabras.

El Cashier hubiera preferido estar muy lejos de allí. Tartamudeando por la conciencia de su falta y avergonzado por el papel de verdugo que representaba, volvió á hablar de Luisa:

—En lo que cabe, está bien, Señor Álvarez. Pero creo.....creo.....vamos, que si Vd. no hace algo por ella.....pues.....tal vez no la pase tan bien.

En el Cashier se había operado uno de esos cambios momentáneos que son tan comunes en los hombres de negocios, en los “money-makers.” Había sentido compasión por aquel hombre y vergüenza por su propia conducta, pero el influjo de la idea financiera que controlizaba tan poderosamente su idiosincracia, lo



dominó rápidamente y de la compasión y la vergüenza pasó á su negocio y éste le inspiró la embozada y terrible amenaza para aquel desgraciado.

—¿Qué está enferma?—preguntó ansiosamente Enrique.

—Bueno. Yo no me refiero á eso precisamente. ¿Comprende Vd.?

—¿Pues qué le pasa? ¿Cómo está?

El Cashier se vió apurado para aporrear más á aquella víctima é hizo una seña á Castañeta y agachó la cabeza, fingiendo poner toda su atención en la ceniza de su puro, la que separaba con los dedos. Enrique lo miraba, suplicando sufrientemente una respuesta.

Castañeta aprovechó esta atención concentrada de Enrique hacia el Cashier y, repentina y bruscamente, rompió el silencio, mirando fijamente á Enrique con sus ojos de miope, como queriendo fascinarlo.

—Pues es necesario que lo sepas todo de una vez. Yá el Señor Presidente te dijo lo que había hecho tu mujer. Yo por mi parte disculpo á la muchacha y pondré en su favor, todo lo que pueda, pero también es necesario que tú me ayudes. ¿Estás dispuesto?

¡Oh! Si Señor. Yo haré todo lo que pueda—

dijo temerosamente el desgraciado.

—Bueno—prosiguió Castañeta—Pues tu mujer ha confesado que robó á la Tienda, en unión de las muchachas Marignano. Esto no lo sabías tú, por que ella comprendía que no lo permitirías tú, nunca. ¿No es verdad? Por eso se puso de acuerdo con las muchachas. Ahora bien, ¿quieres tú salvarla de cuatré á cinco años de cárcel? Pues no hay más remedio que tú te confieses autor del robo. Parte de las cosas robadas se encontraron en tu casa, y de esta manera puedo yo, como Juez, disimular la culpabilidad de tu mujer, si tú declaras que eres el culpable. ¿Qué dices?

A aquel desgraciado le producían las palabras y el "tuteo" tan denigrante del viejo, más tremendo efecto que si le patearan la cabeza. Nunca en su vida, por más dolorosos que hubieran sido los trances que había pasado, había sentido tan intensa su humillación como en aquellos momentos en que la espantosa caída en aquel abismo, se crudelizaba con el tratamiento del viejo. La concepción, confusa hasta ese momento, de la culpabilidad de Luisa, ahora se le presentaba clarísima y brutal, y aquel viejo se la echaba á la cara como un puñado de inmundicia que no se pudiera limpiar y se sen-

tía obligado á aceptar su degradación, aceptación que afirmaba en su débil espíritu; la naturalidad con Castañeta le hablaba de "tu." Por más que desde un principio creyera en la culpabilidad de Luisa y aceptara también esa culpabilidad, ahora le mataba el alma. Tenía fuerza para ponerse en pié, tambaleándose, en una suprema contracción de sus nervios martirizados por el crimen de su mujer.

Al tratar de pararse, el Cashier se levantó de su asiento y le ayudó á sostenerse. ¡Oh Buen Cashier!

—Estoy dispuesto á todo—dijo llorando el mártir.

El Cashier arrimó con una mano que le quedaba libre, una silla á la mesa y sentó á Enrique. Castañeta juzgó que ya no era necesario hablar y puso delante de Enrique un cuaderno en forma de expediente y señaló, con un dedo, el lugar en que había de firmar. Enrique, sin preguntar, firmó donde el dedo de Castañeta le indicaba.

El Juez llamó en seguida á los testigos de asistencia y firmaron también, bajo la fórmula de: "Leída que le fué su declaración en ella, se afirmó y se ratificó por ser la verdad, firmando en unión del C. Juez y testigos de asistencia.

Dámos fé."

El Alcaide había presenciado aquello y su experiencia se aumentó en el concepto que tenía de la maldad humana. En su cerebro sopló algo como indignación, pero á el no le tocaba, por cierto, componer el mundo.

Castañeta retiró el pliego y lo guardó con otros papeles en un cartapacio que traía consigo.

Al concluir de firmar, Enrique inclinó la cara sobre la mesa, perdida toda conciencia y toda sensibilidad; entonces se pararon ellos, dando por terminado satisfactoriamente el asunto que los tenía allí reunidos. Se miraron unos á otros, todavía como si les faltara algo que hacer.

—¿Yá terminó todo?—preguntó el Cashier.

Castañeta lo husmeó, arrugando la prodrómica nariz.

—¿Cree Vd. que hay algo más que hacer?—dijo con cierta altanería. Estaba orgulloso de sí mismo y se consideraba, despues de aquel triunfo, muy superior al Cashier; á Ojos de Perro y hasta le nacía cierto espíritu de protección hacia Robleda que, en aquellos momentos, se lengüeteaba afanosa y satisfechamente sus bigotes. Se veía el mejor servidor del Rey, pues consideraba que su inteligencia lo ponía muy por encima de aquellos "tipos" á quienes siem-

pre tenía que dar cuenta de sus actos. Enrique Álvarez se había confesado culpable; sin reticencias había llegado al final que él se había propuesto y, debajo del brazo, guardaba, en aquella declaración del proceso criminal, la prueba de su triunfo intelectual; declaración que él había redactado en la augusta solemnidad de su Juzgado, Santuario de la Justicia, y que en aquellos momentos quedaba concluida con el último toque magistral, inspirado en sus elevadas facultades de hombre de genio, al conducir al criminal al objeto que se propuso, obteniendo su firma al calce de la declaración, como el final preciso y soberbiamente calculado por él. El Rey tendría amigos y servidores, pero ninguno como él. ¡Vaya unos "Gandarrias!" aquellos que rodeaban al Rey, sin serle de la utilidad que le era él.

El Cashier adivinaba lo que Castañeta rumiaba en su simiesca cabeza y, en su fuero interno, consideraba con lástima su majadera pretensión. ¿Quién era, en realidad y con justicia, el que debía estar orgulloso por aquel triunfo? Seamos justos con el buen Cashier, pues ya sabemos que él era quien había, con lo que le dijo á Enrique, el día que lo llevó á la cárcel, inspirado en el apocado ánimo de éste, la acep-

tación de la culpabilidad de su mujer.

Castañeta habló al Alcaide y le ordenó que volviera á Enrique al calabozo.

—Yo creo que ya no es necesario que siga in-comunicado—objetó el Cashier, impulsado por su excelente corazón.

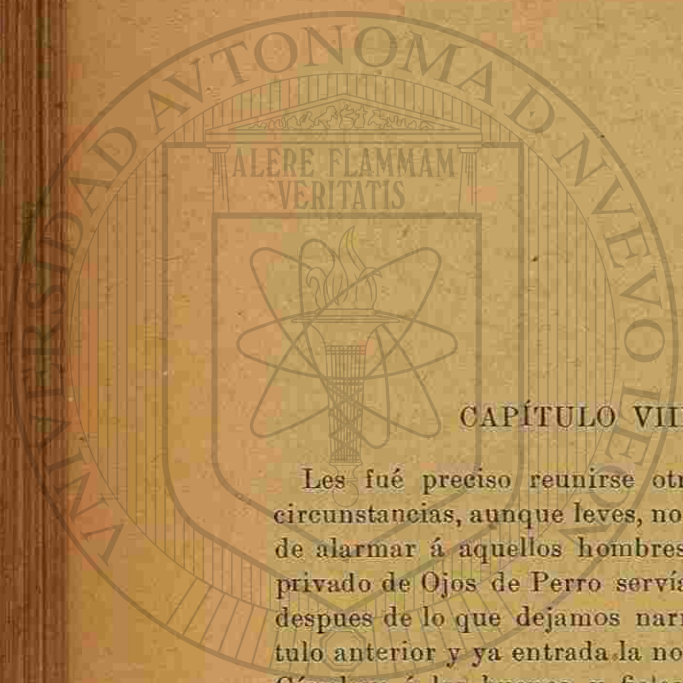
—Yo conosco mi negocio—dijo Castañeta.—En este asunto yo soy responsable de mis actos como Juez. Encierra á este hombre en el mismo calabozo—repitió, dirigiéndose al Alcaide, y luego hablándole al oído:—Espera, que yo vendré aquí á la noche.

—Mandé limpiar el calabozo—dijo el Alcaide.

—¿Quién te dijo que lo hicieras? No, Señor. Déjalo como estaba. Pronto.—El Alcaide salió á disponer lo que Castañeta ordenaba.

Indudablemente que el Juez tenía su propósito.

Salieron todos y Enrique fué conducido al inmundo cúbil, donde había de permanecer todavía por orden de Castañeta.



### CAPÍTULO VIII.

Les fué preciso reunirse otra vez, pues las circunstancias, aunque leves, no por eso dejaron de alarmar á aquellos hombres y el despacho privado de Ojos de Perro servía, algunas horas despues de lo que dejamos narrado en el capítulo anterior y ya entrada la noche, de lugar de Cónclave á los buenos y fieles servidores del Rey. El momento de alarma había llegado para ellos de distintas maneras y por distintos caminos.

Por el correo se había recibido un periódico revolucionario que se publicaba en St. Louis Mo., con un artículo furibundo en el que se denunciaba al bueno y honrado Cashier, de apro-

piarse los Lotes que el Municipio destinaba á los pobres, valiéndose de denuncios que, ante el mismo Cashier, como Presidente Municipal, hacían su mujer y su hija, la jóven de la extraña sonrisa. A estos denuncios acordaba el Cashier, concediendo lo que en ellos se pedía. El tal artículo le había pegado al buen hombre en plena cabeza. A ésto se añadía el pliego que, también, por el mismo correo había llegado, y en el que pedía el Gobierno informe sobre el robo de alimentos de los enfermos, que se practicaba en el Hospital del Municipio, robo que se achacaba al cristiano Cashier y al Síndico del Ayuntamiento, que venía á ser algo así como el Gran Visir del Cashier. Los dos golpes tenían atontado al hombre y la verdad era que aquello lo ponía fuera de su natural y burgués equilibrio.

Pero lo más sério del asunto, era el informe que pedía el Gobierno del Centro, por conducto del Local, acerca de los motivos y prisión de Da. Luisa Leblanc de Álvarez.

Ojos de Perro enseñaba á Robleda, á Castañeta y al Cashier, el pliego en que se pedía el informe, y ninguno se explicaba el porqué de aquella disposición. A Ojos de Perro no le preocupaba gran cosa ni el Gobierno del Estado

CAPILLA ALFONSEINA

ni el Federal; sabía muy bien que los dos estaban al servicio del Rey, cuando menos ésta era su idea: un obsequio del mismo Rey al Presidente de la República, de un caballo de pura raza por valor de cuatro mil dollars, obsequio que fué conducido y presentado por un individuo, antiguo desertor del Ejército americano, y que fungía de Coronel del Ejército nacional, era bastante título para contar con la inmunidad necesaria; sobre todo, debía de considerarse, que aquella parte del País era creación exclusiva del Rey, y nadie, nadie, ni Gobierno ni persona, tenía derecho de meterse en lo que ellos hicieran allí. Pero sin embargo, no se consideraba del todo tranquilo y estaba resuelto á concluir de cualquier manera, por lo que tocaba á Luisa, pues realmente estaba fatigado de su papel de verdugo, y aquel "informe" venía á colmar su fastidio.

Nuestros lectores se acordarán de aquel buen amigo de Enrique, llamado Thomas. Hombre de carácter y de inteligencia, se le había ocurrido dirigirse por telégrafo al Gobierno, no encontrando otro camino para ayudar á sus amigos, pidiendo protección para Luisa, afirmando que gozaba de ciudadanía americana. Este era el origen de la orden que había llegado por correo,

destinada al Cashier, pero que, como todos los documentos oficiales, debía ser visto, examinado y resuelto por Ojos de Perro.

Robleda y Castañeta estaban de acuerdo en que se dilatara la contestación á la orden de informar, por cuatro ó cinco días, los que serían bastantes para hacer confesar á Luisa; pero el Cashier y Ojos de Perro no eran de ese parecer y resolvieron, para quitarse todo engorro de encima, "echarla" libre aquella misma noche; solo Castañeta pretestó la necesidad de practicar todavía algunas diligencias y al fin acordaron que, despues de ésto, Luisa quedaría libre.

Al concluir de tratar el asunto, Ojos de Perro se dedicó á leer su correspondencia y el Cashier hizo otro tanto, sin ocuparse para nada de los Abogadetes. Estos salieron torpemente, dirigiéndose á recuperar el ánimo en el burdél favorito.

\* \* \*

Serían las doce de la noche. Sobre la población, que se extendía en una amplia meseta, donde los "homes" formaban anchas y desiertas avenidas, colgaba el sopor sus vagorosos velos de ensueño. En el faldeo meridional, donde concluía la meseta, hormigueaba, en un laberinto de callejuelas, que se hundían en una ca-

ñada, la gente trasnochadora que se revolvió ebria y embrutecida en los burdeles que poblaban aquellas callejas, sobre las que flotaban las ondas de un mar de podredumbre en el que se anegaba el alma y la carne inmunda de la multitud que allí vagaba encadenada en aquella condenación del vicio. De allí partían gritos, carcajadas, insolencias, alaridos, y el claro rumor de las músicas á cuyo compás se desarrollaba, en furiosas danzas, el vicio en forma pestilente y asquerosa de embriaguéz y de prostitución. En aquel antro que abarcaban las callejas y que era el campo de un aquelarre de degradación, oficiaban, como Sumos Pontífices, el Juez y el Abogado; y el Cashier, desde el fondo de su "home," calculaba, al pensar en el porvenir de sus hijos, cuánto le dejaba de ganancias la autorización que él, como Presidente Municipal, daba para la libre práctica de la prostitución y de la embriaguéz; autorización que se hacía pagar en dinero contante y sonante y que iba á aumentar su honrado capital y por ende la herencia que santamente les había de legar á los pedazos de su alma, cuando entregara su cristiano espíritu al Creador.

En el fondo del sombrío miraje de la noche, se destacaba el oscuro horizonte de la Sierra de

Cobre, cubierta de puntitos luminosos, que eran las casitas de los mineros ó las luces del servicio de transporte del metal, que se extraía de las minas. De allí se desprendía un denso aliento de trabajo, que inundaba con sus ondas de fuerza creadora hasta el confín, que se levantaba sobre el horizonte, en el Universo poblado de mundos estelares de donde volvíá á la tierra, en soplos de vida extraña, misteriosa, intensa, infinita, como un solidario y fraternal aliento de otras humanidades.

\* \* \*

A la puerta de la cárcel llegó un carruaje del que salían voces femeniles, mezcladas con voces masculinas.

—¡Párale!—dijo imperiosamente al Cochero la voz de Castañeta.

—A ver. El Alcaide—ordenó desde el interior del carruaje, mientras las mujeres, en número de cinco sin contar á Robleda, armaban guasa y besaban ruidosamente á los "machos"

El Alcaide salió restregándose los ojos y á la pregunta de Castañeta si había llegado una mujer presa en un carruaje, contestó negativamente.

En ese momento llegó el carruaje que esperaba y de él se apeó el policía que cuidaba á

Luisa, quien era conducida allí también.

—Mira tú—dijo Castañeta al policía—tráete á la mujer esa y métela "pa" dentro.

El hombre obedeció y ayudó á bajar á Luisa, conduciéndola hasta la puerta, donde él se quedó y, continuando ella sola, por donde le indicó el encargado de cuidar la puerta de la cárcel. Castañeta seguía detrás de ellos.

—No te tardes, Papisito. Y cuidado con hacerme una perrada con "esa"—dijo una de las mujeres que iban en el carruaje, á Castañeta.

Un esfuerzo sobrehumano sostenía á Luisa: se apeó cojida del brazo del policía, sin protestas, sin quejas, sin interrogar nada, como obedeciendo á un fatalismo que la volvía insensible á todos los dolores y á todas las humillaciones, y se dirigió, como hemos dicho, á la puerta de la cárcel. El policía cruzó con ella el Cuerpo de Guardia. El Cabo de Puertas abrió la reja de hierro anterior, introdujo en el hueco á Luisa, seguido de Castañeta, y luego abrió la reja posterior y penetraron al patio. Luisa se cojía por instantes del brazo del Cabo para no caer. Sus vestidos estaban en desorden y su cabeza cubierta con el vendaje, mal acomodado, dejaba flotar el cabello rubio y ondulante sobre su espalda.

Castañeta quería llevar hasta el fin su rencoroso propósito. La soberbia y la rabia que habían despertado en él la resistencia de Luisa, le habían sugerido lo que iba a hacer, como un castigo que él juzgaba justo aplicarle antes de "echarla" libre, ya que la resolución de Ojos de Petro le arrancaba las probabilidades de otro triunfo más, para hacer meritorios sus servicios en la alta consideración del Rey. Para él, lo que hacía en aquel momento, era tan sencillo y natural, como cualquiera otra cosa. Lo hemos visto en su vida, desde su juventud, practicando triunfadoramente la infamia en todas sus criminales modalidades y hemos visto que siempre fueron aceptadas y hasta aplaudidas las inmorales actividades, productos de su degradada inteligencia. Lo hemos visto adquirir un título profesional y desempeñar una posición oficial; posición que, para ocuparla, lo había obligado á renunciar el puesto de Juez Federal, que significaba ser el encargado de proteger los derechos del Hombre apuntados en la Carta Fundamental de nuestro País, y esta ética miserablemente degradada de Castañeta, es la característica de todos los Jueces; la dolorosa experiencia de todo mexicano, en lo que se refiere á la violación de la Justicia, corrobora indudablemente

lo que afirmamos.

Luisa atravesó como un autómata el patio, conducida hácia el calabozo donde estaba su marido. Se dejaba llevar sin resistencia, impedida por el empuje brutal de aquellos agentes del crimen que creaban á su alrededor una atmósfera en que se agitaban las cosas y las gentes, pesada y mecánicamente; por que toda aspiración y todo vigor de la inteligencia, solo debían de moverse dentro de la estrecha vía en que pretenden encauzar estos miserables la humana actividad, pretención que los hace representar el papel de fabricantes de esclavitud, de infortunio y de embrutecimiento.

Aquella noche, Luisa dormía en el cuarto en que estaba presa, cuando fué despertada para ser conducida á la cárcel en un carruaje. Lo que había sufrido, la había insensibilizado para el dolor, así es que, en aquel momento, poco ó nada le importaba lo que iban á hacer con ella.

Antes de llegar al calabozo de Enrique, tropezó con uno de los borrachos que dormían en el patio; el hombre despertó y una insolencia garraspeó, como un vómito fecal, en su garganta; despues se fijó en Luisa, y al verla mujer:

—Vente á acostar conmigo "mialma"—le

dijo, luego dió un ronquido y siguió durmiendo.

—El Juez vá cambiar la cárcel en burdél—dijo una voz desde las galeras—porque veían á Castañeta acompañado de una mujer. A Castañeta le agradó el dicho, pues era su gloria tener fama de prostituido.

El Cabo de Puertas alumbraba con una lámpara de mano y procuraba abrir la reja del calabozo de Enrique. Luisa se había recargado en la pared, á un lado de la puerta, y sus manos se apoyaban en las salientes del muro. Su fisonomía se perdía en las tinieblas en que se condensaba la noche.

—¡Échamela "pa cá," Tió "bofo!"—gritó una voz desde un calabozo.

—¡Te echaré á tu madre. Hijo de....—! contestó Castañeta.

—¡Huipial! ¡Agárrate esa!—le dijeron al del calabozo.

—¡Oye viejo Chango! ¡No seas sinvergüenza! Una de las "perdidas" que traían Castañeta y Robleda en el carruaje, había entrado al Cuerpo de Guardia y por la ventanilla que daba al patio, le habló al Juez:

—Ándale, Papisito. Vente, Chulo. ¡Mira que ya me estoy encelando! ¿Qué haces con esa....? Si te tardas entro y le arranco los cabellos....



Era lo que esperaban los presos, ya despiertos todos, para armar borrasca. Una gritería infernal de insolencias y porquerías surgió de las ventanas de las galeras y los calabozos, como un volcán de inmundicia que chorreaba sobre aquel lugar infecto como una avalancha de podredumbre.

—¡Huipia! ¡Huipia! ¡Viejo Chango!

—¡Hijo de . . . . .! ¡Juez ladrón!

—¡Papá de las p . . . . .!

Uno hablaba con voz afeminada, invitando á entrar á la galera, á la "perdida," y le explicaba lo que quería hacer con ella.

La mujer le repitió á Castañeta:

—Ándale, Papasito. Vente, que estoy celosa.

Hablaba de aquel modo para provocar los gritos y las insolencias y Castañeta, hecho de inmundicia, no notaba la que salía de los presos.

Acabó de abrir el Cabo la puerta del calabozo y luego Castañeta le ordenó:

—Métela.

Luisa se separó de la pared y á la luz de la lámpara vió á su marido tirado en el suelo como muerto, en aquel lugar en el que parecían confinarse lo más sucio y asqueroso del mundo. Un alarido que condensaba hasta el infinito to-

das las vibraciones del dolor, de la locura, de la muerte, se desató del fondo de su pecho, de lo más martirizado de su alma y surgió chillando por su garganta, hasta penetrar hendiendo aquella atmósfera de degradación y dilatándose en aquel infinito que parecía la absoluta negación de la justicia, y en el que imperaba y parecía perdurar por los siglos y de los siglos el crimen, representado por aquel Juez miserable y por aquel ditritis social que bramaba en la prisión. Se tiró sobre Enrique.

Los presos callaron, suspensos por aquel alarido que removi6 en ellos algo lejano, muy lejano. Tal vez brillaba en el horizonte añorante de su alma el brillo de una lágrima ó la dulzura de una caricia, y sobre todo aquello, dominó el silencio que debe imperar cuando la vida se agota en las últimas sensaciones de un martirio.

Luisa palpó á Enrique, lo movió, lo cojió por la espalda y lo hizo sentarse. No lo acariciaba en aquel momento, no había ternuras en ella; era la vida, la fuerte vida que agitaba tórtorosamente á aquella mujercita y que le imprimía recios y nerviosos vaivenes con los que levantaba y movía á su marido para hacer desaparecer de él aquel sueño de muerte; al mismo tiempo sollozaba, pero sus sollozos se entrecor-

taban ó se interrumpían por el aliento de fuerza que brotaba de ella en el esfuerzo que hacía para mover afanosamente á Enrique, cuya cabeza caía sobre su espalda al ser enderezado, ó se ladeaba sobre sus hombros, en el desaliento de su embriaguez. Luisa sollozó fuertemente y apretó á Enrique con una energía nerviosa que le hizo abrir los ojos. El la vió, sus caras casi se juntaban y de ella emergía un aliento vital tan intenso, que envolvía á su marido, lo penetraba como una trasfusión de todo, de todo lo que en ella quedaba de alma y de corazón, pasándoseles con toda su vida.

—¿Luisa?—interrogó él.

Ella acercó suavemente, despacio, quedamente, su boca á la de él y como el holocausto de toda ella le dió un beso. . . . .

—Luisa. Hazme favor de no besarme. ¿Tienes la bondad de irte de aquí? ¿Quién te trajo?

—Mira, muchacha. Ya puedes largarte de aquí. ¿Entiendes?—le dijo Castañeta, cojiéndola rudamente por un hombro.

—Salga Vd.—le dijo el Cabo de Puertas, y también la tomó del brazo.

Luisa los vió. En sus ojos de indefinida expresión, se adivinaba la luz de su alma en la que se despertaban furiosos el odio y el coraje,

como dos fuerzas que la sostenían en el desafío contra aquella horda de miserables que sumergían su vida en la sombra, abrumándola con sus crímenes.

Se desprendió de Enrique, que volvió á caer en el sopor que imperaba sobre él, y se levantó, siguiendo al Juez; cruzaron el patio y salieron al Cuerpo de Guardia y luego fuera.

Castañeta se dirigió al carruaje, donde lo esperaba Robleda en unión de las mujeres. Una de ellas, al subir, lo sentó en sus piernas y lo besó.

—Pero oye, tú: ¿Qué hacías con “esa” tanto tiempo?—Castañeta inició, con la mujer, el comienzo de una porquería; luego el carruaje emprendió la marcha con aquel bagaje de degradación, en que los fardos eran prostitutas y un Juez y un pseudo Abogado.

Luisa salió del Cuerpo de Guardia. ¡Estaba libre!

Fuera de la cárcel había una banca y allí se sentó. En la quieta soledad de aquella noche y en la soledad también de su alma, su cuerpo se doblegaba sin fuerzas, y sola, en el vacío de un Mundo poblado de seres extraños, distintos, con almas que no la conocían y corazones que no tenían un latido de querer para ella, las ra-

BIBLIOTECA ALFONSO X

diaciones de su vitalidad se perdían en el infinito y se dilataban ilimitadamente sin encontrar el alma humana que palpitara en la amoroso conmiseración que es el soporte de la existencia; no había ojos que tuvieran una mirada compasiva, manos que al estrechar la suya le dieran el calor de un cariño. ¡Sola!... ¡Sola!... El hombre por quien había sufrido tanto la rechazaba, precisamente en el instante en que ella le daba, en aquella conjunción de infortunios, lo poco que le quedaba de vida. Había llegado á lo más hondo de la miseria humana; el crimen la había arrastrado hasta el fondo de aquella cárcel, despues de casi agotada su vida en el martirio de aquellos días; allí había flameado su abnegación en el fuego pasional con que besó á su marido, tan amado en la desgracia, tan idolatrado en su infelicidad como nunca lo había sido antes, ¿y él?... la rechazaba. También él, haciéndose ayudante de los miserables, cómplice del crimen, ahuyentaba con aquella insensatez su última esperanza al negarle el derecho de sufrir con él, de quererlo, de darle el alma y la vida en aquella noche de desventura, como le había dado la vida y el alma en sus tiempos buenos, cuando los embriagadores goces del amor llenaban los días y coloreaban el

horizonte encantado de sus ensueños.....

¡Sola!... ¡Sola!... ¿Por qué era aquello?

Se levantó sollozando y se apoyaba en la pared para no caer y empezó á andar. El cielo fingía un Océano, salpicado de isletas de luz, y del vacío espacio, en que se distanciaba aquel Océano de la tierra, colgaba el sopor sus vagorosos velos de ensueño.

A pocos pasos llegó á un callejón que dividía el lote de la cárcel con el de una casa de madera. En el umbral de la puerta de esta casa, se balanceaba de una varilla de hierro, una tabla en la que se anunciaba un Agente de Negocios judiciales; era una sanguijuela de los presos. La tabla se columpiaba y el vaivén hacía gemir las visagras. Luisa creyó que algúien lloraba.

—Sufrirá como yo—se dijo. Siguió adelante.

Despues de la cárcel continuaba una cerca de madera. Luisa se cojía del borde de la cerca y dejaba señales de sangre al romperse, al contacto de la madera, la piel de sus manos. En un clavo se ganchó su falda; no se dió cuenta de aquello y al pretender avanzar, el clavo la detuvo y sin fuerzas para permanecer en pié, cayó al suelo, desgarrándose el vestido.

La postración le impidió pararse, pero continuó caminando, arrastrándose; de su garganta

salía un aliento sollozante. Logró cojerse de las tablas del cerco y pudo ponerse en pié. Empezó otra vez su vacilante paso.

Concluyó el cerco de madera y pudo llegar al portal de una casita. Allí se sentó, sintiendo un poco de descanso.

Por la esquina en que concluía el callejón, volteó un grupo de gente. Hablaban alto y voces de mujeres proferían insolencias é injurias. Era un "manejo" del pueblo de los burdeles que conducían á la cárcel, cuatro policías de á caballo. Pasaron junto á Luisa, pero sin notarla.

En una resurrección de sus fuerzas se paró y continuó la marcha. Una reacción inesperada la animó bravamente y pudo caminar con menos torpeza; sin embargo, había momentos en que sentía como si sus piés se adhirieran á la tierra ó como si una cadena la ligara, estrechándole los tobillos. Esto la propendía á caer, pero una contracción vigorosa, impresa en sus nervios por la energía de su ánimo, la reforzaba, y continuaba su camino. Llegó un momento en que necesitó apoyarse unos instantes en la rueda de un carro arrimado á una herrería. Se abrazó á los rayos y al pegar su frente en el borde de la yanta, el frescor del

hierro le causó un choque en su cerebro y en sus nervios que la vigorizó suavemente. Se retiró del carro y á los pocos pasos dobló una esquina. Su mirada pudo abarcar los distanciados "homes" que se destacaban somnolentos y tranquilos á la claridad de las estrellas. De aquellas casas irradiaba un descanso egoísta y cruel. Tenían calor y abrigo solo para los que allí dormían. Luisa midió otro vez la vacua soledad en que ella se movía. Ya no sollozaba.

Siguió adelante y pegándose á los postes que sostenían los portalitos de las casas de madera. Al poco andar llegó á una tosca división de tablas horizontales; se recargó en una y entonces pudo ver la Iglesia de madera, que se alzaba algo retirada de la división de tablas. En su alma se oscureció algo inútil, que simulaba una esperanza vana y de indecisa luz, fantástica y tenue; era algo como una idea ó como un recuerdo? Y, al disiparse aquella sombra, el misero vigor que ondulaba en sus nervios, se amplió como una fuerza real, efectiva y verdadera en el campo que abandonaba aquello inútil que simulaba una esperanza vana, luz indecisa, idea ó recuerdo.

El viento suave, ligero y cálido hacía flotar su vestido desgarrado y la ondulante crencha de

BIBLIOTECA ALFONSINA

sus cabellos.

Avanzó más y, cruzando una boca-calle, llegó al borde meridional de la meseta. Eran las tres de la madrugada; todavía la noche estendía su dominio sobre la tierra.

A su izquierda y hundiéndose en una cañada, el laberinto de callejuelas de la población del vicio, sobre las que flotaba las ondas de un mar de podredumbre, en el que se anegaba el alma y la carne de la multitud que allí vagaba encadenada en aquella condenación, se estendía el dormir de un cansancio enfermo, provocado por el agotamiento que causan la degradación y la renuncia moral. A su espalda, sobre los "homes," se tendía pesadamente el sueño y su quietud y su calma se circundaban en el reducido y estrecho límite de un egoísmo frío y hostil para la pobre mujer. Erecta, se detuvo al borde de la meseta; su mirada fija en el dilatado fondo se tendía interrogadora hacia adelante. Quedó de pié y su cuerpo recto y firme se destacaba en la atmósfera limpia de la madrugada. Sus ojos no se desviaban de la dirección en que miraban, ni su flaqueza ni su soledad, pedían fuerzas á lo que no veía. Detrás de ella presentía á los que habían elaborado su tormento y una despreciativa indiferencia era

como su venganza para los que, para vivir y para la vida de sus hijos, necesitan la procreación del dolor humano. Flotaba esta idea como el germen de una embrionación auroral en su espíritu. No podía precisarlo pero lo presentía.

• Detrás de ella, algo alejado, se alzaba el opulente "home" del Magnate; á un lado vivía Ojos de Perro y allá lejos el Cashier.

Todos dormían y también en el vicio dormían el Juez y Robleda. Todos dormían. Dormían Los Bribones. Sus crímenes, su degradación, su mortal y corrompida influencia, sus almas cobardes y miserables, hechas para crear el crimen, el deshonor y el egoísmo, dormían.

Parecía que la tierra estaba libre de las miserias con el dormir de los miserables. Su quieto y animal descanso hacía descansar y dormir la Bestia que vivía en ellos.....

Luisa miraba interrogativamente hacia adelante.

A sus piés se hundía la falda de la meseta, y por encima de la calle del Mineral y cruzando por los techos de los edificios de la Compañía, su vista cruzaba al nivel de las bocas de las chimeneas de la Fundición y de la "Power-house" y alcanzaba la Sierra.

Se sentía poseída su alma de una atracción indefinida y llena de ternura y de consuelo. . . .

Del fondo de las minas emergía la fuerza misteriosa y omnipotente del trabajo. Allí había músculos que se contraían en un esfuerzo super-humano que era una lucha real y efectiva y de cada contracción de aquellos nervios musculados, brotaba la creación portentosa de una resultante trasformada en riqueza, en energía, en materia útil y rica; y del alma fuerte y sana y viril de aquellos músculos fuertes y sanos, emergía también una onda de fuerza sana y buena que era como la promesa de una redención y de allí radiaba la "bondad" con una energía imperadora y, hermanada con la inteligencia que guiaba aquellos músculos, se dilataba en el espacio conquistando la tierra. . . . .

El batallar de aquella lucha producía alientos que llegaban hasta Luisa en el misterioso y tierno consuelo que la invadía, y dominaba en la noche y calentaba el aire y daba brillo á las estrellas y azul profundo al Océano de isletas de luz.

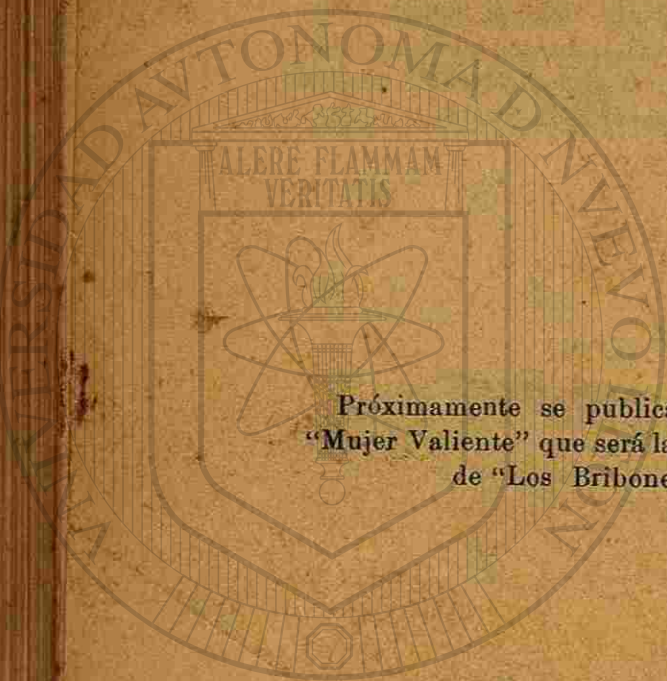
La bondad imperaba sobre la tierra sin obstáculos, porque la Bestia dormía.

Fué como la luz de una esperanza y Luisa, secreta y misteriosamente atraída, siguió su

camino hacia adelante, como si aquella "bondad" incorpórea tuviera brazos que la soliviantaran en su marcha y alma fraternal que diera dulce calor á su martirizado corazón.

(FIN.)

BIBLIOTECA ALFONSO X  
CAPILLA ALFONSO X



Próximamente se publicará la novela  
"Mujer Valiente" que será la continuación  
de "Los Bribones."

154

# CURIOSA VENGANZA

BIBLIOTECA  
CAPILLA ALFONSO REYES

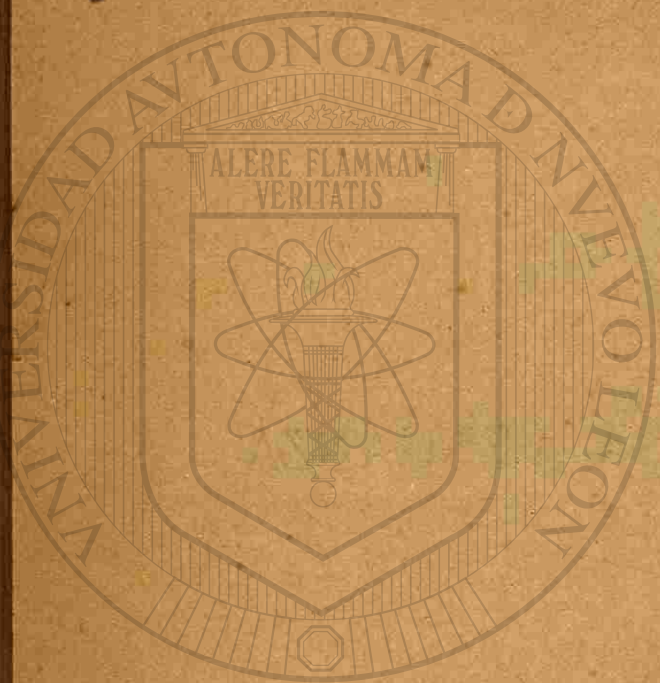
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

AÑO 1925 MONTERREY, MEXICO


DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN




DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

COSTUMBRES DE MINEROS MEXICANOS



# CURIOSA VENGANZA

POR RICARDO COLT,  
INGENIERO DE MINAS

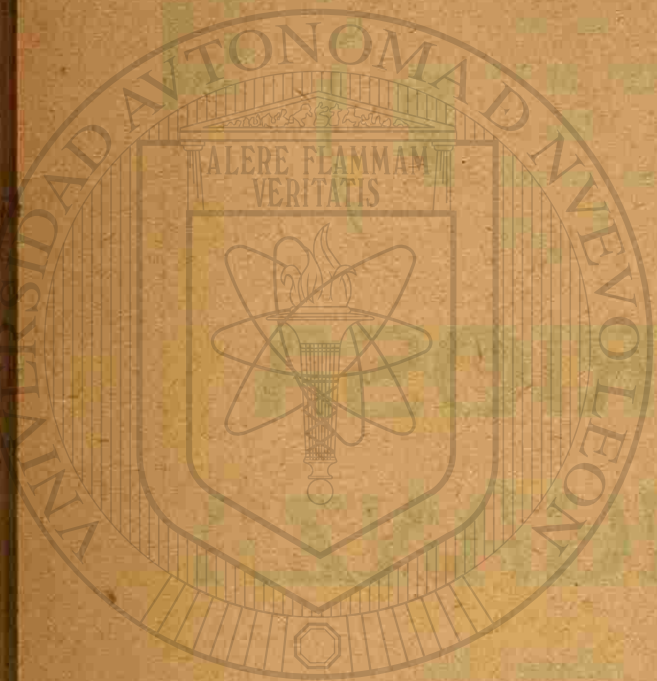


RAMON DE S. N. ARALUCE  
MEXICO.—Callejón Santa Inés, 5  
BARCELONA.—Calle de Bailén, 135

CAPILLA ALFONSINA

NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Addo. 1625 MONTERREY, MEXICO





Al Sr. Don

Francisco Banuel, Sr.

Cariñoso recuerdo.

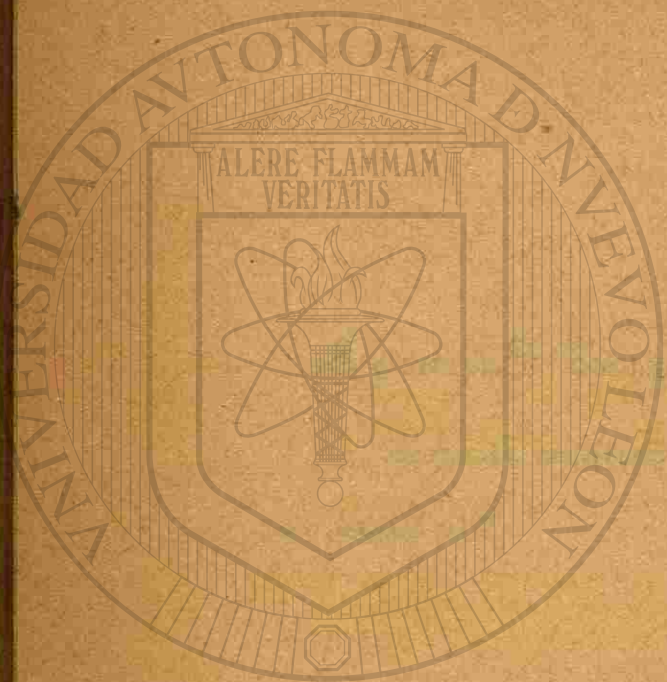
Stla, Oaxaca. 1901.

CAPILLA ALFONCINA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL

I

En la primera semana del mes de Noviembre de 189... después de grandes preparativos y de recibir amplias órdenes de la Junta Directiva, llegué á la mina de *El Muerto y Anexas* para emprender los trabajos necesarios á una exploración y explotación en grande escala que se quiso hacer desde luego de ese famoso y rico negocio minero. Estaban grandemente interesados en él la mayor parte de los capitalistas del Estado, así como otros de la Capital de la República, pues por notables bonanzas extraídas de ahí antiguamente y cuyos documentos se poseían, así como por la uniformidad de parecer de varios Ingenieros que sobre dicho negocio presentaron informes y estudios de peso y valía, se justificaba la inversión de un fuerte capital. Entre los Ingenieros que informaron, el que estas líneas escribe fué uno de ellos, y aunque el más humilde, cúpole en suerte ser el designado para dirigir los trabajos.

Llegué con un numeroso cuadro de empleados á guisa de Estado Mayor y como era grande el empeño de la Directiva y no querían detenerse por economías mal entendidas, la cosa fué rumbosa y no se hablaba de otro asunto en veinte leguas á la redonda. La gente trabajadora estaba de plácemes y todas las haciendas circunvecinas iban quedando sin gente, pues nosotros pagábamos al *contado* y *en plata* el triple, y el trabajo era menor, aunque rudo y peligroso á veces.

Como empezamos á llevar para la Negociación gran número de maquinaria: malacates, calderas, compresoras, ventiladoras, taladros y una gran instalación para beneficio, tomando todo esto de la estación de la Rosa del Ferrocarril Central, la más cercana, es decir, diez y ocho leguas, hubo necesidad de componen los caminos, que estaban pésimos, de una manera radical, pues debían utilizarse después del transporte de la maquinaria para el acarreo de los metales ricos.

En estos trabajos y en las obras de la misma Negociación que eran muchas, pues no existía nada y hubo necesidad de fabricar ó instalar bastante, se ocupaban algunos centenares de operarios, de manera que las haciendas circunvecinas quedaron sin brazos y sus dueños y administradores hechos unas furias contra nosotros.

Si á esto se añade que las minas de *El Muerto* y *Anexas* están ubicadas precisamente en el lindero de las haciendas *El Olivo* y *Río Grande*, de cuyos terrenos hubo que tomar, judicialmente, pagándolas según peritos, algunas hectáreas para casas, oficinas, patios, Hacienda, etc., etc. se verá que los dueños de *El Olivo* y *Río Grande* eran nuestros peores enemigos.

Además, los mineros, gente rapaz y de poca conciencia, tienen mala fama por sus borracheras, pleitos, raterías, etc.; y si á esto agregamos que la señora dueña de *El Olivo*, fué antes principal accionista de las referidas minas, cuyos derechos perdió en un ruidoso pleito que sostuvo con la Sociedad Anónima que ahora las trabaja, se comprenderá que ahí era donde menos nos querían ver, siendo por desgracia, precisamente por donde teníamos que pasar con frecuencia, pues era el único camino para el pueblo de San José y la estación de la Rosa.

Luis Leal, el ingeniero topógrafo encargado de abrir el mencionado camino entre las minas y la estación y de trasportar la maquinaria, llegó un día á verme al campamento provisional que en la Negociación habíamos instalado. Era un muchachote alegre,

trabajador, inteligente, de una fuerza hercúlea y muy capaz de tener amistad con el mismísimo diablo. Mucho me llamó la atención su llegada, pues era en mitad de la semana y venía desde seis leguas de distancia donde trafa á su gente, sudoroso, roto, lleno de polvo y con una cara tan fosca y avinagrada que no se le conocía, dado su constante buen humor.

—Figúrate—me dijo apenas se bajaba del caballo, sin saludar siquiera,—figúrate, que la vieja payasa de doña . . . de doña . . . de doña Canuta Malayerba, me ha hecho una de los diablos que no le perdono nunca . . . . .

—Y lo que más me arde, continuaba, y me tiene quemado de rabia, es que la nobilísima doña Pergamino es viuda y tiene puras hijas, pues de lo contrario me hubiera quedado la revancha con uno de los hijos ó con el marido. Pero, nada . . . . . puras viejas, rediós, puras viejas. ¡Y qué viejas! Pero sobre todo ella, la reina madre de las viejas . . .

Y seguía hablando como un borracho. Yo no entendía nada pero me daba mucha risa lo de las viejas, así como los gestos y gritos de Luis, pues era tal su nerviosidad, que me hablaba como si yo fuera un sordo tapia. Un austriaco, el mecánico Snurff, hombre socarrón que hablaba pésimamente el castellano, y que casualmente pasaba por ahí con unas llaves de tuercas en las manos, se acercó curiosamente á ver lo que pasaba. No sabiendo tampoco de lo que se trataba, pero con intenciones de hacer rabiar al colérico ingeniero, le dijo interrumpiéndolo:

—Pues hombre, cómesela tu esa vieja tu abuele bunito . . .

—¡Gringo bruto!—le contestó Luis viéndolo ferozmente.—Y á tí ¿quién diablos te mete aquí? Tú, Güanzarotas, largate á tus fierros ¿he?

—Yo traer á tu agüele ese y mucho bueno aquí fandanga, de yoquis

Por poco se agarran de las barbas. Intervine ya serio, é hice entrar á Luis á mi cuarto, para saber lo que había sucedido.

La cosa era sencilla y natural. La señora dueña de la hacienda de El Olivo, Doña Gertrudis Morón viuda de Lara y Sáncho de Tagle, de ilustre abolengo nobiliario en la República, según diceses, y como tengo apuntado, enemiga encarnizada de todos nosotros, veía con mal disimulado odio nuestros trabajos y más aun los que tan de cerca le tocaban, aun cuando fuesen, como el camino, para beneficio de su misma hacienda. Así es que se batía en retirada con su abogado el Lic. Castillo Contreras, una de las lumbreras del foro de la Capital, hombre rico, de muchas campanillas é influencias, y hasta pariente de la señora Doña Gertrudis Morón viuda de Lara y Sancho de Tagle.

En esos días el abogado veraneaba en la hacienda de El Olivo con su esposa é hijas. Al principio nos pusieron en todo grandes obstáculos que se pudieron vencer, entrando luego en una tregua que nos dejaba trabajar con tranquilidad; pero de pronto, ese día, y cuando más atareado estaba Luis con su gente, se presenta un cabo de auxiliares que era el mayordomo de la hacienda, acompañado de 25 ó 30 hombres, la mayor parte á caballo, y armados de todas armas, es decir, como cada cual pudo hacerlo.

Llevaban una orden del Alcalde «pa que tan luego como la «tellerá Don Leal, sin más dilacion y ostaculo suspendiera los «trabajos por ser invacion de domicilio, teniendo orden el Cabo «señor Zecundino Gomez, (éste era el mayordomo) para que si «precenta dicho Don Leal resistensia lo traigan maniatado con todos sus piones á Este Juzgao . . . ct.»

En vano trató Luis de convencer al mayordomo testarudo y medio borracho de que aquello era una tontería, una estupidez que podía traerles fatales consecuencias, pues el idiota sirviente sólo se sonreía con torpe y grosera malicia.

Por un momento vaciló Luis, ciego de cólera, en batirse como un Fierabrás en descomunal batalla con toda la gentuza, pues lo exasperó esta frase del ranchero:

—Ande usted Don Leal, quite su trique (el teodolito), arrié su gente y váyase clavo á clavo. ¡Váyase por la güenal!

Pero pensó que vencedor ó vencido era el que necesariamente tenía más que perder y optó por ir él mismo á la hacienda y entenderse con la dueña. «¡Nunca lo hubiera ni pensado el infeliz!

Dejo la palabra al adolorido compañero para solaz del lector:

—Cuando llegué á la *casa grande* de la hacienda, me decía, estaba toda la familia en los corredores. ¡Puras viejas! Me bajé junto á la reja que circunda el jardín del frente y aun cuando ahí andaban varios mozos, nadie salió á tener mi caballo.

—Lo amarré de uno de los barrotes de hierro, á un lado de la puerta de entrada. Apenas habría dado unos cuantos pasos por la callecita del centro, enarenada y limpia, con macetones azules á uno y otro lado, flores, enredaderas, etc., cuando se me echaron encima como seis mil pesos de perros de todas fchas, tamaños y figuras, bravos como avispas, á los cuales, á fuetazos, pude difícilmente tener á raya. Nadie se movió tampoco. Yo estaba que ardía. Antes de subir los primeros escalones para llegar á donde estaban las viejas, sostuve otros dos asaltos de los malditos chuchos. Por fin llegué. Cortesmente, aunque no lo merecían por mi vida, me quité el sombrero saludando á la vieja madre Doña Demonio y comparsa. Nadie contestó ni se movió lo más mínimo. Parecían monos de cantera. Eran seis ó siete las muchachas damas de honor que formaban estrado, estando en el centro la vieja Doña Cotufa, vestida de verde, blanco y colorado, con toda la fachadota encalada y la cabeza con más chinós que una zalea. Volví á saludar dos veces, pero mi voz se ahogaba con el desesperado ladrar de los perros. La misma contestación: nada; y muchos ojos viéndome, pelones, relucientes y fijos, como de muñecos. Como te figurarás yo no encontraba qué hacer. Intenciones tuve de salir con una perrería. Por fin, la vieja madre, gritándole con chillonsísima voz á un mozo llamado Tiburcio, cuando éste se presentó, le dijo señalándome:

—Lleva á ése al salón.

Como autómatas seguí al sirviente, pasando junto á ellas que sólo movieron los ojos según yo caminaba, como los mueven los tecoletes de los relojes de péndulo á cada oscilación de éste. El mozo en vano trató de abrir á empujones la puerta, y como no lo consiguiera, díjome con sorna, *agítardese valecito*, y fué á quitar el pasador por dentro. Tardó bastante. Yo de pie junto á la puerta, dando la espalda á las viejas que charlaban y reían como si nada sucediese, me quedé atontado por un momento.

No sabía qué hacer. Pasó tardamente por mi bruta cabeza la idea de que se divertían conmigo, y volviéndome rápido, ciego, resuelto á todo, me dirigí á la vieja, diciéndole:

—Señora yo vengo, y usted perdone, á tratar con usted un asunto . . .

No me dejó continuar, pues levantándose con toda su gente, me dijo con un tonito que me dejó boquiabierto:

—Espere usted ahí.

Y se fueron. El mozo había abierto la puerta del salón y entré. Estaba elegantemente amueblado y había muchas cosas de arte al lado de otras muy costosas. Me senté junto á un piano de cola que tenía en el atril unos papeles de música. El criado se metió en el hueco de una ventana, detrás de las cortinas, mudo, cruzado de brazos y viéndome. Ahora después comprendo que lo pusieron de centinela para cuidarme, quizá temerosas de que me llevara algo, y también para maniobrar afuera con toda libertad en mi contra. ¡Me valga el diablo, todo estaba preparado! ¡Qué bestia soy, redíos!

Esperé más de una hora agotando paciencia y bilis, y en vano fué que intentara echar el asunto á broma, pues cada suceso me sacaba de centro. Dos veces hablé con el maldito sirviente y no me contestó. Para distraerme, trataba de leer los papeles que en el atril del piano había, cuando entró lentamente, cojeando y descalza, una chamagosa vieja gata, y me dijo que si yo era el que

quería hablar con la *siñora* condesa, que cómo me llamaba y para qué la quería ver. De mala manera le dije mi nombre que, á pesar de no ser difícil de retener, me hizo repetir dos veces en voz muy alta, pues la gata era, ó se hacía, más sorda que un adobe. Entonces me parece que oí risitas y ruido de faldas detrás de una vidriera que estaba á mi izquierda. La vieja se fué lentamente, cojeando y limpiándose las narices con la orilla interior de las enaguas que se levantaba impunemente. Media hora después apareció un mozo, descalzo también, afeitado como un cura, afeminado y que olía á cocina. Con repugnantes gestos y tono de voz desesperante me preguntó si yo era Don Leal, óyelo bien, Don Leal, y como le contestara que sí, haciéndome gestos y ridículas contorsiones me dijo:

—Pues sígame, mialma!

Tras el odioso afeminado, que de vez en cuando volvía la máscara para verme, relamiéndose y haciendo bizcos, atravesé dos cuartos que no sabré decirte cómo estaban, pues yo nada veía, ni sabía dónde andaba, ni á qué iba. Abrió por fin una puerta y me dijo pavoneándose á un lado:

—Pase usted, mialma, que lo esperan.

Levanté una pesada cortina . . . y aquí va lo bueno. Yo no sé qué habrías hecho en mi lugar, pero la verdad es que no te deseo un trago tan gordo.—Era una salita, más bien un gabinete, de tres metros de ancho, por cinco de largo aproximadamente. Al frente había tres sillones, ocupando el del centro la vieja Molkas, causa de todo, y teniendo á sus lados otras dos viejas de igual pelo, alzada y mañas. Las tres estaban escandalosamente ataviadas, pues ni para un baile se hubieran puesto tanto dije y adorno: espantaban. A la izquierda había cinco muchachas, creo que guapísimas, y á la derecha, de uno y otro lado de la única ventana que daba luz, otras cuatro, todas lo mismo de peripuestas. Eran por todas viejas y muchachas, doce. Ni una silla desocupada, y como yo la buscara instintivamente, ví que á mi espalda y á los la-

dos de la cortina que levanté al entrar, había cuatro mozos muy feos y vestidos de negro como enterradores, serios, tiesos y cruzados de brazos. Figúrate el pelicano que haría yo en mitad de aquella corte con mi sombrero en la mano; mis bototas llenas de tierra, mi chaqueta de dril color de hormiga, las barbas estas de divino rostro de rancho, en completa anarquía; el mechero belesco de suyo rebelde en peor estado aun, sin tener donde sentarme y como toro en plaza. Aturdido; traté de salir del paso lo más pronto posible.

—Señora,—empecé, tartamudeando,—he venido como usted compren . . . Iba en esto de mi laboriosa peroración, cuando todas, á un tiempo, en coro, me dijeron como si contestaran, inclinando un poco:

—¡Muy Buenos días!

Me quedé patidifuso: el golpe era certero. Estaba hecho un patán, y perdía los estribos. Todos aquellos ojos, principalmente los de los lados, es decir, los de las muchachas, me picaban como agujones. ¿Qué hacer? ¿Cómo salvar la situación de una manera digna? ¿Cómo sacar siquiera aquello, el honorcillo, aunque fuese en rastra? Recurrir á medios extremos era *piur*. El ridículo en que estaba y que con tanta candidez fui yo á proporcionar, me ponía ciego y tembloroso. Sudaba por todos los poros y en vano era todo esfuerzo para decir á lo que iba, pues me parecía que á pesar de aquel chusco aparato de seriedad, á mis primeras palabras iban todas á soltar una formidable carcajada. Por un momento tuve la idea de echar la cosa á broma, y soltarme cantando con mi bonita voz de baritono casero el prólogo de Payasos, pero no me acordé de una nota, y, además era meterme de cabeza entre las tijeras de aquellas hermosas señoritas y hasta de las viejas. Noté, ó más bien adiviné que algunas de ellas se reían indistintamente y esto me obligó á brincar.

—Señora—le dije con la voz más áspera que pude encontrar,—no comprendo estas farsas, ni qué significan. Vengo sencilla-

mente . . .—Advierta usted—me interrumpió poniéndose majestuosamente en pie, lo que imitaron todas,—que soy una dama, que está usted en mi casa, que debe moderar sus palabras, y no obligarme á que lo trate como á un villano canalla, es decir, mandando á los mozos que lo expulsen como á un perro.

—¡Que lo intenten! ¡Mejor!—grité hecho un energúmeno, no pudiendo ya soportar aquellos insultos. Y sucedió. Apenas sentí una mano sobre mi hombro izquierdo, otras me sujetaron por el brazo derecho, por la cintura, por las rodillas; me echaron una lona en la cabeza, y por más esfuerzos que hice, desesperadamente, fué todo inútil. Con una agilidad sospechosa, me amarraron con una cuerda la lona, fuertemente, por las costillas, con todo y brazos, regalándome de vez en cuando con algunos manotones en la cabeza y cara. Me llevaron en vilo y perfectamente sujeto. Nadie hablaba; sólo oía fuertes pisadas, abrir y cerrar puertas, y después la voz del joto que daba órdenes con su chillar desesperante, dirigiendo la maniobra. Pensé que me llevarían para el interior con intenciones de asesinarme cobardemente. Me apretaron más las cuerdas y poniéndome en el suelo, un maldito se me sentó encima y otros dos me estiraron de las botas con tal fuerza, que antes de sacármelas, me arrastraron un buen tramo. Oí que el *joto* tiraba mis botas lejos, y todos corrieron. Después de esfuerzos inauditos, ahogándome, pude al fin quitarme de encima la fuerte lona y las cuerdas. Estaba en el jardín y no había nadie, ni una alma. Vamos, ni los perros. Con la pistola en la mano, sin sombrero y en calcetines, con el diablo adentro y resuelto á matar al primero que se me presentara, empujé todas las puertas y rompí muchos vidrios. Nadie, ni un ruido, ni una voz, ni pájaros. Esto me volvía loco y empezaba á idear por donde meterme, cuando sacó su repugnante cabeza por la barda de la azotea el malditísimo joto, al que odio más. Verlo, apuntarle y disparar, todo fué uno. Pero el tiro no salió, ni los demás. ¡Se los habían quitado . . . El condenado ni parpa-

deó, y sacándome la lengua, simuló con la boca un ruido indecente, y me dijo:

—Mire, mi alma, guarde su frijolera, porque no hace pum, y váyase, porque si no lecho agua caliente, como á los miches.

—Y cantaba:

No me mates, no me mates,  
Con pistola, etc. . . .

Por poco lloro de desesperación. Corrí por el jardín, busqué piedras, no había; salí fuera, traje varias y ya el otro se había *sumido* como el cura del sermón en la plaza, al cual el aire le llevó los papeles.

Reflexioné que lo mejor era retirarme, pues sólo servía mi rabia y desesperación para divertir aquella gente de los apretados infiernos. El joto me gritó sin asomarse:

—Oye, chulo, ojos de sempasúchil, ponte las botas que hasta acá jiede á perro muerto y apestas la casa. ¡Cuidate de los zopilotes! . . . Entonces caí en cuenta que estaba descalzo y fui por mis botas; me senté en unas macetas, les saqué la tierra que les echaron y me las puse. Lentamente me retiraba agobiado, hecho un pingo, como ves, y al estar soltando mi infeliz caballo que dormitaba, salió otra vez el joto por la azotea y me gritó:

—¡Adios, tú! Bebes unas hojitas en tu casa pa la muina. Besitos á las niñas y á la señora. . . .

Me hice sordo. Al poner el pie en el estribo, me pareció que la silla estaba floja, y ¡oh prodigio! mal me había sentado, cuando el infeliz matalote de mi caballejo se suelta reparando con tal ímpetu y tan tupido, que por más luchas que hice, fui al suelo de cabeza. El cincho estaba casi suelto del contralátigo. El condenado *joto* bailaba en la azotea como un mono, riendo y gritándome:

—¡Agárrese, mi alma! ¡Agárrese, chulo de mi alma! María

Santísima, y ¡qué sastrel Ay, tú! . . . . ¿No te quebrates los güesos, mialma? ja. . . ja. . . ja. . . ¡Probe rotol

Aplausos y carcajadas le hacían coro. ¡Eran ellas!

El pobre de mi caballejo, apenas me tiró, quedóse quieto á pesar de tener la silla por las costillas. Fui á él, y al componérsela, ví que entre los sudaderos le habían puesto cuatro piedras. ¡Reparara el santo Job! Al registrar las cantinas para ver si unos niveles de mano y un tránsito de bolsillo que traía, se habían caído ó roto, me encontré ¡un tiro de pistola! La cargué disimuladamente, y como el joto seguía bailando y gritándome estupideces, me volví rápidamente é hice fuego. Por mi precipitación y nerviosidad erré el tiro. La bala dió en el pretil, haciendo saltar pedazos de mezcla y ladrillo. El joto se dejó caer como un muerto, de hocico, y ya nadie apareció. Siquiera hice mi retirada en silencio. . .

## II

Yo me rela á lágrima viva, según me contaba Luis su aventura. El, malditas las ganas que tenía de hacerlo; antes al contrario, con su misma relación y con sus palabras, se ponía más y más colérico. Quería vengarse de cualquiera manera, con dinamita, con petróleo, incendiando, matando, con toda su gente, todos armados; la invasión de los bárbaros. . . Trabajo me costó contenerlo. Hasta le ordené seriamente no saliera.

—Bien, sí; ¡tú, muerto de risa! ¿Y si te hubiera pasado esto á tí? . . .

—¿Y la gente?—le pregunté.

—Ah, yo que sé. Los tendrían encerrados á todos. Ahí te duele, ¿verdad? pero, yo ¡que reviente! . . .

deó, y sacándome la lengua, simuló con la boca un ruido indecente, y me dijo:

—Mire, mi alma, guarde su frijolera, porque no hace pum, y váyase, porque si no lecho agua caliente, como á los miches.

—Y cantaba:

No me mates, no me mates,  
Con pistola, etc. . . .

Por poco lloro de desesperación. Corrí por el jardín, busqué piedras, no había; salí fuera, traje varias y ya el otro se había *sumido* como el cura del sermón en la plaza, al cual el aire le llevó los papeles.

Reflexioné que lo mejor era retirarme, pues sólo servía mi rabia y desesperación para divertir aquella gente de los apretados infiernos. El joto me gritó sin asomarse:

—Oye, chulo, ojos de sempasúchil, ponte las botas que hasta acá jiede á perro muerto y apestas la casa. ¡Cuidate de los zopilotes! . . . Entonces caí en cuenta que estaba descalzo y fui por mis botas; me senté en unas macetas, les saqué la tierra que les echaron y me las puse. Lentamente me retiraba agobiado, hecho un pingo, como ves, y al estar soltando mi infeliz caballo que dormitaba, salió otra vez el joto por la azotea y me gritó:

—¡Adios, tú! Bebes unas hojitas en tu casa pa la muina. Besitos á las niñas y á la señora. . . .

Me hice sordo. Al poner el pie en el estribo, me pareció que la silla estaba floja, y ¡oh prodigio! mal me había sentado, cuando el infeliz matalote de mi caballejo se suelta reparando con tal ímpetu y tan tupido, que por más luchas que hice, fui al suelo de cabeza. El cincho estaba casi suelto del contralátigo. El condenado *joto* bailaba en la azotea como un mono, riendo y gritándome:

—¡Agárrese, mi alma! ¡Agárrese, chulo de mi alma! María

Santísima, y ¡qué sastrel Ay, tú! . . . . ¿No te quebrates los güesos, mialma? ja. . . ja . . . ja . . . ¡Probe rotol

Aplausos y carcajadas le hacían coro. ¡Eran ellas!

El pobre de mi caballejo, apenas me tiró, quedóse quieto á pesar de tener la silla por las costillas. Fui á él, y al componérsela, ví que entre los sudaderos le habían puesto cuatro piedras. ¡Reparara el santo Job! Al registrar las cantinas para ver si unos niveles de mano y un tránsito de bolsillo que traía, se habían caído ó roto, me encontré ¡un tiro de pistola! La cargué disimuladamente, y como el joto seguía bailando y gritándome estupideces, me volví rápidamente é hice fuego. Por mi precipitación y nerviosidad erré el tiro. La bala dió en el pretil, haciendo saltar pedazos de mezcla y ladrillo. El joto se dejó caer como un muerto, de hocico, y ya nadie apareció. Siquiera hice mi retirada en silencio. . .

## II

Yo me rela á lágrima viva, según me contaba Luis su aventura. El, malditas las ganas que tenía de hacerlo; antes al contrario, con su misma relación y con sus palabras, se ponía más y más colérico. Quería vengarse de cualquiera manera, con dinamita, con petróleo, incendiando, matando, con toda su gente, todos armados; la invasión de los bárbaros. . . Trabajo me costó contenerlo. Hasta le ordené seriamente no saliera.

—Bien, sí; ¡tú, muerto de risa! ¿Y si te hubiera pasado esto á tí? . . .

—¿Y la gente?—le pregunté.

—Ah, yo que sé. Los tendrían encerrados á todos. Ahí te duele, ¿verdad? pero, yo ¡que reviente! . . .



—Cálmate, hombre, cálmate. Ya veremos cómo te vengas de esas viejas.

—Sí, eso quiero.—Vamos, vamos todos. ¿No ves que es un insulto á todos, á la Compañía? ... á ...?

Cuando hablábamos de esto, se presentó uno de los peones de Luis.

—¿Qué traes?—le preguntó éste vivamente.

—Pos dice Don Melquiades, que le pregunte asté si la gente sigue trabajando ó se viene.

—¿Y el mayordomo de El Olivo, el de la orden del Alcalde?

—Pos á poco de estar usted en la casa grande, volvió y nos dijo que podíamos seguir trabajando, que su mercé ya lo había arreglado todo y que se quedaba á un baile ...

—¡Rediós! Por ... ¿Ya la ves? Sólo se han querido divertir conmigo.

—Ve á comer—le dije al peon;—te vuelves y le dices á Melquiades que siga el trabajo con toda la gente, y que Don Luis irá mañana ó pasado.

—Sigán los trazos, según están las estacas—añadió Luis.

—Está bien, patrón; muy güenas tardes les dé Dios — dijo, con el sombrero en la mano, y se fué.

Luis estaba intratable, y hasta faltó poco para que armara un escandalito en el escritorio y en los almacenes, pues Cipriano, que supo algo de lo sucedido, contó la historia á su modo, y esta historia fué aumentada de boca en boca, apareciendo Luis en ridiculísimos y bochornosos chismes.

Por fortuna para Leal, al día siguiente, de una manera intempestiva, llegaron en uno de los coches que la Negociación tenía en La Rosa, el Presidente de la Junta Directiva, Don Jorge Sberg, un alemán de magnífico carácter; el 1º y 2º vocales Don José Ruiz Robles, español, y Don Juan Rivera, mexicano. Venía con ellos el Lic. Justo Ramos, íntimo amigo nuestro, antiguo compañero en preparatorios, gran bebedor de todos los vinos inven-

tados y que era el apoderado de la Compañía, en cuyos difíciles negocios desplegó mucha actividad, inteligencia y tacto.

Apenas vió éste á Luis que saludaba muy respetuosamente á los de la Directiva, le dijo, dándole un abrazo:

—Y tú, ¿qué tienes, disentería?

—No, nada, nada; estoy bueno.

—Dile que te cuente—interrumpí;—es una historia soberbia en que andan de por medio unas viejas y un joto.

—Cuenté usted, cuente usted, le decían á un tiempo los cuatro, rodeándolo.

No hubo manera de excusarse, y lo contó todo. No es para decir la gran fiesta que le hicieron á la historia. El español maldecía á puños, riendo como un descosido, y los otros tres, sentados en una gualdrilla, se congestionaban. El abogado Ramos corrió á abrazarlo.

—Te tomaron el pelo—le gritaba.

—¡Corchos! — decía el español, —vaya usted á la hacienda, métase hasta la cocina y dele al joto una paliza, que ni Dios! ...

—No,—le decía el abogado;—mándale tus madrinas á la vieja condesa y nátala de un escobazo.

Don Jorge seguía riendo grandemente, y de los ojos se le rodaban los lágrimas. Cuando pudo hablar al fin, dijo, con su calma acostumbrada:

—No hay que pensar en venganzas violentas, que quizá fueran de graves consecuencias. Se le debe pagar con la misma moneda. Esta señora Doña Gertrudis Morón, viuda de Lara y Sancho de Tagle, es una mujer original que no piensa en otra cosa desde hace veinte y tantos años, sino en que es condesa del Puente y marquesa del Pinar, pues esos eran los títulos del difunto su marido, por ciertos reales y de buena cepa; pero que son letra muerta acá. Ella es hija de un rico industrial y minero afortunado de la Capital, y casó con el conde — marqués que vino de España bastante pobre, seducido por la belleza y abundantes dineros de

la joven. Porque fué hermosa y mucho. Algunas de sus hijas, que usted vió, son brillantes muestras de lo que fué la madre en pasados tiempos. Pero tanto se le subió el título ó títulos á la cabeza con varios años que vivió en Europa, que á su regreso se ha vuelto insoportable, y en la misma Capital pocos la tratan. ¡Ay del infeliz que le dice solamente Señora! Ya puede alzar las manos al cielo. No es usted la única víctima, joven ingeniero, pero sí tal vez el más adolorido.

Y volvía á reír grandemente el viejo prusiano.

—Por supuesto—continuaba—que esto no se debe quedar así; y nosotros, ingeniero, le ayudaremos á tomar la revancha, pues á todos nos ha molestado, y mucho, con sus necedades. Verán ustedes. Tengo una idea y voy á madurarla.

En la noche, á la hora de la cena, volvió la misma historia á ser el asunto predilecto de nuestra conversación.

—He pensado ya, — dijo Don Jorge, — cuál es la manera de que esa señora pague una de las muchas que debe. Yo pongo los medios, doy la idea y á ustedes toca hacer la cosa lo mejor posible. Por supuesto, sin extralimitarse. Como ustedes saben, — continuó después de una pausa, — á esta buena señora se le están debiendo unos seis mil y pico de pesos, por terrenos, madera, etc. . . . y aunque ya se le ha entregado algo, frecuentemente está pidiendo el resto, que es de cinco mil y pico de pesos. Debo advertir á ustedes, que á pesar de tanto aparato y ruido, no anda muy bien de fondos, pues como mujer, todos los negocios que tiene, por buenos que sean, los hace malos. Pensábamos pagarle en estos días, pues ya va á recoger el Lic. Ramos los documentos últimos en el Juzgado civil; pero será bueno entretenerla un poco más, luego discutirle la cuenta para exasperarla, y por último, obligarla á que venga ella misma aquí á liquidar.

Procuraremos que no le valga ninguna excusa, diciéndole que debe firmar en uno de los libros de la Negociación como requisi-

to *sine qua non*, el cual libro no puede salir de aquí; y como necesita mucho su dinero, vendrá. Hay que esperar también que se vaya el Lic. Castillo Contreras, lo cual será pronto, porque tiene que estar en México á la apertura de Cámaras. Es el consejero, y no estando en la hacienda, las viejas se van de brueces.

—¡Magnífico!—gritó Luis sin miramientos.—¡Magnífico! . . . Yo le hago la fiesta.

—Eso es,—contestó Don Jorge,—le hacen una escandalosa y chillona recepción, bastante cómica para que la comprenda y nada más. Invitan gente del pueblo de San José, donde no la quieren.

—¿Y si trae todo su ejército de rancheros—dijo yo—y éstos provocan á nuestros barreteros?

—Bah—observó el abogado—si trae su gente, que debe traerla, evitas el choque con barbacoas, mezcal y colonche. Además, es buen golpe emborracharle toda esa peluza. A la vuelta son capaces de insubordinarse.

—¡Magnífico! ¡Magnífico!—gritaba Luis. El pobre muchacho estaba loco de contento.

—Ahora sólo se necesita—dijo Don Jorge—mucha paciencia y que no se sepa nada, ni una palabra, pues todo se pierde. Sólo siento no poder estar aquí; y además, no sería propio. Con ustedes, el asunto no pasa de una muchachada.

—Pero yo vendré, ¡corchos!—exclamó el vehemente español.

—Pero si usted es viejo.

—Eso no le hace, ¡corchos! Yo enamoro á la vieja. — Sería curioso, corchos, que volviera á mi pueblo hecho un príncipe. Me valga . . . etc.

—Seremos sus hijos . . . postizos—dijo el abogado.

—Me suscribo—añadí.

—¡Ni dadas!—gruñó Luis.

—Todavía rezongas por la herida.

CAPILLA ALFONCINA

—Lo dicho, corchos. Ya me se metió en la cabeza y vengo. ¿Para cuándo será eso?

—El tiempo dirá— contestó Don Jorge sonriéndose y encendiendo un gran puro. Sereno y tranquilo, cómodamente sentado á la cabecera de la mesa; ojos azules, francos y bondadosos; calvo y con una hermosa barba blonda, infundía carino y respeto.

Luis lo contemplaba en silencio. Don Jorge quería á Luis con predilección, y á veces le hablaba como si fuera su hijo. Cuando murió el padre de Luis, siendo éste estudiante, el alemán señaló una mensualidad á su anciana madre y hermanitas pequeñas, y pagó el internado y gastos de Luis hasta que terminó su carrera.

—Señor—dijo Luis levantándose—no voy á arrancarme con un brindis; pero pido á usted, delante de todos, un favor.

—Concedido, si puedo.

—Sí puede usted.

—¿Qué quieres?—dijole sonriéndose y hablándole de tú, según tenía costumbre cuando estaba plenamente satisfecho.

—Un abrazo.

—Venga el abrazo—dijo el honorable viejo, levantándose y estrechando al ingeniero. Ambos tenían los ojos húmedos.

Aplaudimos entusiasmados.

—Estás pagado y con creces — dijole el abogado á Luis.—

¿Qué más quieres?

—Nada, nada más . . .

El gachupín salió de *estampía*. Ya fuera, le decía al primero que encontró:

—¡Corchos! A mí no me gusta éso porque me atraganto. . . ¡Corchos!

## III

Después de tres semanas, ya casi ni me acordaba del *asunto de las viejas ó la venganza de un ingeniero*, como le llamó campanudamente el tenedor de libros Don Patricio, devotísimo lector de novelones de brocha gorda. Vinieron en esos días acumulándose de tal manera los sucesos, que no había ni tiempo para distraerse con charlas desocupadas, pues cada día aumentaban más y más las atenciones y cuidados de una gran instalación y de un negocio desarrollado ampliamente en poco tiempo. Luis, que había terminado el camino, donde quedaban sólo unos cuantos peones en trabajos pequeños, y ya toda la maquinaria en las minas y patios, ocupase en levantar el plano general, detallándolo, y hacía la medición de unas cuantas hectáreas y dos demasías que se habían denunciado últimamente como ampliaciones necesarias.

Además, la tenebrosa amiga de los mineros, nos hizo dos visitas consecutivas, que pusieron en mal estado los ánimos de todos. En el Tiro de El Refugio, uno de los *contras* que componía una de las poleas, pues el cable había saltado fuera de ella, perdió pisada, no pudo detenerse y cayó en el *claro*, con tan mala suerte, que fué botando de tabla en tabla los 186 metros que el Tiro tenía de profundidad, y rompiendo las *gazas* de una *manta* que subía llena de tepetates, en compañía de todo esto, hizo *torta* á dos de los *manteros* que en el fondo estaban, dejando al tercero en tan mal estado, que antes de sacarlo, murió. Ninguno de aquellos infelices que tres horas antes entraban llenos de vida, volvió á ver la luz del sol. Tanto el que cayó de arriba, 191 metros (1), como los que abajo estaban, quedaron completamente

(1) 186 metros del Tiro, más 5 del Castillo = 191 metros.

destrozados, siendo difícil reconocerlos á sus mismos deudos. El primero era una masa informe con trozos de género hecho tiras, y los otros, que no tenían más vestido que unos *patíos ó cotenses*, fueron despedazados por las piedras, casi por completo. El espectáculo fué tremendo, aun para los mineros más viejos y avezados, como por ejemplo, el *cajonero* Camilo Rosas, que fué testigo de la hecatombe del Tiro de Lete, de la mina de San Rafael en Zacatecas.

Esa tarde fué negra, fúnebre y tristísima, como si hubiéramos presenciado una ejecución en masa, aumentando el pavor con el doloroso y desesperado lamentarse á gritos de las mujeres, hijos, hermanos y padres de los muertos.

En una galera de lámina que servía de carpintería, improvisóse violentamente la capilla ardiente, y los que en la mañana eran hombres fueron puestos en haces informes, casi en montoncitos sanguinolentos, con sus grandes velas de cera que formaban cuadros cintilantes. A la salida del *pueblo*, es decir, de toda la gente que trabaja dentro de las minas y que era bastante, pues se ocupaban más de cuatrocientos entre hombres y muchachos, todos los cuales salen al Ave María, regularmente á las 3 p. m., era de verse cómo llegaban lentamente, mojados, tristes, pálidos, con las frentes sudorosas y los pies blancos de estar en el agua varias horas, é irse arrodillando, para rezarles á los que fueron sus compañeros, amigos ó parientes, y ahora no eran sino trozos de carne con huesos hechos astillas.

Unos se quedaban pensativos con la oración en la boca, repetida instintivamente; otros veían aquello con ojos dilatados, calenturientos, de visionarios, y algunos se soltaban llorando en compañía de las mujeres y niños; pero con tal dolor resignado y tan extremosos lamentos, que herían íntimamente y hasta sentíase un peso enorme dentro del pecho y un desaliento tan grande que abrumaba.

Esa misma noche, en el piso de la Asunción, un barreno de

dinamita, por imprudencia de los que lo cargaban, detonó estando inmediatos muchos, dejó muertos á varios y á otros muy heridos.

Eran las 11 p. m.—Había mandado poner mi cama en un saloncito de duelas americanas que nos servía de gabinete de dibujo, para estar lejos y poder conciliar el sueño. Acostado ya, en vano trataba de dormir, pues el tristísimo y monótono lamento de los que lloraban junto á los muertos en el abandono de la noche, llegaba hasta mi escondrijo á pesar del ruido de la compresora y del resoplar de los motores de bombas y malacates.

Aquellas infelices gentes no se fatigaban de llorar á gritos y recordaba lo que á propósito dice un famoso psicólogo criminalista, de que la gente es extremosa en sus manifestaciones de dolor, en razón inversa de su cultura y educación.

De pronto, afuera, junto á las calderas, una precipitada carrera, luego el ruido de los huaraches en la escalerita de madera, y una voz conocida, pero alterada, que me dijo, tocando violentamente:

—¡Señor, señor! . . . .

Era Cosmito, un muchacho de catorce años, raquítico, picado de viruelas, muy inteligente, perfecto conocedor de toda la mina y que era mi *zorra ó morrongo*, es decir, el que me acompañaba siempre dentro de la mina, por todas partes, llevando la luz.

—¿Qué quieres?

—Señor, en la Asunción un barreno mató á muchos. . . .

Me levanté y salí. El patio á obscuras sólo era visible en los pequeños tramos donde las linternas de los veladores extendían su poca luz, y al cruzar por enfrente de la galera donde estaban los deshechos restos de los primeros muertos, ví que, á pesar de la vigilancia, algunos barreteros se habían emborrachado; otros dormían al pie de la mesa, cubiertos completamente con sus *cobijas*; algunas mujeres seguían llorando lenta y acompasadamente, y una de ellas, la madre del *contra*, el que cayó de arri-

ba (¡nunca lo olvidaré!), de rodillas junto á la mesa y ambos brazos extendidos sobre la tabla, reunía, palpaba y acariciaba, besándolos, todos aquellos miembros que formaron su hijo. Tenía la barba, labios, narices y frente ensangrentados. Sus lágrimas me parecieron rojas también. Y gritaba con desesperación y dolor infinitos:

—¡Hijo! ¡Hijo mío, único de mis entrañas! ¡Hijo de mi alma! . . . Cosme, el *zorra*, se echó el sombrero sobre los ojos, inclinó un poco la cabeza, espabiló, *dió caldo* á la mecha y entramos por el socavón para el Tiro interior de El Refugio. El muchacho, muy pálido, iba llorando, y yo también sentí húmedos los ojos.

El humo de la dinamita ya empezaba á salir, formando un resplandor como de neblina á la luz.

—¿Ya pegaron todos los barrenos? — le pregunté, poco rato después.

—No, señor. Es el jumo del barreno que mató la gente.

—Es mucho humo para uno solo.

—Esos pastores lo retacaron hasta la boca.

—¿Y Cipriano?

—Le agarró cerca, pero no l'hizo nada. No más está atontao.

Comprendí luego la causa de la desgracia por la palabra *pastores* y por el tono de ira y desprecio del muchacho. Aquellos á quienes los barreteros y peones llamaban pastores, eran pobres trabajadores de las haciendas que se habían hecho mineros en poco tiempo por ganar buen salario, y los cuales en su duro y difícil noviciado, sufrían mucho por torpeza, miedo, falta de conocimientos y práctica. Además, todos los barreteros, buscones y peones de vieja alcurnia, los molestaban frecuentemente bautizándolos, dejándolos á obscuras y haciéndoles otras muchas maldades por diversión perversa y estúpida. Era en vano castigarlos, borrarlos, multarlos y ponerles *pueblos de hueso* (de noche), pues no les faltaba manera y oportunidad de hacerles algo cada día.

Esa noche, los pastores, por su torpeza é ignorancia, habían originado aquella desgracia, siendo ellos las primeras víctimas.

Al llegar al Tiro interior, vimos que dos iban á bajar en las hondas y Cosme les gritó que esperaran. Eran Luis y el Palero Mayor Juan Montoya. Puso el cajonero, haciéndolos bajar un poco, dos hondas más arriba y bajamos los cuatro. Luis iba tan nervioso que todos sentíamos el temblar de su cuerpo.

—¿Tienes miedo, Luis? — le pregunté.

—No sé. Creo que sí: esto es demasiado.

—Es la bonanza que viene ya, señor Don Luis — dijo el palero con mucha flema y convicción.

—¡Oh, la bonanza! ¡Vaya una idea! Demasiado duro es este trabajo para que necesite sangrel. ¿Es acaso un holocausto necesario? . . . ¡La bonanza! . . . no . . . no. — Y seguía hablando como un dormido.

De pronto se estremeció y le gritó iracundo á Cosme, que iba junto de mí:

—Haz tu mecha á un lado, c. . . . que me vienes quemando las manos con las gotas ardiendo.

En la *ventanilla ó despacho* nos esperaban un minero de cuarto y algunos barreteros y peones. Sentados en los talones, en *cuchillas*, á uno y á otro lado del crucero, la mayor parte desnudos, estaban á obscuras, fumando, silenciosos.

A la luz de la mecha, que apenas los iluminó, ví sus ojos brillantes y sus blancos dientes. Los oscuros cuerpos se perdían en el fondo de las negras pizarras.

Desde ahí empezamos á oír algunos gritos; pero al llegar al lugar del suceso y ver todo aquello, sentí la boca salada y un ligero vértigo me hizo vacilar, apoyándome en la *horquilla* de un *cuadro*.

El agua que había en el piso, como diez centímetros de alto, estaba roja. Los muertos eran tres, seis gravemente heridos y más de diez, heridos también, pero de menos importancia. Ci-

priano, el Minero Mayor, estaba sentado en una piedra y parecía un idiota. Lo tenían bien cubierto con cobijas y dos barreteros lo cuidaban. Sólo viendo un cuadro semejante se puede tener idea exacta de él. La dinamita en roeas compactas y muy duras como era aquella, hace efectos horripilantes, incomprensibles. Pisábamos sobre miembros completamente desprendidos y aun palpitantes; dedos, entrañas, trozos de cuero cabelludo sobrenadaban en la roja agua; las paredes ó tablas estaban salpicadas de sangre y masas cerebrales; en la viga de un *tarango*, astillada, había, con partículas de roca, un trozo de género con carne amarillenta y tendones colgantes; un sombrero de petate, medio deshecho, tenía algo que no pude conocer lo que era, pero me pareció como un ojo reventado con parte de la cara. De los muertos, uno de ellos, quizá el que estaba á la salida del barreno, tenía completamente desprendidos los brazos, la cabeza, rotas las piernas, desgarrado el vientre y abierto el estómago hasta las costillas. Nadie hablaba, si no éramos Montoya y yo, dando órdenes. Los quejidos de los moribundos y las blasfemias desesperadas de los heridos que maldecían á los desventurados *pastores* ya muertos, acompañaban el ruido de los que andábamos entre el agua, y el acompasado golpear de las bombas que hacían el desagüe en el pozo camino ó de guta.

Empezamos por sacar con todo cuidado á los heridos, y á las tres de la mañana, cuando subía una manta con los últimos pedazos, hacinados en montón, dieron El Ave María, y empezó á salir el *pueblo* por el Tiro General y por el camino. Cantaban *alabanzas*, y esa plegaria en coro general, triste, dolorosa, amarga, y que más parece un lamento de esclavos martirizados, era interrumpida á veces por las fuertes explosiones de innumerables barrenos que en aquel momento detonaban en diversos lugares de la mina. Es decir, no se interrumpían ellos, dejando de cantar, pero la onda sonora, el aire encañonado y el retemblor de las galerías, parece que cortaba el coro. Ellos seguían cantando, sin

cuidarse de aquel estruendo, ora próximo y ensordecedor, ora lejano y seco, y sólo pensaban en los *dijuntos* y en los heridos y en que la bonanza estaba próxima.

Amanecía un día espléndido. El frío era insoportable, pues el termómetro señalaba—6° y un vientecillo de la Sierra helaba hasta los huesos.

Contra reglamento, la entrada al patio era libre; mucha gente se había arrimado á las calderas, y en diversos lugares grandes fogotas eran rodeadas por infinidad de hombres, mujeres y niños. Por todas partes se oía llorar.

Ese día fué tristísimo. Sólo entró á las 6 a. m. la gente encargada del desagüe para relevar á los que dentro estaban.

Los destajeros, paradas de obra, peones, buscones, quebradores, etc., no trabajaban por ser el entierro de los muertos y como día de luto.

El Médico de la Negociación, que estaba en San José, fué llamado por teléfono, y trabajó toda la noche, ayudado por dos dependientes del escritorio, uno de los almacenes donde se improvisó el hospital y varias señoras y señoritas, esposas é hijas de los empleados.

El juez llegó á las 11 a. m. con su secretario y testigos de asistencia.

Después fueron llegando otras personas del mencionado pueblo, con caras estúpidas de terror y curiosidad, así como el administrador de la hacienda de Río Grande, francote y buen amigo nuestro cuando los dueños no estaban en la finca, y muchas otras gentes que no recuerdo.

El entierro se hizo á las 2 p. m., pues ya empezaban á descomponerse todos aquellos trozos de carne humana. Fué una larga y lenta procesión con cantos monótonos y plañideros, cohetes, espoletas de dinamita y llanto á gritos. Apenas podía yo tenerme en pie, pues más que el cuerpo tenía cansadísimo el espíritu.

Luis regresó conmigo, del brazo y en silencio. Antes de entrar á mi cuarto, ví allá lejos los que iban saliendo del campo-santo, y como nota perdida en una ráfaga de viento, un lamento agudo, ondulante después, como extinguiéndose en la seca garganta de la pobre madre que besaba los pedazos ensangrentados de su hijo, ya cubiertos por la siempre fecunda tierra, el vientre de continua y eterna gestación.

## IV

A los dos días, el trabajo era uniforme y todo marchaba perfectamente, estando cada cual en su lugar.

Sin embargo, la impresión de espanto quedaba aún en el fondo de las pupilas, y la gente hablaba de las almas de los muertos, que dentro de la mina lloraban pidiendo agua y luz, mucha luz. Los ruidos se multiplicaron, al parecer, y ese fenómeno acústico tan frecuente en las minas grandes, puso azorados á los más valientes, trayendo á todos la firme convicción de que la bonanza estaba próxima.

Tanto se habló de ésta y se dijo por aquellos lugares, que á los diez ó doce días, el Sr. Sberg en una carta me preguntaba, con algo de extrañeza, qué había de cierto en lo de la bonanza; y que si en los últimos días se había alcanzado algo bueno, pues mucho se hablaba en ese sentido en la capital del Estado y las acciones habían subido de 30 á  $33\frac{1}{4}$  efectivos y  $34\frac{1}{2}$  nominales. Contestéle que todo estaba igual, los trabajos principales en obra muerta ya próximos á cortar la veta en dos partes distintas, así como la veta del alto en el crucero Norte; y que si algo nuevo hubiese, nadie mejor que él debía saberlo primero.

El Juez molestó varios días con declaraciones, careos, actas,

diligencias, etc.; pero ni él, ni el secretario, ni los testigos bajaron al Tiro del Refugio, ni mucho menos al piso de la Asunción, lugares donde habían muerto los mineros. En cambio, comían y bebían de una manera asombrosa.

Luis, que como buen histérico-linfático, tenía cambios y crisis notables, pasó esos días sumido en una continua meditación, y era de ver al pobre muchacho en los ratos desocupados que tenía, ir al *hospital de sangre*, como le llamaba el viejo don Patricio, cuidar á los enfermos, animarlos, darles consejos, ayudar al doctor Ramirez, y después quedarse las horas muertas, en cualquier lugar, meditabundo y triste.

—Estás en tus días de filósofo remojado, melcochudo y triston, —dijele una tarde, al obscurecer, que lo encontré en el patio, sentado sobre una caja de baterías. Lo buscaba hacía rato y trataba de sacudirle aquella pesada tristeza, dándole una noticia inesperada,

—Qué quieres, hermano, no puedo olvidar á aquellos infelices. ¡Pobres! Estos que están ahí en el almacén me entristecen, pues varios van á quedar inútiles para el trabajo y pedirán limosna. ¡Mutilados!

Me duele mucho ver á las familias de los muertos; pero, sobre todo, la madre del *contra* Herrera me desespera. ¡Pobres gentes, pobres gentes!

¡Qué difícil es ganarse la vida con este perro oficial! Juega uno con su pellejo todos los días, para no dejar nada á su familia el mejor día. Cuando menos se espera, una piedra, un palo, una mala pisada, ó un barreno lo dejan á uno seco.

—Te diré: aquí estamos mejor que en otras partes. El señor Sberg, en carta que recibí hoy en la mañana, me ordena que se les dé semanariamente á los heridos, así como á los huérfanos y deudos de los muertos, la raya íntegra que éstos ganaban, mientras se vea que la necesiten para vivir.

—¡Don Jorge es una honorable y magnífica persona!

Luis regresó conmigo, del brazo y en silencio. Antes de entrar á mi cuarto, ví allá lejos los que iban saliendo del campo-santo, y como nota perdida en una ráfaga de viento, un lamento agudo, ondulante después, como extinguiéndose en la seca garganta de la pobre madre que besaba los pedazos ensangrentados de su hijo, ya cubiertos por la siempre fecunda tierra, el vientre de continua y eterna gestación.

## IV

A los dos días, el trabajo era uniforme y todo marchaba perfectamente, estando cada cual en su lugar.

Sin embargo, la impresión de espanto quedaba aún en el fondo de las pupilas, y la gente hablaba de las almas de los muertos, que dentro de la mina lloraban pidiendo agua y luz, mucha luz. Los ruidos se multiplicaron, al parecer, y ese fenómeno acústico tan frecuente en las minas grandes, puso azorados á los más valientes, trayendo á todos la firme convicción de que la bonanza estaba próxima.

Tanto se habló de ésta y se dijo por aquellos lugares, que á los diez ó doce días, el Sr. Sberg en una carta me preguntaba, con algo de extrañeza, qué había de cierto en lo de la bonanza; y que si en los últimos días se había alcanzado algo bueno, pues mucho se hablaba en ese sentido en la capital del Estado y las acciones habían subido de 30 á  $33\frac{1}{4}$  efectivos y  $34\frac{1}{2}$  nominales. Contestéle que todo estaba igual, los trabajos principales en obra muerta ya próximos á cortar la veta en dos partes distintas, así como la veta del alto en el crucero Norte; y que si algo nuevo hubiese, nadie mejor que él debía saberlo primero.

El Juez molestó varios días con declaraciones, careos, actas,

diligencias, etc.; pero ni él, ni el secretario, ni los testigos bajaron al Tiro del Refugio, ni mucho menos al piso de la Asunción, lugares donde habían muerto los mineros. En cambio, comían y bebían de una manera asombrosa.

Luis, que como buen histérico-linfático, tenía cambios y crisis notables, pasó esos días sumido en una continua meditación, y era de ver al pobre muchacho en los ratos desocupados que tenía, ir al *hospital de sangre*, como le llamaba el viejo don Patricio, cuidar á los enfermos, animarlos, darles consejos, ayudar al doctor Ramirez, y después quedarse las horas muertas, en cualquier lugar, meditabundo y triste.

—Estás en tus días de filósofo remojado, melcochudo y triston, —dijele una tarde, al obscurecer, que lo encontré en el patio, sentado sobre una caja de baterías. Lo buscaba hacía rato y trataba de sacudirle aquella pesada tristeza, dándole una noticia inesperada,

—Qué quieres, hermano, no puedo olvidar á aquellos infelices. ¡Pobres! Estos que están ahí en el almacén me entristecen, pues varios van á quedar inútiles para el trabajo y pedirán limosna. ¡Mutilados!

Me duele mucho ver á las familias de los muertos; pero, sobre todo, la madre del *contra* Herrera me desespera. ¡Pobres gentes, pobres gentes!

¡Qué difícil es ganarse la vida con este perro oficial! Juega uno con su pellejo todos los días, para no dejar nada á su familia el mejor día. Cuando menos se espera, una piedra, un palo, una mala pisada, ó un barreno lo dejan á uno seco.

—Te diré: aquí estamos mejor que en otras partes. El señor Sberg, en carta que recibí hoy en la mañana, me ordena que se les dé semanariamente á los heridos, así como á los huérfanos y deudos de los muertos, la raya íntegra que éstos ganaban, mientras se vea que la necesiten para vivir.

—¡Don Jorge es una honorable y magnífica persona!



—Y á propósito: me habla de tí en carta particular que recibí hoy también.

—¿Qué dice?

—Dice que desde la semana próxima dejas de desempeñar ese trabajo que tienes.....

—¿Y.....?..... preguntó con ansiedad, levantándose.

—Para quedar como mi segundo en la Negociación, cuyo nombramiento recibirás próximamente en toda regla. Tendrás de sueldo ochenta pesos semanarios.

—Y tú ¿qué dices?

—Hombre, sencillamente, que si yo hubiera hecho la elección, esa era la persona que hubiera escogido sin vacilar. Así se lo dijo á Don Jorge, y á Don José Ruiz y á Don Juan Rivera cuando estuvieron aquí la última vez y hablamos del asunto.

—Eres muy bueno conmigo, y vengan acá esos cinco, — me dijo tendiéndome la mano, radiante de alegría y transformado instantáneamente.—Seré tu brazo derecho y fiel como tu hijo el Boy.

Mi hijo el Boy era un hermoso perro de raza alemana, regalo de Don Jorge, que me seguía como mi sombra, y el cual me esperaba horas y horas, asomándose en los Tiros, en la boca mina de arriba ó en la entrada del socavón, todos los días, cuando yo entraba á hacer la visita. Siempre que salía, me brincaba á la cara y echaba á correr rápidamente, formando círculos en mi alrededor.

—Ya sabes que te quiero más que á él,—díjeme riendo.

—Hombre, eso lo dudo, porque es demasiado prometer; pero agradezco el compromiso y la fineza.....

Y el que momentos antes estaba más serio que un colchón y más meditabundo que un burro, ahora reía y bailaba por cualquier motivo como un mocoso. Inmediatamente le entró furor por el trabajo. Quiso ir luego á hacer una visita general, pues

de pronto le preocupó hondamente el éxito de los trabajos emprendidos y si las vetas se encontrarían buenas al cortarlas.

—Deja eso para mañana, pues yo acabo de salir. En el cruceo Norte de Noche Buena ya se empezó á cortar la veta del Alto, y respecto á la Principal, espero que hoy en la noche la alcanzaremos, pues ya se picó la salbanda del alto con el fuque del saque de hoy.

—Por Dios, pero ¡qué calma tienes siempre! ¿Cómo no me habías dicho?.....

—¿Para qué?

—Hombre, no para darte consejo, es cierto; pero sí porque la noticia nos interesa á todos. ¿Y qué tal está la del Alto? ¿Y qué se ve en la Principal?

—Rarísimas veces se cortan las vetas en buenas. Hay que labrarlas después. Aun cuando se tenga una chimenea bien definida (y aquí no las hay), es muy aventurado el asegurar su localización inferior. Es un gran error funestamente arraigado el esperar del corte de un filón, éxito inmediato, pues como sabes, atacas un plano enorme donde están las zonas mineralizadas en diversos lugares, solo en un pequeño punto. Por eso nunca debe decirse cuándo se hace el corte, pues á veces trae serios trastornos, dadas las peregrinas ideas y la ignorancia del asunto que tienen todas las gentes que forman las Sociedades Anónimas, con muy raras excepciones. A veces hasta hay necesidad de ocultarlo á los mismos de la Junta.

—¿Y ahora lo dices?

—Pasado mañana le avisaré á Don Jorge.

—Yo voy allá abajo, dijo levantándose.

—Siéntate y escucha. Tengo que hablarte.

—Me asustas. ¿Qué más novedades hay?

—Ninguna.—Sólo quería preguntarte si ya te olvidaste de las viejas y de tu amigo el joto.

—Ah, de veras... ¡Las viejas sopladitas y el joto puercol! ¡Mal

rayo los parta! ¡Maldita gente! . . . ¡Ah! . . . ¿sabes? Son aves de mal agüero . . . ; por ellas se mató tanta gente.

—Pareces un imbécil.

—No, nada, son aves de mal agüero esas . . .

Subimos platicando á mi cuarto, que lo tenía aún en el gabinete de dibujo. Acabábamos de cenar alegremente, en buena compañía, cuando se presentó Cosme, sudoroso, lleno de lodo y se paró á un lado de los restiradores.

—¿Qué traes?—le pregunté.

—Don Cipriano me mandó con usted pa que le traiga estas piedras que están saliendo en la veta del Alto.—Y así diciendo, iba sacando de su *jajal* que tenía colgado debajo de un brazo, varios trozos mojados de roca. Luis se echó sobre las piedras y se puso á verlas ávidamente á la luz de la lámpara.

—¡Caray, son platas verdes! ¡Mira, mira! ¡La bonanza! . . .

En efecto, eran ejemplares muy ricos de bromargira, querargira y algo de argirosa con calcite, cuarzo y óxidos de fierro. Pero lo que más llamó mi atención, fueron dos pequeños trozos de pizarra pegados al cuarzo y que estaban claramente mineralizados por imbibición.

Me dió un brinco el corazón, no dije nada, pues á más del muchacho *zorra*, estaban ahí dos mozos boquiabiertos, y me puse á dar vueltas por el cuarto. Luis estaba loco, hablaba como un vendedor de específicos y aturdió al muchacho á preguntas.

—Y de esto ¿qué dices?—me preguntó.

—Nada.

—Dios, ¡qué flega! Yo voy allá abajo. Ya el corazón me avisaba.

Voy allá abajo . . . ¿Vamos?

—Ve á acostarte.

—¡Hombre!

—Que vayas á acostarte—díjeme con tono seco.

Me miró con asombro, puso las piedras que tenía en las ma-

nos sobre el mantel, tomó su sombrero, dió las buenas noches un poco amoscado, y se fué.

A las dos horas, cuando todo estaba en silencio, Cosme y yo entrábamos por el socavón. Aun cuando sea uno, por la práctica, los años y los desengaños, un escéptico en la materia, pensé que no dormiría tranquilo, si antes no iba á ver la veta del Alto y cómo se presentaba la mineralización. Compadecí á Luis y hasta me arrepentí de haber sido duro con él; pero era necesario para su impetuoso noviciado, y sobre todo para que no fuese á alborotar imprudentemente á todo el mundo, ya de suyo preparado, pues siendo ingeniero, aun cuando sólo era topógrafo, sus palabras serían más oídas y comentadas.

Al cruzar por el claro del tiro de El Refugio, que estaba fondeado en el lado W, donde mantenían, y entrar al crucero Norte de Noche Buena, ví que allá en el fondo había algunos otros además de los destajeros. Pensé serían Cipriano y los peones del carro; pero Cosme me dijo:

—Es Don Luis.

En efecto. Alguien se desprendió del grupo y á obscuras salió á encontrarnos. Era él.

—Dispensa—me dijo—pero no hubiera dormido. Tú mismo no has aguantado. No vayas á reprenderme delante de la gente.

Me ref, tomándolo de un brazo. Entonces empezó:

—La cosa es muy buena, muy buena. Ya tienen un montón de metal del que llevó éste. Si no es está la bonanza, que venga Dios y lo diga. ¡Ven, anda, ven! . . .

—Mira, Luis—le dije, deteniéndole y hablando quedo,—no pierdas nunca los estribos. Sé cauto y no digas nada delante de la gente, pues si después resulta que sólo es un nudo, lo cual es probable, se te ríen en las barbas y nunca te creerán nada. Todos estos barreteros son gentes muy listas y que han visto mucho.

—Ya lo dije . . .

—Mal hecho. En fin, no hay remedio. Vamos.

Todos se hicieron á un lado y Cipriano, tomando una vela, me enseñó en donde empezaba á salir el metal. La veta ya descubierta en más de un metro de su potencia y casi en borra, traía en el Alto una concreción, al parecer, de metal rico; y como la habíamos cortado diagonal por un cambio de su rumbo, empezó á salir el *bonito* en la cabeza del crucero y al lado de la cuña (izquierda). Se veía en realidad sólo una parte, es decir, en el *chocolón* de uno de los barrenos de *empareje* había salido al *trueno*.

—Es metal de más de 40 kilos por tonelada — me dijo Cipriano.

—Pero todavía no se ve claro — contesté — y quizá esto desaparezca luego.

—Vamos horita á pegar estos cinco barrenos de saque á ver qué enseñan.

—¿Los espera usted?

—Bueno.

—Carguen y peguen — ordenó Cipriano.

Nos retiramos al otro lado del tiro, sentándonos sobre un montón de largueros y cabezales para el adame. Cipriano hablaba de la bonanza que no podía *mentir* por los *dijuntos* y las almas en pena, citando otros muchos casos que él había visto en su larga vida de minero.

—Sí, señor, no lo dude usted — decía. — Ya los *dijuntos* están rindiendo, y ahora apenas empiezan.

Llegaron los destajeros con sus barrenos, picos, cuñas, cucharillas, palas, etc., á donde estábamos. Otro tiró del timbre para que subiera el cajonero las *puntas*, pues una piedra podía lastimar los cables, y parándose en el *fondeo* gritó con la cara en alto con estentórea voz: ¡Oooye . . . de . . . arribal . . . Y de arriba se oyó apenas que decían: —«Diiilol!» . . . —«¡Va la pegaadal!» . . . Llegó después de un rato el *cabeza del destajo* lentamente, y colgando de un *costillar* del cuadro una bolsa con dinamita, mecha, etc., apagó su vela y se sentó. Ya había prendido

los barrenos. De pronto, tres detonaciones formidables casi á un tiempo y dos separadas después, quizá más fuertes, apagaron todas las luces, nos volaron los sombreros, dejando ruido de campanitas en los oídos. Cipriano, que contaba las detonaciones, al sonar la última, dijo:

—Cabales.

Luis fué el primero que encendió un cerillo, prendió una antorcha y corrió á ver.

—Aguarda — le grité; pero en vano. No se detuvo. Cipriano y yo, así como los demás, nos refamos de su ignorancia, pues iba á pescar seguramente un fuerte dolor de cabeza.

Dejamos que pasara un cuarto de hora, y cuando el humo era menos denso y ya había *refrescado*, fuimos á ver el resultado. Luis estaba en mangas de camisa, moviendo piedras y sudando gotas gordas, pues no podía creer lo que veía.

—Pero hombre, mentira me parece. No salió nada; todo está en borra.

—No, señor, — dijo Cipriano; — todo este es azoguito bueno para la hacienda.

—Yo no quiero azoguitos. El metal rico, el otro, ¿dónde está?

—Aquí — le dije señalándole el *chocolón*.

—Pero acá no hay nada de ese.

—¿Ya ves? Pues es mejor quizá.

El filón había cambiado completamente, y lo que á Luis desesperaba, á Cipriano y á mí nos llenó el alma de esperanzas.

—Ahora sí puede ser que mañana aparezca algo formal — añadí después de examinar todo minuciosamente. — Ponga usted, Cipriano, el destajo en cuartos y vámonos.

Luis, que tenía apoyada la mano derecha en una de las tablas, empezó á ponerse muy pálido, lo agarramos de los brazos, pues hubiera caído de narices, y con grandes espavientos y gestos echó toda la cena.

Tuvimos necesidad de salir por el tiro, llevando al enfermo

dentro de una manta cerrada, pues sufría un vértigo. Cuando lo pusieron en su cama y volvió al uso pleno de sus facultades, daba risa y lástima.

Sufría un dolor de cabeza tan agudo, que sentía abrirsele el cráneo y las venas de la frente y sienas, hinchadas, se le veían saltar acompasadamente.

—Es por el humo de la dinamita y tú tienes la culpa.

—¡Ay! qué dolor tan fuerte. Sería mejor que no hubiera ido. Tenías razón. . . . ¡Ah! . . . . ¡ah! . . . .

—Esto se le quita hasta mañana al amanecer, — le decía Cipriano. Está empolvorao, pues también se encajó luego en la mera fogata. Amárrse la cabeza, retáquese las narices de tabaco y vea si duerme. Hasta mañana.

Aun cuando la veta del Alto en el socavón (que era la única parte donde se conocía, pues en la superficie no era visible) se presentaba en tales condiciones, que no podía seducir á nadie, pues sólo tenía 0m.72 de potencia, daba una baja ley de plata é indicios de oro; ochenta y cinco metros más abajo y con una profundidad vertical de ciento cuarenta y tres metros que fué donde la alcanzamos con el crucero Norte de Noche Buena, su potencia era de 3m.40, siendo casi estéril y con *boleo* en el bajo; metal de 2,500 gramos en el centro, abundante, y en el Alto con una faja de 0m.15 á 0m.25 de metales con ley de 32 kilos plata y 0.210 gramos oro en promedio por T. M. . . . Esa era la bonanza.

Dos días después, la veta Principal fué cortada por completo en el piso Morelos del Tiro General, y aunque ahí no había le-

yes alta, en cambio todo el filón estaba perfectamente mineralizado y su producción iba á ser abundantísima, pues tenía potencia de 0m.30, es decir, 0m.80 más del promedio obtenido en los labrados altos. La cortamos precisamente en la transición y á esto era debido el aumento de potencia, lo dócil de los metales y su completa mineralización de astial á astial. Cipriano se sospechaba que esta veta tenía una dislocación inmediata, y así fué en efecto: ocho meses después encontramos al Este una veta transversal estéril que fué al fin causa de grandes pérdidas de vidas y capitales.

En el tiro de San Jorge, abierto al W. de la mina, se llevaba á toda prisa el crucero de San Rafael á los 75 metros; Cipriano decía:

—Onde nos cuaje en San Rafael, damós capote; mamamos á dos chiches y bebemos leche.

Informé á la Junta minuciosamente, y sobra decir que á los dos días de recibida mi carta, vinieron todos los que la formaban y aún otros más, entre ellos dos *coyotes* que se perdían de vista, los cuales sin avisar siquiera, se metieron á lo loco, huroneando por toda la mina, pues tenían algunos conocimientos prácticos; preguntaron más que el famoso Padre Ripalda, á los mineros destajeros, peones, etc., y después de comer, en un carro rabón, se fueron con viento fresco para la estación de La Rosa.

La bruma de tristeza habíasela llevado la brisa de la alegría y de las esperanzas realizadas. Nadie se acordaba de los muertos, sino para bendecirlos por haber traído la bonanza, pues hay muchas supersticiones que por groseras y estúpidas que sean, se propagan de una manera asombrosa, y á veces fecundan hasta en los cerebros inteligentes y cultos (los menos á propósito para todo lo extravagante), ya por una coincidencia notable, ó ya por la corriente general que parece los atrofia, sugestionándolos.

Se les dieron sus *primas* á los destajeros de ambos labrados, así como á Cipriano y á algunos otros: se determinó el sistema

dentro de una manta cerrada, pues sufría un vértigo. Cuando lo pusieron en su cama y volvió al uso pleno de sus facultades, daba risa y lástima.

Sufría un dolor de cabeza tan agudo, que sentía abrirsele el cráneo y las venas de la frente y sienas, hinchadas, se le veían saltar acompasadamente.

—Es por el humo de la dinamita y tú tienes la culpa.

—¡Ay! qué dolor tan fuerte. Sería mejor que no hubiera ido. Tenías razón. . . . ¡Ah! . . . . ¡ah! . . . .

—Esto se le quita hasta mañana al amanecer, — le decía Cipriano. Está empolvorao, pues también se encajó luego en la mera fogata. Amárrse la cabeza, retáquese las narices de tabaco y vea si duerme. Hasta mañana.

Aun cuando la veta del Alto en el socavón (que era la única parte donde se conocía, pues en la superficie no era visible) se presentaba en tales condiciones, que no podía seducir á nadie, pues sólo tenía 0m.72 de potencia, daba una baja ley de plata é indicios de oro; ochenta y cinco metros más abajo y con una profundidad vertical de ciento cuarenta y tres metros que fué donde la alcanzamos con el crucero Norte de Noche Buena, su potencia era de 3m.40, siendo casi estéril y con *boleo* en el bajo; metal de 2,500 gramos en el centro, abundante, y en el Alto con una faja de 0m.15 á 0m.25 de metales con ley de 32 kilos plata y 0.210 gramos oro en promedio por T. M. . . . Esa era la bonanza.

Dos días después, la veta Principal fué cortada por completo en el piso Morelos del Tiro General, y aunque ahí no había le-

yes alta, en cambio todo el filón estaba perfectamente mineralizado y su producción iba á ser abundantísima, pues tenía potencia de 0m.30, es decir, 0m.80 más del promedio obtenido en los labrados altos. La cortamos precisamente en la transición y á esto era debido el aumento de potencia, lo dócil de los metales y su completa mineralización de astial á astial. Cipriano se sospechaba que esta veta tenía una dislocación inmediata, y así fué en efecto: ocho meses después encontramos al Este una veta transversal estéril que fué al fin causa de grandes pérdidas de vidas y capitales.

En el tiro de San Jorge, abierto al W. de la mina, se llevaba á toda prisa el crucero de San Rafael á los 75 metros; Cipriano decía:

—Onde nos cuaje en San Rafael, damós capote; mamamos á dos chiches y bebemos leche.

Informé á la Junta minuciosamente, y sobra decir que á los dos días de recibida mi carta, vinieron todos los que la formaban y aún otros más, entre ellos dos *coyotes* que se perdían de vista, los cuales sin avisar siquiera, se metieron á lo loco, huroneando por toda la mina, pues tenían algunos conocimientos prácticos; preguntaron más que el famoso Padre Ripalda, á los mineros destajeros, peones, etc., y después de comer, en un carro rabón, se fueron con viento fresco para la estación de La Rosa.

La bruma de tristeza habíasela llevado la brisa de la alegría y de las esperanzas realizadas. Nadie se acordaba de los muertos, sino para bendecirlos por haber traído la bonanza, pues hay muchas supersticiones que por groseras y estúpidas que sean, se propagan de una manera asombrosa, y á veces fecundan hasta en los cerebros inteligentes y cultos (los menos á propósito para todo lo extravagante), ya por una coincidencia notable, ó ya por la corriente general que parece los atrofia, sugestionándolos.

Se les dieron sus *primas* á los destajeros de ambos labrados, así como á Cipriano y á algunos otros: se determinó el sistema

de trabajo más á propósito, el cual sería de paradas de obra sobre los metales ricos y de hacienda, dejando la limpia á los buscones (sin tocar los *bordos*) al décimo, y la *gallina de hacienda* en el patio, con viejas y muchachos sobre los escombros y desechos, al tercio. Se decidió emprender desde luego otras obras de radical importancia que tenía yo trazadas, y una alegría delirante llenó todos los ánimos.

Al tercer día de llegados los de la Directiva, y cuando ya había gran extracción de metales, á la hora de la comida, el entusiasmo subió con los vinos y no faltaron curiosos brindis, abrazos, protestas y hasta lagrimilla. Luis, en un arranque de los suyos, en aturdimiento, chispa, pidió de golpe los *Campos* para los empleados. Todos los de la Junta, empezando por el español, que era el más *remojado*, los concedieron sin vacilar, menos don Jorge, que interrogándome con los ojos y viendo mi conformidad, dijo también que sí al último. Aplausos y efusivos abrazos. Esto me disgustó un poco, porque iban muy de prisa: y sobre todo, porque esos acuerdos de sobre mesa son á veces desacuerdos; pero después también se me fué el santo al cerro, vino la loca de la casa, y todo fué color de rosa y oro.

Cuando tomábamos el café, Don Jorge ordenó á Luis que fuese al escritorio á traer papel timbrado de carta, pluma y tintero. Todos quedaron en silencio, esperando. Vuelto el ingeniero que se bimbaleaba á pesar de sus esfuerzos por caminar recto, díjole el alemán:

—Siéntate y escribe. Fecha de hoy.

«Excelentísima Señora Doña Gertrudis Morón, viuda de Lara y Sancho de Tagle, Condesa del Puente y Marquesa del Pinar.—Hacienda de El Olivo.

—Corchos—interumpió el español—cuánto nombre para una sola vieja. Parece que estoy leyendo una defunción, en *La Época* de Madrid.

Don Jorge continuó dictando:

«Excmá. Señora Condesa: contesto sus dos apreciables cartas, del 14 y 16 de éste, suplicándole respetuosamente se dignene perdonar mi demora, por las múltiples ocupaciones que limitan mi tiempo y haber tenido necesidad de venir á esta Negociación casi de improviso, donde me tiene V. E. á sus órdenes, así como á todos los empleados que hay en ella.

—Señor,—interrumpió Luis sin poderse contener—se compromete usted y nos compromete demasiado. No la conoce.

Todos reímos. Don Jorge le dijo:

—Sigue escribiendo:

«No sin grandes dificultades y sólo por tratarse de Vuestra Excelencia, he podido arreglar el que se le paguen luego los **5,730 ps. 40 cs.**, cinco mil setecientos treinta pesos cuarenta centavos, que justamente le adeuda esta Negociación, según documentos ya revisados; pero como faltan por liquidar algunas otras cuentas pequeñas, y sobre todo, hay imprescindible necesidad, según nuestros Estatutos, de que firme V. E. en uno de los libros de la Compañía, agradeceré á V. E. infinito, se sirva pasar á esta Negociación, donde será atendida como se merece tan noble y distinguida persona.

«Suplicándole perdone mi involuntaria tardanza en contestarle, así como verme obligado á hacer salir á V. E. de su quinta veraniega, pues de otro modo no podré cumplir sus deseos, pongo á los pies de V. E. mi persona, profundos respetos y humildes servicios.

—J. von Sberg.—»

Después de firmar añadió Don Jorge esta posdata de su puño y letra: «Desearía saber qué día señala Vuestra Excelencia para que, si por causas ajenas á mi voluntad tuviese necesidad de ausentarme, dar al Director, Sr. Ingeniero Ricardo Colt, las instrucciones necesarias.»

A las cuatro de la tarde, un mozo llevó la carta á la hacienda

de El Olivo y á las 9 p. m. de ese mismo día, después de dar las instrucciones necesarias como lo prometiera, salió Don Jorge en una diligencia con todos sus acompañantes para la estación de la Rosa, menos Don José Ruiz Robles que se quedó para la fiesta.

Este y Luis se encargaron de preparar la recepción, y como el español era muy rico, hizo de su peculio casi todos los gastos, que no fueron flojos por cierto.

Al día siguiente á las 11 a. m., entraron ambos como una tempestad al Escritorio donde yo estaba, con la contestación de la Condesa en la mano. Se morían de curiosidad. Venía en papel timbrado con los nombres y títulos ya conocidos del lector, más un escudo y una corona condeal ó algo por el estilo, pues ninguno de los presentes sabíamos lo más mínimo de heráldica. Decía así:

• Señor Jorge von Sberg.

• Estimado amigo: como usted lo desea iré á esa Negociación el viernes próximo.

• De usted afma. S.

G. M. V. de L. y S. de Tagle. »

—El nombre es un abecedario y la firma una cola de rata— dijo el español.

—Y la letra se parece á ella en lo presumida—añadió Luis, por decir algo en contra. ¡Si el buen muchacho hubiera sabido que poco tiempo después por ver esa letra, que era de Rosa Elena, una de las hijas, se había de volver medio loco!

—¡Corchos! Estamos en martes, de manera que nos quedan dos días y medio para prepararnos. A darle, amigo Don Luis. ¡Duro y á la cabeza! . . .

—A darle, inclito Don Pepe.

Empezaron en efecto desde luego á discutir varios proyectos, en conciliábulo con el austriaco Snurff, el yankee Moore, Cipriano, Dr. Ramírez, etc., etc. Dificilmente pude sostener el tra-

bajo en mediano orden esos días, pues casi todos andaban ocupadísimos con Don José y Luis.

No parecía sino que iban á recibir al Presidente de la República; tal era el empeño y casi furor con que preparaban la recepción.

Yo, la verdad, nunca hubiera creído que la ilustre señora cañera en el cuatro, dados sus humos y burbujas, siempre tan altos. Pero el deseo de conocer la Negociación donde se habían levantado y seguían construyéndose varios edificios, la instalación ya muy adelantada de la ruidosa maquinaria; el famoso lugar donde murieron todos aquellos infelices, pues creía seguramente que eran lugares fáciles de ver, el ruido de la bonanza bárbaramente exagerada por la imaginación del vulgo y más que todo la endiablada carta de Don Jorge, que fué recibida con grata sorpresa de satisfacción, siendo comentada y leída muchas veces, decidieron á la buena señora á la tan deseada y para mí difícil visita. Además, el Lic. Castillo Contreras ya no estaba ahí, sino tan sólo su esposa é hijas, de manera que la ilustre dama olvidó lo que debía, quiso cobrar lo que le adeudaban, que tal vez necesitaba, y sobre todo, y quizá lo principal, ser recibida como tan noble y distinguida persona se merecía. Y se fué de bruces.

Luis y Don José no descansaban un momento estando en todas partes y haciendo á cada momento cóleras formidables. En las tres noches no durmieron sino unas cuantas horas. La gente empezó á decir que iba el Gobernador á bendecir las máquinas y todo el mundo lo creyó, de manera que la fiesta prometió ser más grande de lo que se esperaba. Fueron llevados violentamente del pueblo de San José todos los sastres y aprendices del oficio que se pudieron encontrar, instalándolos en los Almacenes con sus maquinillas y demás útiles; al Escritorio llevaron otras máquinas de Singer que manejaban varias viejas y señoritas; mozos salían cada media hora con diversos rumbos á mata caballo, ya con cartas, recados ó telegramas; en el patio, carpinteros, paleros y ayu-

dantes levantaban arcos cubiertos de ramos y banderolas con feroces dísticos; en el teléfono se desgañitaban volviéndose locos á los del pueblo de San José; se trajo un carro de transporte con ollas, cazuelas, cacerolas, platos, cubiertos, etc., etc., conseguidos quién sabe dónde; varios burros con pesadas botas de chivo llenas de mezcal y tequila, fueron recibidos con grandes ceremonias y cumplidos, anunciando semejantes heraldos estar próximo el día del juicio; en las caballerizas una ternera, dos cerdos, borregos, guajolotes, gallinas, etc., estaban en capilla sin esperanza de indulto; en la galera de lámina donde fueron velados los muertos se improvisó con tablas y duelas americanas una mesa para cien personas, adornándola profusamente con papel de china y malezas como pulquería; se levantó un *templete* para cien músicos inmediato á la mesa; más de diez barreteros sentados frente á dos cajas de dinamita, con rollos de mecha, periódicos y cientos de casquillos á los lados hacían montones de espoletas á los que deberían *hacer segunda* algunos miles de cohetes; tres zarandas fueron ocupadas para cernir arena, con la cual formaron cuatro montones que colocaron sobre láminas de fierro á uno y á otro lado de la entrada; formóse también una represa en el caño general del desagüe de los tiros para tener listo un regular caudal de agua. La vispera me fué imposible disponer nada; logrando solamente que parte del desagüe no se interrumpiese, es decir, que sólo quedarán trabajando las bombas.

A las cuatro de la mañana de ese famoso viernes aquello era una feria. Estaba despierto pensando en lo que íbamos á hacer, pues aunque yo sólo observaba, debía aparecer necesariamente como el principal promotor del escándalo, dado mi carácter de Director General. De pronto oí que tocaban la puerta con los nudillos de los dedos.

—¿Quién?

—Levántese usted, señor Ingeniero,—exclamó el español.—

¡Corchos, usted debe dirigir la maniobra aunque no quieral

Salf. Don José y Luis andaban de frac, corbata blanca y sombreros de petate:

—Pónte tu frac—me dijo Luis.

—No estoy loco.

—¡Corchos! Debe usted hacerlo, señor Ingeniero, pues de lo contrario sería la excepción. Todos andamos lo mismo.

—No lo tengo acá.

—¡Corchos! Lo tengo en mi cuarto. Lo pedimos con tiempo á su casa por medio de Don Jorge.

Tuve que hacerlo como los demás, pero hasta después de las ocho. Fuí mientras tanto á ver todos los preparativos, y la verdad que lo habían hecho admirablemente. Me divertí mucho y con sobrada razón: había más de treinta personajes de frac, inoconocibles, los cuales, al encontrármelos, se ponían ruborosos y atontados, con esa torpeza molestísima de la gente falta de trato que se encuentra de golpe en un medio que le es desconocido y que el temor al ridículo los pone como idiotas.

Aquello era un carnaval. Los bomberos, los mecánicos, los paleros, los mineros de cuarto, todos los del escritorio, los de los Almacenes, los rayadores, el capitán de patio, el Dr. Ramirez, Moore, etc., etc., andaban de frac, y lo que es peor, de frac rojo, pantalón corto, medias negras y zapatillas. Serios y tiesos, muy estorbosos dentro de aquella indumentaria fabricada á lo diablo, era imposible verlos sin echarse á reír descompasadamente. Muchos no sabían de lo que se trataba; pero sí creían de una manera vaga que andaban de personas grandes y esto les tenía satisfechos y soplados. Muchos no quisieron abandonar los sombreros de petate hasta última hora; pero otros, de chistera, se atoraban en todas partes y no podían amoldarse encima de las cabezas aquellos endemoniados tubos de chimenea de falda *engarruñada* que no se encontraba nunca, como decía Cipriano.

Este, muy guapo, como era un hombre de una perspicacia notable, tomó el asunto á broma y cada movimiento que hacía



era una payasada. Mordaz como ninguno, y ya un poco achispado, se burlaba de todos en sus mismas narices, de una manera sangrienta.

—Venga usted, señor—me dijo después de saludarnos. Vamos á la fragua. Allí les están tusando las greñas y rapando los hocicos á todos. Venga á ver al Tuerto, al Mono é'lodo y á la Llorona. Son los más rasposos.....

La herrería, que era un galerón de 18 metros de largo, habíanlo convertido en barbería, donde seis rapistas de huaraches y calzón blanco andaban ocupadísimos arreglando las hirsutas cabelleras y barbas de aquellos señores. Entre los yunques, tornillos y fuelles, sentados en bancos y los más afortunados en sillas de palo sin pintar, con las cabezas á pulso, rígidos los pescuezos, los *patios ó cotences* á guisa de tohallas, las caras enjabonadas ó los mecheros cayendo al golpe acompasado de enormes tijeras que mordían, arrancando antes de cortar, presentaban un cuadro tan bello y original, que era una delicia verlo. Cuando entré con Cipriano sostenían una discusión á gritos, con sonoras interjecciones.

Se trataba de si dejarían tan sólo el bigote á Don Pablo González, capitán de patio (a) Mono de Lodo.

—¡Déjale la chival!

—¡No, ráspale hasta las cejas!

—¡Píntalo de morao!

—¡La chival! ¡Muera la chival!

—¡Abajo la chival!

Me pusieron de árbitro y decidí que, dado el traje, lo más propio era que la chiva fuese al suelo, para que dejara visible la inmaculada pechera y la blanca corbata. Se hizo en el acto y el pobre hombre parecía otro muy distinto; pero lo que más escándalo produjo fué el descubrimiento de una gran cicatriz que Mono é'lodo tenía en un carrillo, dándole vuelta por abajo de la barba.

—Ah, indino Mono, si tienes barbiquejo—dijo Cipriano.

—¿Quién te lo hizo?

—¡¡Tu madre!!... bufó el héroe.

—Güena mano tenía la probe. Lástima que se aiga dijuntiao.

¡Soy güerfano!

Nadie podía competir con aquel temible hablador. Sin embargo se le insubordinó la gente, pues usaba toda la barba y por más que se defendió, como le alcanzaba el fallo, á la fuerza lo sentaron en un banco. Todos se le rodearon amenazándolo con sujetarlo de un tornillo y *chamuscarlo* con un fierro caliente hasta el *pellejo* si no se dejaba por la buena. Iba el maestro rapista en medio de aquella poda, con gran regocijo de los presentes y avinagrada cara de la víctima, cuando oímos en el patio carreras y gritos de *¡ay vienes!* Dentro hubo un tumulto. Todos quisieron salir á un tiempo por la única puerta abierta y hubo estrujones, codazos, golpes, palabrotas, chisteras por el suelo; algunos salieron en medias, pues en la apretura dejaron las zapatillas; dos ó tres fracs y pantalones se abrieron por los puntos de menor resistencia, y al yanke Moore (a) La Llorona, le arrancaron una manga.

Si en ese momento hubiese llegado la ilustre dama, la derrota habría sido vergonzosa. Nadie se entendía y Don José y Luis se desgañitaban. Por fortuna los dos coches que subían, era una vieja carretela y un *guayín* ídem, tirados por cuatro famélicos animalejos indefinibles: eran epigenias de caballos con fachas de mulas. Dentro de los vehículos venían el director de la música en compañía de otros nueve colegas, es decir: de diez músicas de diversos pueblos y haciendas se había hecho una sola bajo la dirección general del famoso Don Canuto Entorchado y Arias, que en veinte leguas á la redonda no tenía quiéa se le pusiera al frente en asuntos ruidosos. Se reorganizó la gente, se remendaron los rasgones, se compusieron y pulieron las chisteras que parecían gatos furiosos, y Luis y Don José, ya escarmentados, pusieron avanzadas para evitar una sorpresa.

A las 11 35 a. m., cuando ya todos estaban en perfecto orden de aseo, pues Luis y Don José pasaron escrupulosa revista, repitiendo muchas veces sus órdenes, llegó despavorido uno de la avanzada, que apenas podía hablar.

—¡La Comitival ¡La Comitival!—dijo, y poco faltó para que cayera tieso como el desbocado griego de Maratón.

El cielo sin una nube, y el dios sol en todo su poderío nos arrojaba rayos tan fuertes que hacían chirivitas en nuestras espaldas. Toda la gente estaba sudorosa, y pálidos algunos por la emoción, principalmente Luis, que temblaba de nervioso, y se movía sin descanso.

Sobre las cuatro láminas de fierro puestas á uno y á otro lado de la puerta principal, se colocaron grandes bombillas de dinamita, cubiertas con unos petates y encima la arena en forma de pirámides de un metro de altas. Más de cincuenta barreteros con espoletas en las *cobijas* y tizonas en las manos, se formaron á ambos lados de la calle del centro, y junto al estanque improvisado esperaban otros tres con espoletas preparadas *ad hoc* y listos para el momento dado. Apareció la comitiva, como le llamaron, á 600 metros de distancia, abajo, al dar vuelta el camino que seguía por la orilla del arroyo, y empezó á subir lentamente. Eran cuatro coches escoltados por más de treinta ginetes. De improviso sonó un clarín de caballería y poco faltó para que todo se lo llevara el diablo en un momento. Un miedo pánico se apoderó de casi todos al grito de ¡soldados! y las viejas y muchachos, que eran muchos y andaban por ahí de mirones sobre los metales de baja ley y los desechos, corrieron en todas direcciones como ratas, buscando la salida más próxima, por las coladeras, ó dejándose rodar hasta un arroyito inmediato por el terrero.

Queda aún en muchos lugares de la República recuerdo muy vivo de la pasada época de revueltas y de aquellas levadas brutales con las que los caudillos dejaban desiertas las comarcas enteras. En aquel tiempo los hombres útiles de las haciendas y ran-

cherías vivían en las sierras más abruptas ó emprendían la huida, abandonando todo, al primer grito de ¡soldados! como aquel, dado tan imprudentemente. No sin enorme trabajo, Don José, Luis, Snurff, Moore, Cipriano, Don Pablo y yo, pudimos detener á los fugitivos. Pero sobre todo Don Pablo, furioso, transformado, gritaba con su vocerrón y repartía manazos y pescozones á diestra y siniestra. Se impuso más que ninguno y parecía un Fiera-brás . . . de frac. Por fortuna la subida en zigzag era muy penosa y la hicieron lentamente, de manera que cuando entraron los primeros ginetes de cuatro en fondo ya todo estaba en orden otra vez. Venía á la cabeza Secundino Gómez, con los mismos rancheros de marras, pero bien armados y con trajes nuevos de cuero, sacados la víspera de la tienda de El Olivo.

Semejante aparato de fuerza era sólo un marco de lujo con que quiso presentarse la señora Condesa para dar más importancia á su visita.

Inmediatamente comprendí que si nosotros hablamos aprovechado el tiempo preparándonos en todo, ellas no lo habían perdido y la farsa, como de acuerdo tácito, prosperaría.

Todos los cocheros y sotas, de librea, y los coches, adornados como para una boda, formaron en el patio, frente á la fragua, almacenes y metaleras. En ese momento á una señal de Luis empezó Cosme á sonar con furia la campana que servía para llamar á la gente en los días de trabajo y los sábados para la Raya. De golpe chillaron los pitos de las calderas, y una enorme cantidad de espoletas, que truenan como cañonazos acompañados de miles de cohetes, ensordecieron los oídos y el humo opacó la luz del sol. Aquel tremendo ruido era capaz de romper los oídos y derribar viejas casas de adobe. Las mulas de los coches se espantaron, los emperifollados aurigas se desbarataban, y si no hubiese sido porque sujetaron fuertemente á los nerviosos animales los mozos de los caballerizos y los *arriadores* de los malacates, puestos ahí ex-

profeso por acertadísima disposición de Cipriano, sucede algo feo á las visitas.

No así con los famosos rurales, que á los primeros truenos perdieron el orden y unos á toda carrera, otros gineteando, cruzaban el patio por todas partes, quedando la mayor parte de los ginetes en el suelo. Hubo pisoteados, desencuadrados y no pocos con raspaduras y chichones. Recuerdo que al general en jefe, Secundino Gómez, su caballo, que era el mejor, lo llevó junto á la represa en el momento que, reventando dentro del agua una espoleta, elevaba una columna de agua á treinta metros.

El caballo, alzándose rígido, cayó con las patas al aire, hundiéndose al desventurado jinete en la orilla del fango, lo que, si bien lo puso como un cochino, en cambio le valió no quedar reventado. A otros les sucedió lo mismo ó algo peor, quedando el campo cubierto de rancheros que se levantaban como locos. Los caballos sueltos, más azorados, buscaron instintivamente la salida, pasando ciegos por encima de lo que encontraban. Uno de ellos, que tiró de cabeza al jinete frente al socavón, cruzó por la calle del centro, á un lado de los coches, como una exhalación, regando gente. El primero fué el español, que rodó entre las ruedas sin saber lo que sucedía ¡corchos! pues estaba embobado; después Luis que rodó como un gato, Don Pablo González y otros varios. Luis y el español tenían los pantalones abiertos por las sentaderas, y Don Pablo rota una media en mitad de una pantorrilla.

No por esto cesó el ruido de espoletas y pitos; muy al contrario, los que poco antes estaban tan asustados, se ensañaron en su triunfo y redoblaron su furor aumentando la barahunda con gritos y silbidos.

Dentro de los coches, las damas espantadas, con los ojos desmesuradamente abiertos, palidecían. Abrimos las portezuelas y empezaron á bajar más muertas que vivas.

Ya no quedaban caballos en el patio, pero el ruido era inmen-

so, abrumador. Todas ellas, viejas y jóvenes, venían elegante y correctamente vestidas. Doña Gertrudis sobre todo con muchas alhajas, colgajos, cintas y flores, estaba pintarrajeada de una manera escandalosa, según su costumbre, y era de verse aquella cara arrugada y marchita dónde sólo los ojos eran bellos, pero que revelaban espanto, luciendo frescos colores de jovencita sana, y espléndida cabellera rubia que envidiaría Khrysis. Cubría estos dorados cabellos, donde no se encontraba una cana, quizá porque la cabeza nunca había hecho ningún trabajo, un elegantísimo sombrero con cintas, flores y alas de pájaro,

En el mismo coche, que era el primero, la acompañaban otras viejas casi como ella, y una joven muy hermosa, ó que me pareció, por el contraste que hace la juventud verdadera con la que cuesta dinero. En los otros vehículos venían doce jóvenes hermosas, correctas, elegantes y muy asustadas.

Dice un amigo mío que padece de erotomanía en mayor tensión que el resto de los mortales, que no hay argumento ó demostración que convenza más rápidamente y en absoluto como una joven bella y elegante. Al ver todas aquellas divinas mujeres cuyos trajes de seda formaban un hermoso conjunto de colores, sentí lástima y eché á correr, para donde estaban las cuatro láminas de fierro con nuevos montones de arena, pero fué tarde.

No oí las detonaciones, porque son opacas, sordas, y en aquel inmenso ruido se perdían completamente, pero ví desaparecer la arena, levantándose y cayendo en forma de menuda lluvia que llenó los huecos de los sombreros de todas ellas. Pude por fortuna, y no fué poca, detener siquiera á los que iban á echar más dinamita dentro del estanque, pues las columnas de agua, fango y sobre todo *paspurria*, ese lodo finísimo de las pizarras arcillosas que dejan los barrenos y taladros, habría manchado, inutilizándolos, todos aquellos costosos trajes.

Mis mayores goces los he alcanzado siempre de mirón, quizá por tener en mí cantidades infinitesimales de actor. Sin intención

determinada de esquivarme, quise ver todo de lejos y de cerca, es decir, de lejos sin mezclarme, y de cerca colocándome en buen lugar para ver el desfile y toda la barahunda. Como un mono me subí en una quebradora de Gates Iron Wore, que provisionalmente estaba en el patio para instalarla en su lugar, y quedé á diez metros de distancia, en un magnífico sitio para observar á todo sabor.

La Comisión de recepción se portó bien para lo que me esperaba, y fueron pasando lentamente las elegantes señoras y señoritas del brazo de los distinguidos caballeros, tiesos, agarrotados y más serios y meditabundos que burros. El contraste era notable; ellas hermosas, correctas, verdaderamente elegantes, como una pincelada brillante en aquel campo, en aquellas montañas tan grandes, pedregosas, ásperas; y ellos estorbosos, pesados, con muchos picos, arrugas, movimientos forzados y vestidos de mamarrachos como unos figurones. Calculé que necesitábamos mucho tacto y habilidad para que no fuese á salir el tiro contra nosotros, pues habíamos escogido para la pelea las peores armas, las que de nada servían á nuestra gente, las que iban contra los mismos que las manejaban con tan bárbara torpeza.

Razón tenía Cipriano de llamarme la atención sobre tres de ellos. Indudablemente eran los peores entre tanto malo.

Don Pablo González (á) Mono é'lodo, el capitán de patio, era un cetáceo de un metro noventa centímetros de alto, de color muy moreno de chocolate obscuro, charolado, con una enorme panza al aire y las piernas flacas, semejante á una borrega puesta en dos pies; mofletudo, barbón como bajo de ópera antigua, siempre vestido de charro, con pantalones pegados á la piel y muy amplios de las sentaderas, donde las arrugas le hacían acompañados gestos á cada paso que daba y eternamente desabotonado el chaleco para dar fácil vuelo á la odre que amenazaba reventar el género ó asfixiar al dueño. La gente baja del pueblo, los estudiantes, los soldados y los mineros son muy afectos á los

apodos, y aquel de Mono de lodo convertido en Mono é'lodo por una contracción, y no griega, le caía perfectamente por su color y lo basto de sus líneas. Por semejante mote era generalmente conocido, y sin que se disgustara (tanto se le gritaban) entendía más bien por él que por el propio. Figuraos á este hombre polveado, pero sólo en tramos por el ruidor y los revolcones, afeitado, de frac rojo, pantalón corto, medias negras (una desgarrada), zapatillas, y con la chistera sobre una oreja, cayéndose, equilibrándose, y no habrá cosa que igualarle pueda. Yo no sé si Luis, ó Don José, ó el demonio, ó los tres juntos, pusieron las cosas de tal manera que este valiente personaje fué quien dió el brazo y abrió la marcha con la señora Doña Gertrudis Morón, viuda de Lara y Sancho de Tagle, Condesa del Puente y Marquesa del Pinar. Esta era (ó es) alta, flaca, muy blanca, hermosos colores y cabellos de oro. Esto último ya se sabe que artificial; pero para el objeto no importa, pues tenía *buen lejos* y la pareja era soberbia, única.

Fué Don Pablo González allá en sus mocedades soldado muy aguerrido y valiente de la chinaca, primero á las órdenes de Don Juan Zúazua y después á las de Vidaurri y otros jefes. Muchas batallas vió y en diversas acciones sangrientas dió pruebas de un valor temerario, entrando á trabajar á las minas de Zacatecas después del Imperio con el grado de capitán en el bolsillo. Como todo mortal, tenía su guardadito para las grandes ocasiones, así que ese día creyó muy propio ponerse *en autos*, como decía, y sacó sus pasos y fachas de otro tiempo, su majestuoso y desmajado continente de militar rancharo; pero con aquel traje y del brazo con aquella señora resultó de un efecto maravilloso. Iban lentamente, uno junto á otro, pasando por medio de aquellos arcos triunfales, en plena luz de un sol de fuego, entre humo y polvo; pero, sea por temor de la dama, quizá recordando lo que había hecho, ó bien porque las espoletas caían por docenas muy cerca, detonando de una manera formidable, hubo un momento

en que amedrantada sin duda, quiso buscar, ó buscó instintivamente, el abrigo ó protección que alcanza siempre toda ella al lado del macho más fuerte, valeroso y audaz. Casi se le colgó del brazo, arrojándose mucho y viéndolo con ojos suplicantes de angustia. Entonces él volvió lentamente la formidable cara relumbrosa, vetada, cenicienta en tramos, y la vió desde arriba con protección y cariño. Estaba sublime.

Iba detrás de ellos el Dr. Ramírez, pequeño, débil, insignificante, componiéndose furiosamente los guantes, aturdido por los truenos y sin fijarse en su compañera, una guapa muchacha que se cubría los oídos y en los ojos tenía lágrimas.

Seguía á éstos Mr. William James Moore (a) La Llorona, con la señora Doña Pilar Barajas del brazo; éstos podían competir con los primeros. Mr. Moore, el ensayador y encargado de la hacienda de Beneficio que estaba instalando, era un yankee muy alto, muy flaco, anguloso, labrado á punta de hacha, de un rubro casi blanco; melnudo, sin pizca de bigote ni barba y hasta sin cejas, ojos azules y pestañas blancas detrás de unos vidrios muy gruesos, pues era un míope, bajo cero. Al andar se le doblaban las piernas, muy largas, y cuando se sentaba, decía Cipriano que se *sumía* en las sillas. Era más alto que Don Pablo, y le decían La Llorona porque sus bellos delgados y lacios le prolongaban las comisuras de la boca á los lados, para abajo, y parecía que hacía *pucheros* ó se preparaba para llorar. Trabajador y muy inteligente, inalterable en su bondadoso carácter, hablaba á todos de tú, y todos le hablábamos lo mismo. Soportaba riendo ó queriendo llorar, porque no se sabía nunca lo que era, las bromas más pesadas y era excelente amigo y compañero. Hablaba perfectamente varios idiomas (su madre era alemana), entre ellos el nuestro, aun en sus modismos y combinaciones más endiabladas. Las mujeres eran para él escritura china, y su única pasión era andar los domingos y días festivos con una escopeta al hombro y un morral bajo el brazo por aquellas montañas á grandes zan-

cadas. No hubo necesidad de fabricarle, como á los demás, indumentaria de munición, pues todo lo tenía; pero como en la fragua le arrancaron una manga, al ponérsela, ya sea por torpeza ó por maldad, se la dejaron con buches y picos. Ni siquiera se fijó en éso. Doña Pilar Barajas, era una señora de más de cincuenta años y madre de cinco de aquellas señoritas. Alta como un paraguas, con un talle cuyo diámetro era igual á la altura, con enorme papada, tordilla de pelo y barba, pues usaba bigotes y con un enorme lunar, también con bigotes, á un lado de la nariz albóndiga. Asustada, se dejaba llevar, con los labios trémulos, los ojos saliéndosele, y con la mano derecha por un movimiento reflejo de coquetería, sólo existente en las mujeres, levantándose la falda para enseñar otra color de rosa y . . . los zapatos de gamuza, redondos y llenos como mameyes. Con el polvo del camino, de las carreras de caballos y de las tempestades de arena fué la más perjudicada, pues sin contar con los estragos directos cargó con mucho de todo en los cornizones de caderas y pechos que eran notables. Más propio hubiera sido que Mr. Moore la llevara de la mano, pues casi iba colgando cogida de aquel brazo tan alto. Podría describirse la pareja de este modo: un zapote muy maduro colgado de un eucalipto.

El vehemente español Don José llevaba una jovencita de 15 años, muy bella y muy pálida. Algo le decía ó pretendía decirle, pero con seguridad que no le oía absolutamente nada. Cipriano y Tomás Velázquez, un muchachote bien parecido, bombero, y que se veía menos mal á pesar de ser un charrote consuetudinario, así como Juan Montoya, Palero Mayor, Eduardo González, hijo de Don Pablo y Patricio, iban tan asustados y ruborosos de llevar del brazo á tan hermosas y *aligantosas señoras*, que ellos eran los que á cada paso cambiaban de colores: de pardos se ponían aplomados y de rojizos en amarrotados. Con las manos desocupadas no sabían qué hacer, pues de pronto les estorbaron de una manera extraordinaria.

Luis, radiante de gozo, se veía muy guapo, sonriente y satisfecho, con dos jóvenes, una de cada brazo. La de su izquierda era casi una niña, con la falda corta, medias de negromate y zapatillas de charol, muy escotadas y sujetas con lazos de anchas cintas. Sorprendíome grandemente la soberana hermosura de la joven que Luis llevaba de su brazo derecho, y más que eso, su serenidad, su calma sonriente y dulce, pues iba tan tranquila como si entrara á un salón, y sólo se veía su nerviosidad en un imperceptible y coqueto entrecerrar de los párpados. Era una belleza de esas que los antiguos ponían en sus templos, que los modernos señalamos como meta ó premio en la formidable carrera de la lucha diaria, y que en lo futuro serán el único objeto de la religión que llene é inspire los cerebros y los corazones de las razas superiores, ya libres de miedos, obscuridades y atavismos. Después de verla, todas las demás, con ser bellas, desaparecían completamente, opacadas, destruidas. Alta, delgada, majestuosa; su rostro de líneas puras y harmónicas (me explico á mi modo); ojos azules oscuros, más oscuros que azules; cabellos blondos y abundantes, manos delgadas, largas, y pies adorablemente calzados. Su traje la completaba de tal manera, que parecía todo lo que puesto llevaba de su mismo cuerpo, de ella misma, pues era una de esas excepcionales mujeres á quienes el vestido no adorna, ni ayuda, ni hermosea, sino que ellas embellecen, subliman y dan gracia á lo que se ponen. Su mirada brillante y tranquila, era sobre todo excesivamente bondadosa, siendo ésto quizá el mayor factor de su atractivo, pues al verla, desde la primera vez, parece que una aureola de simpatía la rodeaba. Con este estímulo de datos, encuentro en mi Registro como resultante de semejantes *cantidades evanescentes*, esta fórmula: divina.

Llamábase Rosa Elena, según supe después . . . . y ella será la que complete y dé vida á esta enmarañada crónica, escrita á martillazos como tosco trabajo de obrero.

Eran los últimos, los que cerraban la marcha, la señora Doña

Ramona Vilchy de Castillo Contreras, esposa del abogado, cuyos son los últimos nombres, la cual iba con el ínclito y nunca bien comprendido Don Patricio H. G. M. N. Rodríguez (a) el Tuerto, tenedor de libros, hombre de gran sapiencia ratoneril, empedernido lector de novelones y poeta romántico conservado en vinagre. Le decían brutalmente El Tuerto porque lo era, porque tenía apagada una farola; pero, la teoría de semejante desecación, Cipriano la explicaba de esta manera: Cuando Don Patricio era novio de Doña Plácida, decía, una noche que platicaban á la luz de la luna, ella se acatarró, y como tiene unas narices que parecen tijeras cerradas, al darle precipitada y ruborosamente el primer beso, erró el golpe y lo dejó con un ojo menos y un compromiso más, pues sólo ella era capaz de casarse con él.

Ya habían entrado todas ellas, cuando apareció el austriaco Snurff con su compañera ó compañero. Era este austriaco, el mecánico, hombre de una fuerza colosal. De mediana estatura, casi cuadrada, sin ser panzudo; rojo de camarón cocido, afeitado de bigote y barba, con redonda cara de luna llena y chistera, decía Cipriano, que era un cántaro con sombrero. Decíanle Güanzarotas, neologismo que lo retrataba perfectamente.

No sé cuándo ni cómo hizo Güanzarotas el hallazgo. Llevaba del brazo, fuertemente prensado, sin esfuerzo aparente y con seriedad, nada menos que al famoso afeminado que en la hacienda de El Olivo fuera el maestro de ceremonias en el entierro de Luis y en su resurrección. El infeliz se le colgaba, se sacudía desesperadamente, se arrastraba, y por lo que abría la boca me supongo que gritaba. Todo en vano. La gente los rodeó en el acto con gritos y silbidos, es decir, ruido sobre ruido, y, sea por el afeminado ó porque no me vieron donde estaba subido, echaron más dinamita dentro del agua, y yo, arriba de la quebradora, fuí la víctima. Uno tras otro me cayeron encima más de diez chubascos de agua con lodo, raíces, plantas, trozos de cuero, astillas, etc., etc. . . . . Cuando bajé, yo mismo no me conocía. Por fortu-

na, el ruido era formidable, había mucho humo y todos andaban ocupadísimos con el austriaco Güanzarotas y su compañero. Al entrar á mi cuarto, ví que llevaban al desventurado rumbo al socavón. Gritos y silbidos se oían de vez en cuando, entre las detonaciones ya escasas.

## VI

Colocado habían las sillas y sillones en el Escritorio, convertido en salón, de cuyas puertas y ventanas colgaban cortinas rojas y blancas, de manera tal, que parecían dispuestas para un baile cursí.

Todo limpio, fresco, sentíase al entrar una agradable impresión á pesar del gusto pésimo del adorno, que consistía en papel de china, *pastie*, flores y ramos. La entrada fué, sin embargo, muy grata para todas ellas, pues el ruido se amortiguaba un poco, la brillante luz del sol convertíase en suave claridad y después de tanta tierra, polvo, humo y arena, con amor se veían las blancas y recién cepilladas duelas del piso, así como las paredes encaladas, con grecas policromas.

Sentaron á Doña Gertrudis en el sillón del centro, especie de trono, un poco más alto y de uno y otro lado, por parejas, según iban llegando ellas y ellos, con gran seriedad y compostura.

Nadie hablaba; era un silencio pesado, molesto, capaz de avergonzar. Todas se veían unas á otras con espanto y sobresalto, pues aquel aparatoso é imprevisto ceremonial, con tales ridiculeces, les avisaba que había algo amenazante.

Sobre la cabeza de la señora Condesa y en medio de dos feos retratos de héroes bizcos, había con gruesas letras este colosal

dístico, hechura manifiesta de Luis, Don José y Don Patricio en trabajosa colaboración:

« Gloria y honor á la señora Dama  
« Cuyo nombre fatiga hasta La Fama. »

Todas, una tras otra, lo fueron leyendo con asombro, con ira, con susto, menos Rosa Elena, que muy atenta á lo que Luis le decía en voz baja, estaba muy agena á lo que la rodeaba. Pero alguna de ellas con una mirada, con una seña, esa telegrafía sin hilos que las mujeres usan entre sí con tal perfección, se lo indicó. Rápidamente lo recorrió con los ojos y soltó á reír con tal gana y voluntad, que dejó estupefacta á la reunión. Era aquello una cosa imprevista, sorprendente, inesperada. Se la comían con los ojos, principalmente las viejas; pero apenas se contenía un momento haciendo esfuerzos y tapándose la boca con un pañuelito de seda, de golpe echaba á reír otra vez, con risa argentina, pura, sugestionable. Así como el bostezo, la risa contagia, y empezaban á hacer lo mismo indistintamente y con timidez, cuando Doña Gertrudis dió una llamada al orden con acento irritado:

—Rosa—dijo—¿qué tienes?

—Mira, Mamá, mira ahí—decía la hermosa ahogándose y señalando el famoso dístico. Luis y Don José estaban muy corridos, sudorosos y amaratados.

—¿Quién, quién lo hizo?—preguntó al fin á media voz no pudiendo aguantar la curiosidad.

—El ingeniero Don Luis y el señor Don José—contestó Cipriano en el acto, señalándolos con ademán trágico.

Hubo movimiento de faldas que se arreglaban estando bien; pero de improviso, á la área de Rosa, que reía más y más, acompañó todo un coro de carcajadas. Las caras de los autores parecían mascarones. Sin embargo, Luis tuvo una idea luminosa.

na, el ruido era formidable, había mucho humo y todos andaban ocupadísimos con el austriaco Güanzarotas y su compañero. Al entrar á mi cuarto, ví que llevaban al desventurado rumbo al socavón. Gritos y silbidos se oían de vez en cuando, entre las detonaciones ya escasas.

## VI

Colocado habían las sillas y sillones en el Escritorio, convertido en salón, de cuyas puertas y ventanas colgaban cortinas rojas y blancas, de manera tal, que parecían dispuestas para un baile cursí.

Todo limpio, fresco, sentíase al entrar una agradable impresión á pesar del gusto pésimo del adorno, que consistía en papel de china, *pastie*, flores y ramos. La entrada fué, sin embargo, muy grata para todas ellas, pues el ruido se amortiguaba un poco, la brillante luz del sol convertíase en suave claridad y después de tanta tierra, polvo, humo y arena, con amor se veían las blancas y recién cepilladas duelas del piso, así como las paredes encaladas, con grecas policromas.

Sentaron á Doña Gertrudis en el sillón del centro, especie de trono, un poco más alto y de uno y otro lado, por parejas, según iban llegando ellas y ellos, con gran seriedad y compostura.

Nadie hablaba; era un silencio pesado, molesto, capaz de avergonzar. Todas se veían unas á otras con espanto y sobresalto, pues aquel aparatoso é imprevisto ceremonial, con tales ridiculeces, les avisaba que había algo amenazante.

Sobre la cabeza de la señora Condesa y en medio de dos feos retratos de héroes bizcos, había con gruesas letras este colosal

dístico, hechura manifiesta de Luis, Don José y Don Patricio en trabajosa colaboración:

« Gloria y honor á la señora Dama  
« Cuyo nombre fatiga hasta La Fama. »

Todas, una tras otra, lo fueron leyendo con asombro, con ira, con susto, menos Rosa Elena, que muy atenta á lo que Luis le decía en voz baja, estaba muy agena á lo que la rodeaba. Pero alguna de ellas con una mirada, con una seña, esa telegrafía sin hilos que las mujeres usan entre sí con tal perfección, se lo indicó. Rápidamente lo recorrió con los ojos y soltó á reír con tal gana y voluntad, que dejó estupefacta á la reunión. Era aquello una cosa imprevista, sorprendente, inesperada. Se la comían con los ojos, principalmente las viejas; pero apenas se contenía un momento haciendo esfuerzos y tapándose la boca con un pañuelito de seda, de golpe echaba á reír otra vez, con risa argentina, pura, sugestionable. Así como el bostezo, la risa contagia, y empezaban á hacer lo mismo indistintamente y con timidez, cuando Doña Gertrudis dió una llamada al orden con acento irritado:

—Rosa—dijo—¿qué tienes?

—Mira, Mamá, mira ahí—decía la hermosa ahogándose y señalando el famoso dístico. Luis y Don José estaban muy corridos, sudorosos y amaratados.

—¿Quién, quién lo hizo?—preguntó al fin á media voz no pudiendo aguantar la curiosidad.

—El ingeniero Don Luis y el señor Don José—contestó Cipriano en el acto, señalándolos con ademán trágico.

Hubo movimiento de faldas que se arreglaban estando bien; pero de improviso, á la área de Rosa, que reía más y más, acompañó todo un coro de carcajadas. Las caras de los autores parecían mascarones. Sin embargo, Luis tuvo una idea luminosa.



—No quiero—dijo poniéndose en pie y con la voz trémula,— autorizar con mi silencio una injusta usurpación: el autor del dístico es el señor Don Patricio H. G. M. N. Rodríguez, poeta de gran inspiración, aunque ignorado. Ahí está.

Todos volvieron la vista á él. Estaba muerto de emoción, de orgullo, de sorpresa, y el ojo le brillaba con lágrimas de profundo enternecimiento. Bien sabía que era aquello una villana calumnia, pero su estúpida vanidad no le permitió ni sospechar que se burlaban de él. Quiso hablar, tartamudeó, tosió, sus labios se movieron, púsose lívido, volvió á toser y se inclinó derritiéndose de maduro. Parecía un autor saludando á un público delirante. La risa era general, y sólo Doña Gertrudis permanecía impassible, majestuosa, serena.

Empezó el champagne. Luis y Don José lo ofrecieron á las damas, y con tan bello pretexto todas se pusieron en movimiento, descorchando botellas y sirviendo el líquido espumoso en copas *ad hoc*; pero con tanta torpeza, quizá por la avidez de la *guzgueria*, como decía Cipriano, ó bien por innata torpeza, que el español y Luis, temerosos de quedar sin ganado, pusieron orden en el herradero metiendo al callejón á sus cuadrillas.

Además, los corchazos salían en todas direcciones con peligro de dejar á alguna bella, como á Don Patricio, tuerta.

Quedaron Luis, Don José, Moore, Don Pablo, el Dr. Ramírez y Don Patricio para ofrecer las copas y *cumplimentar* á las damas, y á toda la canalla la enviaron para que sacara las copas del hielo, lo cual no era muy fácil. Porque debo advertir que la champagne estaba helada mediante un curioso procedimiento de Moore (a) La Llorona. En el centro del gabinete de ensaye se colgaron dos grandes sacos de lona de los que sirven á veces para el desagüe, y dentro de ellos, para economizar hielo, del cual sólo llegaron difícilmente seis blocks, se pusieron, rodeando las botellas, agua y nitrato de amoníaco con hielo pulverizado en uno de ellas, y en el otro agua, más carbonato y nitrato de amo-

niaco. A ambos sacos, previamente mojados por fuera, les daba movimiento oscilatorio un muchacho. En un barril grande puso Moore, en diez partes de agua, cinco de ácido clorhídrico y una de sulfato de sodio ó Sal de Glauber. Ahí también echaron botellas que sacaban con unas tenazas. Estas combinaciones químicas bajaban naturalmente la temperatura á  $-16^{\circ}$ — $19^{\circ}$  y  $-17^{\circ}$  próximamente. Por último, al sacar las botellas las lavaban rápidamente y las ponían en una cubeta con pequeños trozos de hielo, dejando caer, sobre este, gotas de alcohol puro, el cual, muy ávido del agua, fundía el hielo rápidamente, haciendo bajar más aún la temperatura.

Los analfabetas operadores de frac hacían todo esto con el tino y precisión de nuestro pueblo humilde é inteligente que parece adivinar, ó se explica á su modo, muchos fenómenos que está muy lejos de comprender.

Lavado y perfumado, con un trajecito negro, un poco presentable, peinado de copete y barba y un poco inquieto, volvía en aquel momento para presentarme á las señoras. Al entrar al cuarto de ensayes ví la sacada de las botellas del hielo. Como siempre, dominaba Cipriano.

—Güeno ha de estar el mezcal de la gringería—decía con una botella en la mano,—pos hasta las niñas se lo jincan de moquete.

—¡Para tu arpa!—le decía Eduardo González, el encargado de los caballos de los malacates y tortas, al muchacho que movía las bolsas.

—¡Para tu arpa, condena! ¿posque n'oyes? ¡Indino charico encanija! . . . . .

—¡Caray, qué fríol!—decía otro.

—Y parece queso agua chamusca. . . . .

—¿Quién quiere una? ¿Quién quiere una?—decía Cipriano.—

Yo la pago.

—¡Yo, yo!—esclamó Patricio, hijo del tuerto, viendo la botella con ojos de concupiscencia. Era un borrachín nato.

—Güeno, escribano, pero no por su linda cara no más. ¡Es decir, que usted chupa y nosotros escupimos? . . . Si quiere tragársela se ha de dejar destapar la botella dentro del hocico . . .

—Sí, sí, sí—decían los demás.

El muchacho vacilaba, pero al fin la tentación lo venció. Buscaban con qué cortar los alambres á la botella é iba yo á intervenir, cuando entró Cosme, jadeante y sudoroso:

—¡El bautismo del joto!—gritó ahogándose.

—¿Onde?

—Güanzarotas y munchos barreteros lo llevaban pa ca San Cayetano por el camino del socavón. Ya mordió á Don Silverio.

Diciendo esto, sacudió el muchacho la mecha contra el marco de la puerta y salió á todo correr. La noticia era estupenda, y detrás de él salieron todos los caballeros de frac en horrible descompostura y mezcolanza, atropellándose.

Me acordé de una fábula en que se refiere que unos sabios monos (no monos sabios), perfectamente amaestrados, representaban no sé qué cosa con toda seriedad y compostura ante un admiradísimo público. Algún chusco, en lo culminante de la representación, dejó caer un puñado de nueces y todo se lo llevó Pilatos, pues los monos con sus trajes de reinas, reyes, príncipes y generales se echaron al suelo de hocino, por debajo de los asientos, entre gritos de las señoras, alharaca de hombres y espantados ojos del domador. Aquella vez yo era el domador y me quedé boquiabierto: se me descomponían los monos y el drama nacería muerto. Rápidamente salí tras ellos, y al cruzar por el gabinete ví solos al muchacho que movía las bolsas y á Patricio-hijo, el cual sorprendido, dejó caer al suelo dos botellas que se había escondido debajo del frac. Pude detener á más de la mitad por fortuna, pues los otros se me perdieron, ó bien porque

eran más ligeros y entraron luego al socavón, ó bien porque se fueron por otro lado.

Al volver con el resto, amonestándolos seriamente, pues no era decoroso ni de gente educada, les decía, dejar abandonadas á las señoras por ir á tomar parte en una estúpida maldad, ví que el muchacho Patricio estaba aún ahí con los ojos torcidos al suelo y la cara de ratero cogido infraganti. Referí á Cipriano el hecho, y éste, que *estaba de punto* por no haber ido al Bautismo, le echó al otro, ahorrándome el trabajo, una filípica de esas que se oyen pocas veces y en las que era especialista, como hombre acostumbrado á mandar, hacerse obedecer y respetar de la gente más endiablada que calienta el sol.

Moore, La Llorona, salió en aquel momento del salón-escritorio y me dijo que entrara para ver si yo hacía cambiar la avinagrada faz á la señora Condesa, pues á pesar de todo y de que las señoritas empezaban á alegrarse, ella estaba todavía á *alta presión* y podía virar *mar adentro*. Entré, y ví que en efecto algunas de las muchachas y una de las viejas parecían contentas y hasta alegres, siendo Doña Gertrudis la que ponía la situación tirante con su adusto entrecejo. Me acerqué á ella, la saludé lo más atento y aparatosamente que pude, sin descompostura, y luego hice un saludo general en redondo. Mi traje ví que les extrañaba, dados los otros; pero Moore explicó que uno de los caballeros me había arrojado al desagüe y yo tuve que añadir una excusa, aun cuando no había pensado dar explicaciones. Doña Gertrudis me interpeló inmediatamente diciéndome:

—¿Es usted el Director, Don Ricardo Colt?

—A los pies de usted, señora. . . . Condesa . . . . .

—¡Oh! . . . gracias.—Y me volvió á examinar otra vez de arriba abajo con impertinencia. Estaba yo de pie, un poco inclinado en frente de ella. Atentas nos escuchaban la señora de Castillo Contreras y una joven. Todas las demás hablaban con Luis, Don José, Moore, el Dr. y Don Patricio.

—Dígame usted, —añadió— y todo esto ¿qué significa?

—Es, señora Condesa, una humilde muestra de gratitud por la enorme honra que usted nos da con su presencia aquí. Somos nosotros unos pobres ciudadanos que recibimos de la manera que hemos creído más adecuada, la visita de una ilustre dama, así como de las respetables señoras y hermosas señoritas que dignamente la acompañan.

Esta perorata hueca me costó un esfuerzo horrible de intelecto y un refuerzo más grande todavía para no reír. En cambio ví claramente que daba brillante resultado, pues la vieja se esponjó y ya me vió con menos desprecio altanero y hasta podría decir que con algo de simpatía, si no fuera una blasfemia. Y entra aquí como de molde una *invocación*, que suplico al lector me permita hacer para la tranquilidad de mi conciencia:

« Oh, ilustre señora Condesa del Puente y Marquesa del Pinar, Doña Gertrudis Morón, viuda de Lara y Sancho de Tagle: « si por desgracia ó porque el diablo es devoto de hacer estas « cosas, fuese á vuestras blancas manos este humilde libraco, « suplico á V. E. tenga el temple de alma de sus antepasados « afines para no decir nada, sino mostrarse indiferente y tran- « quila como quien oye llover y no tiene que salir. Hágalo no « por mí, ni por mis compañeros, que al fin somos *chamusca*, si- « no por V. E., pues el mundo es muy chismoso y amante de « andarse asomando por las rendijas ó agujeros. He dicho.»

Y vuelvo á mi historia. La vieja, á pesar de mi *espiche* y de estar satisfecha, no se convencía por completo. Grandes dudas la agitaban entre creernos tan bárbaros ó en sospechar que nos bur-  
lábamos de ella.

—Oiga usted, Colt . . . . Colt, ¿verdad? . . . .

—Sí, señora Condesa, Colt.

—Lo mismo que el de las pistolas.

—Sí, señora . . . . . condesa . . . . .

—¡Ah! ¿y es usted mexicano ó americano?

—Las dos cosas, señora Condesa, y á mucha honra.

—¿Cómo?

—Lo primero porque nací en México, y lo segundo porque México está en América.

—¡Oh! . . . . ¡bah! . . . . sí, sí . . . . —decía la vieja sonriendo y viéndome con fijeza. Volvía á tener sospechas. —¿Y nunca ha viajado Ud?

—Un poco, señora . . . . Condesa.

—Pero habrá usted frecuentado alguna sociedad . . . .

—Sí, señora Condesa, varias: la de Socorros Mutuos, la Sociedad de Ingenieros y Arquitectos, la de Rafael Guerra *Gue-rrita*. . . . .

—¡Oh! . . . . ¡bah! . . . . sí, sí— me decía riendo francamente, ya sin dudas, y convencida de que tenía que habérselas con un zopenco.

—Todo está bien, todo, y lo agradezco infinito. Son ustedes unas buenas gentes; pero mire usted, Colt, y no se moleste. . . .

—De ninguna manera, señora . . . . Condesa . . . .

—¿Cómo quiere usted que hablemos con todos estos . . . . ca-  
balleros . . . . si no ha habido antes una previa presentación? En Europa es eso una gran falta, y mientras dos personas no están presentadas, hay entre ellas un abismo . . . . Usted, Colt, pasa . . . . porque Sberg nos presentó, aunque de una manera vaga . . . . pero . . . .

Los llamé á todos y los formé en larga fila, uno tras otro, hasta la puerta. La sorpresa fué grande, y tanto ellas como ellos, se quedaron atentos. Rosa Elena era la única que se sonreía. Empezando por Luis, que se puso rojo y verde á medida que los presentaba con sus nombres y oficios, íbalos poniendo á un lado. La cosa iba prosperando grandemente.

Al terminar, me acerqué á la vieja y le dije:

—Excelentísima señora Condesa: Suplico á usted respetuosa-  
mente, á nombre de mis compañeros y mío, tenga usted la bon-

dad de presentarnos á todos y á cada uno con las señoras y señoritas, pues me enseñaron en Inglaterra que nunca se cruza ni una palabra, con quien no se está debidamente presentado. Será merced y gracia para nosotros.

La señora vaciló un momento, no encontrando la manera de hacerlo, pues ignoraba la mayor parte de los nombres de los caballeros, y sobre todo era aquello algo fuerte para llegar á chusco. Para decidirla, le dije:

—Este es el Protocolo que V. E. ha indicado como necesario y debido. Nosotros obedecemos.

La palabreja Protocolo, hablada así, la sorprendió de tal manera por inesperada, que se me quedó viendo con la mirada vacía, pensando quizá en cosas lejanas y vistas allá en su juventud, cuando se codeaba con gentes de hombros muy altos y tiesos. Eso la decidió, y hasta puedo creer que su imaginación y vanidad desmedida la hicieron creer por un momento en que era quien sabe qué testa coronada. Púsose en pié majestuosamente y extendiendo la mano derecha sobre mi humilde cabeza (no coronada por fortuna), dijo:

—Este es el señor Ingeniero Ricardo Colt, Director General de la Negociación, amigo mío, que presento á todas ustedes— é hizo un gran ademán en redondo. Todas ellas correspondieron con una inclinación de cabeza. Los esfuerzos que Rosa Elena hacía por no reirse, eran manifiestos. Luego añadió señalándolas una á una:

—Señora Ramona Vilchi de Castillo Contreras; Señora Pilar Barajas, viuda de Ruiz y López; Señorita Rosario de Castillo Contreras; Señorita Guadalupe de Ruiz y López; Josefina mi hija; Gertrudis mi hija; Señorita Mercedes de Castillo Contreras; Paz mi hija; Señorita Angela de Ruiz y López; mi hija María Teresa; Señorita Elena de Castillo Contreras; niña Carlota de Ruiz y López; Rosa Elena mi hija, la primogénita; señorita Elena de Ruiz y López, señorita Concha de Ruiz y López.

Adolorido quedé del espinazo de hacer genuflexiones ó algo parecido. Púseme entonces á un lado para servir de apuntador y maestro de ceremonias. La condesa me lo agradeció con los ojos.

Yo le arrimaba la víctima, diciendo nombre y oficio en voz baja, y ella repetía la misma presentación que conmigo hiciera. Luis fué el tercero, y era tal el estado del compañero por las disimuladas risas de que era objeto, que temí se desmayara. Otros se ponían lívidos y con ojos de calenturientos. Aun cuando se habían ido muchos al Bautismo, los que ahí estaban eran más de veinte, y la ceremonia prometía durar hasta muy tarde. Noté, además, que la señora se fatigaba y que se hacía afónica. Mucho interesaba ganarla lo más que pudiera, por prudencia, sin dejar por eso de seguir la farsa, pero hasta cierto límite; así es que al terminar con Don Pablo González, le dije:

—Suplico á V. E. me dispense, pues creo necesaria una advertencia.

—Diga usted.

—Veo que V. E. se fatiga, dada su exquisita delicadeza. Pido que yo ó algunos de los ya presentados, debidamente autorizados por usted, hagan las presentaciones de los caballeros que faltan.

—Me parece bien y autorizo para ello . . . .

—Al señor Cipriano Salas, acompañado de Don José Ruiz y Robles.

—Concedido.

Cipriano me veía con ojos espantados; pero Don José lo tomó de la mano, y llegando hasta frente de la señora condesa, dijo:

—Agradecemos tan alto honor y con permiso de usted. . . . empezamos con. . . .

En las grandes haciendas del Centro y Norte de la República, he visto una cosa curiosa en los corrales donde están las mulas para los carros. Entra el mayordomo de los carros á pie entre

todos los animales que andan aglomerados, y con látigo largo de vara corta, empieza á repartir azotes á diestra y siniestra, gritando: ¡foormen . . . foormen! . . . Las infelices bestias se arremolinan, se aprietan haciendo arco los lastimados lomos, y poco á poco van formando en perfecto orden, pegados unos á otros, arriadas las colas á la cerca. Entonces entran los carreros con los filetes, y van escogiendo las que han de hacer el trabajo del día.

Casi lo mismo hice con nuestros distinguidos caballeros, formándolos al fondo y lados del salón. Tenían las mismas caras de seriedad estúpida, asombrada, y desde luego se conocía que estaban dispuestos á hacer lo que de ellos se exigiera.

Cipriano, al principio vacilaba, con ese temor vergonzoso natural en ellos; pero con su aguda perspicacia adivinó la situación y desempeñó su papel con gran desparpajo y chusca desfachatez. Al primero que tomaron del montón fué á Don Patricio, llevándolo en medio hasta el centro de la sala. No era un caballero á quien se lleva á presentar el que iba ahí, sino un pobre diablo, desencajado y desfallecido, á quien parece esperaban seis fusiles maüser para dejarlo hecho un arnero.

Cipriano le dijo á media voz, pero de manera que todos lo oyeran:

—Animo, compadre, ánimo, el ojo vivo como una rata.

Luego en voz alta añadió, señalándolo con ademán imponente:

—Este es Don Patricio H. M. J. Rodríguez, muy pueta y muy leído.

El infeliz estaba en estado comatoso. Cipriano le dijo otra vez por lo bajo:

—¡Empínese, don Casi . . . miro, empínese! . . .

La risa jugueteaba por labios y ojos, indistintamente, á pesar de la seriedad del acto. La Condesa me hizo una seña y me acerqué:

—Esto es grosero y clownesco—me dijo quedo.

—Sí, señora Condesa, es lo primero, pero no lo segundo. Es

gente ruda, tosca. Dispénsela V. E. Hacen lo que buenamente pueden por ayudar á V. E. Dan lo que tienen.

La vieja se serenó y siguió viendo todo con gran calma. Estaba en carácter.

Terminada toda aquella curiosísima presentación, ellos estaban sudorosos y jadeantes. Luis y Don José ofrecieron otra vez champagne; las copas se llenaron del espumoso vino; fueron repartidas á unas y otros rápidamente, y cuando las iban á apurar, el español dijo:

—Tiene la palabra el poeta Don Patricio H. G. M. N. Rodríguez.

Otro susto, y grande, al bardo, que recibió aquello como si le hubiesen dado un garrotazo en las orejas. Cipriano lo empujó, diciéndole:

—Al centro, y eche un verso, pueta.

Era tal y tan grande la congoja del infeliz, que encanecía por momentos hasta de los zapatos. Las flacas piernas torcidas, con las medias llenas de buchec y arrugas, le temblaban. No sabía en aquel momento ni cómo se llamaba. Vió con espanto á uno y á otro lado, y dijo con voz funeraria, como si contestara:

—Pero . . . si no tengo . . . nada . . . pre . . . pa . . . pre . . . pa . . .

Acudí al quite.

—El brindis no ha de ser precisamente en verso,—le dije—pues no siempre están ustedes de vena. Hable en prosa, lo cual bien puede usted hacer dada su pasmosa facilidad. Las damas esperan.

El vino se le caía de la ancha copa, corriéndole de la mano para el brazo. De la frente rodaban gruesas gotas, y el ojo le brillaba con agua. Haciendo al fin un esfuerzo, empezó así:

—«Graciosa y grande majestad . . . serenísima y digna de laureles y coronas; altas y nobles hadas princesas . . . de la hermosura y . . . la sangre . . . Yo, humilde cantor solitario. . . .»

«de la montaña, . . . de esta sierra grande . . . verde y rica . . .  
 «Yo . . . pobre cantor . . . que nací para cantar . . . como el ave  
 «para volar alto, allá, arriba de los solitarios cerros . . . Yo, hu-  
 «milde cantor de la montaña abruca . . . ofrezco . . . por los  
 «señores presentes, jefes y empleados . . . esta copa de vino no-  
 «ble como ustedes . . . de allá . . . al ocaso, como lazo de la fu-  
 «sión de las clases en el porvenir, . . . grande de la Patria heroi-  
 «ca—de la que todos somos hijos. He dicho.»

Aplausos y vivas atronadores, furiosos. Algunos dejaron caer las copas, y otros las pusieron bonitamente en el suelo para tener las manos libres. Pero de pronto, ¡oh sorpresa! allí fuera, junto á las ventanas, un golpe de atronadora música puso á todos locos, delirantes.

El famoso director general Don Canuto Entorchado y Arias, había ideado aquello de *proprio motu*, y con todo silencio había amontonado cuidadosamente á sus cien filarmónicos.

Aprovechó muy bien la oportunidad, y el efecto fué soberbio. Se arrancó de buenas á primeras nada menos que con el Himno, á todo pulmón y puño de los suyos. El poeta tuerto se caía de emoción. Nosotros también nos emocionamos; pero fué por impresión directa, profunda, única; esa conmoción que en todos hace el glorioso canto de clarines y voces, de gritos uniformes de multitudes agrupadas y vibrar de bronces.

Cuando me acerqué á Doña Gertrudis para ofrecerle el brazo y llevarla al comedor, al sagrado compás de ese Himno tan querido, hubo un momento que olvidé la grosera farsa, la mojiganga que hacíamos, para atender á mi corazón que al saltar, parece que me gritaba dentro, no sé qué grandezas pasadas y futuras, como recuerdos y profecías.

## VII

El galerón de láminas, antes carpintería, y convertido en comedor según tengo dicho, con los adornos más chuscos y bárbaros de que se tiene noticia, cuando fué ocupado por todos los comensales, presentaba una vista maravillosa por original. Entre las ramas de pinos, álamos, cedros, fresnos, etc., apenas se veían los travesaños de madera del armazón; las columnas, también cubiertas de follaje, tenían amarradas por los lados grandes vástagos de plátanos, que empinaban sus grandes hojas verdes, rasgadas y ondulantes; el famoso é indispensable papel de china de diversos colores abundaba, recortado de mil maneras; varios gallardetes de manta simulaban no sé qué combinación, que costó á Luis y á Don José graves discusiones, y como en la mesa, entre copas, botellas, platos, servilletas, había una escandalosa abundancia de flores en colosales ramilletes, flores corrientes y feas (de calabaza, de *sempoasúchil*, *floripondio*, etc.), al lado de otras hermosas, aunque pocas, era de verse de entre aquella loca y formidable naturaleza de *acarreo*, salir y perderse los hermosos rostros y elegantes peinados de todas ellas, al lado de las horripilantes caras de los caballeros, relumbrosos, cenizos, verdinegros, y algunos ya tan despeinados como locos.

A la cabecera de la mesa principal y apenas separada de ella por un espacio de setenta centímetros, por donde pudiera pasar una persona, había otra mesa pequeña, cuadrada, un poco más alta y con un solo cubierto. Sobre decir que esta mesa era para Doña Gertrudis, y cuando la coloqué en su lugar y se dió cuenta de ello, sus ojos brillaron de orgullo y satisfacción. Sin embargo, quiso que se lo dijeran con todas sus letras, y manifestando extrañeza, me preguntó:

«de la montaña, . . . de esta sierra grande . . . verde y rica . . .  
 «Yo . . . pobre cantor . . . que nací para cantar . . . como el ave  
 «para volar alto, allá, arriba de los solitarios cerros . . . Yo, hu-  
 «milde cantor de la montaña abruca . . . ofrezco . . . por los  
 «señores presentes, jefes y empleados . . . esta copa de vino no-  
 «ble como ustedes . . . de allá . . . al ocaso, como lazo de la fu-  
 «sión de las clases en el porvenir, . . . grande de la Patria heroi-  
 «ca—de la que todos somos hijos. He dicho.»

Aplausos y vivas atronadores, furiosos. Algunos dejaron caer las copas, y otros las pusieron bonitamente en el suelo para tener las manos libres. Pero de pronto, ¡oh sorpresa! allí fuera, junto á las ventanas, un golpe de atronadora música puso á todos locos, delirantes.

El famoso director general Don Canuto Entorchado y Arias, había ideado aquello de *proprio motu*, y con todo silencio había amontonado cuidadosamente á sus cien filarmónicos.

Aprovechó muy bien la oportunidad, y el efecto fué soberbio. Se arrancó de buenas á primeras nada menos que con el Himno, á todo pulmón y puño de los suyos. El poeta tuerto se caía de emoción. Nosotros también nos emocionamos; pero fué por impresión directa, profunda, única; esa conmoción que en todos hace el glorioso canto de clarines y voces, de gritos uniformes de multitudes agrupadas y vibrar de bronce.

Cuando me acerqué á Doña Gertrudis para ofrecerle el brazo y llevarla al comedor, al sagrado compás de ese Himno tan querido, hubo un momento que olvidé la grosera farsa, la mojiganga que hacíamos, para atender á mi corazón que al saltar, parece que me gritaba dentro, no sé qué grandezas pasadas y futuras, como recuerdos y profecías.

## VII

El galerón de láminas, antes carpintería, y convertido en comedor según tengo dicho, con los adornos más chuscos y bárbaros de que se tiene noticia, cuando fué ocupado por todos los comensales, presentaba una vista maravillosa por original. Entre las ramas de pinos, álamos, cedros, fresnos, etc., apenas se veían los travesaños de madera del armazón; las columnas, también cubiertas de follaje, tenían amarradas por los lados grandes vástagos de plátanos, que empinaban sus grandes hojas verdes, rasgadas y ondulantes; el famoso é indispensable papel de china de diversos colores abundaba, recortado de mil maneras; varios gallardetes de manta simulaban no sé qué combinación, que costó á Luis y á Don José graves discusiones, y como en la mesa, entre copas, botellas, platos, servilletas, había una escandalosa abundancia de flores en colosales ramilletes, flores corrientes y feas (de calabaza, de *semposúchil*, *floripondio*, etc.), al lado de otras hermosas, aunque pocas, era de verse de entre aquella loca y formidable naturaleza de *acarreo*, salir y perderse los hermosos rostros y elegantes peinados de todas ellas, al lado de las horripilantes caras de los caballeros, relumbrosos, cenizos, verdinegros, y algunos ya tan despeinados como locos.

A la cabecera de la mesa principal y apenas separada de ella por un espacio de setenta centímetros, por donde pudiera pasar una persona, había otra mesa pequeña, cuadrada, un poco más alta y con un solo cubierto. Sobra decir que esta mesa era para Doña Gertrudis, y cuando la coloqué en su lugar y se dió cuenta de ello, sus ojos brillaron de orgullo y satisfacción. Sin embargo, quiso que se lo dijeran con todas sus letras, y manifestando extrañeza, me preguntó:

—¿Por qué me ponen así?

—Porque así debe ser, señora Condesa, á nuestro humilde saber y entender. Dicen que S. S. el Papa come siempre en mesa separada, cuando alguna vez tiene invitados, y lo mismo hacen los Reyes y Emperadores.

—Pero yo no soy ni Papa, ni Rey, ni Emperador . . . .

—Todo es relativo, señora Condesa. Somos aquí todos, humildísima y muy plebeya gente de obscurísimo origen, y en cambio V. E. es una ilustre dama descendiente de preclaros antecesores. . . . .

Me detuve, porque no era verdad; pero como ella pasaba por todo, ebria de satisfacción y orgullo, continué:

—Por lo tanto, comprenderá V. E. que para nosotros está V. E. tan alta y hay tal distancia, como no creemos la haya entre el Papa y los Cardenales, así como de emperadores y reyes, entre príncipes y nobles.—V. E. lo sabe mejor que nosotros.

—¡Bien, bien! . . . —dijo la vieja viendo tan lejos que vió en el vacío de su estupidez.—Son ustedes en realidad unas buenas gentes . . . sí, . . . . unas buenas gentes, honradas y serviciales.

El tono protector de su grandeza que descendía hasta Nos, era tan curioso, que me volví pretextando hablarle á un mozo para no echarme á reír.

Como viera que me reservaban un lugar entre la Señora de Castillo Contreras y María Teresa, una de las hijas de Doña Gertrudis, llamé al español y á Luis, que iban á sentarse, y les dije rápidamente en voz baja y como si se señalara á los mozos:

—Achispen á las muchachas y á las viejas. Yo entretengo á la vieja madre, y haré lo mismo.

Los músicos, que se habían estado acomodando trabajosamente en una enorme gradería de vigones, muy próxima, rompieron de pronto el relativo silencio con un estruendoso schottisch del año de las alcabalas, una de las primeras obras maestras de Don Canuto Entorchado y Arias, allá en sus mocedades fogosas, y con

el cual empezó su gloria. Era su *Niña Boba*, es decir, su principio en todo fandango. Tan grande era el ruido, que para entenderse necesitábamos hablar á gritos. Todas volvieron la cabeza ó alzaron los ojos con susto, pues esperaban más espoletas, y sólo la Condesa quedó impávida, serena, con las pupilas en el vacío. Cuando me acerqué á ella, se estremeció ligeramente, y me vió con ojos amables y risueños. Sus delgados labios se extendieron con bondadoso y satisfecho gesto. Al ver que yo le servía el primer platillo, sonrió con naturalidad, y me dijo:

—¿Usted me sirve, Colt?

—Si V. E. me dispensa el honor . . . .

—Muy bien. Son ustedes unas buenas gentes. . . . —repitió otra vez. Aun cuando me acercaba lo más posible, apenas la oía. Los músicos soplaban tanto, que amenazaban reventar por grupos, y Don Canuto, de pie frente á ellos, con gran levitón verde mar y azul celeste, dándonos las espaldas, repiqueteaba los palos tan furiosamente sobre un atril vacío, que parecía le daba de machetazos. Llamaba la atención entre ellos uno de la tambora que estaba en lo más alto, el cual á cada porrazo que daba con un bolido enorme de gamuza amarilla y negra, se ponía rojo, y como era *cacarizo*, los agujeros se le llenaban de sudor.

Cinco vueltas le dieron á todo el famoso schottisch, que era largo y el cual se llamaba *Mi tumba son tres brazos*. Compases antes de terminar, se preparó Don Canuto y para cerrar de golpe, lo dió tan fuerte, que el palo que tenía lo hizo dos. Como nadie esperaba una parada tan en seco, el efecto fué resultados. Dos palabrotas muy ordinarias de Don José y Cipriano, que les hablaban á los mozos aturdidos, sobresalieron revoloteando con gran susto de los autores. Otras frases se oyeron también indistintamente, y por un momento todos hicieron mutis más ó menos avergonzados. Don Canuto estaba jadeante, y por su cara y porte se veía que esperaba aplausos.

Como este viejo megalómano y loco podía servirnos explo-



tando su manía para gloria de la otra chifladura, tomé un ramito de una copa, y dándoselo á la Condesa, le dije:

—Vuestra Excelencia premia.

—¿A quién?

—Al Maestro Director y Concertador.

Avancé unos tres pasos, y con gran solemnidad dije con sonora voz, para que todos oyeran:

—Su Excelencia la Señora Condesa Doña Gertrudis Morón, viuda de Lara y Sancho de Tagle, premia, delante de estas honorables señoras, hermosas señoritas y correctos caballeros, al inspirado Maestro Don Canuto Entorchado y Arias, por su gran talento y relevantes dotes artísticas.

El *maestro* no esperaba tanto, y fué tan grande su emoción, sólo comparable á la del poeta Don Patricio, que por poco se cae del *tapanco* donde subido estaba. Bajó, mejor dicho, lo bajaron algunos de los suyos, y como quien pisa en fango, fuese acercando con tan religioso respeto, que al estar junto á ella, del lado derecho, apenas le dije suavemente: *hínquese*, cuando se dejó caer con las dos rodillas, puestos los ojos en blanco y con los brazos cruzados. Todos se pusieron en pié para ver mejor, los mozos se detuvieron con los platos y fuentes en las manos, y cuando él se levantó con su ramillete en el ojal, estaba soplado de satisfacción y enternecimiento. Rosa Elena, sentada junto á Luis, se echó á reír como lo había hecho antes; pero empezaron los aplausos con gran furia, y su incitante y alegre risa se perdió.

Subió el *maestro* á su Olimpo con entusiasmo, nervioso de inspiración. Con vergüenza y coraje toreros ordenó un cambio: revolotearon de mano en mano los papeles, y vuelta con el arte. Era un wals, *Luchar sin alma*, también suyo, tan lánguido y suave en algunas partes, que parecía derretirse, y tan estruendoso en otras, que el vino y agua de copas y vasos formaban ondas concéntricas, y las anchas hojas de los plátanos se desgarraban en paralelas.

Yo hablaba con Doña Gertrudis muy poco, y sólo en los pa-

sajes lánguidos de *Luchar sin alma*. Sin embargo, la hacía beber frecuentemente sin gran trabajo, porque comía muy bien, con notable apetito para sus flacas carnes.

La comida era buena en realidad, pues la había preparado un francés, amigo de Luis, que tenía una tienda en el pueblo de San José. Dejó la tienda, y con una gran *gabardina ó delantal* blanco, rodeado de viejas y muchachos, desde la víspera no descansaba entre un batallón de ollas, cazuelas, etc., regañando con todos y diciendo pestes en francés y castellano.

Aun cuando servía á la vieja lo mejor que me era posible, ayudado por dos criados, estaba muy pendiente de mis correctos caballeros, pues temía hicieran alguna barbaridad tremenda en la mesa, que es la piedra del toque de los incultos, ó bien que, aficionados á la botella, fuesen á emborracharse de una manera brutal, según acostumbran. Por fortuna, aunque un poco alegres, iban en lo posible bastante bien, pues se sentían cohibidos y sin alientos al lado de las *niñas*. Sin embargo, se notaba que iban perdiendo el miedo, y las bromas de mal gusto empezaban entre unos y otros para agradar á su modo á las *señoras*. Don Pablo González (a) Mono é'lodo, que era tan glotón como Heliogábalo, no hacía caso de nada, ni hablaba con nadie, ocupadísimo en guardar precipitadamente y como podía todo lo que le ponían al frente, inmediatamente. Limpiaba los platos como si los lavaran, con el migajón del pan, que se comía luego. Cipriano, que lo estaba observando, asustado de aquel levantar continuo del brazo derecho, le dijo:

—Oye, Mono, parece que estás echando cuetes.

Tocaban el wals de *Morir sin alma* en la parte tierna, y como muchos oyeron la ocurrencia, se echaron á reír. El desventurado de Don Pablo se avergonzó mucho, vió lo poco que quedaba en su plato, con tristeza, y se limpió la boca con el reverso de la mano izquierda, primero, y después con la servilleta.

El wals acabó en punta, es decir, se fué apagando tan poco á

poco, que nadie supo en realidad cuando dejaron los músicos de soplar. Don Canuto quedó con el brazo rígido como estatua. Aplaudieron otra vez con furia por *lo bonito del final*, y el *maestro* desde arriba se inclinó varias veces.

Don Pablo, que no podía dejar aquello que faltaba, cuando todos se distrajerón con el artista, limpió, según deseaba hacerlo, precipitadamente, pues ya se acercaban los mozos con otro platicillo. Por desgracia suya, Cipriano lo vió cuando daba la última mano, al terminar los aplausos.

—Oye Mono—le dijo otra vez, seguro del éxito—deja el cumplimiento.

Nuevo bochorno del héroe y risas en toda la mesa. Ellas se divertían grandemente.

De improviso, Don José tocó en una copa vacía varias veces con el lomo de un cuchillo. Todas las conversaciones se interrumpieron y las risas cesaron de golpe, á imitación del schottisch.

Entonces el español, poniéndose de pie, dijo, dirigiéndose á Doña Gertrudis:

—Con permiso de Vuestra Excelencia, tiene la palabra el inspirado poeta Don Patricio.

Todos los hombres se pusieron en pie, y el poeta, que ni había comido por estar escribiendo sobre los muslos, se levantó también con un papel en la mano, un poco emocionado, pero seguro y con la frente alta. Como era muy présbita, buscó los anteojos; pero los había olvidado en la *chaqueta* del diario. Quiso entonces leer retirando el papel con los brazos tiesos, ¡pero tampoco alcanzó! Cipriano dijo á media voz:

—¡Qué largo estribeas! . . .

Volvieron las risas ahogadas, indiscretas, saltando aquí y allá.

El poeta tuerto (sin ser Camoens) perdía el otro ojo de susto. Yo no me explicaba cómo los había escrito y no podía leerlos; pero luego caí en cuenta que no los escribió ahí en la mesa, como simuló para darse tono, sino que los llevaba desde la vis-

pera. Cipriano le dijo entonces con gran seriedad y en voz alta:

—Agarra un vaso y pónelo de antiojo.

La alharaca fué general; algunos aplaudieron y otros se cayeron sobre la mesa de risa. Ellas también reían de buena gana; pero sobre todo la hermostísima Rosa Elena lloraba, ahogándose.

El infeliz poeta adivinaba que perdía terreno y que el éxito era á cada momento más difícil. Por fin, allá á las quinientas, el Doctor Ramírez, que estaba en Babia pensando en cráneos braquicéfalos de hombre *paleolítico*, ofreció sus anteojos, pues era también de los cansados. Pasaron los anteojos de mano en mano; pero al tomarlos Cipriano los dejó caer en un plato que tenía una salsa. El Doctor gritó:

—¡Me los rompes, chichimeca! . . .

—¡No, dotor, se hogaron! . . .

Los pescaron con trinchas, cucharas y cuchillos, los limpió un mozo y se los dieron al poeta, á quien habían olvidado por un momento. Púsoseles éste al fin con gran prosopopeya, para dar tiempo á que se restableciera el orden; pero los vidrios estaban casi blancos de grasa.

No veía tampoco. Ya aquello picaba en historia.

Cipriano volvió á la carga:

—¡Cierra el ojo derecho, á ver si el otro revível . . .

En aquel momento, por fortuna, un mozo llegó con los deseados anteojos de Don Patricio. El desventurado volvió á la vida; pero ¡oh desgracia! el papel se había perdido. Era el colmo. En la refriega, por sacar los anteojos, alguno se guardó el papel. Todos decían que no, que nadie lo había tomado. La señorita Angela Ruiz y López, que estaba á la derecha del poeta, y Elena de Castillo Contreras á la izquierda, estaban rojas de vergüenza y risa. Un mozo sacó el dichoso papel que había caído debajo de la mesa; y empezó el tan deseado y difícil brindis. Estaba en dísticos ó cosa por estilo. El autor se arrancó en corto y derecho con declamatorio acento y moviendo los brazos:

«Desde esta larga mesa

«Brindo por la Excelentísima Señora Condesa.»

Fué tal el empuje, el gesto tan bellaco y elocuente, el ademán tan amenazador, que se impuso á los tontos, es decir, á la mayoría. Cesaron las risas y casi todos lo escucharon con admiración. El público completaba al poeta. Tomó aliento por entregas, en oleadas, trabajosamente, con sus pulmones cavernosos de físico, extendió una vaga mirada con el ojo empañado, y siguió:

«Al son de las mañanitas

«Brindo por las señoras y señoritas . . . .»

«Con respeto y con bemol

«Brindo por el Señor Ingeniero Colt . . . .»

«Y con gozos verdaderos

«Brindo por todos mis queridos compañeros . . . .»

Se detuvo anhelante, agotado. Esto era apenas el exordio de quien sabe cuántas cosas más; pero todos creyeron que había terminado y lo volvieron loco á aplausos y vivas. Intentó hablar; pero por fortuna no le entendieron ó no quisieron entenderle. La música tocó *diana*, y el poeta en la cumbre de su apoteosis, hizo el enorme sacrificio de callarse el resto, quizá lo mejor. Pálido, muy pálido, emocionado, se movía á derecha é izquierda, dando las gracias, sublimemente ridículo. Ya todos se habían sentado y Don Pablo empezaba su trabajo, tanto tiempo interrumpido por causa de El Tuerto, cuando los comensales pidieron el bis de la *diana*. Púsose en pie otra vez Don Patricio repitiendo las muecas; pero ya esta vez con una sonrisita de satisfacción, como quien recibe un homenaje muy merecido ó ve con bondadosa protección á un público que no comprende toda la grandeza de su genio. ¡Quién llegase á saber lo que hay dentro de esos cráneos, lo que piensan, lo que juzgan, lo que esperan! Porque debe algo, quizá un enorme arenal de ideas pequeñas, acumuladas, revuel-

tas, que son arrastradas por cualquiera corriente, ó llevadas muy lejos por ligero viento. Esos son los dichosos, porque son sin duda los más bestias, los negativos absolutos.

Celoso Entorchado de que otro se llevara parte de la gloria que evaporaba aquella escogida é inteligentísima reunión, volvió por sus laureles con una Marcha-polka denominada «*Viva Juan Saldaña!*» Este Juan Saldaña había sido toda su vida un tremendo bandido de caminos reales, que por una de tantas chapucerías á la historia, acabó de héroe. Por aquellos contornos era un Cid, y su valor y atrocidades formaron leyendas. La Marcha era la concentración del ruido, y después de oirla, no podía oírse nada más: dejaba sordo. Fatigados tirios y troyanos de tanto arte, dedicáronse sabiamente á comer y beber, pues ya el espíritu estaba satisfecho. Todas ellas tenían buen apetito y comieron bien. El aire libre, la levantada temprano, el susto, todo contribuyó para que le hicieran los honores á la comida. Don José, More, Cipriano, Luis y hasta el Doctor (en los momentos que no se distraía, que eran pocos), las atendieron lo mejor posible, haciéndolas beber frecuentemente y lo que fué peor, de diversos vinos. Con el famoso brindis del poeta tuerto y todos sus incidentes, las chuscadas de Cipriano, que reían de muy buena voluntad y con el transcurso de varias horas, fueron poco á poco familiarizándose con todo lo que las rodeaba, é hizo que la alegría llegase en verdad á animarlas. Lentamente los vapores de la champagne y de los vinos, fuéronsele subiendo á las ligeras cabezas (de cabellos largos é ideas cortas, como dice Schopenhauer), y en ese inexplicable optimismo tan funesto que acomete á todo aquel que está en el umbral de la borrachera, les gustó mucho todo aquello, y no se hicieron del rogar para seguir tomando.

La primera que empezó á hablar con soltura y franqueza fué la gordita señora doña Pilar Barajas, que estaba junto á Cipriano, y al poco rato, todas hablaban con sus agudas y chillonas voces,

á un tiempo, arrebatándose las frases con el ruido singular que hacen varias mujeres reunidas.

Los palurdos caballeros con el vinillo y los chistes, fuéronles perdiendo el miedo, y aunque parcamente ya contestaban con más ó menos aplomo á lo que ellas les decían. María Teresa y sobre todo Rosa Elena, azuzaban indirectamente á Cipriano para que le dijera alguna barbaridad á Don Pablo, que seguía muy atento á lo que había ido, según él, es decir, á comer solamente. La oportunidad se presentó, cuando le pusieron en las narices un platillo, donde unas bolitas esponjosas y doradas sobrenadaban en un caldo. El héroe se quedó viendo aquello con la atención de un arqueólogo ante un mono feo de piedra. Con seguridad que no pensaba si aquello sería agradable y sabroso, pues para él todo lo era, sino de qué manera y con qué lo comería, pues no había en la mesa tortillas, y con la corteza del pan era imposible hacer sopas. Como todo el que vacila y escoge al azar, por la cuchara ó el trinche, tomó el cuchillo. Metió la redonda hoja en el líquido, y cayéndosele la baba, estuvo pacientemente pescando. Al fin, logró difícilmente poner á flote una de aquellas bolitas; pero apenas la había subido equilibrándola en la punta del cuchillo unos diez centímetros, con el temblor de la mano, la emoción y el ansia, se le resbaló por un lado, cayendo en mitad del plato. Habló Cipriano:

—Oye, Mono, ya le llenaste el ojo de caldo al pueta.

Este, que estaba retirado, al oír que le nombraban, alzó la cara, pues estaba preparando quizá otro brindis; pero como no comprendiera, volvió á las musas. En cambio, la víctima se mortificó tanto por la risa general, que contestó con un humilde acento:

—¡Está muy lejos! . . . —Se refería á Don Patricio.

Viendo Cipriano que no intentaba levantar otra de las dichas bolitas, pero que disimuladamente con amorosos ojos las veía, añadió para arruinarlo completamente:

—Mira, Mono, yo te cuidó la ropa. Métele.

Eran tan uniformes las risas y risotadas, que me aproximé con cualquier pretexto y ví que ya casi todos estaban más que alegres. Era el momento de dar el golpe de gracia, pues yo también con miles de estratagemas había puesto á la señora Condesa próxima á la fusión.

Al indicar al español que hiciera el ofrecimiento convenido, Rosa Elena, que hablaba y reía con Luis, demasiado solícito y pegado, volvió el hermosísimo rostro para hablarme. Me detuve á su derecha, casi á su espalda. Sin mover los hombros una línea, me veía en sentido diagonal, pudiendo yo admirar á un tiempo su perfil y la parte izquierda, en una línea suave y pura. Toda su hermosa y blonda cabellera con arte arreglada, formaba una graciosa combinación, desde la blanca é inmaculada frente, hasta la nuca donde se movían varios rizos capaces de enredar las ideas del filósofo más ácido. Su piel ambarina, estaba cubierta de un vello finísimo, y parecía transparente, aterciopelada y luminosa. En sus ojos, dulcemente bondadosos y bellos, adiviné una gran inteligencia y una penetración admirable.

—Lo felicito sinceramente, señor Colt.

—¿Por qué?

—Es usted muy hábil. Nunca lo hubiera creído, dijo sonriendo con picaresca ironía. Hice que no entendía, contestándole:

—Todo está preparado por Don José y su compañero de la izquierda.

—No, no, no — exclamó riendo. — Este mi compañero de la izquierda — añadió señalándole graciosamente — ya olvidó todo. . . . todo . . . . no sabe dónde está . . . . el vino se le sube . . . . y el amor también . . . . rápidamente.

—¿Cómo? ¿El amor? . . . .

Luis iba á decir algo muy corrido y avergonzado, pero ella se anticipó:

—No es hombre de acción.

—Soy de corazón. . . . . murmuró Luis con timidez, como quien dice una bobada.

—Y como no contara con un pequeño obstáculo imprevisto —añadió la hermosa viéndolo rápidamente, — aquí tiene usted á su segundo, que por hoy no lo es. . . .

En aquel momento se ponía en pie Don José y tuve que retirarme, excusándome, pues la señora Condesa podía necesitarme.

—Excelentísima señora Condesa, señoras y señoritas,—dijo el español, ya un poco tartamudo:—no por hacer alarde, pues todo para tan distinguidas personas es poco, sino como humilde obsequio, ofrezco á ustedes hoy un gran regalo que me hicieron hace años. Es un añejo vino de Jerez de la Frontera, el cual se fabrica especialmente para la mesa de S. M. la Reina.—V. E. debe conocerlo, y mucho placer será para nosotros el que en estas apartada tierras, le traiga, al catarlo, grandes y gratísimos recuerdos.

Varios mozos se presentaron con botellas cubiertas con muchos papeles, cartones y fuertes alambres.

Abiertas con muchas ceremonias, empezóse á servir en copas pequeñas, cuidando de no tirar ni una gota del nobilísimo y añejo vino hecho para la Reina mucho antes que ésta naciera, según salía la cuenta. Tenía un color cenizo, opaco y un poco verde en los bordes por la capilaridad. Aquel endiablado vino no era otra cosa que una temible mezcla de ajeno, tequila y chartrés. Era un explosivo capaz de derribar á un elefante, si un elefante bebiera vino de reinas.

Servidos todos, tomó su copa la señora Condesa, y acercándosele con lentitud á los labios, probó un pequeño sorbo paladiándolo con humos de inteligente, entornando los ojos, ya bastante turbios. Volvió á beber otro poco, hizo los mismos gestos, pues sabía que todos los ojos estaban atentos en ella, y volviéndose á mi pobre persona que humildemente esperaba á un lado

con la risa por todo el cuerpo, díjome de manera que todos oyeran:

—Es el mismo.

Y se bebió el resto. Descomunales esfuerzos hice por no soltar á reír.

Por fortuna para mí, con semejante ejemplo, todos, menos Rosa Elena, Angela y María Teresa, apuraron sus copas. Apresuréme á llenar de nuevo la copa de doña Gertrudis. Los mozos llenaron también todas las otras.

A Don Patricio le llegó la inspiración de golpe como si fuera un cólico. Viendo que nadie le hacía indicaciones, él se puso en pie, y dijo con énfasis:

—Pido la palabra.

Como nadie se la concediera, se la tomó, quizá por aquello de que el que calla otorga. El brindis me pareció cuando lo oí que era en verso; pero ahora que traduzco mis notas taquigráficas, parece prosa, pues no le encuentro las puntas. Tal vez el lector sea más hábil:

«¡Cuán lejos la Madre Patria! ¡Cuán lejos los tiempos pasados de los héroes cantantes y nobles! ¡Cuán sabio el trabajo zapescado del monje alquimista en tetricos conventos celdarios! ¡Cuán puro y. . . . profundo el genio de las generaciones ascendentes! He aquí dos pruebas hermosas, palpables, palpitanes, vivientes: ahí en aquel trono imperecedero una gran dama noble de entonces tan noble como un Rey, tan grande como un Emperador. . . . aquí, un néctar híbrido de Dioses olímpicos, de ellos no más. . . . Ella para El. . . . El para Ella. . . . Son del mismo origen alto y hoy aquí se juntan. . . . Brindo por la unión de la nube y el agua. . . . .»

Colosales aplausos y rabiosas dianas. Yo no pude más, y retrocediendo unos pasos, me eché á reír hasta asfixiarme, pues sentía morir. Cuando logré reponerme, pensé encontrar á la vieja enojada y furiosa. Al contrario. Puestos ambos codos so-

bre la mesa y las manos en ambas mejillas, lloraba copiosamente con los labios trémulos. Muy descompuesta la pintarrajeada faz con más arrugas y empapada en abundantes lágrimas, quiso verme á través de ellas, y me dijo emocionadísima:

—Nunca olvidaré esto... ¡Son ustedes magníficas personas!... Ese hombre (Don Patricio) es inculto; pero en verdad tiené mucho talento.

Yo no podía creerlo. Era demasiado pronto.

¡Estaba muy borracha la Excelentísima señora Condesa del Pinar, Doña Gertrudis Morón, viuda de Lara y Sancho de Tagle! Entre lágrimas, amabilísimas sonrisas y truncadas frases de satisfacción, gratitud y hasta amistad, me indicó que le sirviera otra copa. La empresa ya iba por su propia cuenta; pero pensé al estarla sirviendo, que tendríamos que llevarla en brazos á los pocos minutos. Cuando iba á levantar la copa con torpe y pesada mano, me dijo farfullando las palabras:

—Sirva otra... para usted... Colt. Pida una silla... y siéntese aquí... junto á mí... sin temor... lo quiero... yo... ¿eh?... lo quiero yo... ¿eh?... vamos... Así... bien... más cerca... quiero hablarle... de mí... Se interrumpió, quedándose con los ojos fijos en el mantel y los dedos en la caña de la copa. La cabeza se le iba para delante, para atrás, sobre los hombros. Los globos de sus ojos giraban pesadamente como si llevaran el compás de los tardos pensamientos.

Con lentitud volvió á verme, y forzando una sonrisa que quiso ser amable y resultó imbécil, masculló:

—Tomaremos esta... en re... cuerdo... entre... ínti... mos... si... así... yo... no... ten... yo... no ten... go... aquí... acá en todo... yo... se... que... us... tedes... son... Va... mos... por... Us... ted... como... re... re... re... cuerdo...

Tomé una de las copas en que ella había bebido antes otros vinos, y la aproximé suavemente. Levantó la suya con el famo-

so vino de la Reina, y apenas se puso el borde en los labios, alzó el brazo con golpe súbito, y se bebió todo el líquido con avidez.

—Es... bueno... sí... el mis... mo... el... mis... mo...

Se detuvo un momento pensando:

—Yo... quie... ro... co... rrespon... der... Ah... Colt... estoy... un... poco... indis... in... dispuesta... ¿verdad?...

—¡Oh, no, señora Condesa, no!...

—Bien... algu... na... vez, son... ustedes... muy... bue... Yo... quie... ro... mi hija... Rosa... Ele...

—Voy á hablarle, con permiso.

Las demás estaban quizá peores: algunas reían sin motivo, otras hablaban entre sí ó con sus compañeros, también borrachos pero respetuosos, y una lloraba con la señora Vilchy de Castillo Contreras. Ya nadie comía; los platillos, empujados se amontonaban, derramándose algunas fuentes y volcados vasos y copas. Moore, incapaz de emborracharse con nada, enseñaba á María Teresa y á la niña Gertrudis que estaba de rodillas en la silla, equilibrios de cuchillos y trinchas clavados en un corcho, y éste en el filo de un botellón.

Cipriano refería, sin gran éxito, pues la risa era regalada, quién sabe qué historia.

Don Pablo era el único que seguía comiendo lo que estaba al alcance de sus manos, y en aquel momento pacientemente le daba vuelta á un gran platón de carnes frías, cebollas y chiles en vinagre. El Doctor Ramírez, de pie entre Doña Pilar Barajas y Josefina, que lo veían con ojos apagados, les refería el gran descubrimiento que hizo el año pasado en un cuecillo, de un dilocéfalo zapoteco con medidas medias antropométricas de 118, lo cual superaba á todos los ejemplares del Perú, etc., etc... Luis,

muy nervioso, con lágrimas en los ojos y voz sin matices, decía á Rosa Elena algo muy interesante y serio, que ella escuchaba con sonrisita burlona. La ví que le contestaba casi al oído, tratando de ponerse seria, con esa seriedad tierna que emplean las madres para reprender á sus hijos pequeñitos.

Cuando me vió, púsose á reír con naturalidad y franqueza.

—Vea usted, señor Colt, — me dijo — esto va como usted lo deseaba. Ahora nos divertimos todos, cada cual según sabe, pero ¿después?

—No tema usted, Rosa Elena. Con su talento y su ayuda, que espero, saldremos bien.

La hermosa, que no había bebido casi nada sin que nadie lo notara, pues tenía un tacto exquisito, á pesar de su serenidad, sentíase temerosa.

—¿Y mi madre?

—Desea hablarle á usted.

—Vamos—dijo levantándose y retirando su silla.

Luis, que se había quedado pensativo, al verla quiso ir también con ella, sin saber á dónde. Sin afectación, púsole en el hombro dos dedos de su mano izquierda, y le dijo con cariño:

—Espere usted aquí. Me llama mamá.

Cuando la hermosa vió el estado cuasi-comatoso en que se encontraba la ilustrada dama, no se molestó, ni por sus ojos cruzó la más ligera sombra. Sonrió como siempre, con la bondadosa condescendencia del fuerte, que comprende y disimula las flaquezas del débil.

—¿Estás bien, mamá? ¿Estás contenta? ¿Qué quieres?

—Mi hija . . . . mi . . . . hija . . . . querida Rosa . . . . Yo . . . . que . . . . ro que tú . . . . que tú cantes . . . . por . . . .

—¡Pero mamá!

—Sí . . . . yo quiero . . . . canta . . . . son buenas . . . . gentes . . .

Rosa Elena la miraba con ternura y, cariño. Estaba dispuesta á obedecerla á pesar de todo, pues bien comprendía el estado de

ánimo de su mamá. Intentó con suavidad, sin embargo, disuadirla.

—Pero, mira, mamasita, ¿cómo quieres que cante? No hay quien me acompañe. Además, ¿qué canto?

La Señora se encolerizó con la facilidad que para ello tienen los borrachos, siempre susceptibles. Dijo quién sabe qué palabras; pero su hija le tomó la cabeza con ambas manos, y levantándole la hinchada cara, la besó en la frente, en los ojos, en las mejillas, diciéndole con graciosísimo acento, imitando á un niño:

—No se enojando mi mamasita conmigo. Sí, yo voy á cantar. ¿Qué quelendo mi mamacita que cante?

La vieja se calmó en el acto con semejantes halagos. Meditó un momento como puede hacerlo un idiota, y dando un suspiro, que la hizo inflarse toda, dijo por entregas:

—Cas . . . . Cas . . . . ta Diva . . . .

—Pero mamasita, si eso es viejísimo, y de viejo hasta feo.

La señora se encolerizó de nuevo. Adivinamos que aquello era un recuerdo de su juventud, y que, dado su estado, debía necesariamente serle muy grato. Llamé al inspirado músico Don Canuto; pero á las primeras palabras, comprendimos que era imposible ningún acompañamiento de él ni de los suyos. El Maestro dijo campanudamente que sí acompañaría con toda propiedad, pues le era bien conocida toda clase de música, principalmente La Mascota y El Anillo de Fierro. Rosa Elena, sonriéndose siempre, encontró fácilmente la solución. Pidió una guitarra, manifestando al admirado *Máistro* que se iba á acompañar ella misma, para evitarles aquel trabajo á todos ellos, pues debían estar muy fatigados.

—Además,—añadió viendo que el famoso *Máistro* insistía—yo quiero que usted, inteligente conocedor, me juzgue y . . . . aplaunda. Es vanidad.

Corriendo trajeron una hermosa y fina guitarra de Luis. Este, al ver de lo que se trataba, fué á donde estábamos y ofreció

afinar el instrumento. Estaba el ingeniero bastante iluminado, pero sus ágiles manos y el perfecto conocimiento que en el ramo tenía, pues era un notable guitarrista (entre nosotros), además del amor que ya lo trafa con el alma muy ligera, le volvieron su destreza. Sentado en una silla, con la pierna derecha encima de la izquierda, la cintura de la guitarra en el muslo, la derecha en las cuerdas, la izquierda en las clavijas, con movimientos fáciles del que es práctico, ladeada la cabeza oía las notas que buscaba, y al mismo tiempo no quitaba los ojos de Rosa Elena, la cual ya hablaba conmigo, ya con Don Canuto ó decía á su mamá cariñosas palabras, acariciándola. Las conversaciones habían cesado y todos atentos, con los ojos inyectados y los párpados flojos, esperaban.

Cuando el instrumento estuvo afinado, Luis ensayó brillantemente dos ó tres acordes y los primeros compases del conocido wals de Chateaux Margaux. Con rapidez se volvió Rosa Elena, diciéndole:

—¡Magnífico! Es usted muy hábil . . . . en verdad — añadió sonriendo discretamente. — Yo, hace mucho tiempo no toco la guitarra, y usted me va á acompañar, ¿verdad?

—Sí, sí, con mucho gusto,—contestó Luis lleno de orgullo.

Rosa Elena, con la mano izquierda en el respaldo de la silla de Luis, ensayó á media voz las primeras notas, y luego empezó á cantar con gran naturalidad y donosura, sin esfuerzo, la conocida y monaseada *Casta Diva qui inargente*, delicia de nuestros abuelos. Su voz limpia, pura, admirable, se extendía llenando todos los pechos, sacudiendo los corazones, y las ligeras notas de la guitarra se distinguían apenas, como un fondo vago, juntamente con el metálico golpear de las hojas de los plátanos, movidos por el viento. Al llegar á las palabras *senza nube é senza vel*, dichas con admirable sentimiento, la hermosa se detuvo en seco, diciendo con graciosa sonrisa:

—Ya no me acuerdo de eso, mamá.

La señora no oyó ésto, pero al notar la brusca interrupción y oír los aplausos estruendosos, alzó la cara que tenía cubierta con ambas manos. Lloraba como una estiladera. Antes que la ilustre dama tuviese tiempo de encolerizarse, la hermosa púsose á cantar con graciosa desenvoltura cómica el canallesco wals (ó lo que sea) de Las Instantáneas. La sorpresa, muy agradable, fué general. Todos saborearon inmediatamente el incitante agri-dulce de ese popularísimo canto, pues un gesto uniforme de placer se pintó en todas las caras. Los hombres se pusieron en pie con las bocas abiertas y los ojos de pescado. Rosa Elena, dominando difícilmente la risa de ver como hasta Mr. Moore y el poeta tuerto estaban en jauja, cambió de pronto, casi sin transición.

Enlazó con notabilísima habilidad, dejando á Luis en el aire, una romanza italiana sentimental y hermosa que empieza: *Si fuese céfiro de primavera*, propia para contralto, pero que ella adoptó fácilmente. Curioso fué el cambio de todas aquellas caras que parecían mascarones: una sombra de tristeza, cursi, sentimentalismo exagerado y llorón, los puso colosalmente ridículos, con arrugas horizontales en las frentes y con los labios trémulos. Hasta el monomaniaco del Dr. Ramírez olvidó, embobado, sus hidrocefálicos del año de los perros, y de emoción, se limpió las narices con ruido de figle.

Así como los muchachos á un toscó mono de barro lo hacen cambiar de figura según la gana les viene, de igual manera la hermosa cantante complacíase en trasformar las caras de su embelesado auditorio. Apenas terminada la romanza, empezó airoosamente con el wals de Chateaux Margaux. Había adivinado lo que convenía más á sus oyentes, y con tal fruición y deleite oíamos todos su armoniosa y pura voz, jugueteando, acariciando, que hasta me pareció ver al Tuerto, al Mono, á La Llorona, á Don Canuto, etc., levantados del vil suelo un palmo, como á los santos en éxtasis según cuentan los cronicones. Todos deseábamos ardientemente que siguiera cantando lo que quisiera, cuales-



quiera cosa, pero ya con aquello era demasiado. Cuando fatigada la hermosa, con las mejillas ardientes y coloreadas como un crepúsculo de Octubre, terminó entre infernal gritería, coces, aplausos, etc., etc., y nos volvimos para el lado de la señora Condesa, á quien todos olvidáramos completamente, la encontramos de bruces sobre el mantel, con la frente sobre los antebrazos y roncando como un barretero.

Dormía pesadamente. En la misma silla donde estaba sentada la llevamos hasta el gabinete de Dibujo. Allí habían preparado algunas camas. Doña Plácida la esposa del poeta; Doña Jesu-sita, la ídem de Don Pablo y sus dos hijas Rosario y Juana, así como otras mujeres, recibieron á la ilustre señora, á Doña Pilar Barajas, á la señora de Castillo Contreras y á seis de las señoritas, todas muy borrachas.

Cuando las acomodaron como mejor se pudo, entrecerrando la puerta, salieron Rosa Elena, María Teresa y Angela. Con mucho cuidado y pisando con las puntas de los pies, bajamos por la escalerita de madera, para no despertar á la señora Condesa y comparsa que dormían la mona.

## VIII

Comían los músicos, mejor dicho, devoraban. Es proverbial el apetito, siempre abierto, de estos señores artistas. Tan grande era el empeño y cuidado que en la ocupación ponían, que de nada se daban cuenta en su derredor, extraño al objeto principal. Advertí que ninguno, ni los Directores, ni el mismo Entorchado y Arias, quiso ocupar alguno de los lugares en que se sentaron los primeros comensales, quizá por respeto, ó bien porque pensaron

que regresaban, pues no podían creer que así como quiera se de-  
jan sobre la mesa la mayor parte de las viandas y vinos ya ser-  
vidos.

¡Buenas estaban ellas para volver!

Exceptuando á Rosa Elena, que no tenía absolutamente nada, así como María Teresa su hermana y Angela Ruiz y López, un poco *voladas* solamente, todas las demás no sabían ni dónde estaban. La mayor parte dormían profundamente y tres ó cuatro de las jóvenes, sentadas en mecedoras y sillas pequeñas, en los rincones ó junto á las camas, sufrían vértigos, mareos, etc. Las esposas é hijas de los empleados no tenían un punto de sosiego atendiendo á unas y otras.

Cuando atravesamos el patio era la 1 15 p. m. No corría ni el más ligero viento, el calor era insoportable y todo parecía dormir abrumado bajo aquella luz intensa y pesada que bañaba los profundos arroyos, de donde subían de vez en cuando oleadas calientes. Las peladas crestas rocallosas de los acantilados de pórfidos rojos parecían vibrar con el intenso calor del sol.

María Teresa y Angela iban adelante, colgadas ambas de los brazos de Mr. Moore, al cual habían tomado cariño y trataban con suma confianza cual si fuesen amigos viejos. Muy simpático y atractivo era el yankee: con su alma buena y su espíritu sano, que á través de los ojos se le veía y en las palabras se adivinaba luego, ganábase la confianza de todos, y ellas eran ya sus buenas amigas cuando terminaba la comida, es decir, poco antes de levantar el campo. Esa familiaridad natural y sin esfuerzos conseguíala Moore con mucha facilidad, cual si fuese uno de las grandes facultades de su espíritu sereno, tranquilo y sin vueltas. Detuviéronse charlando alegremente á la sombra de un árbol, esperando á que llegásemos Rosa Elena, Luis y yo.

—Queremos andar para que se nos despeje la cabeza,—dijo María Teresa,—ver toda la maquinaria y, si se puede, ver el socavón ese, hasta allá adentro; pero hace mucho sol.

quiera cosa, pero ya con aquello era demasiado. Cuando fatigada la hermosa, con las mejillas ardientes y coloreadas como un crepúsculo de Octubre, terminó entre infernal gritería, coces, aplausos, etc., etc., y nos volvimos para el lado de la señora Condesa, á quien todos olvidáramos completamente, la encontramos de bruces sobre el mantel, con la frente sobre los antebrazos y roncando como un barretero.

Dormía pesadamente. En la misma silla donde estaba sentada la llevamos hasta el gabinete de Dibujo. Allí habían preparado algunas camas. Doña Plácida la esposa del poeta; Doña Jesu-sita, la ídem de Don Pablo y sus dos hijas Rosario y Juana, así como otras mujeres, recibieron á la ilustre señora, á Doña Pilar Barajas, á la señora de Castillo Contreras y á seis de las señoritas, todas muy borrachas.

Cuando las acomodaron como mejor se pudo, entrecerrando la puerta, salieron Rosa Elena, María Teresa y Angela. Con mucho cuidado y pisando con las puntas de los pies, bajamos por la escalerita de madera, para no despertar á la señora Condesa y comparsa que dormían la mona.

## VIII

Comían los músicos, mejor dicho, devoraban. Es proverbial el apetito, siempre abierto, de estos señores artistas. Tan grande era el empeño y cuidado que en la ocupación ponían, que de nada se daban cuenta en su derredor, extraño al objeto principal. Advertí que ninguno, ni los Directores, ni el mismo Entorchado y Arias, quiso ocupar alguno de los lugares en que se sentaron los primeros comensales, quizá por respeto, ó bien porque pensaron

que regresaban, pues no podían creer que así como quiera se de-  
jan sobre la mesa la mayor parte de las viandas y vinos ya ser-  
vidos.

¡Buenas estaban ellas para volver!

Exceptuando á Rosa Elena, que no tenía absolutamente nada, así como María Teresa su hermana y Angela Ruiz y López, un poco *voladas* solamente, todas las demás no sabían ni dónde estaban. La mayor parte dormían profundamente y tres ó cuatro de las jóvenes, sentadas en mecedoras y sillas pequeñas, en los rincones ó junto á las camas, sufrían vértigos, mareos, etc. Las esposas é hijas de los empleados no tenían un punto de sosiego atendiendo á unas y otras.

Cuando atravesamos el patio era la 1 15 p. m. No corría ni el más ligero viento, el calor era insoportable y todo parecía dormir abrumado bajo aquella luz intensa y pesada que bañaba los profundos arroyos, de donde subían de vez en cuando oleadas calientes. Las peladas crestas rocallosas de los acantilados de pórfidos rojos parecían vibrar con el intenso calor del sol.

María Teresa y Angela iban adelante, colgadas ambas de los brazos de Mr. Moore, al cual habían tomado cariño y trataban con suma confianza cual si fuesen amigos viejos. Muy simpático y atractivo era el yankee: con su alma buena y su espíritu sano, que á través de los ojos se le veía y en las palabras se adivinaba luego, ganábase la confianza de todos, y ellas eran ya sus buenas amigas cuando terminaba la comida, es decir, poco antes de levantar el campo. Esa familiaridad natural y sin esfuerzos conseguía Moore con mucha facilidad, cual si fuese uno de las grandes facultades de su espíritu sereno, tranquilo y sin vueltas. Detuviéronse charlando alegremente á la sombra de un árbol, esperando á que llegásemos Rosa Elena, Luis y yo.

—Queremos andar para que se nos despeje la cabeza,—dijo María Teresa,—ver toda la maquinaria y, si se puede, ver el socavón ese, hasta allá adentro; pero hace mucho sol.

—Iremos antes—contestó Rosa Elena—por los sombreros y sombrillas.

—Voy yo,—añadió Luis galantemente.

—No, no—exclamó Rosa Elena—es imposible que usted sepa cuáles son los nuestros. ¿Dónde están?—añadió volviéndose á Luis y á mí.

—En el salón donde nos recibieron—advirtió Angela.

Fuimos allá, y en una mesa rinconera estaban los sombreros y abrigos amontonados. Cada cual se puso el suyo airosamente, tomamos nosotros las sombrillas y salimos.

Moore, que iba con María Teresa, para cubrirla bien de los rayos del sol, casi la ocultaba. Esta, riendo le decía:

—No debe usted andar con muchachas que necesiten usar sombrilla.

—¿Por qué?

—No se le ve la cara.

—Ah, sí, ando muy arriba; pero veo y oigo.

Cuando cruzamos por el galerón que servía de comedor, los músicos que, muy oprimidos, ocupaban la mitad de la mesa, se pusieron en pie. Otros, la mayoría, no quisieron comer ahí; pero lo hacían á sus anchas, puestos los platos en el suelo, sentados en *cuchillas*, sobre los talones, formando ruedas, y sin estorbarse; pero continuamente haciendo sopas con tortilla en el plato común, alzando las manos con seguro pulso. Cuando los bocados llegaban cerca de las bocas, ya éstas estaban abiertas de par en par como portamonedas. No tiraban ni una gota si eran líquidos, ni una brizna si eran sólidos. La carne la desmenuzaban con los dedos tomándola con trozos de tortilla, con cuya envoltura daban cuenta inmediata entre las muelas.

Los que en la mesa estaban comían también á puños, y en el primer plato seguían sirviéndose. Tiraban los huesos, y lo que no les agradaba, al suelo, por encima del hombro, y un sin número de famélicos perros de todas fchas, tamaños y colores, ha-

cían la limpia inmediata peleándose entre sí, por montones, siendo separados por los mozos á patadas, palos y pedradas. Habían quitado los sirvientes las botellas de vino; pero les sirvieron en abundancia pulque, colonche, tequila y mezcal. El agua era veneno: nadie la probaba. La conversación general, en tono de bajo profundo, semejaba á lo lejos el ruido de un enjambre de moscones. No había gritos ni pataleos. Para los humildes, comer es una ceremonia.

La hacienda de Beneficio se estaba instalando al lado opuesto de los Almacenes, casas y oficinas, sobre la falda de la montaña, y á unos doscientos metros del extremo S. E. del terrero. Un puente de madera sobre un pequeño arroyo unía al patio con la hacienda, y por él cruzaban dos vías del ferrocarril portatil Koppel.

Antes de llegar á la hacienda, subimos al N., lentamente, para que ellas no se fatigaran, llegando á visitar el Tiro general, el malacate grande de vapor y las bombas. Luis, por más esfuerzos que hacía, érale imposible disimular la media borrachera que llevaba áuestas, y la cual amenazaba convertirse en señora mona con el calor del sol. Moore y yo lo observábamos de vez en cuando. Rosa Elena, cuando le dirigía la palabra, sonreía de una manera entre pícaresca y bondadosa.

En la caseta de ladrillo y láminas, con un gran arco en su frente, cubierto de vidrios opacos, entre los cuales salían los dos cables rígidos hasta el airoso castillo, estaba el malacate, inmóvil, brillante y cubierto en parte con una lona. Moore quitó la cubierta y les explicó á ellas su manejo, su fuerza y sus movimientos. Fuimos luego al pie del castillo, pues deseaban ver el tiro.

Este era (ó es) de tres claros, es decir, tiene seis metros de largo por dos de ancho, y estaba dividido en tres partes: dos para las jaulas y toneles y el otro para las bombas y escaleras de barrotes. Las bombas duplex-colgantes de Weise y Monski esta-

ban trabajando, y sólo se oía bajo los tabladillos el golpe acompasado y seco de los émbolos: parecían abandonadas de todo cuidado allá abajo. Los tubos de vapor forrados de asbesto y los de descarga, oxidados, temblaban continuamente. Cuando ellas muy atentas oían lo que Moore explicaba sencillamente, por el agujero de la escalera del primer tabladillo apareció una gorra llena de aceite y tizne, una cara barbuda, negra, con ojos de loco y dos brazos musculosos, grasientos y velludos. Era un bombero y llevaba en la izquierda mano, colgando del dedo meñique, una lámpara humeante, recién apagada. Las tres lo vieron con espanto, horror, lástima y quizá también con admiración.

—¿Y este hombre desde dónde sale?—me preguntó Angela suavemente, como si temiese ser oída.

—Viene de abajo, de donde están otros cuatro. Son los bomberos encargados de cuidar y tener al corriente las bombas; va tal vez á las calderas que ve usted ahí.

—¿Y cuánto tiempo están ahí adentro?—interrogó María Teresa.

—Cada ocho horas se relevan.

—¿Y no tienen miedo?

—A veces, pero casi siempre no.

—¿Aquí fué donde se mataron el otro día?—volvió á preguntar Angela.

—No, en otro lugar.

Las tomamos de las manos, formando cadena para que se asomaran á los dos claros del tiro. María Teresa y Angela, temblorosas y pálidas, daban pequeños pasos estirando el cuello y con los ojos muy abiertos. Cuando llegamos junto al cuadro y vieron aquella tenebrosa profundidad donde se perdía como una hebra finísima el cable de la derecha, las tres se echaron rápidamente atrás como si las hubiesen tirado fuertemente de los hombros.

—¡Virgen Santísima!—exclamaron María Teresa y Angela

con espanto. Rosa Elena no dijo nada; pero estaba muy pálida también.

—Y qué, ¿tan hondo está esto?—preguntó María Teresa repleta un poco.

—Ciento treinta metros apenas.

—¡Cómo apenas!

—Sí, porque falta más de la mitad.

—¿Y quiénes entran aquí?—interrogó Angela.

—Todos.

—¿Ustedes también?

—También.

Las dos nos vieron de la misma manera que al bombero. Rosa Elena, ya serena, sonreía dando vuelta á la sombrilla que, apoyada, tenía en un hombro.

—¿Cómo se baja por el . . . . por el . . . . por ese agujero?

—En las jaulas.

—¿Cuáles son?

—Ahí arriba está una. Son como los elevadores que hay en algunas casas de México; pero más fuertes, más toscos y que suben gente y también carros con metal ó tepetate hasta ponerlos á nivel de esos rieles que ven ustedes ahí en la orilla. Los toneles llenos de agua van debajo de las jaulas.

—¿Y si se revienta esa cuerda de fierro?

—Nadie se mata, pues las jaulas tienen unas uñas de acero muy fuertes que se clavan luego en esas tiras verticales de madera que están á los lados, en el centro, y que se llaman guías ó rieles.

—¡Hay! ¡Qué horror, qué feo! Yo no bajaría,—exclamó María Teresa después de un rato de silencio.

—¿Y usted bajaría, Rosa Elena?—preguntéle al verla pensativa.

—No sé. Tal vez en caso necesario . . . . pero como eso no sucederá nunca . . . . prometo en vano—contestó sonriéndose la hermosa.

Aquella contestación llena de vacilaciones la hemos recordado años después, ella, Luis y yo. Parece que por una curiosa adivinación previó sucesos muy amargos en lo negro porvenir.

—Les diré á ustedes—dije para quitarles una mala impresión que me pareció había ella experimentado:—ustedes sí tienen peligro, pues los barreteros creen que cuando una mujer entra en una mina se deshacen las bonanzas. Son ideas estúpidas, pero muy arraigadas en ellos.

—Entonces no podemos entrar al socavón,—dijo María Teresa con mal disimulado despecho.

—Bah, y quién hace caso de eso. Entrarán ustedes y nada les sucederá.

Luis, que hablaba muy poco, pues sólo cuidaba de que no se echara de ver la borrachera que traía, al sentir que ésta aumentaba más y más, para cortársela, quiso lavarse los brazos en la pileta de las bombas y toneles. Quitóse el ridículo y arrugado frac, que metió entre dos travesaños del castillo, y alzándose las mangas de la camisa y camiseta, se puso á lavar los nervudos brazos. Como no quería ponerse de rodillas por temor de mancharse, en mala hora se le ocurrió sentarse sobre las pantorrillas, puestos los pies en la pared de la pileta. Para alcanzar el agua, ora se inclinaba sobre el lado derecho, ora sobre el izquierdo; pero con un equilibrio tan difícil, que al verlo Moore, le dijo:

—Vas á caerte.

O lo sugestionó con la idea, ó ya era tiempo. Se fué Luis sobre el lado izquierdo, invertido el metacentro, y como ansiosamente pusiése la mano sobre el borde para sostenerse, sólo le sirvió éste de punto de apoyo para darle un cuarto de vuelta, cayendo en el agua de barriga. Abrióse esta en dos partes y apenas se cerraba sobre él, cuando se enderezó violentamente lanzando un formidable resoplido por boca y narices. La pileta no era honda, pues apenas le daba el agua en la cintura; pero cuando se puso en pie, resbaláronse los dos para adelante y cayendo senta-

do se cubrió hasta los ojos. Levantóse como un mono, en cuatro manos, agitando el agua como un tiburón apresado; pero al intentar agarrarse del borde, los pies huyeron para atrás, sumiéndose de narices y haciendo gorgoritos entre la espuma.

—¡Se ahoga! ¡Se ahoga!—gritaban María Teresa y Angela. Rosa Elena no dijo nada; pero se adelantó resueltamente para auxiliarlo. Por fortuna, Luis logró asirse de la orilla, y cuando, apoyándose fuertemente con ambas manos se echó fuera, los cinco soltamos la carcajada más uniforme y espontánea que puede oírse. Ya he dicho en otra parte que el agua de las minas en trabajo lleva un lodo finísimo que llaman *paspurria*, y es el que hacen los barrenos y taladros. Ese lodo llena las piletas, habiendo necesidad de limpiarlas frecuentemente. Ese día la pileta tenía mucho fango, y cuando se paró Luis frente á nosotros estaba horripilante. Negro de arriba abajo, veteado, con los cabellos untados sobre la frente, los ojos pequeños, repletos, perdiéndosele; la boca y narices llenas; rotas las medias, descosido de los pantalones y la camisa desgarrada con el cuello colgando á la espalda.

Las zapatillas las había dejado en el fango, y la chistera, llena hasta la mitad y caída á estribar, acercándose al caño de salida para la Hacienda.

Ellas gritaban, llorando de risa; Moore daba unas carcajadas de loco y yo me agarré de un palo para no caer. Era imposible que le hablásemos ni una palabra, pues la risa nos ahogaba.

El infeliz compañero chorreaba por todas las puntas formando un charco donde estaba clavado como un idiota. Apenas se daba cuenta de lo que le había sucedido y parecía despertar de un sueño molesto. Su chusca seriedad movía más y más nuestra aleluya, hasta que, sacudiéndose como un perro, le entró la vergüenza y se puso rojo, en las partes visibles del rostro.

—Báñate bien,—le gritaba Moore, como si hablase con un sordo. Le preocupaba que Rosa Elena lo viera en tan ridícula

facha y se riera de él. Ella lo comprendió al ver sus ojos suplicantes y llorosos, y le dijo:

—No se mortifique Luis... ¡j!... ¡j!... ¡j!... ¡j!. Es un percance, ... ¡j!, ¡j!, ¡j!, ¡j!... que á cualquiera le puede suceder. Mande usted por ropa, báñese y lo esperamos en la hacienda de Beneficio ó en la entrada al socavón... ¡j!, ¡j!, ¡j!, ¡j!.

Fuí á llamar hasta el puentecito á un mozo de los que servían la mesa, y cuando iba Luis á darle órdenes, una idea lo asaltó de improviso y se dirigió á nosotros con acento resignado de consternación.

—No pueden traerme ropa limpia porque... porque está en el cuarto que sigue al Gabinete de Dibujo... y... y... y...

—Iré yo—dijo Rosa Elena.

—Encuentro la solución—interrumpí.—Mira tú—dije al mozo—dile á Doña Jesús, la esposa de Don Pablo, que abra la cómoda de Luis en la pieza de adentro y le mande ropa de toda para cambiarse. Trae una sábana, jabón y estropajo.

—Sí, señor.

—¡Cuidado vayas á decir lo que has visto, porque te doy... —gritóle Luis, interrumpiéndose muy avergonzado.

—Vaya, te dejamos para que te arregles y no debes apurarte, pues conseguiste lo que deseabas.

—¿Qué?

—Dejar la chispa ahí con las zapatillas y la chistera.

Nos retirábamos riendo, cuando María Teresa dijo:

—A este señor le pasan cosas muy chistosas.

La alusión era clara. Rosa Elena la vió con seriedad reconvinéndola; pero Angela y María Teresa echaron á reír otra vez acordándose de las dos aventuras notables del ingeniero. Rosa Elena hacía esfuerzos para no imitarlas, y volviéndose á mí intentó hablar de cosas diversas; pero al vernos ambos á los ojos, a risa nos traicionó. Moore que meditaba, al fin dijo:

—Yo hubiera apostado que se caía. Mal cerebro tiene ese Luis. ¡Buen asunto para una fotografía!

Cuando entrábamos á la hacienda vimos á Luis allá arriba, junto al Castillo, de pie, cruzado de brazos y triste. Seguía con mirada vaga el traje claro de Rosa Elena y su sombrilla roja.

Nada le preocupaba tanto como que ella lo hubiese visto en semejante estado y se riera con nosotros de su bochornoso percance. Si los enamorados se sienten capaces de todas las heroicidades, en cambio son capaces de dejarse sacar los ojos y las muelas por no aparecer ridículos ante la dulcinea de sus pensamientos y suspiros.

Dos baterías de mazos estaban ya instaladas y sólo faltaba una, de la cual se colocaba apenas la caja. Abajo de los mazos se ponían los bastidores inclinados y largos para las placas de amalgama. Yo servía de cicerone á Rosa Elena y Moore á las otras dos. Cruzando luego sobre escombros, fierros de todos tamaños y formas como huesos desarticulados de un poderoso esqueleto, vigones, trozos de madera, tubos, etc., bajamos por una escalera muy empinada, de gruesas tablas, donde ellas pisaban miedosamente con sus piecitos, y llegamos á donde estaban nueve mesas concentradoras, las cuales examinaron con mucha atención.

—Y estas pilas cuadradas ¿para qué son? —preguntó María Teresa señalando dos tolvas que había abajo de las concentradoras.

—Para recoger el mineral que sale por ahí y extenderlo después en ese tramo embaldosado, allá á los lados y enfrente.

Bajamos otra escalera de madera y Moore siguió explicando:

—Extendido aquí el mineral, el agua que aún le queda se va por esos cañitos, y entonces por esa vía que está un metro y medio más bajo, en carritos se lleva el mineral para aquellos hornos triples de reverbero. En ellos se quema para que suelte el azufre y se le revuelve con sal para formar cloruros de plata. Des-

pués se echa en aquellas tinas grandes que están alineadas más abajo, en aquel galerón, y se llenan de agua con hiposulfito de cal, el cual hacemos aquí. La plata se hace agua y pasa por todos estos tubos.

Atravesamos por entre las grandes tinas, entonces vacías y algunas sin terminar. Ellas muy atentas oían la explicación y con la mano se levantaban airosamente la falda.

—La plata, hecha agua, viene á dar á esta pila, y con otra agua de polisulfuro de calcio, que también hacemos aquí, se precipita la plata, es decir, se convierte en lodito, el cual lodito se prensa y se funde en aquel horno que se ve fuera, haciendo barras.

—Huy, qué trabajo para sacar la plata—dijo María Teresa;—yo antes creía que la sacaban de la mina en pedazos y bolitas.

—¿Y el oro?—preguntó Rosa Elena.

—La mayor parte del oro libre queda en las placas, y el que viene con piritas en las mesas de concentración. El resto, que es poco, queda en los jales para cuando se pueda beneficiar.

—¿Y esos montones de lodo que hay acá afuera son de plata?—preguntó Angela, asomándose por una puerta que daba al Sur.

—Sí, tienen plata y oro. Son las tortas que se benefician ahora por otro sistema, mientras se termina esta instalación. En aquellas ruedas grandes gemelas, que son molinos chilenos, se pulveriza el metal. Después se revuelve en esos patios con sulfato de cobre, sal y mercurio ó azogue, que es lo mismo. La plata se junta con el azogue y así se separa lavándolo.

—Es muy bonito todo esto,—dijo Rosa Elena.

Cuando subíamos por otro lado para la mina, Moore, que iba adelante con María Teresa, se detuvo ante una puerta cerrada.

Éra todo un departamento donde él tenía su habitación, su laboratorio, é iba á instalar la oficina de ensayos.

—Voy á hacer á ustedes un regalo,—dijo Moore sacando un enorme llavero.

Abrió la puerta y entramos. Mientras buscaba en su escritorio, que era una mesa colosal, ellas, sentadas en unos bancos de tres patas, veían con curiosidad las probetas, los vasos, los filtros, los embudos de cristal con vasos en la parte inferior, llenos de líquidos de colores, los matraces en orden, en tablitas agujereadas, las balanzas dentro de sus nichos de cristales biselados, un alambique en un rincón, la estufa, varios barriles cubiertos con manta, batallones de botes y frascos en estantes, junto á las paredes y en mesas de pino, manchadas por los ácidos. Moore, que era aficionado muy inteligente á la fotografía, sacó una gran colección de vistas de la Negociación y de otras partes del mundo, muy lejanas, y se las ofreció.

Cada una de ellas formó colección con más de treinta. Cuando veían las fotografías que más les agradaban, leyendo las explicaciones que tenían por el reverso, quedóse Rosa Elena contemplando un magnífico grupo donde estábamos todos los empleados de las minas. Luis, vestido de charro y de pie sobre un trozo de madera, era la figura principal, porque en realidad estaba hermoso y arrogante.

La hermosa que examinaba el grupo, al verlo, clavó en él sus divinos ojos, y éstos poco á poco fueron bañando la muda imagen con una mirada sublime, tan dulce y amorosa, que si Luis la hubiese sorprendido, habría caído á sus pies de rodillas.

—Tengo también esto, que les regalo,—dijo Moore con su sencillez característica.

Y puso sobre la mesa tres huesos como de mango, de diez y ocho centímetros de largo, un poco abultados, duros como nueces y con la corteza oscura granulada. Estaban primorosamente labrados con incrustaciones de filigrana de plata y nácar. Una finísima cerradura, difícil de abrir, juntaba las dos tapas, y en la parte opuesta estaban ajustadas con pequeñas bisagras de metal. Yo no conocía aquello, ni qué era, ni lo que contenía. Ellas, ansiosas, veían y volvían á ver cuidadosamente, dándoles vueltas

entre las rosadas manos. Tomó Moore la que tenía María Teresa, y con sus largos y cabezones dedos de uñas comidas á mordiscos, abrió la cerradura de combinación, con agilidad y delicadeza. Dentro había un género muy fino. María Teresa lo sacó con dos dedos, y como Moore le dijo que lo desdoblara, vimos con admiración que era una tela blanca de seda, delicadísima, bordada de seda también, pero de colores vivos. Las mujeres, que en cuestión de trapos son autoridad, descubrieron inmediatamente que el bordado, pasando de un lado á otro, era de distintos colores en ambas partes. El fleco, en los extremos, era tan delicado, que apenas se sentía puesto sobre la palma de la mano.

—Esto lo traje del Japón á mi regreso del Klondike. Las cajas son hechas del hueso de una fruta, y la tela es una toca para las mujeres ricas, según me dijo el vendedor.

Oír aquello, quitarse las tres los sombreros y ponerse las telas todo fué uno. Se veían hermosísimas, y como buscaran un espejo, fué á traer una pequeña luna de viaje que Moore tenía.

—Con seguridad, Moore, que en tu vida has visto ni en toda la isla Nipón encuentras japonesas tan lindas como éstas.

El yankee meditaba, viéndolas atentamente, ya cerca ya lejos. Luego dijo:

—Buen asunto para una fotografía bonita.

—¿Lo permiten ustedes?—preguntéles.

María Teresa dijo que sí y Angela la imitó; Rosa Elena dudaba, sonriéndose; pero Moore, que no perdía tiempo, entró en su dormitorio, sacó un tripié ligero, y sobre él atornilló su cámara. Levantamos los transparentes de las ventanas, abriendo también la puerta para tener la luz necesaria. Luego acomodó á las tres jóvenes, poniendo á Rosa Elena al lado derecho, para que recibiera toda la luz, á Angela en el centro y á María Teresa á la izquierda. Luego volcó una cubeta vacía á los pies de ellas y me dijo:

—Tú aquí.

—¿Yo?

—Tú aquí—repitió.

—Echo á perder el grupo.

—Eres de talle.

—Siéntese usted—dijeron las tres.

Sacó tres exposiciones, dos de tiempo y una rápida, por precaución.

—Ahora voy á sacar los bustos—dijo Moore,—y aquí sí no entras tú—añadió dirigiéndose á mí.

Las tres se rieron. Moore tuvo una idea.

—Quiero que salgan riéndose para que estén más bonitas.

Peró apenas lo dijo, las tres se pusieron serias.

Entonces añadió, haciendo ridículos pucheros, que en él eran picarescas sonrisas:

—Acuérdense de las cosas de Luis.

La risa fué desbordante. Moore, que tenía en la mano la bota de goma del obturador, esperando un momento oportuno:

—Un poco menos les dijo.

Rieron más y Moore apretó. Rápidamente dió vuelta á la película, y cuando ellas se calmaron un poco dió la segunda exposición.

—Ya están,—dijo, y se llevó todo.

Gran trabajo costó doblar y acomodar las ligeras telas en los pequeños estuches. Cuando doblaba el suyo Rosa Elena, entró Moore en su cuarto, y con la rapidez de un transformista púsose unas botas, unos pantalones azules de trabajo y un saco blanco. Por la chistera cambió una gorra parda de fieltro.

—Así está usted mejor—dijo María Teresa al verlo.

—Esto es cómodo y útil,—contestó.—Vamos al socavón.

Cuando atravesamos el camino inferior, no estaba Luis allá arriba, en el Tiro General. Sólo el ridículo frac rojo, olvidado entre los palos del castillo, ondulaba.

En el comedor quedaban dos músicos rezagados, muy borra-



chos, con los instrumentos de amarillo bronce sobre la mesa, donde ya no había nada. Hablaban á un tiempo con la importancia é intimidación característica en los ebrios, abrazándose con toscos manotones, los ojos vidriosos y las bocas babosas. Allá junto á la cocina, los mozos que sirvieron la mesa, los cocheros, los rancheros, rurales y algunos barreteros, comían y bebían, riéndose y hablando tumultuosamente, ya un tanto borrachos.

En todo el resto del patio, la soledad y el silencio reinaban, y el abandono de adornos, arcos, flores, coches, etc., semejaba el día siguiente al de una fiesta nacional celebrada en un pueblo, cuando los pobres amanecen en la cárcel y los ricos se mueren de crudos en sus casas. En las habitaciones donde estaba la ilustre señora, señoras y señoritas, el silencio era absoluto. Ví salir á Doña Plácida y le hice una seña. Se acercó y me dijo que todos dormían profundamente, aunque muchas... estaban ya con los estómagos vacíos, como sonajas. Rosa Elena me preguntó lo que decía esa señora.

—Dice que todos duermen muy bien.

En aquel momento salieron tres del escritorio, abrazados, alzando los pies y empujándose á cada paso. Componían el grupo: Don José, muy borracho, llevando del brazo izquierdo, agarrado por la cintura, al mayordomo de la condesa, Secundino Gómez, y con la derecha, al famoso cojo Luna. Este cojo, Toribio Luna, un charro flaco, con una pierna encogida por un balazo arriba de la rodilla, de barba rala y picado de viruelas, era el jefe de La Acordada, hombre terrible y muy temido, terror de los bandidos (de los que fué), y el que, ahorcando ladrones por docenas, limpió toda la sierra y el valle de salteadores y malandrines. Toda su fuerza se componía de veinte soldados, hombres de toda su confianza, curados de espanto, jinetes hábiles en buenos caballos y bien armados. El cojo Luna conocía á todo bicho viviente, su historia, sus recursos y sus ocupaciones, así como todos los ranchos, cerros, barrancos, caminos, veredas y matorrales. Se apa-

recia intempestivamente, ya solo, ya con todos ó parte de sus jinetes, por todas partes y á todas horas del día y de la noche. Sobra decir que era buen amigo nuestro, y esa vez me tranquilizó por completo, quitándome un enorme peso de encima.

A él y á Secundino los llevó Don José á beber champagne al Escritorio, y ya iluminado el ibero, ofrecía prestarles todo el dinero en efectivo que necesitasen para hacer negocitos, sin rédito y á la palabra. Esta era la manía en que daba el rico español cuando estaba chispo. Secundino no decía nada y se dejaba llevar con la condescendencia respetuosa que le infundía todo mortal dueño y señor de haciendas grandes con *muncho* ganado y siembras.

El cojo Luna, más político y avisado, bromeaba con él, como de igual á igual; pero sin comprometerse en nada, honradamente, para no tener condescendencias y poder obrar libremente en caso dado.

Al vernos de improviso los tres hicieron alto respetuosa y galantemente. Secundino se ruborizó, riendo con su bocaza á las niñas; Don José hizo colosales saludos; y el cojo Luna, enderezándose sobre la pierna buena y tocando apenas el suelo con la punta del otro pie, se descubrió con la mano que tenía libre.

Como nos llamara Moore, se apartaron un poco hacia atrás, pero sin soltarse. Luego siguieron su camino, saliendo por la puerta principal, rumbo á la Plaza, donde el mitote parecía ser muy grande, pues de vez en cuando oíamos los ecos vagos de las músicas, acompañados por detonaciones de espoletas.

Moore y yo habíamos arreglado mientras tanto un carro plataforma, bien acolchonado con mantas y lonas para que ellas fueran cómodamente, sin mancharse la ropa.

Dos barreteros y un peón que por allí andaban, cerca de la cocina, eran la fuerza de tracción, llevando las mechas el yankee y yo. Rosa Elena iba adelante, Angela en el centro y María Teresa atrás, en el pulman, como dijo Moore. Cuando les ayu-

dábamos á acomodarse arreglándoles los extremos de las faldas para que no fuesen colgando, Rosa Elena, que buscaba algo con los ojos por todas partes, no pudiendo al fin contenerse, me dijo:

—¿No esperamos al ingeniero Leal?

—Ah, lo habíamos olvidado—contesté.

—Ya nos alcanzará—murmuró el yankee.

—Pero le prometí que lo esperaríamos—objetó ella tímidamente, ruborizándose. Moore se la quedó viendo atentamente, y dibujando en sus flácidos labios una mueca que era maliciosa sonrisa y parecía gesto de llanto, díjole con socarronería:

—¡All righl! ¡All righl! . . . . ¡A merveille! . . . . .—Luego añadió:—Yo voy á traerlo aquí.

Dió unos pasos atrás y con su acento apretado, un poco gutural, empezó á gritar, poniendo las manos de tornavoz:

¡Lüis! ¡Lüis! . . . . . —Añadiendo graciosamente:—¡Allons, mon ami!—con cuya expresión francesa, al mismo tiempo que lo llamaba, parecía darle una buena noticia.

Rosa Elena, que había vivido en Francia largas temporadas, comprendió todo el sentido, la intención de la frase y se puso roja.

Fuí el único que la ví; pero me hice el desentendido.

Luis salió de un brinco, de donde menos lo esperábamos: de la puerta del socavón, frente á nosotros. No encontrando dónde meterse el infeliz, después del remojón, habíase ido á la Bartolina, para bañarse en una cubeta, cambiando de ropa. Salió de charro: ancho sombrero con barboquejo levantado por la nuca sobre la encogida falda; chaqueta y chaleco blancos, corbata roja, pantalón negro ajustado, con botones y cadenas de plata y zapatos amarillos. Veíase muy bien y su figura seducía.

Mucho pensó y su preocupación fué grande, discurrendo cómo haría para presentarse ante nosotros, mejor dicho, ante ella, después de lo sucedido. En acecho, muy nervioso, nos estuvo viendo por la ventanilla desde que llegamos y oyó toda la conver-

sación. Sin embargo, temía, y tomando de pronto una resolución violenta al oír los gritos de Moore, presentóse de golpe, buscando un efecto y con cara de chiste.

María Teresa, Angela, Moore y yo nos echamos á reír por la salida intempestiva y por la cara que traía. Eso fué suficiente para que se quedara clavado, con los ojos abiertos y toda la sangre en las orejas. Con avidez buscó los ojos de Rosa Elena, pues para él no había nadie más; y su gozo fué tan grande, que inmediatamente se puso pálido. Los azules ojos negros, más negros que azules, diéronle la bienvenida con una mirada infinita, los párpados entrecerrados, la línea visual de la profunda pupila tangente á las curvas pestañas; mirada que le hizo el efecto de un beso dado en el mismo corazón por labios suaves, húmedos y ardientes.

Fué aquello el momento más intenso y decisivo de su vida, pues el pobre compañero, que iba de mal en peor, perdió su equilibrio, su voluntad, su desbordante y sana alegría: era otro, metamorfoseado radicalmente por la acción directa é irresistible del amor. Rosa Elena quedaba grabada á golpes de cincel, en bajo relieve, para siempre, en el alma de Luis.

Acercóse tras ligera vacilación y no sabiendo qué decir, tropezó con los rieles, conmigo, con Moore.

—Lo esperábamos—díjole ella con naturalidad saliendo en su auxilio; y dirigiéndose á mí inmediatamente, sin afectación, me preguntó simulando miedo:

—¿Y no quedaremos allá adentro, bajo el cerro?

Los barreteros y el peón empezaron á empujar con suavidad la plataforma. Iba yo por delante, antorcha en mano, Moore á la derecha y Luis á la izquierda.

La intensa luz del sol se perdía á medida que avanzábamos, hasta convertirse en una claridad amarillenta, igual á la flama de las mechas. Al frente, para donde íbamos, veíase un pequeño cuadro negro allá en el fondo del socavón que tomaba la forma de

un embudo; los rieles, brillantes y pulidos por el uso, se extendían hasta perderse en una cinta opaca; la blanca pared del caño del desagüe, á nuestra izquierda extendido, parece que se hundía en el piso y el canto monótono del agua que por dentro corría, acompañado del ruido fofo de nuestras pisadas, del roce de las ruedas del carro y del zumbir de las llamas de las mechas, chisporroteado, formaban un concertante, al que nosotros estábamos acostumbrados, y en ellas agitaba los corazones despertando á la loca de la casa, la imaginación. No hablaban, curioseando todo aquello con avidez y temor: veían las piedras ennegrecidas, desiguales y marcadas por las cañas de los barrenos como arterias abiertas; los huecos húmedos y terrosos, ahumados; la madera negra y húmeda de los marcos de ademe, cubiertos en partes por hongos blancos en forma de telarañas enormes, palpitanes. Y al compás de su respirar anhelante y temeroso, el canto del agua, de continuo murmurar, cual si llorase al sentirse desalojada brutalmente de su profundo lecho. La obscuridad, esa tenebrosa obscuridad, pesada y única de las minas, fué aumentando de tal manera, según entrábamos, que cubría como con negro crespón, la amarillenta y agitada flama de las mechas. Más adelante la obscuridad nos envolvió por completo y nuestros ojos vieron las luces como se ve el sol en un helioscopio. La entrada del socavón, á nuestra espalda, allá muy lejos, semejava un pequeño agujero por el cual se viese una hoguera.

Me detuve; Moore y Luis atrancaron la plataforma con pequeñas piedras.

—Esperamos aquí un momento—les dije—para que nuestros ojos se acostumbren á la obscuridad. Estamos encandilados.

—Cierren ustedes los ojos un momento—añadió Moore, espabilando y *dando caldo* á su mecha.

—¿Cuánto llevamos andado?—preguntó María Teresa con los ojos apretados.

—Unos noventa metros.

—¿Y faltan?

—Como doscientos próximamente.

—¡Qué olor tan raro!—dijo Angela.

—Huele á mina—contestó el yankee.

Al cabo de tres minutos emprendimos la marcha, y al abrir ellas los ojos exclamaron á un tiempo:

—¡Ah, qué claro se ve! . . .

—¡Y qué fresco tan agradable!—murmuró Rosa Elena.

Como pasáramos por una larga serie de marcos de ademe en un tramo blando, María Teresa soltó la pregunta que á duras penas contenía:

—¿No se nos caerá todo esto encima?

—No hay peligro—contestó Moore alzándose de hombros como quien comprende las pequeñeces de las mujeres.

—¿Y si hay un temblor?—objetó Rosa Elena.

—Acá nunca tiembla, y si temblara sería lo mismo. Estas casas son muy sólidas . . . cuando se saben hacer.

A los ciento noventa y tres metros llegamos á la veta principal. Me detuve. Sobre nuestras cabezas había una gran abertura negra que se prolongaba á izquierda y derecha, estando ambos lados cerrados por gruesas paredes que se elevaban muchos metros. En una y otra pared había dos puertas, estando en aquel momento sólo abierta la del lado W, que era el camino ordinario para todos los labrados de la mina.

El lugar donde estábamos era un relleno sostenido por abajo con arcos de piedra. De aquel lugar habían sacado los españoles una gran bonanza. Nosotros ampliamos y compusimos el socavón antiguo, continuándolo después adelante del tiro interior.

—¿Y cómo conocen la veta aquí?—preguntó María Teresa.

—Es muy distinta de la roca—contestó Moore lacónicamente, sin querer meterse en explicaciones. Pero Luis las hizo: explicó todo detalladamente y lo más gráfico que le fué posible; pero empleó en su conferencia algunos términos técnicos y mu-

chos de la jerga del oficio, de manera que ellas casi no entendieron nada.

De improvviso cayó de arriba un poco de tierra, en forma de menuda lluvia. Muy sorprendidas quisieron ver. Moore les dijo:

—Son las ratas.

—¿Las ratas? ¿Ratas aquí?

—Hay muchas en las minas y está prohibido matarlas, porque son . . . . . el consejo inferior de salubridad. Ellas no entendieron y yo me eché á reír por el eufemismo yankee.

Por la puerta de la izquierda, que estaba abierta, todos oímos vago ruido de voces, carcajadas, silbidos y tamborazos. En el acto me acordé del Bautismo del afeminado y ordené que siguiéramos andando.

—Hablan dentro, por ahí, ¿verdad?—preguntó María Teresa con sobresalto.

—Sí, es la gente que trabaja en el desagüe—contesté inmediatamente.

Luis, que ignoraba lo del Bautismo, manifestó extrañeza, sabiendo que no había más que los bomberos de los tiros. Díjele que tal vez eran los muchachos que llevaban las comidas, y por fortuna no insistió.

Cuando llegamos al Tiro interior del Refugio íbamos á hacer el cambio para llevarlas en la plataforma hasta el Andén; pero siguiendo el consejo de Moore, prefirieron bajarse. En el piso, por fortuna, había muy poco fango. Pasando las mechas á los barreteros, Moore dió el brazo á María Teresa, Luis á Rosa Elena y yo á Angela. Esta y la primera tenían mucho miedo por la obscuridad, por el imponente silencio del lugar y sobre todo porque sabían que allí muy cerca estaba el Tiro, un horroroso agujero, más horroroso aún en semejante parte. Ví que Rosa Elena estaba muy seria, sin que se le viese el menor indicio de su bondadosa sonrisa, y cuando la examiné atentamente á la luz de las mechas, sorprendíome aquella radical transformación, pues

el labio inferior un poco salido, desdeñoso, y una ligera línea vertical entre las cejas, daban á su hermoso rostro algo de dureza ó disgusto. Luis no decía ni una sola palabra; pero su ansiedad, su temor, eran tan manifiestos, que la contemplaba, palpitante y pálido, sin conseguir lo mirase ella para nada.

Hace tiempo, en una ciudad de Alemania, Posen (de la extinta Polonia), me fuí á meter sin saber por qué, aburrido, á un teatro muy grande y semiobsuro, en donde se representaba ante numeroso auditorio atento y silencioso no sé qué tremendo drama social. Yo, que apenas comprendo el difícil idioma de Goethe, adivinaba lo que los actores hacían y hablaban, forjándome otro drama á mi manera. Un joven, sentado en el fondo de un jardín, escribía, teniendo apoyada la frente en la mano izquierda. Apareció por otro lado una mujer hermosa, risueña y alegre, esfumando *sotto voce* una romanza. Cuando ella vió al mozo que abstraído escribía, su rostro cambió súbitamente y fué tan enérgica aquella expresión, el gesto tan claro y el cambio tan radical, que ya había caído el telón y yo seguía viéndola y ahora la veo todavía.

Esa misma transformación violenta advertí esa tarde en el hermosísimo rostro de Rosa Elena, y tan grande fué la semejanza con la imagen de mi recuerdo, que pensé debía ser igual la causa en una y otra.

Puestas las manos en una gruesa baranda de travesaños de madera que rodeaban el claro E. del tiro por tres lados, pues el W. estaba fondeado, uno de los barreteros agarrado de la cadena del cajonero extendió la luz sobre el abismo y vieron ellas la tenebrosa profundidad por donde colgaban los dos cables y la armazón simétrica del ademe que, mojada en tramos, se perdía allá muy abajo. María Teresa y Angela se estremecieron apretando nuestros brazos con ambas manos. Rosa Elena, nose movió, y sólo en su pura frente la arruga vertical se hizo más profunda.

Mientras tanto, el otro barretero y el peón habían hecho una

bola de estopa que empaparon de aceite y petróleo. Puesta en la punta de una cucharilla, uno de ellos le acercó la flama de la mecha, y cuando la estopa hizo una enorme llamarada, dejáronla caer en el centro del tiro. Una gran bola descendió zumbando con ruido sordo y silbante. A medida que bajaba mayor era su velocidad y más intensa la llamarada que iba iluminando todo el claro, lamiendo las tablas con sus rojas caudas ondulantes. Ellas, agitadas, y clavando los finos dedos en nuestros brazos, se empinaban en las puntas de los pies, estirando los cuellos, con los ojos muy abiertos. La profundidad, con esa iluminación vertiginosa parece mucho mayor de lo que es, y á pesar del miedo cerval que les causaba semejante abismo abierto á sus pies, seguían viendo atentamente atraídas contra su voluntad, sugestionadas. La bola de fuego chocó de improviso en el agua con rudo golpe y en brillante explosión se extinguió.

Cuando apartamos los deslumbrados ojos nos pareció que las mechas se apagaban y ellas, blancas como cadáveres, nos veían ansiosas con ojos de locas.

—Aquí se mataron los primeros dijuntos—dijo imprudentemente uno de los barreteros. El espanto, el miedo, el horror hacíalas temblar de arriba bajo. Para completar su exasperación, del fondo del tiro salió una gritería opaca, angustiada, como de una multitud de condenados que pidieran misericordia. Angela, no pudiendo más, echóse á llorar, abrazándose desesperadamente, y María Teresa con los labios trémulos, húmedos los ojos, murmuró:

—¿Qué es eso, Dios mío?

—Son barreteros que andan allá abajo, en el piso de la Ascensión, y piden otra bola de estopa, otro torito. No teman ustedes, no es nada. Es diversión para ellos.

—¡No, no, no! . . . ¡ya no . . . ya no! . . . exclamó Angela con acento de infinita súplica.

Fué tan profunda la impresión que hizo en Angela y Ma-

ría Teresa ese soberbio espectáculo, que mucho trabajo nos costó calmarlas. Rosa Elena parecía pensar en otra cosa muy diferente, seria y majestuosa, con la mirada vaga y el gesto duro, aunque pálida también.

Avanzamos para el Andén; pero bajo los rodillos de los cables Angela se detuvo y no quiso seguir adelante.

El Andén, donde estaba el malacate de madera, es un hueco redondo y cóncavo como el interior de un domo, de catorce metros de diámetro por nueve de alto. Al entrar semejaba una gruta; pero luego se veían los gruesos y pesados arcos de piedra, los vigones de fierro y los sólidos muros circulares. Del lado opuesto donde estábamos Angela y yo, es decir al norte, bajo un arco rebajado, seguía el socavón unos cuarenta metros. Ahí se había cortado la veta del alto, en borra.

Un malacate rojo de madera, con parte del cable enredado en el tambor, sus cuatro largos espeques como enormes patas de una araña, en cuyos extremos colgaban los balancines de los caballos, llenaba casi todo el Andén.

Rosa Elena y María Teresa se levantaban la falda, pisando en las puntas de los pies. Brillaba el charol de su primoroso calzado hasta la orilla de las medias negras. Luis y Moore explicaban todo, pasando con ellas por debajo del anticuado armatoste.

—Esta vieja matraca de malacate, tardo y pesado—decía Moore—va á ser substituído por un malacate eléctrico. El alumbrado del socavón, andén, tiros y cruceros, será de focos incandescentes.

Cuando llegaron al arco por donde seguía el socavón, Moore las invitó á entrar. Pasó por delante el barretero que llevaba la luz, luego María Teresa con Moore, quedando atrás, como si vacilaran, Rosa Elena y Luis. Al apartarse de ellos la luz, apenas los dibujaba en intervalos, y ví que algo había caído como desprendido de la joven.

Iba á mandar al peón que estaba atrás de nosotros para que

recogiera el objeto caído; pero pensé que si era el pañuelo y la cáscara estuche, regalo de Moore, como era del color del piso, quizá podría romperla poniéndole encima la pata. Supliqué á Angela me dispensara un momento; pero ella se resistía á quedarse sola con el barretero y el peón.

Lo conseguí al fin diciéndola que no me retiraba mucho, y empecé á encender cerillos, temeroso de ir á destruir el precioso estuche japonés.

Encontré un pequeño pañuelo de seda, y cuando me aproximaba pisando suavemente al estribo del arco, oí que Luis y Rosa Elena hablaban. Se habían detenido unos seis metros adentro, casi á oscuras, y sus dos cuerpos se destacaban perfectamente sobre el fondo de luz que bañaba á María Teresa y á Moore allá en el término del labrado. Luis, con la cabeza cubierta por el ancho sombrero, inclinada la barba sobre el pecho y los brazos caídos á lo largo, movía las manos apenas. Ella, derecha, casi rígida, pero sin forzamiento, sostenía la falda con la izquierda y agitaba con la derecha las agujetas que colgaban de su cinturón.

Las flores y adornos de su sombrero, así como la abultada mata de su cabellera recogida sobre la nuca, sobre el fondo luminoso marcaban sus perfiles admirablemente. Apagando el fósforo que se consumía entre mis dedos, simulé buscar á tientas en la penumbra. Luis dijo con voz ahogada, trémula, después de un momento de silencio:

—Perdóneme usted, Rosa Elena, soy un loco . . . .

Ella echóse á reír suavemente. Luego exclamó con lentitud, siempre sonriendo:

—¡Es curioso! . . . . Anda usted siempre en los extremos; ¡jijí, jijí! Pretende usted todo en el acto y luego decae de improviso. No me ha ofendido usted, no tengo qué perdonarle . . . . pero . . . . reflexione usted . . . .

—¡Oh, es verdad!—murmuró Luis con voz opaca, sin matices, alzando los brazos;—usted está muy lejos; usted es muy grande,

muy bella, ay sí, sublimemente bella, hasta la adoración . . . . yo soy un infeliz, simple unidad perdida entre millones, humilde ingenierillo que apenas me gano la vida; pero así y todo, Rosa Elena, reina, diosa inmortal, yo, todo yo, todo mi corazón, toda mi alma, todo, efímero y ruín, la ama á usted con desesperada locura . . . .; la amo inmensamente . . . . ¡más que á mis hermanas pequeñas, tal vez más que á mi madre! . . . . Perdóneme . . . . pero necesito decirselo y que me escuche usted, aunque después . . . .

—Cálmese usted, Luis, cálmese—susurró ella emocionada.—No estoy lejos . . . . ni . . . . es un imposible. No lo desprecio, ni soy insensible . . . . quizá; pero no lo amo. El hombre que me gane será el que llene y entre en mi corazón, fraternice con mi alma y logre seducirme por su talento, por sus méritos y por su amor. No crea usted que soy de esas jóvenes soñadoras que esperan príncipes rusos . . . . . Un hombre honrado y digno que con su nombre me dé la felicidad . . . .

—Yo, yo, Rosa Elena, yo. Mi nombre humilde, y mi trabajo humilde, y mi amor inmenso.

—No palabras, Luis. Las palabras después. Gane usted el premio . . . . si lo es . . . .

—Todo lo intentaré y todo lo haré por usted, por ganarla. ¿Qué premio, Dios mío, tan grande, cuando la diga: ¡Mía, mía!

—¡Luis!

—Así, sí, así: ¡Luis! Repítalo.

—¡Me hace usted reír! . . . .

—Ría usted, ría y véame así, así. Con el sonido de su alegría despierta mi corazón, y con la luz de esos ojos se ilumina mi alma que estaba á oscuras . . . .

—¡Poeta! . . . .

—Todo hombre es poeta cuando ofrece su amor á la mujer amada . . . . Así, como estamos en las entrañas de la tierra, habiéndose necesitado antes, para llegar acá, el trabajo anhelante

de miles de pechos y el sudor de miles de frentes, así yo gastaré todas mis energías, todas mis fuerzas y lenta pero continuamente, con fe, con pasión, con mi alma, iré abriendo una senda á través de su . . .

—¡Chit! vienen—dijo ella riendo otra vez. — Moore y María Teresa regresaban. Esta, jadeante y sudorosa, agitaba su pañuelo para darse aire fresco.

—¡Qué calor hace!—dijo. —¿Por qué no fuiste?—preguntó á su hermana.

—Luis me daba una conferencia sobre exploraciones y explotaciones mineras—contestó con graciosa ironía.

Prendí un cerillo y seguí buscando. Al salir, Moore me preguntó:

—¿Qué buscas?

—El estuche japonés que regalaste á Rosa Elena, pues quizá lo tiró con el pañuelo que encontré aquí.

—No, sólo el pañuelo; muchas gracias, señor Colt,— dijo ella viéndome profundamente á los ojos, adivinando si yo habría oído. Parecía muy serena y tranquila, pero su mano temblaba ligeramente al recoger el perfumado pañuelito.

## IX

Con mediana velocidad dejábamos rodar la plataforma al regreso, por temor de un descarrilamiento, pues parece que el diablo hace estas cosas adrede y cuando menos se necesitan, según sucedió cierta vez que Don Jorge von Sberg, Rivera, el Doctor y Don José dieron de narices contra las horquillas de un cuadro, quedando llenos de chichones, raspaduras y más enlodados que unos marranos.

Moore, con una mecha que chisporroteaba, zumbando, iba por delante, dando grandes zancadas; los dos barreteros sostenían la plataforma con dos cuerdas, para que no tomara gran velocidad en el descenso; el peón llevaba la otra mecha, y al último Luis y yo corriamos también. A veces la plataforma se aproximaba, rodando con velocidad hasta las pantorrillas del yankee, y María Teresa y Angela gritaban alzando las manos. Moore, sin precipitarse, volvía la cara donde brillaban los cristales como ojos de gato, y se sonreía estirando para las orejas sus labios suaves y sueltos.

Cuando cruzamos por la veta principal, Moore tropezó con uno de los durmientes de acero que estaba un poco descubiertos, y abriendo más las enormes piernas y los brazos como aspas de aeromotor, fuese un largo tramo cayendo y levantando hasta detenerse al fin, poniendo las manos y narices en la roca, á la izquierda.

La mecha quedó en medio de la vía, y la plataforma fué detenida precisamente encima de ella.

María Teresa y Angela chillaban, queriendo bajarse; pero Luis sacó la mecha inmediatamente. Sin embargo, María Teresa, que iba adelante, saltó con agilidad y fué á ver á Moore, el cual tranquilamente, con la lengua, se mojaba las palmas de las manos un poco desolladas.

—¿Qué tiene? ¿Se hizo usted daño?—preguntó con interés.

—¡Oh! gracias, gracias—contestó Moore visiblemente satisfecho,—no es nada, ¡oh, nada! Gracias, gracias.

Al oírnos reír, principalmente á su hermana, la joven se volvió rápidamente, intentando dar una explicación; pero ruborizándose por grados.

Cuando la acomodábamos en su asiento, por la puerta del camino que habíamos dejado un poco atrás, oímos gran alboroto muy próximo, y de pronto empezó á salir mucha gente con mechas, con antorchas de petróleo y con velitas, pero con tan

de miles de pechos y el sudor de miles de frentes, así yo gastaré todas mis energías, todas mis fuerzas y lenta pero continuamente, con fe, con pasión, con mi alma, iré abriendo una senda á través de su . . .

—¡Chit! vienen—dijo ella riendo otra vez. — Moore y María Teresa regresaban. Esta, jadeante y sudorosa, agitaba su pañuelo para darse aire fresco.

—¡Qué calor hace!—dijo. —¿Por qué no fuiste?—preguntó á su hermana.

—Luis me daba una conferencia sobre exploraciones y explotaciones mineras—contestó con graciosa ironía.

Prendí un cerillo y seguí buscando. Al salir, Moore me preguntó:

—¿Qué buscas?

—El estuche japonés que regalaste á Rosa Elena, pues quizá lo tiró con el pañuelo que encontré aquí.

—No, sólo el pañuelo; muchas gracias, señor Colt,— dijo ella viéndome profundamente á los ojos, adivinando si yo habría oído. Parecía muy serena y tranquila, pero su mano temblaba ligeramente al recoger el perfumado pañuelito.

## IX

Con mediana velocidad dejábamos rodar la plataforma al regreso, por temor de un descarrilamiento, pues parece que el diablo hace estas cosas adrede y cuando menos se necesitan, según sucedió cierta vez que Don Jorge von Sberg, Rivera, el Doctor y Don José dieron de narices contra las horquillas de un cuadro, quedando llenos de chichones, raspaduras y más enlodados que unos marranos.

Moore, con una mecha que chisporroteaba, zumbando, iba por delante, dando grandes zancadas; los dos barreteros sostenían la plataforma con dos cuerdas, para que no tomara gran velocidad en el descenso; el peón llevaba la otra mecha, y al último Luis y yo corriamos también. A veces la plataforma se aproximaba, rodando con velocidad hasta las pantorrillas del yankee, y María Teresa y Angela gritaban alzando las manos. Moore, sin precipitarse, volvía la cara donde brillaban los cristales como ojos de gato, y se sonreía estirando para las orejas sus labios suaves y sueltos.

Cuando cruzamos por la veta principal, Moore tropezó con uno de los durmientes de acero que estaba un poco descubiertos, y abriendo más las enormes piernas y los brazos como aspas de aeromotor, fuese un largo tramo cayendo y levantando hasta detenerse al fin, poniendo las manos y narices en la roca, á la izquierda.

La mecha quedó en medio de la vía, y la plataforma fué detenida precisamente encima de ella.

María Teresa y Angela chillaban, queriendo bajarse; pero Luis sacó la mecha inmediatamente. Sin embargo, María Teresa, que iba adelante, saltó con agilidad y fué á ver á Moore, el cual tranquilamente, con la lengua, se mojaba las palmas de las manos un poco desolladas.

—¿Qué tiene? ¿Se hizo usted daño?—preguntó con interés.

—¡Oh! gracias, gracias—contestó Moore visiblemente satisfecho,—no es nada, ¡oh, nada! Gracias, gracias.

Al oírnos reír, principalmente á su hermana, la joven se volvió rápidamente, intentando dar una explicación; pero ruborizándose por grados.

Cuando la acomodábamos en su asiento, por la puerta del camino que habíamos dejado un poco atrás, oímos gran alboroto muy próximo, y de pronto empezó á salir mucha gente con mechas, con antorchas de petróleo y con velitas, pero con tan



grande algarabía, ruidos de botes de hoja de lata, fierros, silbidos, risotadas, gritos y palabrotas, que todos nos volvimos sorprendidos para ver qué era aquello tan inusitado. Eran algunas docenas de mineros entre hombres y muchachos, y apenas empezaban á salir.

Como no esperaban encontrarnos ahí, se callaban de golpe, retrocediendo socavón arriba, donde se amontonaban. Pero salían más y más por la puerta, á borbotones casi, hombres y muchachos, sudorosos, jadeantes y muy alegres. Entre ellos aparecieron dos de frac, descalzos, con las medias en las chisteras y las zapatillas entre el chaleco, cual si fueran guantes; las chisteras abolladísimas, furiosas y llenas de fango, como los fracs, caras y camisas. Los que salían intentaban hacer señas á los de atrás; pero adentro había un ruido espantoso. Cuando oí la voz de Snurff (Güanzarotas), gutural y ronca, que gritaba:

—¡Súbatelo prrronto! . . . ¡carramba!

Era indudable que se refería al afeminado, al cual debían traer hecho un Judas, inconocible y asqueroso.

Ordené entonces que siguiéramos adelante; pero Luis, Moore y los barreteros que ignoraban qué era todo aquello, estaban embobados, esperando la solución. Volví á insistir para que nos fuésemos, pero en vano. La gente del bautismo seguía saliendo continuamente, entre ellos varios de frac, en calzones y descalzos.

Ya María Teresa se había puesto en pie sobre la plataforma, cuando salió Cosme, mi zorra, sudoroso, con su enorme mecha en la mano y las velas quebradas, colgando de un dedo. Vemos con atónitos ojos, entender la seña que yo le hice y entrar de nuevo, empujando por el vientre á los que pretendían salir ó arrimándoles la flama por los hocicos, fué cosa de un momento. El muchacho detuvo la procesión ya al desembocar el santo, y de improviso todo quedó en silencio. Nos vieron ellas con ojos de sorpresa, y María Teresa preguntó:

—¿Qué es esto?

Moore alzó los hombros, y Luis dijo:

—No sé.

Como la situación era insostenible, quise cortar por lo sano, aclarando en parte el enigma:

—Es un bautismo.

—¿Un bautismo? . . . —exclamaron las tres.

—¿De quién?—preguntaron Moore y Luis.

—Vamos á ver—les contesté. Los dos me siguieron. Cuando entramos por la puerta, me detuve en la orilla del pozo, en la cabeza de las escaleras de muescas. Nos rodeaban muchos mineros, y en las escaleras había seis ó siete detenidos, unos arriba de otros. Entonces les dije:

—Es el bautismo del joto de El Olivo.

—¡Muy bien, muy bien! All right—dijo el yankee.

—No, no, ¡qué bárbaros!—exclamó Luis encolerizándose.— ¡Qué bestias, qué! . . . ¡Esta ha de ser invención del bruto de Güanzarotas!

En el fondo del pozo diagonal abierto sobre la veta apareció el austriaco, y haciendo un gesto bellaco y echando por todo lo alto una bendición con la zurda, le contestó á Luis:

—Ah, herreghe, ven acá con tu compagre el . . . La mano de dios trrai á tí acá . . . Baja, judfo . . . baja, alma rhoñosa . . . Snurff oficiaba de cura. Un petate doblado por la mitad con un agujero en el centro, era la casulla; los calzones de punto la estola; la chistera á manotones y golpes habíala convertido en bonete; en lugar de las zapatillas llevaba unos huaraches, y en la mano derecha un trozo de tubo, que tenía en el extremo una *pi-chancha* (bálvula de pie) servía de hisopo. Rodeábanlo otros de los mecánicos sus subalternos, así como mineros, en idénticas ó peores fachas, llevando botes de hoja de lata, barrenos colgados de la trencilla, palos, etc. . . .

La víctima no la vimos, porque la tenían los padrinos en el po-

zo de más abajo, al W. de la patilla donde estaban el cura y sus acólitos.

Luis, aunque vociferaba furioso, abogando por el afeminado y diciéndoles pestes al cura y comparsa, no se atrevió á bajar (ni yo lo hubiera dejado), pues bien comprendía que cayendo en manos de aquel oso, era imposible escapar.

—Vámonos—les dije—no conviene que ellas vean ésto.

Recomendé á Snurff que ya no hiciesen nada al infeliz, y cuidara que á la salida no viesen ellas algo, procurando soltar el pajarraco hasta después que se fueran para la Hacienda. El, muy serio me escuchó, prometiendo bajo solemne juramento obedecer. Apenas nos retirábamos, empezó la gritería y el ruido.

Cuando las tres nos preguntaron ansiosamente, quién era el bautizado, quién lo bautizaba, cómo y por qué, empezó á rodar la plataforma, y aplazamos la explicación. A medida que avanzábamos, detrás de nosotros, él escándalo crecía.

Al salir, la luz del sol en brutal alumbramiento, las hizo cubrirse los ojos con las blancas manos llenas de sortijas. En el patio no había casi nadie, y por el eco repetido de las músicas se adivinaba que allá en la Plaza, fuera de la barda, el mitote era grande.

Arriba, las dos ventanas del Gabinete de Dibujo estaban herméticamente cerradas, así como la puerta. Subimos los seis en parejas, llevando yo del brazo á Rosa Elena, pues así lo indicó ella misma con gran sorpresa y estupor de Luis. La hermosa empujó suavemente la puerta con las yemas rosadas de sus dedos, y cuando se entreabrió, después de ligera y graciosa sonrisa de excusa, entró pisando con la punta de los pies como si fuese el cuarto de un enfermo grave. Detrás de Rosa Elena entró Angela y al último María Teresa; pero apenas dió ésta unos pasos en el interior, dándose cuenta del estado general del lazareto báquico, salió cautelosamente con picaresca sonrisa en los rojos y húmedos labios y en los ojos negros juguetona malicia. Empezaba á manifestarse tal cual era, sin temor ni disimulo.

—Todas duermen—dijo.—Vamos allá abajo, al Patio, á esperar á Rosa Elena y á Angela.

Y dirigiéndose á Moore con graciosa coquetería:

—Deme usted el brazo—le dijo—y bajaremos adelante.

María Teresa en nada se parecía á Rosa Elena, de la que era hermana menor inmediata. Más alta, morena apinonada, ojos negros, pequeños, vivos y llenos de ardor y malicia, exuberantes y tentadoras formas de diosa pagana, de anchas caderas y senos abultados; rojos labios móviles, sensuales, un poco gruesos y cabellos abundantes, fuertes y de un negro lustroso de hulla. Vestía y calzaba con gusto y elegancia; pero cierto no sé qué desenvuelto y afrevido, un poco masculino, le daba semejanza con las yankees.

Sin ser tan hermosa como su hermana mayor, competía con ella ventajosamente, pues su nariz de ventanas abiertas, sus ojos y todo su conjunto coqueto é incitante, llevaba tras sí las miradas incendiarias de los hombres.

Como los nerviosos é inquietos, y más que eso, los impulsivos que son inconscientes, al principio estuvo muy seria, reservada y hasta tímida, encontrándose molesta en aquel medio extravagante y original; pero después que conoció todo y pudo apreciar hombres y cosas, su audacia y malicia movieron las ideas, los ojos, las manos y la lengua. Con su infalible penetración de mujer, adivinó pronto que no era indiferente su belleza á los ojos apagados y mortecinos de Moore, y sea por travesura innata, por curiosidad ó por divertirse, púsose bonitamente á ensayar al Ensayador y á beneficiar al Beneficiador.

Este, muy contento, si bien se sorprendía y atontaba á veces, su flema servíale de poderoso escudo para recibir las estocadas. Hablaba y reía María Teresa, viéndolo á los ojos con la bella cara en alto y el yankee contestaba con monosílabos, haciendo pucherós, es decir; sonriéndose.

Cuando nos sentamos en el desierto comedor, María Teresa preguntó á Moore:

—¿Tiene usted novia?

—¡Oh! no.

—¿Y allá en la gringuería?

—¡Oh! no, tampoco.

—¿Pues qué ha hecho usted entonces?

—Cosas útiles: estudiar, viajar, trabajar.

María Teresa se echó á reír en las narices de Moore, enseñando las dos hileras de blancos y menudos dientes agarrados por sólidas encías rojas. Repetía burlonamente: — ¡Cosas útiles! ¡Cosas útiles! . . . ¡Bah! . . . y agitaba con la mano una rama de cedro, con la que azotaba las tenaces moscas. De improviso, le preguntó:

—Y todo eso ¿para qué? ¿Sólo para vivir? . . . No lo creo. . .

Al yankee se le pusieron las orejotas chinas, moviendo las blancas pestañas violentamente y sobándose los muslos con ambas manos, manía muy común en él, en casos apurados.

—Todo á tiempo — dijo apenas, como quien teme salir con una tontería.

—¿A tiempo? ¡Bah! ¡A tiempo! Tiene gracia: cuando los años lo hagan ridículo.

—Soy joven — exclamó Moore, un poco picado.

—Tanto peor. ¿Nunca ha amado usted?

—No.

—¿Ni lo hará?

—¡Oh! sí, sí, ahorríta, á usted, María Teresa, muy hermosa y muy . . . muy . . . dijo riéndose de oreja á oreja y con chusco ademán, poniéndose de rodillas á sus pies. Como intentara agarrarle una mano, ella, que reía grandemente, dióle ligeros y frecuentes golpes con la rama de cedro.

Así entretenidos, no habíamos visto á Rosa Elena y Angela que bajaban, si no es porque Luis se adelantó rápidamente á en-

contrarlas. Para él no había nada, ni nadie; ni alegría, ni vida, ni luz, estando Rosa ausente. Cuando llegaron á donde estábamos, ésta, con su sonrisa oyuelada, preguntó:

—¿Qué comedia ensayan?

—La de siempre; la que todos hacemos — le contesté.

Se sonrojó, mirando luego á Luis, el cual se puso verde mar por la caricia de aquellas pupilas.

—Flierteamos — dijo Moore, sacudiéndose las rodillas.

Como empezaban á salir cautelosamente los del Bautismo, y era fácil que ellas los vieran volviendo á las preguntas sobre este asunto, propuse ir á dar un paseo. El sol estaba cubierto por una gruesa nube oscura de bordes blancos y esponjosos.

Rosa Elena iba conmigo, María Teresa con Luis y Angela con Moore. Este, que nunca se paraba por pequeñeces ó convencionalismos y decía todo con claridad, apenas hablamos dado unos cuantos pasos, exclamó interrumpiendo la conversación:

—Todos vamos muy bien, pero podíamos ir mejor.

—¿Por qué? — le pregunté.

—Mira: tú con Angela, Luis con Rosa Elena y yo con . . . usted, María Teresa . . . Bueno, así . . . Very well . . . Chacun son goût . . .

Reímos todos, menos Angela. Esta era una joven alta, delgada, bonita, bastante bonita, con la hermosura de la edad; pero tan tonta que no se podía pedir más. Era defecto de familia. Además, su timidez natural naufragaba entre el océano de superioridad y posición de sus primas, pues su madre, ella y hermanas, que eran pobres, vivían de la munificencia y aparatosa caridad de Doña Gertrudis. Angela, humilde, se divertía sin deseo cuando había que divertirse y reía con tristeza.

—¿Qué dijo al último el Señor? — preguntóme con su aflautada vocecita y temerosa de que oyera Moore, pues le sucedía lo que á todos los pobres de espíritu, que ven como seres superiores á los que hablan diversos idiomas.

—Dice—le contesté—que la armonía es estética . . . y cómoda. Me vió con los ojos del que se queda en lo mismo.

Estaba sentado Cipriano en la puerta de la Metalera, jugando con dos chiquitines, los cuales refan con incitantes gorjeos de canarios; porque les ponía la chistera y ésta les cubría hasta los hombritos. Eran sus hijos, Juan y Lucía, de dos y tres años respectivamente; chiquitines muy despiertos, graciosos, nada hurtaños, los cuales correteaban todos los días por Patio y Almacenes, recibiendo besos por docenas. Cuando me vió Lucía corrió á encontrarme, alzando los bracitos regordetes y esfumando las palabras.

—Síño ginielo, buena noches . . .

—¿Cómo?

—Síño ginielo . . . bueno díaaa . . .

—¿Qué?

—Síño gi . . . ¡Buenaaa tale! . . .

Rosa Elena tomó á la niña en brazos, besándola, y Lucía muy contenta se dejaba querer, adivinando que hacía gracia y la querían.

Con sus dos manecitas apretaba zalameramente las rosadas mejillas de la joven. María Teresa fué y le quitó á Cipriano de las rodillas á Juanillo, el cual, inmediatamente, sin atender á que lo besaban ruidosamente, pegó la hebra de una charla imposible de entender, señalando la puerta de la Metalera con insistencia. No entendimos lo que decía; pero Cipriano dió la traducción:

—Síñor, tuito el santo día ha estao El Boy lllore y lllore, y ya se ajoya el probe ay adentro. Sáqueño, porque se muere.

Se refería al perro, encerrado en la Metalera.

—No, eso no; es muy impertinente.

María Teresa primero y Rosa Elena después, abogaron con Cipriano y los chiquitines en favor del travieso can.

—Es insoportable. Brinca encima de todos. Va á mancharlas

—¡No sea usted malo, por Dios!

—Sáqueño usted . . .

—No quiere ni comer el probe — añadió Cipriano, viéndose apoyado.

Tuve que hacerlo como lo pedían. Cuando el animal oyó el ruido de las llaves en el candado Yafe y me conoció, púsose á arañar la puerta furiosamente.

Al primer salto, de una hocihada, me tiró el sombrero; luego corrió formando un pequeño círculo y volvió á brincar sobre mí, ladrando y aullando. Los ojos, casi humanos, del noble perro, expresaban alegría y gratitud.

Moore y María Teresa llevaban á Juan; Rosa y Luis á Lucía y Cipriano se colocó á mi izquierda. Cuando salíamos del Patio por la gran puerta de la barda, Angela echóse á reír sin motivo, tímidamente, apretando los dientes y ocultando la cara.

Cipriano y yo la vimos con sorpresa, pues no sabíamos qué originaba semejante hilaridad, y después de interrogarla varias veces, dijo que se iba acordando de los chistes del Señor (Cipriano) en la comida. Siempre le sucedía lo mismo, y semejante tardanza en comprender los sucesos y su significado, señalaban una *falla* característica.

El Boy, que corría en todas direcciones, fué á inquietar unos cochinos que dormían amontonados en un arroyito. Derribó dos pequeños, mordió á uno grande por las orejas y á otro le arrancó de un tirón, sentándose, la retorcida cola, provocando una chillería infernal. María Teresa, gustosísima, azuzaba al perro, los niños gritaban pataleando y Rosa Elena compadecía las víctimas, que se arremolinaban azoradas. Precipitáronse cuesta abajo en desesperada fuga, y si no hubiese sido porque los cuatro recibimos á taconazos á los animales, estropean los vestidos de ellas ó las tiran al suelo.

El perro los persiguió hasta muy abajo, cerca del camino que bordea el arroyo principal, seguido de otros canes que salieron disparados en su seguimiento.

Una ráfaga de aire llevó á nuestros oídos con el ruido de las músicas, gritos de muchachos, carcajadas y sordo golpear como de una enorme tambora. Lo que llamaban la Plaza era una esplanada de trescientos metros de largo por cien de ancho, la cual está formada en el flanco de la montaña, entre dos contrafuertes, por el acarreo, sostenido á causa de un pequeño levantamiento inferior. Allí era donde empezaba á formarse un pueblo con casi toda la gente que trabajaba en las minas: algunas chozas de zacate, esteras ó tejamanil, y en las barrancas de un arroyito que arrastraba un pequeño caudal de agua, gran cantidad de cuevas artificiales, eran las habitaciones de esos mineros vagamundos y misioneros. Prefieren las cuevas para vivir porque no se gotean y son calientes, porque no necesitan reparaciones y sólo les sirven para dormir y guardar sus ropas, pues las mujeres trabajan en sus faenas domésticas, afuera en las puertas, con un toldo de petates, y los muchachos juegan con tierra y se revuelcan en el arroyo. Los petates del toldo, en la noche sirven de lecho común y uno de puerta para evitar el aire, en parte. Cuando las cuevas se hacen insoportables por la abundancia de chinches, pulgas, etc., sacan lo poco que en ellas tienen, las llenan de ramas y malezas, prenden fuego, después barren, limpian el humo . . . . y como nuevas.

A una persona ajena á estas costumbres, sorpréndele siempre ver á las tres de la tarde salir de las minas mucha gente que se pierde en los arroyos inmediatos. Estos arroyos son característicos por el sin número de veredas y caminitos escalonados que tienen en todas direcciones, los cuales son transitados de día y noche, por obscura que ésta sea. Todo el que ha vivido mucho tiempo en las minas es algo nyctálope, y la obscuridad de fuera comparada con la espesa obscuridad del interior, tiene siempre alguna claridad para sus ojos ejercitados. Cuando en las noches se ven cruzar por estos arroyos algunas luces, son llevadas por mujeres, niños ó trabajadores del exterior.

Por una de esas veredas escalonadas que se llaman *empantillados* como en las minas, atravesamos el arroyo para llegar á la Plaza.

Todas las cuevas estaban con sus petates en las puertas; los metates arrimados á un lado con la mano debajo; un montón de cenizas con apagados troncos en medio de gruesas piedras negras, *tenamastles*, los cuales sirven para sostener ya el comal, ya la olla; y en el arroyo, como muertos, entre el fango, una gran cantidad de marranos moviendo los rabos de vez en cuando. Estos animales son la alcancía ó caja de ahorros de los pobres, y la muerte de uno de ellos, con tiempo preparada, quiere decir fiesta grande.

Cipriano agarró al Boy del collar, pues si alborotaba la zahurda nos lucimos.

En la Plaza, la borrachera era general. Los barreteros cogidos del brazo, en grupos, con los encerados sombreroes á media cabeza, sobre el hombro las cobijas, cuyas puntas arrastraban, fajados con ceñidores de colores vivos cerca de las ingles, pasaban con gran desparpajo, mirando de soslayo, desafiándose mutuamente.

Nuestro pueblo no pierde oportunidad de hacer manifestaciones de valentía y el valor entendido con criterio de gallo ó perro, es su única grandeza, su única aspiración. Los mineros que juegan con la vida y tienen rasgos notables de audacia, valor y temeridad, prefieren buscar el pleito, la riña, ¿Por qué?

Por vanidad solamente: eso que entre ellos *se suene* que Fulano *es muy hombre*, que no se *raja nunca*, que hirió á Zutano y anda *juyendo* de su tierra porque *debe una ó tres muertes*, es el colmo de la gloria á que puede aspirar un mortal. Para excitarse se emborrachan.

Sin embargo, á los mineros se les debe disimular el que sean aficionados al vino. Barretero que bebe llega á viejo, barretero temperante muere joven. El trabajo rudo que hacen, el aire vi-

ciado que respiran, la humedad, el agua, copiosos y continuos sudores que los vacían, la falta del sol higiénico, llévalos instintivamente para equilibrar su economía, á comer mucho dulce y beber ansiosamente mucho alcohol.

Abusan de éste por desgracia y la monomanía del valor se les hace aguda. Rivalidades muy antiguas hay entre gente minera de un Estado á otro, y esa rivalidad, que es buena en cuanto al estímulo por la calidad del trabajo que hacen, trae aparejado un odio de masas que fácilmente se convierte en sangrientas riñas, tumultos y batallas campales. Les dicen los de Guanajuato á los de Zacatecas *patas de gallo* por los huaraches de tres agujeros, y los zacatecanos á los guanajuatenses *patas de cochinita*, *ciento pies*, amén de otros apodos no escribibles.

En la Negociación de El Muerto y Anexas había gente de Zacatecas y Guanajuato, que habíamos llevado; formaron luego un núcleo de adictos por cada parte, habiendo en realidad dos partidos en continua lucha.

Cuando empezaban las bravatas entre unos y otros y se preparaban aparatosamente con cuchillos, tranchetes, morunas y pistolas; cuando unidos después por causa común la emprendieron abiertamente contra los rancheros de Doña Gertrudis, burlándose de ellos por los porrazos recibidos y por las carreras de los caballos fugitivos en aquellos montes y arroyos; cuando se amontonaban á beber y *simbolizar*, buscando un pretexto fútil para la lucha estúpida, preséntase como si saliera de la tierra el mismísimo Cojo Luna en su cabello retinto, que, echándolo encima de un grupo, les gritó:

—¿Quieren agua, valederos? ¡No más digan!

Nadie le contestó. Los que se tambaleaban de ebrios pusieronse derechos; los gritones enmudecieron, y poniendo halagüeña cara los más foscas, le contestaron humildemente:

—No, señor. Nuay nada. Andamos gustando porque vino una Señora y es fiesta. Los amos pagan.

—Bueno, muchachos—exclamó el Cojo Luna rayando el caballo—pero mucho orden y nos amanecemos. ¿Eh? Nada de gallazos, gritos, ni mitotes, porque aquí está el Cojo Luna que no mira pelo ni color. ¿Eh? Al primero que corte el atajo, lo cuelgo de un palo . . . ¡Y lo cumplo por mi madre, grandísimos . . . ¿Eh? ¡Conque estamos! . . .

Todo el mundo bocabajo, sin chistar. Veían al Jefe de la Acordada con odio; pero era más grande el miedo que les infundía.

Uno de los mejores frutos de la civilización es la policía. En las ciudades es culta y educada, según es educada y culta la población; en los montes es gritona, feroz y déspota, porque así son sus moradores. La policía es el ejército del porvenir y el único necesario á la humanidad. Dichosas serán las naciones cuando valga más un gendarme que un general de División.

Como los valientes dieran á sus mujeres con disimulo las armas que traían, el Cojo, que todo lo veía sin aparentar verlo, les dijo:

—Vayan á guardar sus fierros y no se valgan de las viejas. Al que le encuentre arma pa cuando me acabe este cigarro, ya sabe lo que le pasa. ¿Eh?

Y se bajó del caballo, dejándolo suelto y cubriendo la silla con las cantinas y estribos. El animal quedóse ahí, como si estuviera amarrado, azotándose las ancas con la cola, y alzando manos y patas. Mezcláronse también entre la gente los soldados del Cojo, y reinó la más franca amistad entre Montescos y Capeleros.

Cuando llegamos, la borrachera estaba en su período álgido, y sin embargo, nadie desentonaba. Los soldados de la Acordada, así como los revolcados rancheros de El Olivo, mezclábanse con los barreteros de todos los distritos, amontonándose en grandes discusiones, donde no se sabía de qué se trataba, pues diez hablaban á la vez y cada cual de sí propio, alabándose.

Era grande la feria. Había mucha gente del pueblo de San

José, así como de las haciendas y rancherías, todos los cuales acudieron presurosos al husmo de la fiesta, ya con mercancías, juegos, frutas ó simplemente por divertirse. En los flancos inmediatos de la montaña pastaban muchos burros y caballos con los aparejos y sillas en los lomos.

Los músicos, divididos, tocaban en diversos lugares varios sonos.

Las pocas chozas y casas que había convirtiéronse en centros de reunión, por cuyas bajas puertas entraban y salían continuamente hombres y viejas agachándose. Los muchachos, casi en cueros, pululaban por todas partes, ya pegados á las faldas de las madres, ya corriendo unos tras otros, ya tirados de barriga en el suelo con lo pies al aire.

En una enramada donde se repartía mezcal, colonche y pulque á pasto, una mesa desvencijada servía de mostrador, y sobre ella se amontonaban jícaras y cucharas de cuerno con miles de moscas encima. Una de las músicas cuyos filarmónicos estaban sentados sobre sus cobijas, daba ahí el gasto, ocupando la parte restante: los hombres puestos en pie, amontonados, hablando y fumando, y las mujeres amojonadas, muy juntas, sentadas como en los templos y con los rebozos en las cabezas.

Habían dejado un pequeño sendero libre para que llegasen hasta la mesa los que quisieran beber. Cuando la música tocaba algún estruendoso chisme, dos ó tres de los barretaros se acercaban á la mesa, pedían jícaras y cucharas con pulque, mezcal y hacían beber á las mujeres que, unas á otras, se pasaban los recipientes volteando las caras, que con la mano izquierda se cubrían. Los hombres también tomaban por tandas, aparte, sin hablarse los de sexo contrario para nada. Apenas terminaba la marcha ó polka, empezaban inmediatamente tres músicos distintos á afinar sus instrumentos, siempre destemplados, y que eran un violín muy ríspido, una flauta babosa y una *anega*, que es un

guitarrón panzudo y chato, el cual se toca con todas las uñas de los dedos apretados ó con un palo, de arriba á abajo.

Y comenzaban una canción en coro por tres mujeres, Las Puchas, famosas para ello y cuatro ó cinco hombres. Todos los presentes *hacían segunda* muy por lo bajo, pero con ruido de un ronco sordo, uniforme y profundo. El oír esos cantos desespera y entristece: ellas cantan en falsete, muy alto, con chillidos que igualan al violín, y ellos las siguen un poco menos, pero con la misma voz aflautada y dura. Los demás dan el fondo. Las canciones cuya letra es imposible entender, son ondulantes, largas, profundamente amargas y lloronas: lamentos dolorosos y muy tristes, de infinita resignación.

Parece que el canto indica una muerte próxima ó inevitable, y no se oye una sola nota, no digo alegre, sino que indique solamente la más pequeña aspiración, el deseo más insignificante de vivir y gozar de la vida. Cuando he oído esos cantos, me figuro que son los mismos de los antiguos indios que veían perdidos sus dioses, sus tierras y su libertad, y me parece haber visto en ellos y ellas, cuando así cantan, en el fondo de sus pupilas, esa vaguedad y tristeza que ponen los historiadores en los ojos de las razas que se extinguen.

Contiguo á este teatro rústico de conciertos había un toldo de mantas, donde un hombre gordo, vestido de dril, manejaba una ruleta pesetera. Llamaba la atención en este sujeto sus blancos cabellos de un rubio deslavado, de oro pella, así como la blancura rosada y fofa de sus carnes. No se sabía de qué color eran sus ojos, pues siempre llevaba el sombrero sobre las cejas, y cuando alzaba la cara para ver al que iba á hablarle, arrugaba los mofletudos pómulos, abría la boca, frunciendo el labio superior, y entrecerrando los ojos como un mfope, dejaba al descubierto una línea apenas perceptible.

Era un albino á quien la luz molestaba mucho; decíanle por mote La Coneja Blanca, y nadie sabía de dónde era, pues hacía

poco se había establecido en San José. Era jugador de profesión, y los domingos y días festivos iba con sus útiles á la Plaza, donde juntaba muchos pesos y pesetas de los borrachos mineros. Malas lenguas decían que sus ruletas tenían trampa, y que sus barajas iban quebradas, recortadas ó con cera, pues sucedía lo de siempre: que los puntos perdían y el monte ganaba, lo cual sucede en todas partes. Moore, que era vicioso jugador, hubo vez que perdiera con La Coneja buenas cantidades y también todo su sueldo de cien pesos semanarios.

Rodeaban la mesa algunos rancheros, dos aurigas, un soldado de la Acordada y varios mineros, que eran los que jugaban.

—¡Casa chica!

En la Casa chica había un centavo huérfano; pero los números y los colores estaban llenos de pesetas, décimos, quintos y montones de centavos. Recogió el albino todo con su manota pecosa de vellos blancos y haciendo un gesto para vernos, dijo:

—Pasen ustedes, señoras, niños y caballeros; pasen ustedes á sentarse, á divertirse.

Los jugadores embobados que no nos habían visto, se hicieron á un lado, pero nosotros seguimos adelante. María Teresa vió el parche de los números con manifiestos deseos de probar fortuna, y Angela las hileras de los pesos, pesetas y tostones con admiración y codicia. Los chiquitines que gritaban para que los levantaran en brazos, chillaron después á grito pelado porque no les daban las bolitas de la ruedas. Cipriano se enfurruñó porque los muchachos lo ponían en vergüenza por *pidiches*, y si hubiese podido les dá nalgadas.

Había vendedores de charamuscas, pan, alfajores, cacahuates, y de tunas cardonas, blancas, amarillas, mansas, alfafayuca, taponas, así como queso de tuna compuesto, en grandes panes.

De los brazos de un mezquite colgaban los cuartos de un borrego y sobre un tronco grasiento, macheteado, con coágulos de sangre, chicharrones de cochino que vendía una vieja sebosa, pe-

sándolos en unas balanzas rudimentarias, negras de suciedad, con hilos de cuerda ídem, siendo piedras las pesas.

Al encuentro nos salió el Santo. Un viejo flaco, hipócrita, de mirada escondida, con cabeza cuadrada de fanático testarudo, acompañado por dos viejas y una niña de diez años, paseaban la estampa de un Nazareno pintarrajado sobre una hoja de lata y encerrado en tosco nicho de verdosos vidrios, empañados por miles de labios devotos. La pintura espantaba y el santo prometía ser milagroso de puro feo. La niña lo llevaba con ambas manos sobre el pecho, y el viejo y las viejas hacían la propaganda ponderando los milagros que había hecho. No pedían dinero; pero el viejo gritaba:

—Ya se va Jesús. ¿No besan? . . . . Ya se va Jesús . . . ¿No besan?

Muchos eran los que besaban y casi nadie de balde, pues el que menos echaba un centavo por una pequeña abertura que tenía el nicho al pie. La colecta debía ser siempre buena.

En un lugar donde el suelo estaba pisoneado y limpio de piedras, algunos jugaban á la *rayuela*, lo cual se hace tirando monedas á un círculo pequeño señalado entre dos curvas opuestas.

Un poco más adelante zumbaba el baile: allí estaba la mayor parte de la gente. Tres músicas casi juntas tocaban diversos sonnes y cada una tenía sus bailadores entre el barullo. Al mismo tiempo que en un grupo se bailaba una danza, en el otro un wals y en el siguiente una polka. Todo era brincar, alzando y sacudiendo los pies, para simular un ruido acompasado. El polvo se levantaba como neblina, pegándose en los sudorosos rostros de los bailadores. Ellos, con los sombreros sobre los ojos, con caras hoscas, las *cotorinas* anudadas á la cintura con el *patío* ó *cotence*, cuyas puntas colgaban por las sentaderas; ellas con los rebozos caídos sobre los hombros, escondidas las caras sobre el brazo derecho *del hombre*, muy serias. Ninguna pareja hablaba una sola palabra, y el baile, más que diversión, parecía una lucha tenaz ó un



trabajo muy pesado y molesto. Cuando se sentían sofocados y sin aliento de tanto brincar, paseaban lentamente con sus compañeras. Estas llevan la mano enganchada del brazo doblado *del hombre*, el cual la arrastraba como si la llevara á remolque, atrás, mientras se limpiaba el sudor con la mano izquierda, que sacudía, y después con la manga de la camisa. La compañera elegida al principio servía para dos ó tres horas. Cuando van por ella *pa valsar*, se agachan y la toman de las muñecas, estirándola con fuerza, y al terminar, rendidos ambos, le hacen una muda inclinación de cabeza apenas perceptible, y quitan el brazo para que se suelte.

Confundiéndose con el ruido de las *músicas de viento*, habla un grupo de borrachines sentados en el suelo, formando rueda á unas botellas de mezcal y chorrera, los cuales con un guitarrón tenían fiesta aparte. Uno de ellos cantaba con chillona voz una tonada monótona, llorosa, con hipos, eructos y calderones de esquina á esquina.

El ruido sordo y pesado de varias tamboras nos hizo llegar hasta lo último de la Plaza. Tocaba una *charanga* de tres músicos, uno de ellos ciego, el director. Se bailaba jarabe sobre unos tabloncillos puestos sobre largos agujeros, que parecían sepulcros. Los talonazos de los bailarones sobre la tabla producían aquel ruido semejante á tamborazos; pero tan seco y profundo, que todos sentíamos el sonido en los estómagos. A intervalos, en el curso del jarabe, cuando llegaban á una parte suave, ella se aproximaba al compañero, retrocedía, y formando una curva ocupaba al fin el lugar de éste, el cual se cambiaba al opuesto, sin talonazos, pero con relamidos pasos.

Entonces el músico ciego cantaba, repitiendo mucho cada verso y á veces hasta los hemistiquios:

Un viejito por soplar  
Se cayó en la chimenea;

¡Ah qué viejo tan . . . . conejo,  
Si no se ha cáido, sopea!

Y seguía el baile en firme, de refresco, con una especie de diana muy rápida, acompañada por el bailarón de continuo taloneo, dando vueltas, agachado, las manos en la espalda y el sombrero sobre los ojos. Ella se movía de un lado á otro, alzándose las enaguas y moviendo con rapidez los desnudos pies. El viejo ciego volvía á cantar:

Ya no voy á beber agua  
Al pozo del'agua fría,  
Porque le quebraron l'olla  
A una prima hermana mía . . . .  
¡Como era tan descuidada  
Onde quera la ponía! . . . .

María Teresa, contentísima, reía de buena gana de los babosos versos, cuyo sentido canallesco no comprendía. Juanillo y Lucía, bailaban uno frente á otro. Rosa Elena, sonriéndose, y con ojos muy abiertos en dirección á la Sierra, viendo sin ver, pensaba en cosas muy diferentes; y Luis, con mirada de infinita ternura, la contemplaba de perfil amorosamente.

El ciego, que fué advertido de nuestra presencia, volvió á cantar:

En el claro de la luna  
Pisa bien y no resbales;  
Ya nuhay ventaja ninguna,  
Los dos quedamos iguales.  
¡Yo ya me comí la tuna,  
Revienten con los nopales!

La negra nube que nos cubría del sol se rasgó de improvisó,

y el polvo brillante, alzándose muy alto, semejaba una lluvia fina de pequeños cristales, envolviendo la abigarrada muchedumbre. Cuando nos encaminábamos para la mina, pasando junto á unos *carcamanes* rodeados de peones y muchachos, acercóse á nosotros Eduardo González, todavía en traje de ceremonia y poniéndose muy colorado, nos dijo:

—Dice el señor don José que si tienen la bondad de pasar.

—¿A dónde?—le pregunté.

—Allí, en ca ña Rita. Hay monte.

Vacilaba yo, temeroso de ir á encontrar una caterva de borrachones impertinentes; pero María Teresa y Moore, hablando y riendo, se encaminaron á la casa de Doña Rita. Como atravesáramos por un lugar donde habían tirado bastante agua con desechos de la matanza, Rosa Elena, que iba un poco adelante de nosotros, alzóse la falda, mostrando inconscientemente una de las mayores bellezas y atractivos de toda mujer elegante: los delgados pies aristocráticos, prisioneros en artísticas zapatillas de charol de aguzada punta, sujetas sobre el empeine, visible en parte, por anchas cintas de moaré cambiante en forma de lazo; y el arranque soberano de dos curvas seductoras ascendentes, modelando una magistral pantorrilla cubierta por restirada media negra de pequeños calados. Las líneas admirables y puras de la forma soberana, se perdían jugueteando entre un oleaje de encajes blancos y lilas de las faldas crugientes de seda.

La casa de Doña Rita era un jacalón de tejamanil con una cocina de zacate recargada en una de las cabeceras. En una de estas cabeceras, por dentro, sobre una mesa que no se veía, cubierta de gasas, trapos, papeles, algodones escarmenados simulando nubes, cromos chillones, velas, flores y frutas, había un altar con el Santo Niño de Atocha en el centro, dentro de un marco de hojalata. A un lado del altar, en el rincón, había sillas de montar, aparejos de burros, zapatos deslustrados colgando de las orejas, jarrros, ollas, platos de colores, todo esto extendiéndose por techos

y paredes entre estampas milagrosas, fototipias de cigarros y calendarios de comercio con mujeres en diversas posturas. Ocupaba el extremo opuesto al altar una cama de carrizos sobre puntales de gruesas ramas, habiendo debajo herramientas de labranza y minería. En el centro, sobre una mesa borracha, había varias hileras de pesos, billetes, y rodeándola, los jugadores, sentados en bancas y sillas. Don José, con un Monte-burlote de trescientos pesos, tallaba, echando albures hilvanados. Los puntos eran todos los caballeros conocidos ya del lector, más el Cojo Luna, Secundino, el francés Don Luis About, que sirvió de cocinero, y el administrador de la hacienda de Río Grande, Don Candelario Reyes, un charrote muy meloso, intratable de puro ceremonioso y muy mal educado.

Aunque estaban bastante borrachos y gritones, cuando entramos con ellas, todos se pusieron en pie, menos Don José, recogiendo sus dineros y con las orejas congestionadas.

La mesa se movió con tal violencia para un lado, que bailaron varias botellas y copas que había en el centro.

He visto en la feria de San Marcos en Aguascalientes, en salones especiales, rodeadas las mesas de juego por hermosas señoras y señoritas que van á esa fiesta de las Capitales de los Estados vecinos. El golpe de vista es soberbio: las plumas y flores de los sombreros se mueven al compás de las manos del tallador, y los adornos de sus trajes elegantes sobre el denigrado tapete verde semeja un bordado policromo. Cuando está corriendo el albur, las pupilas al dilatarse parece que agrandan los ojos; las rojas bocas entreabiertas tiemblan, palideciendo, ó se ven oprimidos los labios por dientes pequeños; las manos temblorosas juegan con las monedas inconscientemente, y cuando la carta aparece hay movimiento general de faldas y sombreros; caras rojas y muy pálidas; ojos risueños con lágrimas capilarizadas en los párpados y el violento palpitar de los emocionados corazoncitos que las abo-

gan, cuchicheos vehementes, entrecortados, que apenas se perciben entre las notas de la orquesta reglamentaria y el titinar de las monedas.

La mujer, por lo general, es jugadora *pur sagn*.

Cada peso que juega lleva encima toda una historia de ahorros y sacrificios pequeños y otra de proyectos.

María Teresa y Moore hicieron una *vaca* de cuatro pesos, la cual jugaba ella, contentísima y con mal disimulada precipitación.

Los borrachines, caballeros y charros, no quisieron ocupar los asientos vacíos, á excepción de Cipriano y Don Pablo González El Mono, que al fin se sentaron en el filo de un banco.

—Cuatro y rey—dijo el español.

María Teresa puso dos pesos al cuatro y las apuestas se amontonaron, ya en una, ya en otra de las cartas.

—Siete y as—añadió el tallador, extendiendo el segundo debajo del primero.

María Teresa puso los otros dos pesos al siete, y cuando Don José iba á tender los siguientes albuces jugando ya los primeros, Luis dijo:

—¡Un momento, Don Pepe! . . . ¡jugamos!

Era otra *vaca*, pero más gorda. Rosa Elena puso en el as tres pesos.

—¡Correl

Ví á mi compañera: con los ojos devoraba cartas y dinero. Díjele que si jugábamos como los demás; pero ella, con los ojos sobre las cartas, movió la cabeza en sentido negativo, con cierto dejo de tristeza. Saqué cinco pesos, lo que traía, y puse tres al siete y dos al rey. Todavía antes de salir alguna de las cartas deseadas, el montero acomodó dos albuces más. María Teresa, nerviosa, se agitaba continuamente; Rosa Elena sonreía y Angela poníase pálida.

Vino el cuatro. Angela me dió un codazo, sin intención, en

rápido estremecimiento, como si hubiera recibido una chispa eléctrica, y María Teresa aplaudió. Moore estaba contentísimo.

Después de varias cartas salieron los otros albuces, los cuales remendaba el español, para nuevas apuestas, con las cartas vírgenes.

Al último salió el siete. Angela respiró.

—Se gana un peso—dije á ésta, que reaccionaba apenas.— Yo estoy incierto; juegue usted y será afortunada.

Ella aceptó, vacilando un poco. Desde ese momento el juego fué muy reñido, con alzas y bajas para los puntos. El entusiasmo de María Teresa y la suerte desmedida de mi compañera, animaron á la comunidad, que empezó á soltar la lengua, pero sin desafinar.

Terminada la cuarta tanda, bien hilvanada por cierto, Angela y María Teresa tenían más de treinta y veinte pesos respectivamente. Rosa Elena y Luis perdían todo alegremente con los ojos llenos de luz y felicidad. Las dos primeras estaban irritadísimas por el calor del cartón y por lo reducido de la estancia. Afuera, las músicas sonaban desesperadamente, y dos gritones por allí cerca, anunciaban peleas de gallos. Dos botellas de champagne que trajo Cosme á todo correr, llegaron oportunamente pues estaba muy fresca, y ellas bebieron con deleite.

El poeta tuerto que estaba allí, de pie, y que ni jugaba, ni bebía, ni había comido, ni pensaba en otra cosa sino en sus *ésitos* que refería cien veces á quien quería oírlo, dijo de pronto:

—¡Pido la palabra!

Todos lo vieron con sorpresa. El español, que barajaba, con su brutalidad de chispa, le contestó:

—¡Qué palabra ni qué ocho cuartos!

—Seré breve . . . Pido la pala . . . — insistió el desventurado Don Patricio, no queriendo creer en su impertinencia. Lo aturdieron á improperios.

—¡Cállate l'hocico!

- ¡Puea burrol  
 —¡Mamarrachero idiota!  
 —¡Anda al arroyo!  
 —¡Que te saque l'Acordada!  
 —¡Ya aburres!  
 —¡Echenlo fuera! ¡¡¡Fuera!!!

El desengaño del infeliz fué grande é inesperado. Cayó cuando tocaba la gloria con ambos manos y cuando creía ser inmortal. Pálido verdoso, violáceo, con la cara alargada, opaco el ojo de águila, fué retrocediendo poco á poco, y cuando ya no se ocuparon en él, atraídos por el juego, sentóse en la cama de carrizos, deshecho, anonadado, hundido en la nada.

El rudo golpe que recibiera hizolo ver por un momento la verdad de la mentira, y lo que más le hirió fué la propia conciencia de su estupidez revelada en un momento.

## X

La señora Condesa tenía una cara capaz de espantar al miedo. Ronca la voz, hinchados los carrillos y párpados, los ojos sanguinolentos, más que de *dormir la mona*, parecía salir del gabinete dental de un Doctor yankee, donde sin dolor, le hubieran extraído hasta las muelas del juicio.

Iguales caras, ó peores, tenían doña Pilar Barajas y Doña Ramona Vilchi de Castillo Contreras. Las jóvenes parecían convalecientes que se levantaran de una penosa enfermedad, y la depresión era tan grande en todas, que se movían con lentitud y sólo hablaban lo muy necesario con acento desfallecido.

Todos temíamos que fuese aquel el momento decisivo, el de la crisis, pues dado el número de circunstancias chuscas y gro-

seras para ser comprendidas y el estado de ánimo en que la ilustre señora se encontraba, razón había para temer un desenlace violento y agrio.

Rosa Elena, Moore y yo, así lo juzgamos sin decírnoslo, lo mismo que Luis por intuición de exquisita sensibilidad. En cambio Angela nada temió, por no alcanzar á ver lejos su inteligencia miope. María Teresa, que todo lo encontraba natural en pudiendo hacerlo y que jamás se preocupaba por detalles, considerando las acciones como medios para un fin único, cual es el de satisfacer cada cual su deseo, con la mayor naturalidad del mundo, airosa y alegre, con alegría ruidosa y desbordante, desprendióse del brazo de Moore y acercándose á su madre, le dió en las mejillas estruendosos besos, hasta aturdirla.

Luis vacilaba con el temor en el corazón y la vergüenza en la piel; pero Rosa Elena, muy superior, supo como siempre, salvar la situación con su gran cualidad, el tacto. Besó también á Doña Gertrudis, pero de diversa manera que su hermana, esto es, con tales mimos delicados y tal gracia, sugestionándola como á todos con su irresistible atractivo, que la vieja la vió un momento con dulzura. Contóle luego con sencillez, á grandes rasgos, todo lo que había visto, elogiando nuestra caballerosidad de una manera delicada. Enseñóle las fotografías regaladas por Moore, las que Doña Gertrudis apenas se dignó ver de soslayo; pero al sacar las tres los estuches japoneses, mostrando orgullosas lo que dentro había, todas se rodearon preguntando, hablando y queriendo palpar las finas telas. La Condesa, sin embargo, permanecía amojonada, sin revelar el más leve pensamiento en favor ó en contra, como si observase, con las facciones apergaminadas y secas, los labios contraídos, la mirada hosca. Entonces Rosa Elena les preguntó á su hermanita Gertrudis y á Doña Ramona, que estaban junto á ella con la tela de seda en las manos:

—¿Está indispueta mamá? ¿Qué tiene?

—Jaqueca y malestar . . . . pero pasará — contestó la dama

- ¡Puea burrol
- ¡Mamarrachero idiota!
- ¡Anda al arroyo!
- ¡Que te saque l'Acordada!
- ¡Ya aburres!
- ¡Echenlo fuera! ¡¡¡Fuera!!!

El desengaño del infeliz fué grande é inesperado. Cayó cuando tocaba la gloria con ambos manos y cuando creía ser inmortal. Pálido verdoso, violáceo, con la cara alargada, opaco el ojo de águila, fué retrocediendo poco á poco, y cuando ya no se ocuparon en él, atraídos por el juego, sentóse en la cama de carrizos, deshecho, anonadado, hundido en la nada.

El rudo golpe que recibiera hizolo ver por un momento la verdad de la mentira, y lo que más le hirió fué la propia conciencia de su estupidez revelada en un momento.

## X

La señora Condesa tenía una cara capaz de espantar al miedo. Ronca la voz, hinchados los carrillos y párpados, los ojos sanguinolentos, más que de *dormir la mona*, parecía salir del gabinete dental de un Doctor yankee, donde sin dolor, le hubieran extraído hasta las muelas del juicio.

Iguales caras, ó peores, tenían doña Pilar Barajas y Doña Ramona Vilchi de Castillo Contreras. Las jóvenes parecían convalecientes que se levantaran de una penosa enfermedad, y la depresión era tan grande en todas, que se movían con lentitud y sólo hablaban lo muy necesario con acento desfallecido.

Todos temíamos que fuese aquel el momento decisivo, el de la crisis, pues dado el número de circunstancias chuscas y gro-

seras para ser comprendidas y el estado de ánimo en que la ilustre señora se encontraba, razón había para temer un desenlace violento y agrio.

Rosa Elena, Moore y yo, así lo juzgamos sin decírnoslo, lo mismo que Luis por intuición de exquisita sensibilidad. En cambio Angela nada temió, por no alcanzar á ver lejos su inteligencia miope. María Teresa, que todo lo encontraba natural en pudiendo hacerlo y que jamás se preocupaba por detalles, considerando las acciones como medios para un fin único, cual es el de satisfacer cada cual su deseo, con la mayor naturalidad del mundo, airosa y alegre, con alegría ruidosa y desbordante, desprendióse del brazo de Moore y acercándose á su madre, le dió en las mejillas estruendosos besos, hasta aturdira.

Luis vacilaba con el temor en el corazón y la vergüenza en la piel; pero Rosa Elena, muy superior, supo como siempre, salvar la situación con su gran cualidad, el tacto. Besó también á Doña Gertrudis, pero de diversa manera que su hermana, esto es, con tales mimos delicados y tal gracia, sugestionándola como á todos con su irresistible atractivo, que la vieja la vió un momento con dulzura. Contóle luego con sencillez, á grandes rasgos, todo lo que había visto, elogiando nuestra caballerosidad de una manera delicada. Enseñóle las fotografías regaladas por Moore, las que Doña Gertrudis apenas se dignó ver de soslayo; pero al sacar las tres los estuches japoneses, mostrando orgullosas lo que dentro había, todas se rodearon preguntando, hablando y queriendo palpar las finas telas. La Condesa, sin embargo, permanecía amojonada, sin revelar el más leve pensamiento en favor ó en contra, como si observase, con las facciones apergaminadas y secas, los labios contraídos, la mirada hosca. Entonces Rosa Elena les preguntó á su hermanita Gertrudis y á Doña Ramona, que estaban junto á ella con la tela de seda en las manos:

—¿Está indispueta mamá? ¿Qué tiene?

—Jaqueca y malestar . . . . pero pasará — contestó la dama

sin mover los labios y anticipándose á las interrogadas, que era lo que la hermosa deseaba.

Moore dijo entonces con solicitud:

—Si V. E. lo permite iré á traer al Doctor Ramírez.

—No merece la pena molestarlo — contestó la noble señora con aire displicente.

Sin embargo, Moore y yo fuimos en busca del doctor. Lo encontramos en los Almacenes, en un rincón semiobscuro, en camisa y sin zapatos, durmiendo como un bendito, sudoroso y con los puños cerrados entre las rodillas. Una infinidad de moscas correteaban, escarbando, por toda su enjuta cara.

La cama en que el ilustre galeno roncaba con majestuoso zumbido de contrabajo, formábase un fardo deshecho de costales de cáñamo y la almohada, otros de los mismos, enrollados.

Hubo necesidad de sentarlo, sacudirlo como un muñeco, gritarle en las mismas orejas, apretándole las narices y la boca, pues tenía un sueño colosal, pesado y como adherido á todo el cuerpo y ojos. De muy mala manera contestaba, primero con monosílabos gruñentes y después con palabrotas en forma de interjecciones muy sonoras y ordinarias; pero bajándolo Moore y yo de los fardos de costales, lo fuimos á sentar sobre unas láminas de hierro acanalado, sin consideraciones ni miramientos. Tenía los cabellos en mechones hirsutos y untados por las sienas, frente y nuca pegajosos de sudor, los pantalones cortos desabotonados, las medias caídas, el cuello reventado y la corbata por un hombro. El frac rojo colgaba tristemente del brazo de una báscula. Estaba bien borracho de vino y borracho y medio de sueño. Con el frío de las láminas, la luz de una ventana que tenía enfrente, y con las sacudidas y gritos que le dábamos, empezó á poner atención, aunque de mala gana.

—¿Qué quieren? ¿eh? ¿qué carambas quieren?

—Que vaya usted á ver á Doña Gertrudis y á las otras señoras y señoritas.

—¿Eh? ¿Y para qué?

—Están indispuestas.

—Como yo ¿eh? Por vida de . . . ¡vaya! Pues están crudas, sí, crudas por vida de . . . ó borrachas como yo . . . y como ustedes . . . vaya . . .

—Pero interesa que usted las vea, siquiera . . .

—¿Yo? ¡Está! . . . ¿Y para qué?

—Para recetarlas.

—¡Hum! Desde aquí puedo hacerlo: Récipe: Que no vuelvan á entrompetarse si no quieren estar anhidras.

—¿Qué?

—Otra receta: Récipe: Alcoholíncense y vivan tranquilas.

—Oiga usted, Doctor, ponga atención y déjese de bromas.

—Es cierto, no son bromas.

—Haga alguna droga, algún chisme de esos que usted hace con sus botecitos.

—Ustedes pueden hacer la droga ó el chisme sin los botecitos. Récipe: dénles extracto de café hasta que lo estornuden; atole á pasto, y si hay café de hueso ó menudo . . . también, ¿eh? . . . por las bascas . . . ¿eh?

Se dormía hablando. Era imposible contar con él y lo dejamos ahí, sentado en pelo sobre las frías láminas, agarrándose los pies y con la barba sobre el pecho. Cuando salíamos entreabrió los papujados ojos y con voz pesada y algo de coraje, dijo:

—¡Gracias!

La idea, sin embargo, era buena y fuimos á ponerla en planta. Gruesas nubes que iban en aumento al poniente, sobre la sierra, cubrían el sol por completo. De la alta y espesa serranía bajaba un viento suave, perfumado y fresco que se recibía con placer. Mandamos sacar algunas mesas y más asientos: se tomaría el café al aire libre. Doña Gertrudis aceptó y yo volví á encargarme de su especial servicio.

Pronto hubo en el patio gran movimiento de gente que iba y

venía. Todos los jugadores acudieron presurosos y con ellos infinidad de gente. Aunque todavía bastante iluminados los notables caballeros, se manejaban correctamente. Pensaba yo al estar sirviendo á la vieja condesa la manera de entregarle su dinero, cuando ella me dijo:

—Como ya es un poco tarde, Colt, quiero que terminemos cuanto antes el objeto principal de mi venida á esta Negociación. Además, temo se haga noche antes de llegar á la hacienda.

—¿Recibe V. E. aquí el dinero?—exclamé audazmente, jugando el todo por el todo.

—Ah, no. Si no tiene usted billetes, que pongan el dinero en uno de los coches, en el que voy yo. La firma que tengo yo que poner en uno de los libros de la Negociación, es lo principal.

Me alegré infinito. Preparados teníamos los 5,730 pesos 40 centavos, en pesetas, décimos y quintos á granel, según idea de Don José y Luis, los cuales habían agotado las tiendas de San José y la capital del Estado, ayudados en ésta por Don Jorge. Tanto moneda pequeña era sumamente molesto contarla, y yo consideré que si á ello llegábamos, la ilustre dama comprendería toda la farsa, hasta entonces bastante bien sostenida en parte. Y digo, en parte, porque Moore y Luis ya eran del enemigo, á donde se habían pasado ignominiosamente con armas y bagajes. En cuanto á la firma era cosa fácil, y hasta podía convertirse el acto en aparatosa ceremonia, lo cual reanimaría un tanto los ánimos desfallecidos, principalmente el de Doña Gertrudis.

Moore, Luis y Don Patricio fueron á traer el libro en cuestión, el cual era un libro de actas en el que se asentaban semanalmente las sesiones de los jueves, cuando nos reuníamos todos los empleados y mineros para discutir ó proponer alguna idea, proyecto ó mejora referente á la Negociación. Luis, que era el Secretario en estos Congresos libres, había escrito en ése una acta *ad hoc* llena de ditirambos y frases encomiásticas á la

señora Condesa Doña Gertrudis, etc., á su visita celebrada por el gran honor, y al objeto de ella, cual era el recibo de los dineros. Mientras tanto, Don José, Don Pablo y otros, fueron corriendo á traer los músicos y toda la gente que se pudiera para hacer ovaciones con gritería y espoletas.

Yo me quedé con todas ellas, sirviendo el café, que por cierto estaba muy bien hecho, es decir, era extracto de café. Al principio no lo querían beber la mayor parte; pero siguiendo los consejos de Rosa Elena, María Teresa y míos, así como el ejemplo de la Condesa, empezaron á apurarlo. A Rosa Elena ocurrióse mezclar con el café algunas eucharadas de cognac, y tanto ella como María Teresa se levantaron para ayudarme. La gracia de una y la alegría comunicativa de la otra, que bromeaba con todas, hasta con su *augusta* madre, fueron poderoso auxilio, de manera que á los veinte minutos ya se cruzaban algunas sonrisas y empezaban á hablar entre sí. Angela merecía toda la atención de su mamá Doña Pilar Barajas, de Rosario Castillo Contreras y de Elena Ruiz y López. Contábales lo que había visto con grandes aspavientos y visajes, abultando las cosas y multiplicando peligros imaginarios que estaba segurísima de haber arrostrado. Con todo disimulo, dió Angela á Doña Pilar los cuarenta y tantos pesos que en el juego ganara, y aunque la vieja mamá admiróse tanto, hasta el grado de quedar con los ojos y la boca abiertos y la mano sobre la rodilla, ocultó de improviso su *popocha*, temerosa de que su ilustre prima fuese á verla.

Por fortuna, la señora Condesa, con gran dignidad y prosopopeya, me hablaba de su agradecimiento por ser todos muy buenas gentes. Luego peroró sobre negocios con ese desdén y suficiencia que usan los viejos capitalistas y los políticos de altos vuelos, cuya monomanía es tener ideas especiales, suyas, sobre lo que tratan, aun cuando sólo sean un eco torpe del periódico ó periódicos que por ellos piensan.

Iban entrando mientras tanto al Patio muchachos, barrete-

ros, viejas, rancheros, soldados y músicos. Lo invadían en todas direcciones, guardando á nuestro derredor una distancia respetuosa. Cuando Don José Arias y Entorchado organizó sus legiones filarmónicas y empezó, ¡oh sorpresa y tino! nada menos que con la Marcha Real Española, mal aprendida, por cierto, recientemente pero á todo vuelo, Luis, Moore y el poeta tuerto se acercaron con el libro, pluma y tintero. El efecto fué estupendo: la vieja se alivió de golpe, milagrosamente, volándose otra vez, encastillada en grandezas y oropeles. Hay honores y farsas, muy usuales en la vida pública, que sacan frecuentemente de centro aun á los cerebros bien organizados, mareándolos; aquellos tan originales y chapuceros volaban el seso á la ilustre dama, pues le tocaban en su flaco, en su cojera, la vanidad, único alimento de su espíritu y vida.

Don José completó la obra: prendieron los barreteros espoletas allá en el extremo del patio, abajo del terreno, para no molestar; y la turba multa, agujijoneada por él, prorrumpió en formidables gritos de: ¡Viva la Señoor! ¡Vivaaaa la Coondesa! ¡Vivaaaa! . . .

A ésta no le ví rubor en el rostro, porque la capa metamórfica y oxidada impedía manifestar hasta la superficie el flujo ascendente del líquido vital; pero tanto se esponjó y en los ojos tan grande expresión de orgullo y satisfacción ví, que era manifiesto el goce que llenaba su corazón y la alegría que inundaba su alma efímera.

Tomé el libro de manos del poeta, que aún andaba vestido de mamarracho, y lo puse frente á ella, al mismo tiempo que Moore le ofrecía la pluma y Luis sostenía el tintero.

Como persona sensata que no firma en barbecho, con toda calma púsose á leer toda el acta. Al terminar, hizo un ligero movimiento de cabeza afirmativo y tomando la pluma, escribió rápidamente su larga serie de nombres y títulos con letra pequeña, y rubricó apenas con una línea delgada y descendente.

El ruido de la música, de la gritería y de las espoletas, así como el numeroso concurso que presenciaba, impresionó bastante no sólo á ella, que era el objeto principal, sino á todos las demás, menos á Rosa Elena, que veía todo con su eterna y bondadosa sonrisa, y á María Teresa, que en pié á un lado de la vieja, ocupábase en volver loco al yankee, asesinándolo con sus vivaces ojos habladores, llenos de coquetería y promesas de amor.

De improviso, en aquel solemne momento, arremolinase la gente que estaba sobre la vía; atrás, á la salida del socavón, crece el sobresalto, cesan los gritos; unos intentan huir para donde estamos y otros avanzan.

Nada se veía; pero el viento del misterio soplaba sobre nuestras cabezas como un presentimiento. Todas ellas, menos la señora condesa, se ponen en pie. Los músicos dejan de tocar y óyese clara la voz angustiada de mujer que grita, y entre palabras que á veces interrumpen las detonaciones, se distinguen frases truncadas: ¡ma! . . . ¡ya no! . . . ¡ma! . . . ¡auxilio! . . .

La señora se pone en pie, y á la manera como en las plazas de toros, se abren los aficionados que al embolado aeosan, cuando éste se lanza ciegamente sobre la multitud, así se abrió de golpe toda aquella masa de barreteros, peones, rancheros, viejas, cocheros, soldados, etc., y cruzó por en medio de todos, con dirección á donde estábamos, volando, como bala, una cosa extraña, extravagante, que parecía mujer y hombre y fiera y sombra de humo . . . Lo conocí inmediatamente antes que llegara: era el afeminado.

Traía puesta una falda corta de lana á rayas rojas y a varillas, de las que llaman zagalejos, la cual le llegaba arriba de las rodillas; las piernas al aire; camisa de mujer desgarrada y sucia de lodo, sebo, aceite, etc.; trasquilado á rape con escandalosa desigualdad, como si lo hubieran hecho á obscuras y tan tiznado de la cara, cuello, brazos, pecho y pantorrillas, que sólo los dientes y ojos se veían blancos. La cara de pavor, los lagrimones que



por las obscuras mejillas le rodaban, y la voz aflautada y chillona á veces, ó ronca, exhausta, casi afónica, impresionaron á todos:

Ellas, al reconocerlo, exclamaron con estupor:

—¡Salomé! . . . .

El joto se detuvo de golpe, vió en redondo con ojos de loco, y al conocer á Doña Gertrudis se tiró al suelo, tratando de besarle los pies y gritando:

—¡Ay diós, niña, mamita, señora Condesa, mi patrona y ama! ¡Virgen de los dolores, ay, yo soy, Salomé, ay, el mismo!

Mire, mi dueña y señora, como me han puesto estos malos hombres . . . . ¡Ay, Jesús Nazareno! y lo que me han hecho todos juntos en ese joyo tan feo, que ha de ser ondo vive el enemigo malo! . . . . Ay mamita . . . .

Doña Gertrudis lo oía con atención. Una compacta multitud nos rodeaba, oprimiéndonos. Todos en silencio escuchaban la queja entrecortada del afeminado. A veces no se le entendía lo que gritaba, pues á cada momento se ponía ronco. En realidad causaba lástima el infeliz, y á las claras se veía que la señora fluctuaba no encontrando qué partido tomar. Rosa Elena, que estaba junto á mí, definió la situación.

—Oye, Salomé,—le dije con seriedad, cortándole la palabra:—de todo esto, sólo tú tienes la culpa. Recuerda que mamá no quiso que viniese ninguna criada con nosotros, y que á tí te lo prohibió especialmente. ¿Por qué viniste, desobedeciéndola? Dí, ¿por qué?

—¡Ay, ay! . . . ¡Virgen Santa! ¡Jesús Nazareno!—aulló el afeminado retorciéndose las manos.

—¿Cómo y quién te trajo? Contesta.

—¡Ay, niña Rosita, niña Rosita! . . . .

—¿Quién trajo á éste?—interrogó entonces la hermosa con ademán soberano, imponente, viendo hacia la multitud.

Un cochero, muy borracho, que estaba entre el montón, contestó descubriéndose:

—Yo lo vide cuando se orquetó en la tablilla del coche que yo truje.

—¿Y por qué no lo quitó usted?

—Pos yo le arrimé dos azotes doblaos por el lomo; pero me gritó, y cuando vide que era el . . . . el . . . . galopín, lo dejé orquetao, pos no sabía que la señora ama no le había dao licencia pa venir al fandango . . . .

—Ya ves—exclamó Rosa Elena—tú sólo tienes la culpa. Mi madre no pienses que te defienda; antes al contrario, al llegar á la hacienda te despedirá. Anda, quitate de ahí y no la molestes. Vete . . . .

—Ay, niña Rosa, me agarran otra vez . . . .

—No, eso no—le dije yo.—Corre de mi cuenta que no te hagan nada.

—¿Y mis trapos?

—Oiga usted, Don Pablo: que le den su ropa á este pobre hombre y cuide que no lo molesten.

—Sí, señor, se hará—dijo el héroe abriendo la gente con su colosal cuerpo. Tomó al afeminado de la mano y se lo llevó.

La multitud fué esparciéndose por el patio y no pocos los siguieron. La señora Condesa me interrogó:

—¿Qué han hecho con este infeliz?

—Supongo que una estupidez: llevarlo hasta los planes de la mina, asustarlo, metiéndolo amarrado en los pozos con agua y luego bautizarlo.

—¿Bautizarlo?

—Sí, señora Condesa: es una salvaje costumbre en las minas, pero como costumbre muy difícil de quitar.

Tuve que explicar multitud de pormenores, á la insaciable curiosidad de la vieja. Se habían vuelto á sentar, esperando que guarneccieran las mulas de los coches. Varias de las jóvenes, as: como la señora Vilchy de Castillo Contreras se aproximaron, seducidas por lo extraño y bárbaro de semejantes bautismos. Moore,

María Teresa, la niña Gertrudis y Angela, revisaban las fotografías que la segunda y última tenían, oyendo las descripciones que el gringo hacía de lejanos países. Rosa Elena, Luis, Don José, el cojo Luna y Secundino, de pie, formaron otro grupo.

Cuando Eduardo González vino á avisar que los coches estaban listos y la señora se puso en pie, pidiendo su sombrero y abrigo, le dije:

—Creo nos permitirá S. E. que la acompañemos á caballo hasta la cuesta de El Zotol.

—Con mucho gusto; pero es una molestia para ustedes.

Fué muy largo el embarque y arreglo de todas ellas en los coches.

Como siempre, cada una olvidaba alguna cosa. Después, la despedida fué interminable. Todos fueron á despedirse de la dama, aconsejados por Don José y Cipriano. Cada cual le decía alguna necesidad y ella á todos contestaba, con voz displicente, pero grandemente halagada. Cuando se presentó el poeta don Patricio, que era de los últimos é iba muy triste, tuvo para él frases de encomio, que el tuerto recibió como inyecciones de nueva vida.

—Voy á sacar una bonita copia de mis composiciones y se la regalo á usted, señora Condesa.

—Las leeré con mucho gusto. Gracias.

Y le tendió la mano. El poeta la estrechó con adoración.

Volvía á la vida otra vez: ¡también los imbéciles son inmortales. . . . mientras viven!

\*  
\*\*

El camino en zig-zag que baja de las minas hasta el borde del arroyo grande de la cañada, se veía lleno. Como si fuera procesión, toda la gente de á pie fué siguiendo los coches en compacta muchedumbre.

El cojo Luna, con algunos de sus soldados, pues Doña Ger-

trudis le rogó que la acompañase por llevar bastantes dineros, abría la muchedumbre.

Frecuentemente volvía la cara, donde brillaban de manera extraña sus dos ojitos grises. Echó de ver, primero que nosotros, que todos los cocheros y sotas iban muy borrachos, así como los rancheros de Secundino, los cuales llegaban por parejas á incorporarse, sosteniéndose difícilmente sobre las cabalgaduras; además, faltaban más de la mitad y no guardaban ni sombra de orden en su marcha, pues ya se adelantaban, ya se mezclaban entre los peatones ó ya se atravesaban entre las mulas delanteras de los coches, espantándolas.

Todo esto sublevaba al cojo, que era pegadisimo á la disciplina y un déspota con sus juanes.

En una de las vueltas del camino, me preguntó desde abajo qué hora era, pues su reloj se había parado. Díjele que las 4<sup>h</sup> 45' p. m., y después de arreglarlo, examinó las nubes que, ayoyadas en la sierra, se levantaban imponentes hasta la mitad del cielo, nuestro zenit. Movi6 la cabeza de izquierda á derecha, y apretando los labios entrecerró un ojo. Con esas señas mudas me daba á entender que mucho temía por el éxito de la expedición.

Los coches rodaban lentamente, sosteniendo los garrotes á las ruedas con ásperos chirridos, y las mulas de los troncos, sentándose, hacían poderosos esfuerzos con los gallorines á mitad de los rígidos pescuezos. Las mulas de los guías bajaban pausadamente, sin estirar, y las lanzas, en rápidos cabeceos, hacían sonar las boleas y balancines. Los ginetes éramos muchos, y aun cuando el camino era bastante amplio para que pasaran dos carros en sentido opuesto, había momentos en que la aglomeración hacía difícil la marcha para la gente de á pie. Entre la multitud distinguí al austriaco Smurff, caballero en alazana mula, inmediatamente atrás del primer coche.

Era la segunda vez que lo veía y me llamó la atención su presencia ahí: el muy taimado iba en seguimiento del joto que, sen-

tado en la tablilla, lo veía con ojos de espantado, santiguándose y rezando.

Al llegar al camino que bordea el arroyo, sucedió el primer incidente; á espaldas del Cojo y de los primeros ginetes, cruzaron en rápida carrera varios muchachos. Uno de ellos cayó de narices, con él tropezó una vieja y luego otra. Un sombrero rodó hasta las manos de las mulas delanteras del primer coche, y estas se espantaron, echándose rápidamente al lado del acantilado. El cochero, con el pie derecho sobre la palanca del garrote y la cabeza no firme, intentó sujetar las mulas con violento esfuerzo tan desmedido, que perdiendo el equilibrio, cayó de cabeza junto á las ruedas. Sueltas palanca y mulas, el coche se fué encima del tronco y las guías se *enroscaron*, amenazando volcar el vehículo, pues una de las ruedas delanteras se metió casi debajo. A los gritos, acudieron los ginetes; pero antes que todos, el austriaco sujetó las mulas por los filetes con sus poderosas manos.

En ese coche iba Doña Gertrudis, su hija pequeña Gertrudis y las otras dos señoras.

No sin trabajo se arregló todo. El cochero, lastimado de un brazo y con una herida en la frente, fué remitido á las minas, y Eduardo González ocupó el puesto del herido.

El cojo Luna dió á grito pelado la perentoria orden de que todos los de á pie se fueran al diablo, pues ahí sobaban.

Dispersóse la muchedumbre por barrancos, nopaleras y matorrates, quedando el camino libre, y como éste, junto al arroyo, era casi á nivel y estaba nuevo, empezóse el primer galope para ganar tiempo á la noche, que amenazaba anticiparse traída por las oscuras nubes del poniente.

Sobra decir, que Luis y Moore trotaban pegados á los estribos de la berlina en que iban Rosa Elena y María Teresa, y que con los ojos hablaban lo que sus bocas no intentaban pronunciar por el ruido de coches y caballos.

A pesar de estar velado el sol, el calor era sofocante y no co-

rría el más leve viento por la cañada. El polvo nos envolvía como una nube, á través de la cual se distinguían los rostros de las damas, silenciosas y pensativas. Luis, de charro, con enormes espuelas, muy bien sentado en la ajuareada silla, hacía trotar su caballo retinto cubierto de sudor al lado de su adorada, ora con los ojos puestos en el suelo distraidamente, ora en tierna contemplación de la bella que de vez en cuando le sonreía. Moore, en una albarda, agachado sobre el cuello de un flaco caballo de los malacates, saltaba del asiento al duro trote del aburrido cuadrúpedo y no tenía punto de reposo con las manos, ya azotándole las juanetudas ancas, ya apretándose la gorra sobre las sienes ó acomodándose los anteojos en las narices. Poco tiempo tenía para contemplar á María Teresa, la cual reía al verle los pantalones por las rodillas y los apuros y sustos que sufría á cada tropezón del caballo *abierto del encuentro*.

A las 5 y 30 empezamos á subir la pequeña cuesta de Minas Viejas. Fué una tregua para nuestros caballos, fatigados de trotar al igual de los coches.

El auriga del tercer coche echó encima las mulas sobre el segundo al detenerse éste para cruzar un arroyito. El maldito iba durmiéndose de borracho. El cojo Luna, Secundino y Luis lo bajaron á golpes. Entonces el austriaco ofreció sus servicios á gritos, y montándose en el pescante de un salto, tomó las riendas y empuñó el látigo. Era un cochero formidable, con el cual no jugarían los animales. Como la mula en que iba la tomara uno de los rancheros por el cabestro, Snurff, que no olvidaba al joto, tuvo una idea feliz al pedir que en ella subiese el desventurado para disminuir el peso de los coches. El afeminado temblaba agarrándose de la tablilla; pero como todos lo veíamos, obedeció cuando Snurff le gritaba:

—¡Súbasele tú, gombre, á mi mula!

Ayudado por dos rancheros y un soldado subió en el nervioso animal, que empezó á *enarcarse*, doblando las orejas para atrás.

Con la punta de los pies apenas tocaba los estribos y con las dos manos se agarraba de la cabeza de la silfa. Tenía un miedo horrible. Empezó la marcha, y la mula con el joto soltó á andar, según le daba su real gana, pues la rienda la llevaba suelta.

Al terminar la cuesta, el camino forma varias curvas en plano sobre una mesa que une dos grandes levantamientos.

Este lugar conocido con el nombre de Portillo de los Ciénegas, domina el valle extenso donde hay varias haciendas y el pueblo de San José, cuyas casas blanquean entre árboles y sembrados de figuras geométricas.

Es también la entrada para la Sierra, cuyo primer escalón forma. Cruzan este lugar varios crestones de vetas, las cuales han sido poco trabajadas por la abundancia de agua. Esta ha formado á uno y á otro lado del camino numerosos pantanos cubiertos de zacate y junco, donde Moore hacía buenas cacerías de patos, ánceras y grullas, en invierno.

Cuando empezaron á trotar mulas y caballos, La Pajuela en que iba el joto echó á correr con galope desigual, ora adelantándose ó quedándose atrás. El bruto del austriaco, que esperaba el momento oportuno, cuando lo tuvo á tiro le soltó un tan tremendo latigazo por las verijas al belicoso animal, que al sentirse herido, dió un brinco resoplando y echó á correr como demonio.

El joto chillaba, encogiendo las piernas á cada momento, hasta que, perdido el equilibrio, se dejó caer. Rodó por entre unos juncos, quedando de espaldas entre el fango. Hasta la Condesa reía de buena gana.

El gusto se trocó en susto: celebrábase todavía el percance del joto, cuando de improviso una formidable descarga eléctrica fué á herir las crestas de la montaña que teníamos á nuestra izquierda. El trueno sonoro y fraccionado como de una enorme tabla que se resquebraja, repercutió en variados tonos por los repechos de la serranía, hasta perderse en profundo retumbar monótono. Casi al mismo tiempo empezaron á caer gruesas gotas

que azotaban los cristales de los coches, formando rayas en el polvo adherido, sonaban opacas sobre los toldos y hacían burbujas y pequeñas estalacmitas en los tranquilos charcos de los pantanos.

Todos vimos al cielo. Las nubes amenazaban rociarnos copiosamente con formidable aguacero, puestas unas sobre otras á manera de copos de algodón. Las que estaban en los bordes y eran heridas por el sol al avanzar sobre el azul purísimo del cielo, blanqueaban; pero después el color obscuro de lana sucia convertíase en casi negro hacia el centro, donde colgaban trozos como flecos deshebrados, ya próximos á precipitarse en agua sobre nuestras cabezas.

Una segunda descarga atronadora, fué seguida inmediatamente por ráfagas de aire huracanado que, azotándonos de flanco y luego de frente, hacía difícil nuestra respiración. Apenas tuvimos tiempo para cubrirnos y los mozos para bajar las cortinas de cuero de los carruajes, cuando desprendiéndose una columna de agua y granizo, al ser arrebatada por el viento, formó una cortina ondulante á nuestra derecha. Simultáneamente otras cayeron atrás, adelante, á la izquierda, y de improviso como en un asalto formidable nos envolvió la tormenta con el ruido opaco de las tempestades de granizo. El viento, arremolinándose en furiosa lucha, metía las gotas hasta nuestros ojos, bañándonos los rostros y los granizos golpeando los cristales y cubiertas de los coches, así como las cabezas y lomos de los animales, rodaban por el suelo entre miles que rebotaban rompiéndose. Las mulas y los caballos, amedrentados con los truenos, el aire enfurecido y el golpear de aquella pedrizca, doblaban las cabezas con las orejas caídas, ó se detenían intentando volverse, con los rabos apretados.

Hubo alguna confusión entre palabrotas murmuradas en bajo profundo; pero después todos se organizaron calladamente, aproximadamente unos á otros.

La marcha fué muy lenta y difícil: los cascos de los cuadrú-

pedos resbalaban en el fango y había momentos en que, por lo recio de la tormenta, todo el convoy se detenía como esperando. Los pequeños arroyos, pletóricos, se desbordaban formando miles de cascadas diminutas de amarillenta agua, los cuales venían á inundar el camino, semejante á un río, donde rodaban la arena y el granizo entre hojas, pequeños palos y basuras.

Moore, que no llevaba manga ni impermeable, se mojaba estóticamente haciendo visajes é intentando ver á través de sus anteojos llenos de gotas diamantinas, las cuales convertían en convexos los vidrios bicóncavos.

El afeminado se bañaba en plena regadera para quitarse el fango, agarrado con ambas manos de la tablilla donde iba sentado, y algunos rancheros con las cobijas dobladas, inútilmente se defendían del chaparrón.

El austriaco Smurff (Guanzarotas) abotonado hasta las orejas con un magnífico capotón amarillo, con el palo del azote hacía señas al yankee que no veía nada.

Tres ó cuatro veces la lluvia nos dió pequeñas treguas, para volver con mayor abundancia en ondas cerradas, que pasaban sobre nosotros continuamente. Después el aire fué disminuyendo hasta perderse y el aguacero en todo su apogeo caía vertical y tan compacto, que no veíamos á veinte metros de distancia y una obscuridad tenue, llena de reflejos violáceos, semejaba la hora en que empiezan á brillar las estrellas. Más de media hora duró de aquella manera, hasta borrar el camino, pues todo parecía una laguna, á través de la cual caminábamos á tientas. Después, poco á poco fué disminuyendo hasta convertirse en menuda lluvia que despejaba un tanto el horizonte. Los truenos retumbaban largamente ya un poco distantes, y los arroyos en furiosas corrientes retorcidas, llenaban el campo con su golpear sonoro.

Lo que debíamos haber andado en diez minutos, más de una hora tardamos en recorrerlo pesadamente. Al llegar donde empezaba la bajada de El Zotol, ví que el valle estaba cubierto pa-

ra nuestra mirada por el espeso telón plumizo de la lluvia, y las líneas quebradas, vivísimas, de los rayos, lo rasgaban á cada momento, iluminando las nubes como blocks enormes de hielo. Al W., todavía sobre las montañas, la tempestad obscurecía el azul de éstas y en la sierra, á nuestra espalda, se formaban nuevas nubes en las crestas más altas, semejantes á velos prendidos de los pinos, y de las cañadas subían espesas neblinas como humos blancos.

El coche en que iba Doña Gertrudis se detuvo y ésta me llamó. Levantando la mojada cortina, me dijo:

—Gracias, Colt, por su compañía. Regrésense ustedes. Con gusto los veré en la hacienda. Ahí tienen su casa.

—Perdone usted, señora Condesa, que esta vez no obedecemos sus órdenes: la noche está próxima, los ríos crecidos, y tras éste vendrán otros aguaceros. Acompañándolas, quizá podamos serles útiles.

—¡Oh, gracias, gracias!—y sonriendo con agradecimiento bajó la cortina, pues la lluvia les mojaba las manos y rodillas.

La niña Gertrudis, metida entre la Condesa y Doña Ramona, me vió con espantados ojos un momento.

La bajada, muy larga, fué difícil y laboriosa. Entre la arcilla, que parecía jabón, las patas de los animales se hundían profundamente, sin encontrar apoyo firme y resbalaban, dejando largos surcos por donde el agua corría inmediatamente.

Varios ginetes cayeron, entre ellos Moore, que dió un gran susto á María Teresa y Rosa Elena, pues fué á dar de costillas hasta la orilla del cerco que formaba acantilado sobre la pendiente falda.

Cuando llegamos al valle para seguir por los flancos de pequeños altozanos, era de noche. La tempestad, muy lejana, iluminaba con intermitente relámpagueo las moles oscuras de las montañas y las masas de los bosques inmediatos. Los surcos de

los sembrados, llenos de agua, parecían un enorme pentágrama de rayas blancas sobre papel negro.

Un arroyo que seguía paralelo al camino unos cien metros, zumbaba de una manera formidable entre las piedras, que hacía rodar la tumultuosa corriente. La lluvia terminó del todo, y sólo de las copas de los árboles caían gruesas gotas ó las ramas de los arbustos, al sacudirlas, nos salpicaban los ojos.

—Hay que picarle un poco,—exclamó en la obscuridad el cojo Luna,—para ver si pasamos el Rfo de los Sabinos antes de que llegue la creciente.

Todos comprendimos lo acertado de la observación, y cada cual estimuló como pudo á los mojados animales de los coches para que trotaran; pero lo profundo de las sombras y lo fangoso del camino, hicieron inútiles todos los esfuerzos. Al claac-claac de los cascotes en el fango acompañaba el lejano retumbar de los truenos, y entre los charcos de los bosques, nopaleras y malezas, el monótono cloar de las ranas escondidas, acompañó nuestra marcha lenta y pesada, por mucho tiempo. Casi nadie hablaba. Como pasáramos por las inmediaciones de un rancho escondido entre dos pequeños cerros, el cojo Luna, siempre previsor, envió á dos soldados y tres rancheros para que trajeran ocotes.

Encendidos seis hachones humeantes, los cuales sostenían rancheros y soldados con los brazos en alto, á la luz rojiza que proyectaba nuestras sombras en formas grotescas sobre los rebajes del camino, pudo verse éste y la marcha fué más rápida. A poco andar, salimos á una parte dura que estaba en ligero declive y se recuperó parte del tiempo perdido. Entre todos, Moore, con la ropa pegada al huesudo cuerpo y la gorra como una ampolla, recordaba al inmortal manchego, cuya última edición ilustrada era, por su ridícula figura, famélico caballejo y desvelado amor en pos de su dulceínea.

En unos barbechos rodeados de mezquites y álamos, una claridad fugitiva nos trajo la esperanza de que nos redimiera con

sus blancos rayos la reina eternamente pálida de las noches, y de improviso surgió radiante entre la rasgadura de dos nubes negras que en rápido vuelo se rompían en desiguales girones. La luz, que es alegría, porque es vida y verdad, volvió la fuerza y el estímulo á hombres y animales; pero cuando trotábamos rápidamente, las nubes ocultaron la luna. Después volvió á aparecer y á ocultarse, y entre los nubarrones que corrían con dirección al valle, ella cruzaba veloz cual si fuese una lancha de plata y nácar entre tumultuosas olas de espuma: la diosa Astarté naciendo.

Poco antes de llegar al Río, la marcha fué muy lenta: el camino estaba lleno de agua y arena que aprisionaba las ruedas y entorpecía el paso de los animales. Al dar una vuelta tras un promontorio de tierra (un cuecillo), el río se nos presentó á la vista: el ruido no acusaba una tumultuosa y abundante corriente, aun cuando se viese casi lleno. Llegados á la orilla, hicimos alto y se conferenció.

—Se puede pasar todavía—dijo el cojo Luna.—La creciente no ha llegado y sólo lleva el agua de los arroyos de abajo.

—Parece muy lleno—objetó Luis.

—Su calma es sospechosa—añadió Moore, apeándose de su rocín y dando zancadas hasta la orilla del agua, que se movía en continuos flujos y reflujos. Ellas se asomaban por las portezuelas alzando las pesadas cortinas, y la Condesa pidió consejo á varios, sucediendo lo de siempre: que todos se contradecían.

—Será mejor—les dije—hacer una exploración tres ó cuatro á caballo.

—Bueno—contestó Luna—pero cuanto antes, porque si no, llega la creciente y nos corta. ¿Quiénes vamos?

Se ofrecieron muchos. Luis, que hablaba con Rosa Elena pie de la berlina, le dijo:

Yo voy.

—Sí, vaya usted—y le tendió la mano, que él estrechó hasta cerca del pecho.

—Yo también voy—dijo el gringo.

—Sí—exclamó María Teresa.

—No,—interrumpió la hermosa,—porque su caballo de usted es muy débil.

—¡All righth!—dijo, y se quedó con ambos pies en un charco.

Luis, Luna, Secundino, yo, dos rancheros y dos soldados, entramos al río de cuatro en fondo. A los primeros pasos el agua dió en el cincho á los caballos. El cojo observó:

—Se está cargando la corriente para acá y va á hacer un barranco.

A los ocho metros subimos: el agua tendría como cuarenta y cinco centímetros y el espejo de la luna sobre las ondas mareaba. El río en ese lugar tiene una anchura de setenta metros. Cuando llegábamos al centro ví que el Boy ladraba, aullando en la orilla, y hasta ese momento advertí que venía con nosotros. En vano fué que Rosa Elena, María Teresa, Moore, Angela, Snurff y casi todos le hablaran, pues al verme lejos y notar que iban á agarrarlo por el collar se echó al río valientemente. Al principio, nadando, la corriente lo hizo declinar; pero cuando tocó el piso, empujándose con las patas daba saltitos, abriendo el agua con el pecho. La luna nos iluminaba de lleno colocada en el centro de un gran claro de nubes, y río arriba se veía la corriente salir en suave curva entre los troncos de corpulentos sabinos, cuyas frondosas copas ennegrecían el cauce, como si fuera un túnel muy amplio.

En la margen opuesta encontramos otra parte honda: los caballos entraron hasta *los encuentros*, y la corriente, un poco fuerte, nos empujaba á unos sobre otros, pero sin desorganizarnos.

—Sí, se puede pasar ayudando á las mulas á cabeza de silla,—dijo Luna.

Al regreso encontramos á mi perro á la mitad del vado. Luna lo lazó por el cuello dándome la reata, pues á mí era á quien

seguí. Cuando salimos dió varios saltos, contentísimo, sacudiéndose de la cabeza á la cola.

Después de alguna discusión, la cual exasperaba al cojo, por la pérdida de tiempo, se acordó que pasaría por delante el coche más ligero, que era la berlina, y que tres ginetes ayudaran á las mulas *á cabeza de silla*. Se hicieron los preparativos: Snurff, quitándose su capotón amarillo, que arrojó encima de otro coche, subióse al pescante empuñando riendas y azotes.

Apretamos los cinchos de nuestras sillas, y Luna, Secundino y un ranchero, lazando con sus reatas los gollorines de las mulas delanteras se pusieron al frente, avanzando con lentitud; pero cuando la berlina estuvo inmediata al río, Angela y Josefina se soltaron chillando como locas y diciendo ¡no, no! con miedo desesperado. En vano fué que Rosa Elena y hasta María, que también tenía miedo, les hablaran tratando de convencerlas de que no había peligro, pues apenas veían la gran extensión de agua volvían á chillar.

El cojo y Snurff maldecían gruñendo. Hubo que bajarlas, y metiendo los piecitos en los charcos y en el fango fueron á acomodarse en otros coches, donde provocaron violentos altercados por cuestiones de lugares y comodidad.

Avanzamos todos entrando al agua resueltamente los tres jinetes, pero las mulas, siempre desconfiadas y ariscas, olfateaban el río, estirando las orejas y queriendo retroceder. ¿Era un presentimiento? Snurff, con dos ó tres azotes que silbaron por el aire y algunos gritos guturales en alemán y castellano, obligó á los nerviosos cuadrúpedos á entrar, y cuando el coche bajó rápidamente, las ruedas se cubrieron hasta arriba de los ejes.

Luis y yo íbamos á los lados del coche; y Moore, en su flaco animalejo, atrás, le apaleaba sin compasión. Los jinetes en firme estiraron y la berlina avanzó; pero el agua, represada por la caja, azotaba la portezuela.

—¿Entra agua?—preguntó Luis.

—Sí—contestó alegre Rosa Elena;— pero ya pusimos los pies en los asientos de enfrente.

Pasada la parte honda, las ondas sólo bañaban los estribos del coche; pero ahí las piedras, arrastradas por la corriente, eran muchas y las ruedas delanteras, chocando rudamente daban fuertes oscilaciones á la lanza. Snurff, de pie, gritaba en castellano, alemán é inglés, blandiendo el azote con su formidable puño. De pronto una rueda delantera tropezó con una piedra grande, deteniéndose todo de golpe y girando las ruedas del tronco en sentido contrario. Azotó el austriaco, los jinetes estiraron y la rueda brincó al fin, ladeando la berlina; pero apenas había andado unos seis metros chocó con otra piedra más grande. Blasfemarón Snurff y Luna, y como aquél azotara y los jinetes, echándose hacia adelante, pusieran sus caballos á todo empuje, el esfuerzo fué grande, y tronando un fierro, el coche se empinó sobre el pescante, ladeándose un poco. Estábamos á la mitad del río.

—¡Se rompió el perno del juego!—gritó el ranchero que servía de sota á Snurff.

Este soltó una brutal interjección, muy ordinaria y sonora, y Luis le gritó furioso que se callara.

En efecto, el eje vertical del avatrén se había partido en dos pedazos y sólo las planchas de engace, ya vencidas, unían las ruedas delanteras con la caja. Snurff saltó al agua, corajudo, y con la reata de Luis intentó amarrar provisionalmente las partes separadas, pero había que acercarlas.

—Hay que recular las bestias—dijo el ranchero.

—Oh, no—murmuró Snurff—expegra momento; y con el agua á las rodillas dió vuelta, tomó el eje de atrás con sus dos manos, y apoyándose en la arena, con un hercúleo esfuerzo, arqueando la espalda, hizo avanzar todo el coche.

—Estar bueno, ¿he?—preguntó.

—Sí, señor—dijo el ranchero.

Metiéndose ambos después debajo, amarraron *encuetando* y

echando *nudos*. Iban á subirse, cuando Snurff se acordó de la piedra.

—¡Carr . . . . amba!—dijo tocándola con el pie—¡Pehgro la quito . . . . yo . . . .! A ver si puédemos . . . .

Metió ambos brazos hasta el pecho, y cuando buscaba por donde agarrarla, oímos en la orilla alborotada gritería de hombres y mujeres. Casi á un tiempo el cojo Luna y Secundino aullaron despleadamente:

—¡La creciente! ¡¡Ah!!

Sentí frío por todo el cuerpo y un miedo enorme me apretó por el cuello. En todo pensé instantáneamente: en mi padre, en mis hermanos, en las minas, en la gente que iba á perecer, en la causa, en lo que dirían, en las dos jóvenes . . . . y volviendo el rostro helado de terror, intenté ver la hinchada corriente por el estrecho cauce, ciento cincuenta metros arriba, aprisionada entre los troncos y raíces de los corpulentos sabinos. Aquello fué ¡un sálvese el que pueda! Snurff corrió como loco, el ranchero lo siguió cayendo y levantando, los tres jinetes soltaron las reatas y Luis gritó desesperadamente:

—¡Rosa Elena! ¡Rosa mía, ven!

Entonces me acordé de María Teresa. Moore, azotando su caballo, lograba apenas moverlo y le hablaba á la joven con ronco acento de angustia.

—Sálvate tú—le grité, quitándome la manga y tirándola al agua.

María Teresa y Rosa Elena, con la agilidad y destreza que dan los trances apurados, se echaron fuera por ambas portezuelas, y yo, tomando á la primera por el talle con el brazo derecho, la senté sobre la cabeza de la silla. Igual cosa hizo Luis con Rosa Elena. Hundí las espuelas á mi caballo, que por fortuna era grande, fuerte y brioso, y saltando más que trotando entre la corriente, intentamos alcanzar la orilla. El caballo de Luis nos seguía jadeante á dos metros. Cuando mi caballo dejó flotar la cola en



la parte honda, ví que la creciente, de golpe salía á lo ancho del talweg del río y se desbordaba con ruido enorme, que se me figuró como el derrumbe de un cerro. Aquello no parecía agua: se nos venían encima, rodando, grandes troncos secos, nopales, piedras, palmas, árboles enteros, basuras, y entre todo eso, algo ligero como lodo muy blando que reventaba adelante, azotando con tal fuerza, que el lecho, casi lleno, parecía estar seco.

Entre el ruido que producía la avenida, oí apenas algo como una gritería lejana de miles de voces.

Nos faltaban cinco metros para salir, cuando la creciente estaba ya á unos cincuenta metros de nosotros. La angustia y desesperación que nos enmudeció á Rosa Elena y á mí, hacía gritar á María Teresa y á Luis de manera horrible, sacudiéndolos como locos furiosos. El agua, aumentada en olas, casi me llegaba á la cintura, cubriendo á María Teresa hasta las rodillas, cuya falda flotaba recogándose á los lados. La joven, en el colmo del miedo pánico me abrazó por el cuello fuertemente, gritando, mientras yo clavaba las espuelas por las ijadas al caballo, sostenía á ella con la derecha por su talle largo y flexible y con la izquierda aflojaba la rienda para que el animal, estirando el cuello, pudiera luchar. A nuestro lado, un metro atrás, la cabeza del caballo de Luis resoplaba anhelante con los ojos muy abiertos. Por fortuna para nuestras vidas, un tronco seco de enorme sabino se atravesó agarrándose de la orilla y de unas rocas del río, y formando represa contuvo la corriente por algunos segundos, muy breves, pues hinchándose en el acto, saltó por tramos, en cataratas, ondulando la mayor parte para el lado opuesto, donde al encontrarse con otra formó en el centro un remolino que alzaba enormes crestas. Una de estas empujó de lado á la abandonada berlina y las mulas, espantadas, intentaron correr pateando y enderezándose rígidas. Cuando los cuatro salíamos sin aliento, temblorosos por el esfuerzo y acosados por el agua que subía, el tronco seco, rompiéndose, abrió sus dos brazos arrojando una

ola horrible que en un instante cubrió la berlina haciéndola rodar como cáscara de nuez. Las infelices mulas rodaron también en espantosa mezcla con palos, árboles y piedras, enseñando á veces las patas, las cabezas y los lomos arqueados. Minutos después alejóse el ruido, pasó aquel tumulto y el río, como ensanchándose tranquilamente, se cubrió de un lado á otro con la superficie rizada y suave, donde la luna jugueteaba en mil reflejos blancos.

Tras breve momento de estupor, entró á un tiempo en nuestros agitados corazones una alegría salvaje, hija de natural egoísmo ó amor á la vida. Luis se dejó resbalar por la cola de su caballo, después de acomodar á Rosa Elena con la rodilla doblada sobre la cabeza de la silla, y yo hice lo mismo. Todos, ellas y nosotros, el Cojo, Secundino y el rancharo, nos estrechamos las manos con viva efusión de cariño, de igual á igual, en franco compañerismo, y hasta con deseos de abrazarnos.

Luis, de pie á un lado de su hermosa adorada, tomó la blanca mano de ésta llena de sortijas, con ternura y amor exquisitos; y como ella, sonriendo, se la abandonase, llevóse la á los labios, besándola en los dedos largos y torneados, en la piel tersa y suave, en la palma rosada, con glotonería insaciable de sediento y adoración infinita de fanático, que le sacudía las piernas, incitándolo á ponerse de rodillas.

—Ya, ya basta, ya—le dijo en murmullo suave, que era una caricia; y al retirarla, apretó con sus dedos las manos de Luis.

El cojo Luna, que componía á un lado la silla de mi caballo, sobre el cual estaba María Teresa, dijo:

—¿Y Don Guillermo Moore?

—Ah,—gritó la joven como si despertara—¿Y Guillermo? ¿Dónde está? ¿Dónde está? ¡Ah . . . . vamos, vamos á buscarlo! ¡Vamos!

Su acento angustioso nos conmovió á todos. En aquel momento nacía el amor en su corazoncito joven . . . . pero tal vez

tarde. Así lo supuse al ver la corriente del río cuando avanzábamos por la orilla para abajo, buscando á Moore, más por complacer á María Teresa que por tener la más leve esperanza de encontrarlo. A nuestros gritos contestaban del lado opuesto donde se desgañitaban.

Pesada sombra de tristeza amortajó la alegría naciente en nuestras almas, pues era indudable que Snurff, Moore y el ranchero habían perecido en la demanda. Como llevaba del bozal el caballo, ví á María Teresa con los ojos llenos de lágrimas, las cuales le caían sobre el pecho, rodando una tras otra por las pálidas mejillas.

A uno de nuestros gritos oímos que contestaba una voz apagada en un arroyo afluente inmediato. Pensamos que Moore estaba por ahí, moribundo, y corrimos entre el fango, tropezando con los surcos fofos donde se hundían nuestros pies, pesados por el lodo arcilloso adherido. Nuestra sorpresa fué grande cuando vimos al yankee sin sombrero, sentado en el suelo á la orilla del agua, con las piernas abiertas y entre ellas á mi perro El Boy.

—¿Por qué no contestabas, animal? ¿Qué diablos haces ahí? —le preguntamos.

—Oh, este perro chulo y yo nos salvamos juntos, rodando abrazados y resollamos ahora bien aquí. El agua y los palos nos dieron vueltas desde allá; pero yo me agarré de aquellas raíces y con las piernas sostuve al Boy. Luego subimos juntos. Oh, miren al perro bueno, tiene quebrada una pata; ¡pobre amigo! Y qué agua tan fría . . . ¡chises! . . . Es hielo . . .

María Teresa saltó del caballo, sostenida por Secundino, y fué á abrazar á Moore, el cual, roto, enlodado y sin anteojos, se puso de rodillas con movimiento entre serio y cómico, y abriendo los largos brazos estrechó á María Teresa por el talle, diciendo:

—¿Qué noche tan más bonita! ¿Verdad, María?

—Sí, sí, —exclamó ésta riendo y bebiéndose las lágrimas.

En la margen opuesta también habían corrido río abajo, y co-

mo la luna se ocultaba otra vez, los ocotes encendidos de nuevo bañaban sus figuras con luz incierta. Empezaron los gritos; pero no se oía con claridad. Bajamos hasta una parte en que el río sólo tiene veinticuatro metros, aprisionado entre dos lomas redondas de metapórfidos y tobas. Ahí el agua era muy profunda, y de un puente muy antiguo sólo quedaban los estribos. Nos pusimos al habla.

—¿Quién se hogó? —preguntaron.

—Acá naiden —contestó Luna. —¿Y allá?

—Tampico —gritó Snurff.

—¡Guanzarotas! —chilló Moore.

—¡Llorona de la diabla! —aulló el austriaco.

—Qué bunita danzón.

—¡All righth! Mucho bueno.

Charlábamos todos á gritos, con inmensa alegría, arrebatándonos las palabras, pidiendo noticias y refiriendo cada cual lo suyo.

La obscuridad casi era completa, y sólo los del lado opuesto tenían luces. Un rayo culebreando sobre nuestras cabezas en exposición instantánea, imprimió en el fondo de nuestras pupilas rápida visión de objetos y hombres. Nadie había advertido que otra tempestad se nos echaba encima. Eduardo González gritó:

—Voy á avisar á la señora que todos están cabales y que se van pa la casa grande. Nosotros iremos á pasar la noche á la Estancia del Sáuz que está cerca. Ay viene l'agua otra vez. ¡Hasta mañana!

No había sino la manga de Luis para cubrir á Rosa Elena, pues Luna y yo, en el momento crítico, por necesidad habíamos arrojado las nuestras al río para estar ágiles. Entonces entre Moore y Snurff se entabló este curioso y original diálogo en alemán, en cuya traducción es difícil conservar la chusca seriedad irónica que ellos le dieron:

—Leihe mir deinen Regenmantel —chilló Moore.

—Yx ch warde nass—contestó Snurff.

—Es ist um Franlein Marié Therese zn Schützen.

—Ich wunsche ihn anch um Salomé, meinen Schatz zn decken die ich anbete.

—Es wird deineoscits eine gute Handlung sein ihn min zn leihen.

—Jhn mir abzinkanfer ware besser. Ich verkanfe ihn dir.

—Was Kastet er?

—¡Hundest Thaler!

—Gut.

—Und mein Geld?

—Ich gebe es der in der Mine.

—Schwöre es!

—Anf mein Ehrenwort (1).

Snurff arrojó con fuerza dos reatas unidas por *las jondillas*, quedándose con el otro extremo en la mano izquierda. Amarró en el centro el capote y *dando sogá* Moore lo recogió. Alegrememente decía el austriaco;

—Bueno, yo mojado mucho pellejo mío todo. ¿Para qué capote? Oh . . . . ¡Hundest Thaler!

(1) —Préstame tu capote de hule.

—Yo me mojo.

—Es para cubrir á la señorita María Teresa.

—Yo también lo quiero para tapar á mi novia Doña Salomé, á quien adoro.

—Será una buena acción tuya; préstamelo.

—Mejor será comprándomelo; te lo vendo.

—¿Cuánto vale?

—Cien pesos

—Bueno.

—¿Y mi dinero?

—Te lo daré en la Mina.

—¡Júralo

—Palabra de honor.

Llovía: gotas pequeñas al desprenderse de las nubes muy bajas, nos envolvían en una espesa bruma, y esa lluvia sutil cambiaba de improviso, sin transición, en aguacero sonoro con gran acompañamiento de relámpagos y truenos. El campo silencioso y mudo, recibía aquella fecundación, aletargado y soñoliento.

Cuando salimos al camino, Moore se detuvo para amarrarle la pata al Boy, que cojeaba lastimosamente, y yo acomodé á María Teresa sobre mi caballo lo mejor que se pudo. Luis, que hacía otro tanto con Rosa Elena, al notar que la silla iba mal puesta, le dijo:

—Bájese usted un momento sobre este montón de arena.

La hermosa, tímidamente, susurró apenas:

—No puedo . . . . porque . . . .

—¿Qué tiene usted? preguntóle Luis alarmado.

—Que estoy descalza . . . . por el río . . . . Luego añadió riéndose con Luis:—Soy torpe llevando al campo calzado de *boulevard*.

—Tengo mucho frío de las rodillas á los pies—me decía María Teresa.—¿Qué agua tan helada! ¿Por qué será?

—Por el granizo,—le contesté.

—Buen frío—murmuró Moore;—casi estoy agarrotado, ¡chises!

—Está quieto mi amigo—añadió dirigiéndose al perro, cuya pata enredaba con pañuelos á manera de vendas, sentado *en cucullas*.

Luis y Rosa Elena charlaban aparte, muy quedo. Con ambas manos tenía aprisionado Luis un piecécito de la joven y lo oprimía dulcemente sobre la mojada media, cual si tratase de calentarlo.

Era un pie infantil, delgado y largo, lleno y suave, que lo fino de la seda modelaba perfectamente, dándole la tersura que produce en el tacto exquisitas sensaciones. El enamorado, con deseos de besarlo, en el deliquio de su pasión, le recitaba á ella con voz trémula, el soneto de Ayala:



